



Harry Wu

Carolyn Wakeman

VIENTOS AMARGOS



Vientos amargos es la crónica de la supervivencia de un hombre bajo la opresión y la brutalidad. El 27 de abril de 1960, Harry Wu, un estudiante del Instituto de Geología de Pekín, fue arrestado por las autoridades chinas y sin ser juzgado o acusado formalmente fue enviado a un campo de trabajo. Durante casi veinte años estuvo encerrado en distintos campos, fue privado de todos sus derechos y obligado a trabajar hasta la extenuación sufriendo múltiples penalidades. De miembro de la élite intelectual del país pasó a ser un paria, recluido junto a delincuentes comunes, pasando hambre, sufriendo torturas y viendo morir a muchos de sus compañeros. Wu fue liberado del trabajo en los campos en 1979 y unos años después conseguiría exiliarse en Estados Unidos.

Vientos amargos es el relato de su vida desde sus años universitarios hasta su «rehabilitación política» a mediados de los ochenta, de las penalidades a las que tuvo que hacer frente y de su lucha por conservar su dignidad. Pero es también el estremecedor testimonio del terror provocado por una de las dictaduras más sangrientas de todo el siglo xx y de la epopeya y la injusticia que otros muchos como él tuvieron que vivir.

Harry Wu
Carolyn Wakeman
Vientos amargos





Harry Wu & Carolyn Wakeman

Vientos amargos

Memorias de mis años en el gulag chino

ePub r1.0

Titivillus 29.10.2019

Título original: *Bitter Winds. A Memoir of My Years in China's Gulag*

Harry Wu & Carolyn Wakeman, 1994

Traducción: Pedro Tena Junguito, 2008

Fotografía de cubierta: *Escritores y artistas marchando hacia los campos de trabajo en la región de Wuchang, provincia de Heilongjinag, 18 de agosto de 1968.* Li Zhensheng / Contact

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



A los millones de personas que no podrán regresar nunca para contarnos sus propias historias. Entre ellas, a mis padres, mi hermano menor y mis compañeros del campo de trabajo, Ao, Lu y Xing.

Prefacio

En la década de 1980 se publicaron varios relatos autobiográficos sobre la situación que se vivió en China en los años posteriores a la «Guerra de Liberación». Estas narraciones, en las que se describía cómo era la vida después de 1949 para el común de los ciudadanos, nos permitieron profundizar en la comprensión de las consecuencias políticas y sociales que había provocado la revolución comunista. Sin embargo, sobre los campos de detención en China apenas se sabía nada; era un tema prohibido a cuyo secreto contribuían tanto la imposición de una serie de estrictas normas legales al respecto como las reticencias de los supervivientes a revelar algunos de sus recuerdos más dolorosos y humillantes. Harry Wu se decidió a romper aquel silencio.

La primera vez que conocí a Harry fue en 1986, durante un coloquio en Berkeley donde hablé acerca de los dilemas que habían tenido que afrontar los intelectuales chinos que se pusieron inicialmente al servicio de la revolución. Tras mis palabras, él me contó, no sin cierto apresuramiento, algunas de sus experiencias en los diecinueve años que había pasado en los campos de reforma por el trabajo; y, unos días más tarde, me llamó para preguntarme si estaba dispuesta a colaborar con él en la escritura de un libro sobre ese asunto. En aquel momento yo tenía otros compromisos adquiridos con anterioridad, pero cuando, en 1992, Harry volvió a acercarse a mí para proponérmelo por segunda vez, acepté. Para entonces había leído ya muchas versiones de la experiencia revolucionaria y me interesaba que quedara constancia de la historia de lucha y supervivencia de Harry en los campos de prisioneros para que formase parte del creciente caudal de narraciones autobiográficas que empezaban a salir a la luz.

Cuando me puse manos a la obra para colaborar en la escritura al alimón de esta «autobiografía concentracionaria» con la idea de publicarla en una colección especial de la editorial John Wiley & Sons, lo que llegó a mis manos fue una serie de recortes de prensa, borradores y apuntes extraídos de diarios personales. Algunos de estos últimos estaban escritos en el rudimentario inglés de Harry, otros habían sido dictados a amigos de habla inglesa o habían sido redactados en chino para ser posteriormente traducidos. A pesar de ser muy a menudo testimonios vívidos y conmovedores, estas primeras y fragmentarias versiones contenían algunas fastidiosas incoherencias. Además, en ellas no afloraba una gran parte del pasado de Harry, que permanecía aún oculto bajo la maraña de una infinidad de recuerdos dispersos.

A lo largo de los meses que duraron las entrevistas con Harry, él se esforzó por rescatar del olvido hechos, conversaciones, emociones y pensamientos de treinta años de vida, algunos de los cuales se remontaban a su primera infancia. Lo animé a que no se limitase a recordar solamente los momentos de coacción o vejaciones extremas

que clamaban por ser contados, sino también a recordar el desordenado cúmulo de experiencias y relaciones que, por insignificantes que pudieran parecerle, revelaban los motivos y el carácter de las personas que había conocido, a la vez que nos proporcionaban un contexto biográfico e histórico. Algunas veces, en el transcurso de estos encuentros, las vivencias de Harry se tornaban tan expresivas que saltaba de la silla para mostrarme la técnica de atrapar una rana con una cuerda, de excavar una covacha o de atar a un prisionero. En otras ocasiones, se le llenaban los ojos de lágrimas.

El resultado de todo ello son unas memorias que levantan acta de la voluntad inquebrantable de un hombre que soportó durante muchos años el ensañamiento y el trato vejatorio de sus captores, pero que nunca se rindió ante el ejercicio despótico y arbitrario de la autoridad. Harry resta importancia a dicho logro: «No soy un héroe —insiste—. Mi pasado no es distinto al de otras miles de personas que no han tenido ocasión de contar sus historias». Al narrar este pasado compartido y su desaparición en el interior del sistema de campos de trabajo en China —un sistema bien conocido por todos en el país, pero que se ha mantenido siempre oculto de las miradas del exterior—, Harry ha encontrado un modo de saldar la deuda que había contraído con aquellas personas que no pudieron salir con vida de aquella experiencia.

No es tarea sencilla tratar de entretrejer la historia oral y la biografía. En el mejor de los casos, este maridaje crea un relato en el que se combinan la inmediatez de la experiencia personal y la imperturbabilidad de los hechos históricos. Lograr la fusión de ambos extremos ha sido el objetivo que me había propuesto en la escritura de *Vientos amargos*. He tratado de reproducir el sabor y los ritmos que emanan de la personalidad de Harry, así como también de captar la llaneza de las voces de sus compañeros campesinos de brigada y la estridencia de los tonos que empleaban los guardias de la policía que los custodiaban. Las palabras que he utilizado para ello son, por fuerza y en gran medida, de mi cosecha.

Desearía dar las gracias a Emily Loose, editora del texto, a mis amigos Todd Gitlin, Karen Paget, Sandra Socha, Betsey Scheiner, Orville Scheil y Robert Tierney y, especialmente a mis hijos, Matthew y Sarah Wakeman, por su paciencia y sabios consejos durante los meses que dediqué a la trabajosa escritura de este libro.

CAROLYN WAKEMAN
Berkeley, California,
Septiembre de 1993

AGRADECIMIENTOS

Este libro nunca habría visto la luz si no hubiese contado con el apoyo de dos valiosos amigos estadounidenses. El primero es John Creger, que fue mi primer colaborador y quien me prestó su ayuda en mis primeras tentativas de contar esta historia. Su profunda comprensión de mis experiencias contribuyó a ahuyentar los demonios que me habían poseído. Carolyn Wakeman me ha brindado generosamente sus conocimientos y técnicas narrativas, así como su sinceridad para hacer posible este proyecto.

Todo mi agradecimiento también para Robert Bernstein, mi editor, un hombre honorable que apreció en su justa medida la importancia de tener la oportunidad de narrar estas vivencias.

Desearía dar las gracias también a las siguientes personas que han puesto lo mejor de su parte en esta colaboración: Lin Jeffrey y Ramon Meyers, de la Institución Hoover; Ya Xian, de United Daily News; Orville Schell y Yuan-Li Wu, también de la Institución Hoover; y George Hu, Lisa y Martin Husmann, así como a Emily Loose, editora del texto.

Mi más profundo reconocimiento también para Janet Moyer. Su asesoramiento y su apoyo han sido cruciales para la escritura de este libro.

HARRY WU

1. El final de la infancia

En 1948, el último año del Gobierno nacionalista, Shanghai era una ciudad que vivía en el filo de la navaja. Por entonces yo era un muchacho de once años, bajo de estatura para mi edad, ratón de biblioteca y aficionado entusiasta del baloncesto. El tercero de ocho hermanos, vivía en una confortable casa de ladrillo de tres pisos ubicada en una calle flanqueada por árboles, de un concurrido barrio del distrito occidental de Shanghai. El chófer del *ciclo-rickshaw* de mi padre me llevaba todas las mañanas a la escuela primaria cristiana situada en el antiguo barrio francés de la ciudad, más o menos a un kilómetro y medio de mi casa. A mediodía, el chófer regresaba a la entrada de la escuela con varios recipientes llenos de deliciosa comida caliente preparada por nuestro cocinero, que devoraba en un aula aparte junto a un puñado de estudiantes con los mismos privilegios que yo mientras el resto de niños se peleaban por un sitio en la cola de la ruidosa cafetería del colegio. Después de clase, practicaba la caligrafía bajo la supervisión de mi madrastra y, al terminar, salía disparado a la calle a jugar con mis amigos hasta que algún criado me avisaba de que la cena estaba preparada.

Pasé los primeros años de mi infancia completamente protegido de la pobreza, la violencia y el miedo que atenazaban a una gran parte de la población de Shanghai. Fueron muy pocas las ocasiones en que salí de mi vecindario, y nunca me enteré de que tan solo a medio kilómetro de mi casa había carretas que acudían al amanecer a recoger los cuerpos de las personas que habían muerto a causa de la enfermedad o la inanición durante la noche. Recuerdo una tarde de domingo de 1948 en que mi padre me llevó a comprar un guante de béisbol a la calle Wanjing, a los almacenes más rutilantes del centro de la ciudad. El chófer del *ciclo-rickshaw* aparcó junto a la entrada mientras hacíamos las compras, así que nunca llegué a mezclarme con la gente que se aglomeraba en las aceras y nunca reparé en las privaciones o dificultades que, sin duda, debían de acuciar sus vidas. Nada más comprar el guante, lo único que pensé fue en regresar a casa lo antes posible para pasarme el resto del día jugando al béisbol con mis amigos.

También me acuerdo de la impresión que me causó ver llorar a mi hermana menor, cuando volvió a casa corriendo tras haber visto a una niña muerta envuelta en harapos y abandonada en una esquina de una calle próxima a la nuestra. Tan eficazmente nos protegió mi padre de la pobreza y la miseria que, mientras íbamos de compras por toda la ciudad, yo ni siquiera era consciente de las oleadas de pánico que la inflación de aquel año había provocado en la gente. El único recuerdo que guardo de las turbas saqueando las tiendas de arroz de Shanghai procede de las fotografías que vería más adelante en *Life*, a la que, junto con *Time* y *Fortune*, estaba suscrito mi padre.

Hijo de un pequeño terrateniente en la próspera y pintoresca ciudad de Wuxi, mi padre había sido enviado de pequeño a un colegio de confesión cristiana y, posteriormente, a la Universidad de St. John, una prestigiosa universidad americana en Shanghai, fundada por misioneros, que ofrecía una educación moderna de corte liberal y en lengua inglesa. Nada más obtener la licenciatura en Economía, que le preparó para entrar en el mundo del comercio internacional, ascendió rápidamente hasta la posición de director adjunto del Banco Young Brothers y, posteriormente, a la de propietario de una fábrica de hilaturas. Por aquellos años yo desconocía por completo qué tipo de trabajo hacía o cuáles eran sus ingresos, pero recuerdo lo orgulloso y emocionado que me sentí cuando, en el verano de 1948, compró una nevera Westinghouse y pagó la primera cuota de un Chevrolet. Puesto que algunos de mis compañeros del colegio vivían rodeados de muchos más lujos que nosotros, nunca pensé que mi familia fuese rica, y me parecía normal el hecho de tener tres criados que ayudasen a mi madrastra en las tareas de la casa y en el cuidado de los ocho hijos.

Nuestro estilo de vida era el habitual en una familia de clase media alta occidentalizada de Shanghai, y reflejaba la formación en dos culturas distintas que había recibido mi padre. Para amueblar la casa, había escogido un sofá de cojines acolchados y duros y una alfombra gruesa de lana en vez de las rígidas sillas y mesas de madera de palisandro repujado que solían verse en los salones chinos más tradicionales. Y, por si fuera poco, compró un piano para que mi hermana mayor y yo pudiéramos tomar lecciones dos veces por semana. Algunas veces mi padre recibía en casa a sus amigos británicos del banco, y les ofrecía vinos y brandis importados que sacaba del elegante aparador de madera del comedor. Como su pasatiempo favorito era la caza, guardaba bajo llave cinco escopetas en un armario en el ático. También crió un par de perros Pointer, que se llevaba tanto a sus cacerías de pájaros en las marismas cercanas de Subei como cuando iba a disparar a las cabras en los páramos de la Mongolia interior.

A pesar de su estilo de vida cosmopolita, mi padre nunca dejó de tener una mentalidad sumamente conservadora. Amaba el arte y coleccionaba rollos de pintura de los artistas chinos contemporáneos más celebrados. Me acuerdo especialmente de un par de rollos de pintura de Xu Beihong,^[1] con la imagen de unos elegantes caballos haciendo trenzados, que colgaban en el salón de mi casa, así como de un retrato de tamaño natural de la mítica Yan Guifei^[2] saliendo del baño, pintado por Zhang Daqian;^[3] y de un conjunto de flores y mariposas, de Qi Baishi.^[4] No puedo olvidar tampoco la seriedad con la que mi padre se despojaba de su traje y sus zapatos de piel de corte occidental para embutirse en la tradicional túnica de seda durante las vacaciones de la Fiesta de la Primavera, así como durante las tres ocasiones al año en que honraba la memoria de mi madre, ceremonias a las cuales él se empeñaba en que sus hijos fuéramos vestidos también con túnicas.

Hasta donde yo sé, mi padre nunca asistió a la iglesia, aunque celebraba con gran solemnidad los preceptivos rituales familiares. Todos los años, el 5 de abril, que era la fecha en la que se tenía por costumbre limpiar las tumbas de los ancestros, la familia entera se reunía en el comedor mientras los criados colocaban en un extremo de la mesa un succulento surtido de platos de carne, pollo y verduras. Sumido en una especie de asombro reverencial, me quedaba absorto mirando cómo se disponían las copas, las velas y los quemadores de incienso y una pequeña estela de marfil grabada con el nombre de mi madre, que acompañaban las ofrendas por el descanso de su alma. Mi padre iniciaba la ceremonia sirviendo vino de arroz en las copas, encendiendo las velas y quemando el incienso; después, se arrodillaba sobre un cojín y se prosternaba tres veces para tocar con la frente el suelo en señal de respeto por la memoria de mi madre, un ritual que seguíamos, uno por uno, el resto de la familia, incluida mi madrastra.

Mi madre había fallecido en 1942, cuando yo tenía cinco años, dejándome, junto a mi hermana y mi hermano mayores y a mis dos hermanas menores, al cuidado de mi padre. Di siempre por supuesto que mi madre había muerto a causa de alguna enfermedad, aunque nadie me dijo nunca una palabra sobre la causa concreta de su muerte. Muchos años después, un primo mayor me confesó que su muerte había ocurrido misteriosamente tras una agria disputa con mi padre. Me quedé estupefacto al enterarme por él de que la gente sospechaba que mi madre se había suicidado. Mi padre nunca me dijo una palabra sobre su muerte, y yo nunca supe la verdad al respecto. A mi madre apenas la recuerdo, aunque no he olvidado el miedo que pasé al principio, un año después de morir ella, cuando supe que iba a tener una madrastra. Todos los hijos dimos por supuesto que la nueva esposa de mi padre sería cruel y egoísta con nosotros, y nos horrorizaba pensar en la fastuosa fiesta que él había planeado para el día de su boda en el Hotel Park, situado en las inmediaciones del hipódromo. Él insistió en presentarnos brevemente a los invitados a la recepción y, al regresar a casa con su chófer en el *ciclo-rickshaw*, todos corrimos a refugiarnos en la cocina, temiendo por el destino que nos esperaba.

Para mi sorpresa, nuestra nueva madrastra vino a buscarnos inmediatamente después de las celebraciones. Apareció en la puerta de la cocina vestida con una larga túnica plateada y un ramillete de claveles de color marfil en la mano. Tras darnos unas palmaditas a mi hermano y a mí en la cabeza, atrajo a mi hermana menor con los brazos junto a ella y la acompañó escaleras arriba para acostarla. No tardé en cogerle cariño a esa tranquila y refinada mujer cuya calidez y compasión contrastaba con la distancia y la severidad con las que mi padre nos trataba.

Mi padre concedía una gran importancia a la educación de sus hijos y planeaba enviarnos a todos a colegios de misioneros. En 1946, inscribió a mi hermana mayor en el famoso colegio femenino de St. Mary, y en otoño de 1948 nos matriculó a mi hermano y a mí en el colegio St. Francis. Allí nos hacían ir vestidos con los mismos uniformes que se solían llevar en cualquier colegio británico: chaquetas de color azul

marino con la divisa del colegio cosida en el bolsillo del pecho, pantalones cortos de franela y calcetines hasta la rodilla. Nuestros profesores eran todos sacerdotes y hermanos de la orden de los jesuitas y, durante la primera semana de colegio, uno de ellos me bautizó con el nombre inglés de «Harry».

A mí siempre me había gustado mucho la ciencia, y enseguida me encariñé con un sacerdote italiano que daba clases de física y dirigía el laboratorio de ciencias. El padre Capolito, un hombre encorvado de unos sesenta y cinco años con un espeso flequillo de pelo cano que le caía sobre la frente, reparó un día en mí mientras yo fisgoneaba desde el pasillo lo que hacían los estudiantes de cursos superiores en el laboratorio. Recuerdo cómo me tocó en la cabeza invitándome a entrar para enseñarme las cajas de muestras de su magnífica colección de mariposas. Cuando llegó la primavera y empezó a hacer calor, pidió prestada una bicicleta para mí, y comenzó a llevarme con él a las excursiones al campo de los sábados para que pudiera recoger mis propios ejemplares de insectos. Quedé fascinado por los escarabajos y muy pronto aprendí a identificar muchas especies por las formas y marcas de sus frágiles caparazones. También adoraba los almuerzos especiales que el padre Capolito preparaba para estas excursiones a base de lonchas de jamón y pan con mantequilla y mermelada, además de las fiambreras que traía repletas de fruta y leche.

En aquella primavera de 1949, la cruel guerra civil que libraban comunistas y nacionalistas llegó a las puertas de Shanghai. A finales de 1948, después de que los ejércitos comunistas dirigidos por Mao Zedong ocuparan las estratégicas ciudades de Baoding, Tiankín y Pekín, en el norte del país, muchos de los dirigentes del Gobierno y los empresarios de Shanghai compraron a precios altísimos billetes de avión para huir a Hong Kong y llevarse consigo el oro y sus objetos más preciados. Mi padre nunca mencionó delante de sus hijos estos acontecimientos políticos. No quería que nos preocupáramos ni que nada nos distrajese de nuestras tareas escolares. Una noche le oí decir por casualidad a mi madrastra que a él no le importaba nada si el Gobierno era capitalista o comunista, porque estaba convencido de que la gente instruida e íntegra gozaría siempre de reconocimiento fuese quien fuese el gobernante de turno.

Formado en las tradiciones confucianas de su propia familia, mi padre creía que cualquier solución a los problemas sociales y políticos de China debería empezar por ceñirse a una conducta correcta. Siempre se mantuvo a una distancia prudencial de los entresijos políticos y jamás le oí expresar su opinión sobre el desenlace de la contienda. Una vez nos dijo que había rechazado la oferta de un banquero británico amigo suyo de llevarnos a mi hermano y a mí a Hong Kong a fin de escapar de un posible derramamiento de sangre y de las represalias que podría llevar aparejada una victoria del bando comunista. La familia permanecería unida, declaró; y, como hijos, nuestra única responsabilidad era estudiar con ahínco, aprender autodisciplina y cultivar la rectitud en nuestras convicciones morales. Al margen de quién estuviese en el poder, nosotros deberíamos ser honestos, cumplir con nuestras obligaciones y

trabajar denodadamente por el bien del país. Ésos eran los principios por los que se regía mi padre.

Durante varias semanas del mes de abril y de principios de mayo, cuando mi padre se preparaba para salir de casa por la noche, lo veíamos llevar consigo un palo y una linterna. Sabíamos que había organizado una patrulla para recorrer las calles y proteger las casas de los posibles saqueos o pillajes que cometieran los soldados nacionalistas desertores que merodeaban por allí y cuya intención era huir hacia el sur antes de la entrada del Ejército Popular de Liberación en la ciudad. Recuerdo lo nervioso que me puse una tarde al ver a mi padre limpiando y engrasando una de sus escopetas, si bien es verdad que nunca más la sacó del armario donde las guardaba. El día 24 de mayo debió de enterarse de que iba a suceder algo de un momento a otro porque, después de cenar, nos prohibió terminantemente que saliéramos de nuestras habitaciones. Poco después de medianoche, oí pisadas fuertes resonando en las escaleras que subían al tercer piso, donde yo compartía habitación con mi hermano mayor. Mi padre irrumpió en nuestro dormitorio con cuatro hombres del vecindario para advertirnos de que no nos moviésemos de la cama y que guardásemos silencio. Mi habitación tenía un balcón con vistas al exterior, y los hombres se pusieron a vigilar la calle detrás de las pesadas y largas cortinas.

Traté de conciliar el sueño durante un rato, dejándome mecer por el ritmo de su sigilosa conversación. Después, alguien dijo en voz alta: «¡Ahí vienen, ahí vienen!», y yo salté de la cama para colocarme junto a mi padre. En medio de las tenues luces que proyectaban los faroles de la calle, alcancé a ver a los soldados nacionalistas huyendo de la ciudad desordenadamente, algunos a pie y otros en automóviles todo terreno. Apenas una hora después, aparecieron los soldados del Ejército Popular de Liberación desfilando con brío en columnas de a dos en fondo en dirección al centro de la ciudad. Por la expresión de mi padre, se diría que estaba impresionado por la disciplina que exhibían los soldados y aliviado de que hubiera pasado el riesgo de un brote de violencia.

A la mañana siguiente, nos enteramos por la radio de que los colegios y las oficinas permanecerían cerrados durante todo el día, y mi padre se marchó temprano para averiguar qué había ocurrido en el banco. Cuando regresó por la noche, parecía estar más tranquilo. Le oí decir a mi madrastra que las calles estaban en calma, que la situación había vuelto a la normalidad y que una nueva época había comenzado. En aquel instante de optimismo y renovada confianza en el futuro nunca hubiera imaginado que la infancia que yo conocía estaba a punto de derrumbarse.

Durante aquel año, nuestra vida familiar no sufrió grandes transformaciones. Mis padres insistían en que fuéramos especialmente educados cuando venían a visitarnos las «tías» de la Oficina del Comité de Nuevos Residentes. Y recuerdo a mi padre entregando sus escopetas de caza durante la Campaña para la Eliminación de los Elementos Contrarrevolucionarios, a principios de 1950, cuando la Dirección General de Seguridad ordenó que se confiscaran todas las armas que estaban en manos de

particulares, pero por lo demás nosotros seguíamos haciendo la misma vida que habíamos hecho hasta ese momento.

Todas las noches, a la hora de la cena, uno de los criados nos llamaba a sentarnos a la mesa mientras otro nos traía desde la cocina una sopera acompañada de bandejas humeantes repletas de carne y verduras. Únicamente cuando estábamos todos sentados en silencio, con la espalda recta y las manos entrelazadas, un tercer criado llamaba a mi padre para que bajara desde su estudio en el piso de arriba. Siempre esperábamos para empezar a comer a que él cogiera sus palillos y después aguardábamos, más impacientes si cabe, el momento en que se levantaba de la mesa para poder hablar, discutir y lanzarnos sobre la comida sobrante. Después de cenar, nos reuníamos con nuestros padres en sus salones privados durante media hora para conversar y reírnos juntos antes de ir a terminar nuestros deberes del colegio. Me encantaba esa parte del día porque era tal vez el único momento en que veía a mi padre relajado.

En el colegio aprendí, ese año, a jugar a fútbol y a nadar, y, a sugerencia de mi padre, empecé también a estudiar el catolicismo romano. Lo que más me atraía de esta religión extranjera era la bondad, honestidad y serenidad que transmitían los sacerdotes. El padre Capolito trataba a sus colegas como hermanos y a mí como si fuera su hijo. Asistía a su clase de catecismo y, en 1950, después de ser bautizado y posteriormente confirmado, empecé a participar voluntariamente en las actividades que la Iglesia organizaba en el colegio.

En aquella misma época, el Partido Comunista se esforzaba por movilizar a la opinión pública de Shanghai contra los «imperialistas extranjeros». La decisión del presidente Truman, en marzo de 1950, de enviar la Séptima Flota de Estados Unidos para vigilar el estrecho de Taiwán fue recibida como una deliberada provocación y una amenaza a la independencia de China, tan arduamente conquistada. Cuando en octubre de 1950 estalló la guerra en Corea, los estudiantes nos sentimos atrapados entre la rabia patriótica y la indignación: odiábamos a Estados Unidos, un país al que denominábamos el enemigo número uno de China, y reverenciábamos a nuestro «gran hermano», la Unión Soviética.

Nuestros instructores políticos nos contaron historias ejemplares de los heroicos sacrificios del ejército chino en el frente de Corea, y nos informaron acerca de las conquistas del Partido Comunista en el reparto de tierras entre los campesinos, la reducción del crimen en las ciudades y la estabilización de la moneda. Las penurias que las clases explotadas habían tenido que soportar durante el régimen anterior nos hicieron sentir culpables y consternados, y nos comprometimos a prestar nuestra ayuda al Partido Comunista para construir un nuevo y brillante futuro para la nación. Tanto es así que, si hubiera tenido quince años, seguramente me habría ofrecido como voluntario para servir en el frente coreano, al igual que habían hecho casi todos los muchachos de los cursos superiores de mi colegio, que eran dos años mayores que yo.

En aquellos años no simpatizaba con Estados Unidos. La única impresión favorable que tenía del Tío Sam procedía de los recuerdos de mi primera infancia, durante la segunda guerra mundial, cuando Estados Unidos y China eran aliados en la guerra contra Japón. Me acuerdo del entusiasmo con el que miraba desde el tejado de mi casa cómo, durante la ocupación, los escuadrones de P-51 sobrevolaban en formación el río Huangpu antes de dispersarse para bombardear las instalaciones japonesas en Shanghai. Y recuerdo también el reparto de las raciones reglamentarias de víveres en mi escuela primaria al terminar la guerra en 1945. Una vez intenté llevarme a casa una veintena de aquellas cajas de cartón impermeable. Cada una de ellas contenía una lata de carne, una cucharita, galletas, mantequilla y mermelada, y hasta dos cigarrillos. Supuse que la vida que llevaban los soldados estadounidenses sería maravillosa si tenían acceso a manjares tan deliciosos como aquéllos.

En aquel mismo otoño de 1950 se incluyeron dos nuevas asignaturas en nuestro plan de estudios: una trataba de la teoría de Darwin sobre la evolución; y la otra de la teoría marxista sobre el desarrollo social. Para entonces, algunos de los sacerdotes extranjeros ya se habían marchado. Recuerdo un día en que, al terminar las clases, el padre Capolito me llevó al laboratorio. De las estanterías bajó dos grandes cajas de madera con tapas corredizas de cristal, y me dijo que me las podía quedar. Aquella sorpresa me hizo sentir tan contento que eché a correr como un resorte hacia casa con mis tesoros, pero el padre Capolito me refrenó: «Tienes que cuidar bien tus colecciones», me dijo amablemente, poniendo su mano sobre mi cabeza. No me di cuenta de que las cajas eran su regalo de despedida. Unos días más tarde, pregunté al hermano Xu, el profesor de chino que se había hecho cargo repentinamente del laboratorio, dónde estaba el padre Capolito: «Ha tenido que volver a su casa a descansar», contestó. Pasaron varios meses antes de que me diese cuenta de que el padre Capolito nunca regresaría a China.

A principios de 1952, todos los estudiantes de mi colegio asistimos a una exhaustiva exposición de fotografías y documentos sobre los «crímenes de los imperialistas extranjeros que utilizan la religión para someter al pueblo chino». Todas las piezas de las vitrinas me impresionaron, pero tres de ellas me dejaron una huella imborrable. En una de ellas se mostraban una serie de armas —cuchillos, pistolas, incluso una granada— que habían sido supuestamente descubiertas en las iglesias cristianas de la ciudad y que, al parecer, constituían pruebas fehacientes de que los misioneros extranjeros eran en realidad agentes y espías imperialistas. En otra vitrina se exhibía una colección de fotografías sobre las penurias de los niños chinos en los orfanatos misionales. Recuerdo una de aquellas fotografías en la que aparecía una monja estadounidense dispuesta a sentarse a comer un gran plato de pan y leche ante la presencia de varios niños chinos hambrientos que, de pie, junto a ella, la miraban fijamente. En otra fotografía se mostraba el cementerio para niños chinos que los misioneros tenían en el terreno adyacente al orfanato. Yo no sabía entonces que muchos de aquellos niños habían llegado enfermos y en un avanzado estado de

desnutrición, y que las monjas habían sido incapaces de salvarlos. Pero el expositor que más consternado me dejó tenía una colección de cartas y fotografías en las que se ponían de manifiesto las relaciones íntimas que mantenían algunos sacerdotes con mujeres chinas. Al pie de las fotografías, escrita con grandes caracteres, figuraba la leyenda: «LOBOS VESTIDOS DE RELIGIOSOS».

A principios de 1952 todos los profesores extranjeros del colegio St. Francis habían regresado ya a sus casas. El director extranjero fue sustituido, algunos de los clérigos chinos, arrestados, y el resto de los docentes mudaron sus sotanas negras y crucifijos por vestimentas seculares. Para entonces, había cambiado también el nombre del colegio: ahora ya no iba al St. Francis sino al Colegio de Enseñanza Primaria. Llegó un nuevo director que había servido en el Cuarto Nuevo Ejército Comunista, y se asignó un instructor político a cada clase para enseñarnos la teoría marxista-leninista.

Fue también en 1952, a medida que aumentaba la propaganda contra el imperialismo extranjero, cuando empezaron los problemas para mi padre. El llamado Movimiento de los Tres Anti, una de las muchas campañas políticas promovidas a partir de 1949 para destruir los focos de oposición al Partido Comunista, fue proclamada oficialmente con la intención de eliminar los «tres males»: la corrupción, las prácticas burocráticas y el despilfarro. En realidad, la nueva campaña iba dirigida contra la clase capitalista, no solamente contra los misioneros extranjeros y los empresarios, sino también contra los «lacayos o perros falderos», es decir, contra cualquier chino que hubiera establecido lazos de amistad con los países occidentales.

Una noche de la primavera de 1952, mi padre no regresó a casa. No teníamos ni idea de qué le había ocurrido o dónde podía estar. Los criados le ponían todas las noches un plato en el lugar que solía ocupar en la cabecera de la mesa. Una vez que todos estábamos sentados, nuestra madrastra nos hacía una señal con la cabeza para que empezáramos a comer, pero ella no tocaba el plato: en sus ojos se traslucía claramente la preocupación que sentía. Como teníamos por costumbre no hacer preguntas, la acompañábamos a su habitación después de cenar, y nos quedábamos hablando allí en voz baja, evitando las peleas entre nosotros y tratando de confortarla con nuestra presencia.

Mi padre no volvió a casa hasta un mes más tarde. Una noche, después de cenar, entró tranquilamente en el salón y se sentó, pero nunca dijo una palabra sobre su desaparición. No caímos en la cuenta de ello hasta que un año más tarde nuestra madrastra nos dijo que los activistas del Partido lo habían encerrado en una habitación del banco, y que lo habían interrogado día y noche sobre unos supuestos delitos financieros cometidos por el director del establecimiento bancario. Al contrario que muchos otros que se vieron sometidos al mismo tipo de presiones, cuando mi padre se negó en redondo a ofrecer informaciones falsas e insistió en que su jefe no había hecho nada de lo que tuviera que arrepentirse, terminaron por

soltarlo. Sin embargo, el director del banco, acusado con pruebas falsas de malversación de fondos, pasó los cinco años siguientes en prisión.

En 1952, después de este incidente, mi padre fue apartado de su puesto y destinado a un trabajo de administrativo en un banco mucho más pequeño y con un salario reducido. Sabía que mis padres pasaban muchos apuros para pagar el sustento y la educación de nuestra familia numerosa. Poco a poco, mi padre fue desprendiéndose de cada una de nuestras comodidades: primero, vendió el *ciclo-rickshaw* y renunció al chófer; luego, despidió a todo el servicio doméstico; un día, desaparecieron el piano y la alfombra, y más tarde el sofá y la nevera; y, poco después, vinieron unos técnicos a desconectar la línea telefónica del piso de abajo, dejando operativo únicamente el aparato del piso de arriba. A veces, cuando veíamos a nuestra madrastra salir de casa con un paquete bajo el brazo, sabíamos que iba a vender sus joyas y sus obras de arte para pagar los gastos de la casa.

En 1954, las autoridades del Partido, desesperadas por encontrar directores competentes después de haber castigado a tantos «capitalistas», quisieron promover a mi padre al puesto de director adjunto del banco, pero él no sólo rechazó la oferta, sino que anunció su deseo de retirarse de las actividades bancarias y añadió que a partir de aquel momento enseñaría inglés en una escuela de enseñanza secundaria del barrio.

2. Vientos de cambio

En el verano de 1955 hice los preparativos para marcharme de casa. Anteriormente, en 1950, mi hermana mayor ya se había graduado en la Universidad de St. John, se había casado con un compañero de su clase y se había mudado a vivir con él y con su familia a Hong Kong. Mi hermano mayor había terminado sus estudios de dos años de Ingeniería Industrial en el Instituto Tecnológico de Qingdao, y esperaba que le asignasen a su primer puesto de trabajo. Además de mis dos hermanas pequeñas y de mí, mis padres tenían tres hijos más en casa a los que educar y mantener, y sabía que mi marcha aliviaría la carga económica que pesaba sobre ellos. Durante el último trimestre de colegio me había dedicado a pensar seriamente en mi futuro. Puesto que mis notas habían sido siempre altas, decidí solicitar la admisión en la Universidad Qinghua de Pekín, la institución de ciencias aplicadas más prestigiosa de China, con el fin de cursar estudios de física o química. Sin embargo, una serie de artículos de periódico publicados a finales de la primavera en los que se exhortaba a los jóvenes a estudiar geología para contribuir al bienestar del país, me hicieron cambiar de opinión.

En el *Diario del Pueblo* leí un atractivo informe, escrito por el Ministerio de Geología, describiendo las importantes aportaciones que los geólogos podían hacer al futuro de China. La Geología era una carrera espléndida pero difícil —afirmaba el artículo— y para la cual eran necesarios conocimientos, disciplina y dedicación. Sin el descubrimiento por parte de los geólogos de yacimientos de minerales, petróleo y carbón, no podría avanzarse en la construcción socialista; sin los estudios sobre el terreno que llevaban a cabo los geólogos, no era posible construir los puentes, presas y ferrocarriles que el país necesitaba. «Los geólogos son los soldados de vanguardia de la construcción socialista de nuestra patria», proclamaba el artículo, animando a los estudiantes más capacitados que hubieran completado su enseñanza secundaria a solicitar su admisión en el Instituto de Geología de Pekín.

La idea de hacer la carrera de Geología constituía un reto estimulante y, al día siguiente, estudié el folleto que esta universidad técnica había enviado a mi instituto. Por él me enteré de que el Instituto de Geología de Pekín había absorbido la Facultad de Geología de la Universidad de Qinghua y otras instituciones como parte de la reorganización de los estudios universitarios que el Partido había llevado a cabo en 1952, cuando China adoptó el modelo de enseñanza soviético para reemplazar el modelo occidental. El programa de Ingeniería Geológica de cinco años constaba también de dos estancias de verano para hacer investigación de campo. Me entusiasmé al pensar que llevaría a cabo un trabajo de campo en un lugar remoto e inaccesible y que adquiriría los conocimientos básicos con los que poder ser útil a mi patria. Cuando, en julio, rellené los formularios de admisión a la universidad, escogí

el Instituto de Geología de Pekín como primera opción. Los resultados de las pruebas se anunciaron en agosto, y me llenó de orgullo y alegría saber que podía entrar en cualquiera de las universidades de máximo nivel. El Instituto de Geología me aceptó de inmediato, y me pidió que me presentara el 1 de septiembre en Pekín.

Durante las últimas semanas de verano, mis expectativas ante el emocionante futuro que me esperaba iban unidas a la tristeza de tener que alejarme de mi casa y de mi familia. Durante mi último año de estudios secundarios había estado muy ocupado y concentrado en sacar adelante el curso y en prepararme para los rigurosos exámenes de admisión a la universidad; había reemplazado a mi hermano mayor como capitán del equipo de béisbol y, además, me había enamorado. Mi novia, Meihua, era una compañera de curso de mi hermana menor, que había venido a casa en varias ocasiones. En la primavera de 1954, mi amistad con ella había arraigado, dábamos juntos largos paseos a pie y en bicicleta y comenzábamos a compartir nuestros pensamientos más profundos. Un año después, en la víspera de mi marcha a Pekín, intercambiamos collares como promesa de nuestro amor.

En el tren nocturno, me senté entre un grupo de otros jóvenes estudiantes que se dirigían a distintas universidades de la capital del país. Congeniamos muy bien y, durante gran parte de nuestro trayecto de ocho horas, hablamos y reímos, cantamos canciones revolucionarias y compartimos nuestras ambiciones patrióticas y nuestro sentido romántico de la aventura. Como nunca antes había viajado, ésta era la primera ocasión que tenía de ver a los campesinos labrando el campo en las terrazas de las laderas montañosas, y era la primera vez también que veía fugazmente la miseria en la que vivía una gran parte de las zonas rurales de China. Mientras veía desfilar el paisaje por la ventanilla del tren pensando en las enseñanzas políticas que había recibido, se me despertó un profundo sentimiento de compasión y ambición: mi país, mi pueblo, había sufrido tanto que yo deseaba dedicar mi vida a ayudar al Partido Comunista a poner los cimientos de un nuevo futuro, de una nación donde la gente pudiera tener una vida digna, libre de miserias e injusticia; quería contribuir a que China fuese un país fuerte, próspero y unido.

El espejismo empezó a desvanecerse tan pronto llegué a Pekín. Las primeras personas que conocí en el Instituto de Geología fueron los instructores políticos responsables de organizar a los mil quinientos estudiantes recién llegados que formaban unidades de corte militar encabezadas por representantes de la Liga de la Juventud Comunista. Descubrí, para mi sorpresa, que siete de los treinta alumnos de mi clase ya eran miembros del Partido, y que dieciséis pertenecían a la Liga de la Juventud. Solamente seis de nosotros éramos «blancos e ingenuos», lo que significaba que carecíamos de un nivel avanzado de conciencia política. En mi colegio de enseñanza media en Shanghai, el sector de los estudiantes «atrasados» de familias «burguesas» no había sido nunca tan minoritario.

Pese a la cálida acogida que nos dispensó la camarada Ma, la delegada de la Liga de la Juventud responsable de la formación ideológica de mi clase, me sentí bastante

incómodo en un ambiente tan politizado. Ma, una mujer entusiasta, algunos años mayor que yo, y procedente de una familia de campesinos, se ofreció a ayudarnos en cualquier cosa que necesitáramos durante los cinco años que íbamos a pasar en el Instituto de Geología. Nos contó lo afortunados que éramos de que el Partido Comunista y la clase trabajadora hubieran hecho posible que asistiéramos a la universidad, y nos instó a honrar esta oportunidad que nos brindaban, a esforzarnos en los estudios y merecer la confianza que el pueblo había depositado en nosotros, así como a devolver al Partido y a la clase trabajadora la generosidad, el sudor y la sangre que habían hecho realidad nuestros deseos. A pesar de admirar y aplaudir la convicción, la sinceridad y el liderazgo del Partido Comunista, no podía compartir en su totalidad las convicciones de la camarada Ma. Yo había trabajado mucho en el colegio para obtener buenas calificaciones y había logrado buenos resultados en los exámenes de admisión, pensé. Eran mis propios méritos académicos, más allá del sacrificio de los trabajadores del pueblo, los que me habían abierto las puertas del Instituto de Geología.

Tras sus observaciones iniciales, la delegada de la Liga de la Juventud empezó a prepararnos para el movimiento «en favor de la lealtad y la honestidad» que ocuparía la mayor parte de nuestro tiempo durante la primera semana de estancia en Pekín. Pasamos los dos días siguientes estudiando los documentos del Partido y escuchando las explicaciones de los directores de la universidad sobre cómo debíamos admirar y respetar las contribuciones de la clase trabajadora y cómo debíamos hacer renacer en nosotros mismos el «espíritu socialista». Al tercer día, la camarada Ma declaró que había llegado el momento de demostrar el grado de lealtad y honestidad que profesábamos: cada uno de nosotros debería escribir un ensayo autobiográfico en el que describiera los hechos más importantes de nuestras vidas. A continuación, teníamos que rellenar una serie de formularios con nuestros datos personales: el nombre, la edad, la dirección y la ocupación de nuestros familiares y amigos más cercanos; e indicó asimismo que esta información ayudaría al Partido a proseguir con su trabajo, de modo que deberíamos ser precisos y rigurosos al cumplirla.

Estos primeros requisitos para convertirme en estudiante universitario me inquietaban un poco, porque me daba cuenta de que la información que proporcionase ahora quedaría fijada indeleblemente en mi ficha personal, en la oficina universitaria del Comité del Partido. Consciente de los obstáculos que había tenido que superar mi padre en 1952, me preocupaba el uso que podría hacerse en el futuro de los detalles relativos a las relaciones de mi familia. Sabía que la ficha podría ser consultada en cualquier momento, y que la información que escribiese ahora sería interpretada más tarde de cualquier manera. Además, me sentía incómodo por tener que hacer pública tanta información confidencial, incluyendo mi relación con Meihua. ¿Qué derecho tenía el Partido Comunista a indagar en mi vida privada?, pensé. Sin embargo, dado que la camarada Ma había hecho hincapié en la necesidad

de mejorar nuestra «formación política» y de librarnos de «las actitudes reaccionarias» del pasado, no me quedaba otra alternativa que aceptarlo.

Aunque no tenía que ocultar ninguna relación política que pudiera comprometerme, me preocupaba la manera de responder a las delicadas y decisivas cuestiones que planteaba la ocupación de mi padre. Me di cuenta de que mis respuestas determinarían mi «adscripción de clase». Ya que mi padre nunca había hablado con sus hijos acerca de la cantidad ni la procedencia de sus ingresos, no sabía a ciencia cierta si él había poseído alguna vez una propiedad. Si era así, sería etiquetado de inmediato con el término de «capitalista», una de las expresiones del léxico comunista que más descrédito suscitaban. Aunque no estaba seguro de cómo calificar el trabajo de mi padre, por lo que yo sabía, carecía de propiedades y las ganancias que obtenía procedían exclusivamente de su salario. Finalmente, escribí que su ocupación era la de «maestro de escuela», y que anteriormente había tenido un puesto de «empleado bancario de nivel superior», el término con el que se designaba por entonces al puesto de director adjunto de un banco.

Para mi tranquilidad, toda esta información de carácter personal pasó el escrutinio de los delegados de la Liga de la Juventud que, a la mañana siguiente, no me hicieron ninguna pregunta en el interrogatorio que tuvo lugar en clase; no así a dos de mis compañeros que tuvieron que dar todo tipo de detalles sobre sus circunstancias familiares. Uno de ellos hizo frente a cuestiones muy incisivas acerca de un tío suyo sobre el que recaían sospechas de haber sido terrateniente; y otro tuvo que responder a la acusación de no haber informado de la vinculación de su padre con el Partido Nacionalista. Me marché a comer creyendo que mis problemas habían terminado, pero esa misma tarde la camarada Ma me llevó aparte y me preguntó de improviso: «¿Así que tu padre ha servido como lacayo de los capitalistas?». Me estremeció el tono insultante de su pregunta, pero finalmente aceptó la explicación que le di sobre el tipo de empleo que tenía mi padre, y concluyó que él era únicamente un «agente de la clase capitalista» y no un miembro de la clase capitalista de pleno derecho.

No acabé de entender bien el significado práctico de estas distinciones de clase hasta que me enteré de que la universidad concedía subsidios mensuales a los estudiantes en concepto de almuerzo y gastos ocasionales como jabón, pasta de dientes, sobres y sellos. Tras haber pagado a 12,50 yuanes la comida durante el primer mes, se me había acabado todo el dinero para gastos que mis padres me habían dado al marcharme de casa. Unos días más tarde me di cuenta de que la mayoría de los estudiantes habían recibido un subsidio de 15 o 18 yuanes por parte de la universidad para cubrir la manutención y los gastos básicos. Como se daba por supuesto que los estudiantes procedentes del campo tenían la mayor necesidad de ayuda económica y la máxima posición política, por lo general se les otorgaba el derecho al subsidio más alto, mientras que a los hijos e hijas de los trabajadores y soldados se les concedía el subsidio más bajo. Ninguno de los siete estudiantes de mi

clase que tenían familiares burgueses o terratenientes recibieron ayuda financiera alguna.

Por mi parte, protesté ante la camarada Ma con el argumento de que mi padre era un profesor de escuela con un salario bajo y cinco bocas que alimentar en casa, y que no podía permitirse pagar por mis comidas. Ella me aseguró que podía solicitar un estipendio al comienzo del mes siguiente, pero unos días más tarde me informó que recibiría 7,50 yuanes, la mitad de la cantidad obligatoria. Me sentí injustamente discriminado y quise quejarme, pero guardé silencio. Ésa fue la primera vez que comprendí la jerarquía de privilegios por la que se regía la división de clases.

Cuando comenzó el curso académico, la camarada Ma nos recordó una y otra vez que nuestro objetivo principal como estudiantes novatos debería ser el de ampliar nuestra conciencia política. Se nos dijo que nuestro primer objetivo debía ser el de convertirnos en «rojos» y, en segundo lugar, en «expertos» tecnológicos. Yo esperaba demostrar cuanto antes mi superioridad en los ejercicios intelectuales, pero me daba la impresión de que incluso los profesores no aprobaban por completo mi entusiasmo por aprender ciencias. Algunos de ellos daban sus clases con cautela y nos mandaban deberes para casa casi como si tuvieran que pedirnos disculpas. Me preguntaba si el movimiento de lucha de clases que había comenzado en la primavera de 1955, denominado Campaña para la Eliminación de Elementos Contrarrevolucionarios, sería uno de los factores que explicaban sus reservas. No presté mucha atención al desarrollo de aquella campaña, aunque sabía por los periódicos que habían interrogado a miles de personas, arrestado a muchas y ejecutado a un número sin determinar. La mayor parte de los arrestados fueron puestos en libertad, sin cargos, a finales del mismo verano en que llegué a Pekín, pero aún se respiraba un clima de miedo.

La camarada Ma solía animarme a que incrementase mi nivel de conciencia política y me involucrase más en actividades políticas, pero yo encontraba siempre la manera de declinar amablemente su ofrecimiento. Le agradecía el interés que mostraba y le prometía reflexionar sobre las sugerencias que me hacía, pero trataba de concentrarme únicamente en mis estudios y actividades deportivas. Además, quería llevar mi propia vida y tomar mis propias decisiones.

No me di cuenta de lo mucho que me estaba apartando de mis compañeros de clase al no asistir a las actividades políticas que se organizaban y al no inscribirme en los clubes de canto, baile y teatro en los que se reunían los estudiantes de primer curso. Estas actividades grupales eran la oportunidad de conocernos unos a otros socialmente y, con el beneplácito del Partido, dar comienzo a relaciones sentimentales. Influido por la actitud distante de mi padre respecto a la política, permanecía apartado de ella. No eran solamente los estudios los que ocupaban mi tiempo, sino que había encontrado también un equipo de béisbol en el que jugar y, por si fuera poco, estaba mi relación con Meihua. Dos veces por semana nos escribíamos cartas, numerando siempre los sobres para saber si se perdía alguna.

Esperaba ansiosamente la llegada del reparto de correo y me ilusionaba pensar que pasaríamos juntos las vacaciones de verano en Shanghai.

Al final del curso pusieron las notas en el tablón de anuncios. Recibí buenas calificaciones, pero observé que Ma ni siquiera había logrado la nota suficiente en dos asignaturas. Como delegado de curso, era responsable de su rendimiento académico, al igual que ella lo era de mi desarrollo político. Tuve que hablar con ella sobre sus suspensos. «Me caes muy bien —comencé—, pero siempre dices a los demás que deben esforzarse en sus estudios por el bien del Partido y del pueblo. ¿Cómo es que tú no has conseguido pasar de curso en dos asignaturas?». Ma afirmó que para ella el estudio era menos importante que para mí, pero noté que se sentía avergonzada. Sabiendo cuánto tiempo dedicaba a las actividades políticas, me ofrecí para ayudarle a preparar los exámenes de recuperación en mineralogía y cristalografía. Después de horas adicionales de estudio y asesoría, aprobó; pero nunca olvidó mi reproche.

Cuando regresé a mi casa de Shanghai, durante las vacaciones de verano de 1956, vi a Meihua casi todos los días y disfruté mucho del tiempo que pasábamos juntos. Ella estaba a punto de empezar aquel otoño un curso de magisterio en una escuela de comercio adscrita al Ministerio del Carbón, en Jinan, la capital de la provincia de Shandong. No podía permitirme un billete de tren para reunirme con ella en Shanghai durante las vacaciones de la Fiesta de la Primavera y la celebración del Año Nuevo Lunar de 1957, así que convinimos en que ella vendría a Pekín durante el breve periodo de vacaciones que tendríamos en abril por la festividad anual de la «limpieza de tumbas». Antes de la despedida, comunicamos a nuestros padres el deseo de casarnos cuando nos graduásemos, y ellos dieron su consentimiento. Regresé a Pekín con la intención de dedicarme de lleno a los estudios y pleno de optimismo por la vida que tenía por delante.

En otoño de 1956, poco después de regresar a la universidad, empecé a oír rumores acerca de la nueva política del Partido respecto a los «intelectuales». Nuestros instructores políticos dedicaban cada vez menos tiempo a darnos charlas sobre la importancia de «la lucha de clases» que habían librado los obreros y los campesinos contra la burguesía y más a destacar la necesidad de que los intelectuales participaran plenamente de la vida política del país. De un día para otro se concedieron privilegios especiales a los estudiantes y profesores, y se puso un autobús a nuestra disposición para transportarnos a diario al centro de la ciudad; se abrió una barbería y un pequeño restaurante en el recinto de la universidad, y dejamos de centrarnos en la formación política para volcarnos en lo estrictamente académico.

Este nuevo clima político de 1956 dio lugar también a algunos cambios en las prácticas de contratación del Partido. Los estudiantes con buenos resultados académicos y aspirantes a profesores como yo, pero no muy desarrollados políticamente, fuimos invitados a afiliarnos al Partido o a la Liga de la Juventud Comunista. Cuando un día la camarada Ma se acercó a preguntarme si deseaba

unirme a la Liga, le agradecí la oportunidad pero decliné el ofrecimiento con la excusa de que aún no me sentía preparado; que necesitaba dedicar más tiempo al estudio y a disponerme para esta importante responsabilidad. Lo que no le dije es que aún era reticente a emplear más tiempo estudiando documentos políticos y asistiendo a reuniones organizativas, especialmente en un momento en que parecía que la exigencia de cumplir los objetivos académicos hacía más trivial, si cabe, que antes la dedicación a ese tipo de actividades.

A mitad de mi segundo curso, en enero de 1957, cuando se aproximaban las vacaciones por la Fiesta de la Primavera, otro delegado de la Liga de la Juventud me preguntó si ya me sentía preparado para empezar con los trámites de afiliación al Partido. Animado por los artículos escritos por algunos intelectuales que se habían sumado recientemente al Partido, había decidido que aceptaría la propuesta a la siguiente oportunidad que se me presentase. Puesto que el cuadro de mandos locales del Partido valoraban cada vez más los logros intelectuales, manifesté mi deseo de afiliarme y declaré que trataría de estar a la altura de la confianza que el Partido depositaba en mí. Al día siguiente, la camarada Ma me ofreció algunos materiales de estudio y me pidió que me reuniese con ella para conversar seriamente acerca de mi «perfil» político.

—Tú no perteneces a la clase trabajadora sino a la clase reaccionaria —comenzó con un tono comprensivo—, así que no te queda más remedio que hacer una crítica seria de tu biografía familiar, porque sólo entonces podrás convertirte en un socialista nuevo. Debes comenzar por tu padre y describir de qué manera traicionó y explotó a la clase trabajadora: únicamente de esta manera podrás mostrar que quieres convertirte en un verdadero luchador del comunismo.

Expresé las dudas que tenía al respecto:

—No creo que mi padre deba ser considerado como miembro de la clase capitalista —respondí con prudencia—, porque dudo que jamás haya poseído tierras o propiedades.

—Si tu padre poseyó o no propiedades o si simplemente sirvió a la clase capitalista no tiene importancia —afirmó la camarada Ma con un tono de voz cada vez más agrio—. Para afiliarte a la Liga de la Juventud, debes reconocer que procedes de una familia reaccionaria y que has pertenecido a la clase explotadora: ése es el primer paso. No podrás trazar una línea divisoria para dejar atrás la contaminación de tu familia hasta que no hayas formulado una crítica contra tu padre; solamente entonces habrás demostrado que estás calificado para sumarte a la filas revolucionarias.

—Quiero reflexionar sobre ello —repliqué con repentina cautela—. Tal vez tengo que estudiar más.

Con esta conversación concluyó el asunto de mi afiliación al Partido.

En febrero de 1957, empezamos a estudiar el movimiento impulsado por Mao «Dejad que cien flores florezcan y que cien escuelas de pensamiento discutan». El

respaldo oficial a que salieran a la luz las opiniones discrepantes provocó un prudencial entusiasmo entre los estudiantes. En una asamblea multitudinaria en la universidad, acerca del muy difundido discurso del presidente del Partido sobre el modo de afrontar la disparidad de criterios del pueblo, se afirmó que los líderes del Partido dejarían de exigir adhesión y obediencia automática al régimen. De hecho, aquellos delegados del Partido que se habían encargado en el pasado de velar por el cumplimiento de las políticas oficiales, debían revisar ahora su propio «estilo de trabajo». A estos delegados se les exigiría que confesaran cualquier impulso de «autoglorificación» y estarían sometidos a las críticas de «las masas». Se nos anunció también que los estudiantes tendríamos que participar con entusiasmo en esta nueva Campaña de las Cien Flores, ya que debíamos criticar sin tapujos la labor del Partido con el fin de ayudar a corregir los errores y eliminar cualquier «tendencia errónea» que hubiera surgido en el pasado.

Aunque en el Instituto de Geología todos habían acogido de buen grado este relajamiento sin precedentes del control ideológico, los editoriales que publicó el *Diario del Pueblo* dejaban claro que eran pocos los que estaban respondiendo al llamamiento del presidente Mao para manifestar sus críticas. Las campañas políticas que se habían puesto en marcha a lo largo de los primeros siete años de régimen comunista habían evidenciado que el hecho de expresar opiniones personales podía acarrear consecuencias drásticas. Me parecía evidente que los artículos de periódico, que utilizábamos como materiales de estudio en nuestras reuniones de clase, trataban de disipar el temor de la gente a que este repentino cambio de política fuese una treta para hacer salir a la luz a todos aquellos que se oponían al Partido, y a que a la «primavera temprana» pudiese seguir una «repentina helada».

A lo largo de los meses de marzo y abril, los jefes del Partido en el Instituto nos siguieron alentando a expresar nuestras críticas con franqueza. Poco a poco, tanto los estudiantes como los profesores fueron adquiriendo mayor confianza. A medida que la cautela iba dando paso al entusiasmo, algunos estudiantes de mi clase confeccionaron carteles en los que expresaban sus preguntas y opiniones, audazmente escritas en hojas sueltas de los boletines del comité del Partido. Algunas veces, los estudiantes expresaban sus objeciones a la severidad con que se había conducido, en 1955, la Campaña para la Eliminación de los Elementos Contrarrevolucionarios, o se atrevían incluso a criticar la alianza ciega con la Unión Soviética. Yo no participé en la redacción cada vez más vehemente de estos carteles, pero me emocionó que, por fin, hubiera llegado el momento de mantener un auténtico debate al respecto.

En mi clase, la camarada Ma nos pidió encarecidamente que expresásemos nuestras opiniones sin reservas y con total libertad. Ahora que estaba a punto de culminarse «la transición al socialismo», insistió, los líderes necesitaban nuestras observaciones y nuestras críticas para mejorar la labor del Partido y poder contribuir así al progreso de nuestro país. Nos garantizó que no se tomarían represalias contra nadie por decir lo que pensábamos, y que no debíamos temer la reprobación por parte

del Partido. Algunos compañeros reaccionaron esforzándose en formular intrincadas preguntas sobre las relaciones internacionales y la política nacional. Me sumé a varios de esos debates, aunque una gran parte de mi atención se desviaba cuando me ponía a pensar en la inminente visita de Meihua a principios de abril o en el hecho de haber sido seleccionado para el equipo de béisbol que disputaría el campeonato interuniversitario de Pekín. Yo era uno de los dos jugadores seleccionados para representar al Instituto de Geología, y el apretado calendario de entrenamientos que me esperaba me dejaría poco tiempo para participar en actividades políticas: ya había empezado a entrenar seriamente para el campeonato nacional de béisbol, cuyo comienzo estaba programado para agosto y, por si fuera poco, había aceptado también entrenar al equipo femenino de béisbol con pelota blanda.

Meihua llegó el 3 de abril. Aunque se quedó los tres días en el dormitorio de chicas, encontramos varias ocasiones para pasear solos por el campus, abrazarnos y besarnos. Su visita nos permitió charlar sobre nuestro futuro. Cuando se marchó, esperé unos diez días a que llegara su primera carta, preguntándome por el insólito retraso de la correspondencia. Me explicó que estaba muy ocupada porque su facultad iba a cerrar antes de lo esperado, aunque había solicitado un puesto de trabajo en Pekín para estar cerca de su novio. Le escribí de inmediato, insistiendo en que hiciera lo posible por lograr ese puesto y prometiéndole que haría lo propio cuando me graduara en 1960, para que así pudiéramos casarnos y establecernos en Pekín. Al no recibir su respuesta enseguida, supuse que las últimas semanas de su programa de formación del profesorado habrían sido muy ajetreadas y que no habría tenido ni un momento libre para escribirme una carta.

3. Crímenes contrarrevolucionarios

Durante las semanas posteriores a la visita de Meihua, la camarada Ma no cesó de incitar a todos los alumnos de nuestro curso a que expresáramos nuestras opiniones públicamente a fin de contribuir a los esfuerzos del Partido para «rectificar» los errores cometidos con anterioridad. A mediados de abril de 1957, anunció la celebración de una serie de asambleas especiales para que pudiéramos exponer personalmente nuestros puntos de vista, dentro del espíritu de «apertura y debate» que fomentaba la Campaña de las Cien Flores. Del mismo modo que otros líderes del Partido, Ma nos aseguró que, al contrario que las campañas de lucha de masas que se habían lanzado en los últimos años, este movimiento de rectificación discurriría «con tanta delicadeza como una brisa o una leve llovizna». Por mi parte, seguía reservándome mis opiniones y, como era costumbre en mí, mantenía la discreción y una instintiva y permanente reticencia a participar en actividades políticas.

Durante la primera de estas asambleas especiales, me las arreglé para hablar en términos generales y evitar cualquier afirmación específica que pudiera desvelar mis opiniones. Antes de la segunda asamblea, solicité permiso para asistir a un partido de béisbol en Tiankín, a unos cien kilómetros de Pekín. Pero, el 2 de mayo, cuando pedí a la camarada Ma que me excusara de asistir al tercer debate debido a un importante entrenamiento de béisbol que tenía programado para la tarde del día siguiente, ella se negó: «No te queda más remedio que asistir mañana —declaró con firmeza y sin mirarme a los ojos—. Nadie puede faltar a la reunión: todos debemos colaborar por el bien del Partido».

El 3 de mayo llegué al aula a la hora fijada y tomé asiento, no poco sorprendido al notar que todas las miradas estaban pendientes de mí. Tras unas palabras de bienvenida, la camarada Ma se dirigió al auditorio con un tono de voz formal y frío:

—Camaradas y estudiantes, Wu Hongda no suele tener tiempo para participar en nuestras reuniones, pero hoy está aquí con nosotros. Sugiero que empecemos por oír sus ideas sobre la mejor forma de ayudar al Partido.

Todos estaban expectantes. Si hubiera asistido a más asambleas en las semanas anteriores y hubiera seguido más atentamente la orientación del debate, habría sabido cómo formular mejor mis propias observaciones. Sin embargo, aquella tarde tenía mis pensamientos puestos en el béisbol y la guardia baja, así que decidí responder con franqueza a la petición del Partido. En total, enuncié los diez problemas que en mi opinión requerían de una consideración.

—En primer lugar —comencé, mirando directamente a Ma—, empiezas todas las reuniones, al igual que has hecho hoy, dirigiéndote a dos grupos de personas, haciendo una distinción entre «camaradas» y «estudiantes». No entiendo por qué atribuyes un estatus inferior a algunas personas, cuando el presidente Mao ha dicho

que todo aquel que desee participar en la construcción del socialismo ha de ser considerado camarada. Cuando salimos del campus, incluso cuando vamos a comprar una taza a la tienda cooperativa de aquí al lado, todo el mundo nos llama camaradas, pero en clase es distinto. Es como si, al establecer esas diferencias, quisieras insinuar que algunos de nosotros pertenecemos a una segunda categoría.

Después critiqué la dureza de la campaña política de 1955 contra los contrarrevolucionarios.

—No estoy muy al tanto de la Campaña para la Eliminación de Elementos Contrarrevolucionarios —dije—, pero sé que con aquella campaña se hizo daño a algunas personas inocentes, como mi hermano mayor. El Partido Comunista debe cargar con la responsabilidad de sus acciones.

Yo mismo no supe nada de las dificultades que había tenido que superar mi hermano hasta octubre de 1955, cuando se detuvo en Pekín para pasar conmigo una noche, en el camino desde su universidad en Qingdao a su primer destino profesional en Mongolia interior. En aquella ocasión, apretujado junto a mí en la litera superior del abarrotado dormitorio universitario, con aspecto apagado y pocas ganas de hablar, sentí que mi hermano había cambiado. Como apenas un mes antes había iniciado mis estudios en Geología, hablé con entusiasmo sobre mi futuro profesional, pero mi hermano no hizo ningún comentario. Entonces, le pregunté por qué le habían destinado a trabajar en una de las provincias más remotas y atrasadas de China. Respondió con brusquedad que a él no le importaba trabajar duro y que no podía quejarse porque, al menos, le habían encomendado una misión y le habían permitido mantener su condición de miembro de la Liga de la Juventud Comunista.

Hasta la mañana siguiente, al acompañarlo a la estación de tren, no me contó que lo habían detenido durante cinco meses por ser objeto de una «investigación». Poco antes de licenciarse, en junio, algunos delegados del Partido, encargados de encabezar en su universidad la ofensiva para eliminar a los «contrarrevolucionarios ocultos», le habían acusado de «mantener conversaciones ilícitas con extranjeros», apoyándose en algunas cartas que él había recibido ocasionalmente de nuestra hermana mayor y de un antiguo compañero de colegio que también vivía en Hong Kong.

—Me acusaron de ser un espía —dijo—, entonces me llevaron a un aula pequeña, me pegaron y me interrogaron día y noche sobre el tipo de relación que mantenía con mi hermana y con mi amigo. Si hubiera tenido un cuchillo, habría intentado asesinarlos, y aún hoy mismo lo haría.

Impresionado por la rabia con la que hablaba mi hermano, traté de calmarlo. Le dije que la terrible experiencia por la que había tenido que pasar ya había terminado, y que debía intentar olvidar aquel episodio. Pero en realidad fui yo quien nunca lo olvidé, y cuando empecé a enunciar mis críticas al Partido Comunista durante aquella reunión de 1957, aún resonaba en mis oídos la indignación que impregnaba el tono de voz de mi hermano.

A medida que hablaba observé que algunas personas tomaban notas, y que la camarada Ma, cumpliendo sus funciones de secretaria de la Liga de la Juventud Comunista, no dejaba de garabatear en su cuaderno rojo. No sé cómo no caí en la cuenta de que aquello era una señal para que fuese más prudente con mis comentarios, pero en aquel momento no se me pasó por la cabeza que el clima de apertura cambiaría, y continué embaldado hasta concluir mi perorata de ocho puntos más. Me marché del aula cansado pero satisfecho de haber hablado con sinceridad y haber cumplido con mi deber para con el Partido.

A mediados de mayo, lo que había comenzado como un goteo se había convertido ya en un aluvión de críticas. Esta situación obligó a los dirigentes del Partido a emitir una directiva, el 19 de mayo, por la que se decretaba la suspensión de las clases universitarias en toda la ciudad con el fin de que los estudiantes y los profesores pudieran dedicar todo su tiempo a participar en el movimiento de rectificación. En los mítines y manifestaciones de todos los campus, los jóvenes airados exigían que se redujeran las competencias administrativas de los delegados del Partido en las facultades y se atenuase la influencia de la Unión Soviética en el plan de estudios y los métodos de enseñanza. Una tarde, al cruzar el campus de Qinghua de camino al estadio de atletismo donde iba a asistir a un partido de béisbol, observé a algunos grupos de estudiantes en las aceras, gritando y haciendo gestos ostentosos. Habían colgado carteles en los tableros de anuncios y en las paredes de varios edificios, pero no tenía tiempo de detenerme a leerlos. En realidad, lo único que me interesaba en aquel preciso momento era el partido de la fase final, en el que, el equipo del Instituto de Geología logró la victoria en el campeonato de Pekín por segundo año consecutivo.

Tras la suspensión de las clases en mayo, nuestros instructores políticos nos recomendaron que nos dedicásemos a estudiar todos los días los documentos y los editoriales que se publicaban en el *Diario del Pueblo*, a leer todos los carteles y a participar en las reuniones. Tan acalorados habían sido los debates, tan intensa la rivalidad entre los estudiantes por ofrecer sus críticas, que, incluso, habían surgido riñas por el espacio disponible para colgar carteles en las paredes de nuestro campus, y discutían entre ellos sobre quién había tapado el cartel de quién. Fue entonces cuando comencé a alarmarme por el prolongado silencio de Meihua.

Como nunca había pasado tanto tiempo sin que respondiera a una de mis cartas, me preocupaba que a su regreso a Jinan hubiera podido padecer alguna enfermedad o problema emocional. Los días transcurrían penosamente: a primera hora de la mañana se difundían comunicados por los altavoces del campus acerca del movimiento de rectificación; luego, por la tarde, había que acudir al auditorio a escuchar más comunicados de ese tipo a cargo de los funcionarios del Partido enviados por el Ministerio de Propaganda o por el Gobierno de la ciudad; y, por último, teníamos que reunirnos por la noche en las aulas para debatir en grupos

reducidos sobre los mensajes que habíamos escuchado a lo largo del día. Todos aquellos debates me parecían insoportablemente aburridos.

Cuando, finalmente, el 24 de mayo, llegó la carta que esperaba de Meihua, la abrí enseguida. Habían transcurrido cinco semanas desde la última vez que nos habíamos visto. Después de decirme que se encontraba bien y que no debía preocuparme por ella, me anunciaba que lo que había ocurrido entre nosotros era parte del pasado y que debía olvidarlo. Al leer aquellas palabras, mi mundo se derrumbó. Una y otra vez me preguntaba qué habría ocurrido, qué podría haberla conducido a tomar una decisión así, sin previo aviso. No podía imaginar ninguna razón para que sus sentimientos por mí hubieran cambiado tan radicalmente. Sus palabras sonaban tan frías, tan inesperadas, que me asaltaron los temores de que estuviera atravesando por algún problema terrible, algún disgusto emocional tan grave que incluso le hubiera hecho pensar en el suicidio.

Dos días más tarde, preso de una gran ansiedad, golpeé en la puerta del decano de mi facultad, un bondadoso anciano que siempre me había tratado con respeto. Le mostré la carta de Meihua y le rogué que me permitiera viajar a Jinan para enterarme de lo que le había ocurrido a mi novia. Le dije que temía que la angustia de Meihua la pudiera empujar al suicidio. Tras escucharme, el decano me concedió enseguida el permiso para ausentarme durante cinco días. Sabía que tenía que solicitar también la autorización del secretario del Partido de mi departamento, pero no me podía exponer de ningún modo a que me lo denegara, así que, a primera hora de la mañana siguiente, fui a todo correr a la estación de tren y compré un billete para el trayecto de diecisiete horas hasta Jinan. A las ocho de la mañana siguiente estaba frente a la puerta de la facultad de Meihua.

Todas las chicas de su dormitorio parecían hacer las maletas. Había ropa esparcida sobre las literas y el suelo estaba cubierto de papeles. Meihua me miró alarmada.

—¿Pero qué haces aquí? —preguntó. Se la veía estresada, confundida y preocupada.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté con la carta en la mano. Avergonzada por mi pregunta delante de sus compañeras, me llevó afuera.

—No pasa nada, todo está bien —replicó atropelladamente—. Conseguí un puesto de trabajo en Pekín, y ahora mismo estoy muy ocupada. El colegio cerrará en dos días, así que tienes que regresar, no te puedes quedar aquí.

—¿Qué te ha impulsado a escribir una carta como ésta? —insistí.

—Nada importante y, de todas formas, no tengo tiempo de hablar sobre ello ahora. Espérame en la estación después del almuerzo. Te iré a despedir.

Di algunas cabezadas en un banco de madera de la estación hasta que llegó Meihua.

—Ya ves que no pasa nada, así que, por favor, vuelve a tu facultad —insistió—. Mi viaje es pasado mañana. Pasaré dos semanas en casa y, después, iré a Pekín a

reunirme contigo.

Tomé impulsivamente la decisión de ir a Shanghai y esperarla allí.

—No puedo volver hasta que sepa qué ha ocurrido —repliqué yo, sin dar importancia al hecho de que mi permiso de viaje fuese a expirar antes de regresar a la universidad.

Aquella noche, monté en un tren con destino a Shanghai y esperé allí a Meihua con impaciencia. El día previsto para su llegada, la llamé dos veces por teléfono a casa de sus padres y luego fui a casa de su hermana, pero todo fue en vano. A la tarde siguiente, me telefoneó para explicarme con toda serenidad que se había detenido a pasar la noche en Nankín para visitar a un compañero de clase.

No podía comprender su conducta. ¿Cómo podía retrasarse cuando sabía que la estaba esperando? Me aseguró que hablaríamos por la mañana, una vez que hubiese descansado; pero cuando nos encontramos al día siguiente, eludió nuevamente mis preguntas. En un momento dado, me preguntó impasible si aún guardaba el collar con la moneda de plata grabada con las palabras «Te amo» que ella me había regalado el verano anterior al separarnos. Lo saqué de mi bolsillo y le aseguré que lo guardaba siempre cerca de mí. Ella me lo cogió de la mano, aduciendo que iba a darle lustre para quitarle la pátina oscura que tenía.

Por si fuera poco, cuando regresé a casa aquella noche, me encontré con que habían llegado dos mensajes de la universidad: una carta certificada y, por la tarde, un telegrama; en ambos se me pedía que regresara a Pekín de inmediato porque mi permiso había terminado. Mis padres se alarmaron.

—¿Te ha ocurrido algo? —me preguntó mi madrastra—. ¿No te han dado permiso en la universidad para ausentarte?

Traté de disipar sus temores mostrándoles la carta firmada por el decano, pero, a la mañana siguiente, llegó otro telegrama. Esta vez el secretario regional de la Liga de la Juventud me ordenaba taxativamente que regresara para unirme al movimiento.

—Debes regresar de inmediato —insistió mi padre—. Y abre bien los ojos en Pekín. Sé discreto y guarda silencio. De lo contrario, podrías arruinar tu vida por completo.

Telefoneé a Meihua y le pedí que viniera a despedirme a la estación. Cuando nos encontramos, tenía una cara inexpresiva y, de nuevo, sorteó mis preguntas asegurándome que nos veríamos dos semanas después en Pekín.

—¿Dónde está mi collar? —le pregunté cuando el tren estaba a punto de salir.

—Vaya, he olvidado traerlo —respondió ella, desabrochándose del cuello el collar con el crucifijo de plata que había sido mi regalo de despedida para ella—. Llévate éste. Yo me quedo con el tuyo hasta que nos volvamos a ver.

Me dijo adiós con la mano cuando el tren se puso en marcha. Durante todo el trayecto traté de encontrar alguna razón que explicara sus evasivas y su rechazo. Cuando llegué a Pekín, estaba agotado y deprimido.

—Así que has vuelto —dijo Ma con brusquedad a la mañana siguiente, cuando nos encontramos en la cafetería. Me había ausentado durante nueve días—. Debes presentarte a una reunión mañana a las dos en punto.

Era el 5 de junio de 1957. Aquel mismo día, nada más regresar, supe que se había lanzado una campaña en mi universidad contra aquellas personas que habían criticado al Partido. El *Diario del Pueblo* ya había empezado a emplear el término «derechista contrarrevolucionario» para referirse a aquellas personas con opiniones independientes. Las mismas personas a las que antes había invitado e incluso conminado a expresarse, eran ahora censuradas por oponerse a la «línea revolucionaria» y al sistema socialista. Al parecer, el volumen y la intensidad de las críticas que aparecieron tanto en los comentarios vertidos en los periódicos como en los campus de las universidades habían excedido los cálculos de Mao, el presidente del Partido. Al ver que corría peligro el prestigio y la autoridad del Partido y de sus dirigentes, estos mismos habían empezado a tomar medidas enérgicas «contra los derechistas». Ya antes de viajar a Shanghai, unas cuantas personas habían sido «tachadas» de «burgueses derechistas» y aisladas con el fin de someterlas a toda clase de críticas y reprobaciones y subrayar la gravedad de sus delitos políticos.

El 6 de junio, en cuanto me senté en el aula, la camarada Ma tomó la palabra. Nunca le había oído emplear un tono tan gélido.

—Hoy vamos a hablar de Wu Hongda —declaró—. En primer lugar, vamos a pedirle que explique su ausencia. Al parecer, ha pasado nueve días fuera de Pekín sin permiso para evitar el movimiento de rectificación. Ahora que ha vuelto, tiene que someterse a las críticas. En segundo lugar, le vamos a pedir que explique las perniciosas palabras que pronunció aquí el 3 de mayo.

Sentí un escalofrío al caer en la cuenta de que la reunión de crítica estaba enteramente consagrada a mí. El camarada Kong, el miembro de la Liga que estaba a cargo de la propaganda del Partido en nuestra clase, intervino siguiendo la misma línea que había marcado la camarada Ma:

—¿Por qué Wu Hongda trató de escapar del movimiento de rectificación cuando todo el mundo entiende lo importante que es esta campaña para la vida política del país? —preguntó con dureza—. Creo que la respuesta es que tiene miedo de cometer errores y quiere evitar las críticas. También pienso que es un embustero. Todos podemos ver que ha engañado al Partido y que no ha dicho la verdad acerca de sus acciones ni sus ideas.

Ni mi explicación acerca de la aparente angustia de Meihua ni tampoco mi protesta de que había obtenido el permiso del decano antes de marcharme, tuvieron consecuencia alguna. Los seis o siete activistas que había en el aula corearon al unísono que había viajado a Shanghai sin el permiso de la Secretaría del Partido, que no había respondido a la carta certificada, y que únicamente había regresado al campus bajo la presión de los dos telegramas que recibí. Así pues, tenía que confesar

que mi auténtico propósito había sido escaparme de allí en el momento de máximo auge del movimiento político.

—El resto de nosotros acogimos con buenos ojos las enseñanzas del presidente Mao, y nos hemos esforzado por ayudar al Partido a corregirse a sí mismo, pero todos recordamos lo que Wu Hongda dijo en mayo —acusó un miembro de la Liga—. ¡Ésas ideas son perniciosas y demuestran que Wu Hongda se opone a los objetivos del socialismo!

Aumentó la tensión que se respiraba en el ambiente. Me di cuenta de que la abrumadora mayoría de la audiencia estaba en mi contra. Ninguno de los presentes se atrevía a contradecir las denuncias de los seis o siete estudiantes en los que confiaban los líderes. La reunión terminó de golpe a las cinco en punto con las conclusiones de Ma:

—Wu Hongda —dictaminó con una voz tensa—, procedes de una familia de clase burguesa, y tienes que rendir cuenta de tus muchas ideas y acciones de carácter burgués. Debes ser honesto y hacer una profunda autocrítica ante el Partido. Dentro de una semana habrás de entregar una autocrítica ideológica que constará de dos partes: en la primera, analizarás tu fuga y en la segunda, tus ideas ponzoñosas.

—¡No utilices la palabra «fuga»! —interrumpí yo.

Ma, con la mandíbula rígida, se levantó de la mesa situada en la parte frontal de la sala:

—Ahora no tienes la palabra —gritó. Nunca le había visto una expresión tan rígida—. Escribe tu autocrítica y entrégala en la Secretaría del Partido.

Como no quería unirme a mis compañeros, que se dirigían a la cafetería, estuve un rato a solas, dando vueltas por el campus, tratando de averiguar lo que estaba ocurriendo: «¿Por qué me había dejado mi novia? ¿Por qué se me criticaba a mí en particular? ¿Por qué mis compañeros habían adoptado una actitud hostil conmigo?». Rabioso y disgustado, decidí que en la autocrítica asumiría mi responsabilidad por haber prolongado más de cinco días mi viaje, y que admitiría que necesitaba dedicar más horas al estudio de las enseñanzas del presidente Mao, pero nada más. Era obstinado, y pensaba que no había hecho nada malo. Volví a mi habitación, escribí tres páginas, y se las entregué a Ma aquella misma noche.

Dos días más tarde, ella y Kong me devolvieron la autocrítica porque la juzgaban insatisfactoria.

—Hay varios momentos en que tu relato no es veraz —afirmó Ma—. Tú te escapaste y, al contrario de lo que sostienes, a tu novia no le pasa nada, incluso tiene un trabajo; así que tal vez tu viaje fue una argucia. Dispones de una semana más para reescribir tu autocrítica.

El calendario de actividades me salvó del compromiso. Todos los estudiantes de segundo año tuvimos que partir el 30 de junio para realizar una investigación de campo durante dos meses en la delegación regional que el Instituto de Geología tenía a unos cincuenta kilómetros al suroeste de Pekín, cerca de Zhoukoudian, el famoso

sitio arqueológico donde se descubrió el Hombre de Pekín. Unos cinco estudiantes de mi clase y yo habíamos sido criticados por cometer acciones o mantener opiniones erróneas. Durante los preparativos de salida, se pasó por alto la revisión de mi autocrítica, y una vez que dejamos atrás Pekín, pudimos olvidarnos temporalmente del movimiento de rectificación. Entre mis compañeros de clase, los activistas políticos más comprometidos mantuvieron las distancias conmigo porque no querían relacionarse con nadie que hubiera sido acusado de oponerse al sistema socialista, pero en aquel lugar tan alejado del resto del mundo, donde no recibíamos correspondencia alguna y donde hasta el *Diario del Pueblo* llegaba con dos días de retraso, el resto de nosotros agradecimos dejar atrás las tensiones que la campaña contra los derechistas había provocado.

Todos los días, nuestros líderes nos enviaban por parejas a que aprendiéramos a manejar el equipo de perforación, a medir los estratos geológicos o a ensayar técnicas de sondeo de terreno. La camarada Ma, que era mi compañera habitual, me recordaba de vez en cuando que debía emplearme a fondo en revisar mi autocrítica, pero cuando trepábamos por los riscos se le atemperaba el carácter y, de hecho, parecía aliviada de poder hablar sobre el paisaje, los lugareños que íbamos conociendo, el trabajo que teníamos que hacer y cosas por el estilo. Después de las ocho semanas de prácticas de campo, me dio permiso para tomarme dos semanas de vacaciones, junto al resto de los compañeros, para que pudiera regresar a Shanghai.

Una vez en casa, hablé con mis padres sobre la situación en que me encontraba. Mi padre había seguido de cerca en los editoriales y en las noticias de los periódicos el creciente furor del movimiento antiderechista. Pensaba que mis problemas políticos eran graves y temía que tuviera que pagar un precio por mi franqueza. Me dijo que no fuera tan rebelde, que no me opusiera a la autoridad del Partido: «Sé que eres muy fuerte, muy testarudo, pero esta vez también tienes que ser prudente», me advirtió. A mi madrastra también le daba la impresión de que corría peligro. Aunque estaba convaleciente a causa de unas fiebres tuberculosas y una serie de dolorosas extracciones de muelas, dejaba entrever lo mucho que le preocupaban los problemas económicos por los que atravesaba la familia, y lamenté tener que agobiarla con más preocupaciones.

A finales de agosto, el hecho de pensar en regresar a Pekín me asustaba. Meihua no me había vuelto a escribir ni había regresado a Shanghai, y las dos conversaciones que tuve con su hermana no arrojaron luz sobre su paradero ni sobre por qué había puesto fin a nuestro compromiso. Me sentía abatido. Mi padre se ofreció a acompañarme a la estación. Después de caminar juntos una manzana, le pedí de repente que me esperara un momento, di media vuelta, y salí corriendo con la excusa de que me había olvidado algo en casa. Al llegar, subí a toda prisa las escaleras y, cuando entré en la habitación de mis padres, mi madrastra me dijo:

—Ya sabía que volverías.

Asombrado de oír esas palabras, la miré a la cara: tenía los ojos hundidos, la piel de un color pálido y la cara demacrada. Sobrecogido por la emoción, me acerqué para estrechar sus delgados hombros en un torpe abrazo:

—No te preocupes por mí. Cuídate.

Ambos sentíamos que ésta sería probablemente nuestra despedida final.

La campaña contra los derechistas llegó a su punto culminante en el Instituto de Geología a mediados de septiembre, después de que los estudiantes y los profesores regresaran de la investigación de campo durante el verano. Los líderes del Partido habían escogido uno por uno a aquellos a quienes pretendían acusar. A finales de septiembre, Zhang Baofa, uno de mis compañeros de clase, hijo de un terrateniente y crítico habitual del Partido durante el movimiento de rectificación, fue «anatematizado» o etiquetado como «reaccionario». Un día vi a la hora del almuerzo los carteles colgados en el tablón de anuncios en los que se denunciaban sus «crímenes derechistas contrarrevolucionarios». Aquella tarde todos teníamos que asistir a una importante asamblea disciplinaria. En los preliminares de la reunión, la camarada Ma me pidió que tomara la palabra para formular mis observaciones sobre el caso. Rehusé, alegando que ya no recordaba cuáles eran las opiniones de Zhang. No obstante, minutos después, volvió a pedírmelo. Puesto que mis veintiocho compañeros de clase ya habían hablado, estaba obligado yo también a «expresar mi posición». Saliéndome por la tangente, dije que no podía recordar ninguna de las afirmaciones de Zhang, pero que, tras oír las opiniones manifestadas por mis compañeros, pensaba que sus opiniones eran incorrectas y que se había opuesto al Partido Comunista. Tras lograr una conclusión unánime, la camarada Ma dio por terminada la reunión.

Una semana más tarde, me enteré de que Liu, otro estudiante de mi curso, había sido también denunciado al Partido por alguno de sus compañeros de clase, quien, al parecer, había declarado ante la oficina regional del Partido que el diario personal de Liu contenía pensamientos «reaccionarios» y antisocialistas. Después de la investigación correspondiente, también él fue acusado de derechista contrarrevolucionario. Al día siguiente, Ma y Kong me pidieron que les entregase mi propio diario. Molesto y preocupado, repliqué que mi diario era un asunto exclusivamente personal, que en él no había escrito nada más que reflexiones acerca de mis relaciones personales. No obstante, siguieron presionándome: «Si lo que dices es cierto —replicó Ma—, entonces, no tendrás ninguna objeción en mostrárnoslo. No te vamos a acusar por tus sentimientos personales. Queremos ayudarte, y ésta es la oportunidad de que demuestres tu inocencia». En realidad, no había escrito nunca nada de carácter político ni remotamente parecido en mi diario, pero sí había vertido en él algunos de mis sentimientos más profundos acerca de Meihua, y me había prometido solemnemente a mí mismo impedir a toda costa que el Partido metiera sus narices en la única esfera privada de mi vida que aún me quedaba.

Finalmente, Kong golpeó la mesa con fuerza.

—Puesto que persistes en rechazar la ayuda del Partido, ya no te lo exigimos sino que te lo ordenamos taxativamente: entréganos tu diario.

No podía desafiar una orden del Partido, así que no tuve elección. Tres días después me devolvieron el diario sin hacer ningún comentario. Sabía que de haber encontrado alguna afirmación contrarrevolucionaria habrían conservado mi cuaderno como prueba. Todo este episodio me irritaba profundamente.

—No me creáis, pero, como ya os advertí, no habéis encontrado nada —grité—. Habéis violado la Constitución y mis derechos obligándome a entregaros un simple diario personal.

Ma se levantó.

—No sé si te das cuenta de lo que acabas de decir —dijo con actitud amenazante—: ¿estás acusando al Partido Comunista de violar la Constitución?

—No es al Partido a quien estoy acusando, sino a ti —repetí—. Has violado mis derechos.

Aquel incidente pasó, pero las presiones aumentaron cuando Ma me ordenó que presentase la autocrítica ideológica que no había terminado en junio. Además de explicar mis acciones y opiniones contrarrevolucionarias de carácter derechista, ahora tenía que añadir todos los pormenores sobre las influencias ideológicas que habían determinado mi infancia, así como otros detalles sobre mi vida familiar, mi experiencia escolar en el colegio de enseñanza secundaria y mi adscripción de clase. El hecho de oír una acusación tan grave justo después del incidente del diario me asustó de verdad. Sabía que si se me acusaba realmente de haber cometido acciones contrarrevolucionarias podría terminar en un campo de trabajo del interior del país o, incluso, en prisión.

Las palabras que Ma pronunció en octubre indicaban que se habían agravado las acusaciones que pesaban sobre mí, y el hecho de que hubiera empleado la palabra «derechista» al formularlas me sacaba de mis casillas. El Partido podía estar en desacuerdo con mis puntos de vista, pensé, pero yo nunca había hecho nada malo ni cometido ningún delito. Ciertamente, no me veía como un enemigo del sistema socialista y no comprendía por qué me habían marcado con una etiqueta política de semejante trascendencia. Deseaba sinceramente esforzarme para trabajar por mi país, y me parecía ridículo que alguien pudiera considerarme un «enemigo del pueblo». No me di cuenta entonces de que cada universidad y departamento había hecho su propio cálculo del número de derechistas que tenían entre sus estudiantes, y que la tarea del Comité del Partido consistía ahora en seleccionar las personas a las que habría que denunciar.

El 20 de octubre a la hora de comer, una semana después de haber entregado mi autocrítica, un grupo de estudiantes arremolinados frente al tablón de anuncios colgado a la salida de la cafetería, al verme llegar, se retiró para dejarme paso, sin decir una palabra pero sin dejar de mirarme como entre inquietos y avergonzados. Entonces reparé en el cartel, escrito con grandes letras, en el que se anunciaba: «Los

delitos contrarrevolucionarios de Wu Hongda». Bajo ese titular, en seis hojas de papel verde claro de tamaño de periódico, se enumeraban, una a una, las ofensas que yo había supuestamente cometido. Mis ojos volvían una y otra vez a la gran X roja que tachaba mi nombre. Esta X se reservaba normalmente para los criminales que habían sido ejecutados, pero en este caso indicaba que había sido apartado de las «filas del pueblo» y relegado a la condición política de paria y enemigo del pueblo.

El cartel había atraído una atención poco corriente porque, como capitán del equipo masculino de béisbol que participaba en el torneo y entrenador del equipo femenino, era bastante conocido en el Instituto de Geología. Repasé velozmente las muchas acusaciones que se me imputaban, entre otras, la de haberme escapado de la universidad sin permiso, la de haber manifestado opiniones contrarrevolucionarias, y la de haber atacado directamente al Partido con la afirmación de que no respetaba la Constitución. Pero lo que más me dolió fue que dos compañeros del equipo de béisbol, mis únicos amigos en el Instituto de Geología, hubiesen declarado lo siguiente: «Queremos denunciar al contrarrevolucionario Wu Hongda por guiar a nuestro equipo en una dirección capitalista». No me podía ni imaginar qué querían decir con aquella acusación porque yo había formado el equipo sin ayuda de nadie, seleccionando y entrenando yo mismo a los jugadores. Aquellas palabras me helaron la sangre. Me quedé petrificado hasta que alguien me tocó en el brazo para devolverme un tenedor que llevaba en la mano y que había dejado caer sin darme cuenta.

En otoño de 1957, más de un centenar de profesores y cuatrocientos estudiantes, de un total de cinco mil matriculados en el Instituto de Geología, fueron tachados de derechistas. Aparte de mí, otros doce estudiantes de tercer curso del Departamento de Ingeniería Geológica fueron igualmente acusados. Hubo distintas maneras de reaccionar ante la vergüenza y el miedo de ser considerados enemigos políticos. La mayor parte de ellos simplemente agacharon la cabeza y aceptaron el oprobio que les llovía encima; y algunos otros, yo entre ellos, nos enfrentamos a los jefes del Partido y protestamos por la injusticia de las acusaciones que se nos imputaban. Sin embargo, otros cayeron en la desesperación. Un día, a finales de octubre, un estudiante de cuarto curso se las arregló para trepar hasta la boca de la inmensa chimenea del edificio donde estaban las calderas. Los guardias de la universidad y el secretario del Partido se turnaron con sus compañeros de clase para tratar de persuadirle a gritos, con un megáfono, de que bajara de allí. Él respondió que saltaría a no ser que aceptaran no incriminarlo como derechista. No obstante, ellos se negaron, y, cuando la brigada de bomberos de la universidad empezó a trepar por la chimenea para agarrarlo, el muchacho saltó al vacío y murió en el acto.

En enero de 1958 no había nadie que no supiese que todos los que habían sido etiquetados como derechistas en todo el país serían castigados pronto por ello. Para evitar incidentes en las calles antes de dictar las sentencias, las autoridades universitarias impusieron un estricto control en los campus sobre todos los

derechistas. Los estudiantes imputados podían seguir asistiendo a las clases, acompañados por un miembro del Partido, pero por las tardes y los fines de semana éramos confinados en un aula para escribir resúmenes sobre nuestras ideas y recibir doctrina política.

A principios de febrero de 1958, a medida que se aproximaban las vacaciones de primavera, se anunció la convocatoria de una asamblea para los ciento cincuenta estudiantes que integrábamos el tercer curso. En la tribuna estaba sentado Wang Jian, el delegado del Partido responsable de la educación política en el Departamento de Ingeniería Geológica e Hidrología. El secretario provincial del Partido, sentado junto a él, pronunció los nombres de doce de los treces estudiantes que habíamos sido acusados de derechismo en nuestro curso y nos ordenó que nos dirigiésemos a una sala separada. Allí, custodiados por unos diez miembros del Partido y un guardia, aguardamos bajo una gran presión a que nos llamaran. Después, nos hicieron pasar uno por uno a un aula más pequeña, donde el vicesecretario delegado del Partido nos esperaba sentado tras un montón de papeles apilados sobre una mesa.

Cuando me llegó el turno, el vicesecretario cogió la hoja de papel que estaba encima del montón y empezó a leer la lista de acusaciones: «Como representante del Partido Comunista, voy a dictar el fallo de este tribunal en relación con los cargos que se le imputan como derechista contrarrevolucionario, que son los siguientes:». Y leyó la lista completa. Yo esperé a que terminara, sabiendo que ser declarado culpable de los más graves delitos derechistas suponía el arresto inmediato. «Su delito no es tan grave —siguió diciendo—, pero su actitud es deplorable. La sanción que se le impone es permanecer en el recinto universitario bajo la supervisión del pueblo». Me obligó a firmar dos copias del fallo, y luego me ordenó que volviera a la gran sala donde el secretario provincial del Partido nos fue llamando al estrado uno a uno. En voz alta y ante la asamblea de los estudiantes de tercer curso, leyó el acta del castigo que se nos había impuesto. Antes de disolver la asamblea, ordenó que los estudiantes derechistas regresáramos al aula pequeña. Allí, el guardia nos dividió en dos grupos con arreglo al tipo de sanciones que debíamos cumplir. Ya se habían llevado a Zhang Baofa, el único de todos nosotros a quien se le había impuesto la máxima sanción, el arresto inmediato. El castigo más leve, el simple baldón de derechista, recayó sobre una de las estudiantes, quien, tras recibir el permiso del delegado para volver a su dormitorio, casi temblaba de alivio y gratitud al salir por la puerta. A otros cinco de los once acusados restantes se les sancionó con la expulsión de la universidad y el cumplimiento de trabajos bajo la supervisión de las clases trabajadoras. El guardia los condujo hasta sus dormitorios para que empaquetaran sus pertenencias antes de ser enviados al campo donde se tendrían que someter a un régimen disciplinario que implicaba duras tareas de carácter corporal. Los seis restantes aguardamos el veredicto correspondiente.

El secretario provincial del Partido leyó la normativa que regulaba las tareas que debíamos cumplir los estudiantes derechistas dentro del recinto universitario:

teníamos que escribir una autocrítica ideológica cada semana, obedecer en todo momento y reformarnos sinceramente, además, se nos prohibía salir del campus durante las vacaciones de primavera. Estábamos obligados a permanecer dentro del recinto de la universidad y empezar nuestra rehabilitación.

El hecho de tener que quedarnos durante las vacaciones hizo que los seis castigados nos sintiéramos deprimidos y solos. Cuando nuestros compañeros se marcharon a sus casas, nos sentábamos todas las mañanas en un aula a leer periódicos y a escribir y rescribir nuestras autocríticas. A mediodía, recibíamos las instrucciones de las tareas que debíamos realizar. El primer día, Pan, el delegado del Partido responsable de supervisarnos, nos ordenó que saliésemos a cazar ratas para mejorar la limpieza del campus. Cuando protestamos que era imposible encontrar ratas en invierno, nos dijo que, en vez de ello, atrapásemos un mínimo de cincuenta moscas cada uno; y añadió que él se tomaba este cometido muy en serio y que si no cumplíamos con nuestra obligación con el Partido, tendríamos que afrontar graves consecuencias. Pronto descubrimos que en febrero hasta las moscas eran difíciles de encontrar, por lo que, antes del final de la tarde, le pregunté a Pan si los gusanos, que eran larvas de moscas, podrían servir para cumplir con el cupo que nos había asignado, y él aceptó.

Mientras buscábamos las moscas que inicialmente nos había pedido, algunos de nosotros descubrimos detrás de las letrinas un pedazo de tierra reblandecida a causa de la extracción de excrementos que se llevaba a cabo todas las noches, donde reptaban miles de gusanos. La tierra olía muy mal, pero bastaba con levantar algunos terrones para recoger en tan solo unos minutos el número de gusanos que nos habían exigido. Contábamos cuidadosamente hasta sumar los cincuenta gusanos —y algunos días, incluso, cincuenta y cinco o cincuenta y seis para demostrar nuestra devoción por el trabajo—, los envolvíamos en un papel, y nos íbamos a sentar durante un par de horas detrás de los edificios que albergaban las aulas. Allí, a refugio del viento, podíamos relajarnos, charlar un rato y disfrutar de los tenues rayos del sol invernal.

Mi vida dio un vuelco después de aquel episodio. A un derechista como yo lo sometían a una vigilancia rigurosa y constante, y Kong era el guardián que habían asignado para este cometido. Ambos sabíamos que si él cumplía satisfactoriamente con esta tarea, podría concluir su periodo de prueba como futuro afiliado del Partido y hacer el juramento de lealtad que lo convertiría en miembro de pleno derecho. Así pues, le era imprescindible tenerme bien vigilado. Me seguía a la cafetería, al dormitorio, incluso a las letrinas. Únicamente podía ir a clase o a la biblioteca por las tardes si se lo comunicaba previamente, y no podía salir del recinto universitario en ningún momento. Comía solo, separado de mis compañeros porque ninguno de ellos se habría atrevido a relacionarse con un enemigo del Partido. Me sentaba en la parte de atrás del aula, porque había perdido el privilegio de formular observaciones o preguntas en clase. No asistía a más reuniones de curso ni participaba en ninguna otra actividad, aunque lo peor de todo fue que me expulsaron del equipo de béisbol, y no

me permitieron jugar durante la primavera. Nadie hablaba conmigo; me convertí en un ser invisible.

En junio de 1958, todos los estudiantes de tercer año viajaron a la provincia de Shandong para cumplir con su segundo periodo de investigación de campo, un viaje al cual fuimos autorizados incluso los derechistas. Durante más de cinco meses en el campo, me encontré con una China distinta a la que había conocido. No había convivido nunca antes con los campesinos, aunque constituyen el ochenta por ciento de la población, viven en un mundo irreconocible para los intelectuales criados en las ciudades. Nunca vi ni electricidad ni agua corriente en las excursiones que hacíamos caminando de un pueblo a otro; ni tampoco a nadie que comiera carne. Lo que sí pude ver fue a algunas personas cubiertas de liendres que carecían de medio alguno para lavarse. Me di cuenta de que éstas eran las condiciones de vida habituales de la gente del campo, no las que yo había conocido en Shanghai y Pekín. El hecho de vivir en las casas de los campesinos más pobres me hizo cambiar de forma de pensar: comprendí por primera vez que me había conducido de un modo egoísta en el pasado y que, al no reflexionar sobre ello, me había opuesto realmente a los objetivos que propugnaba la revolución china. No se lo confesé a nadie, pero reconocí en mi fuero interno la legitimidad del cargo de contrarrevolucionario que pesaba sobre mí. Admití internamente la infamia que había cometido.

Al regresar a la universidad, en el mes de diciembre de 1958, pedí mis sinceras disculpas al Partido y al pueblo cuando se presentó la primera oportunidad de formular una autocrítica. Había sido egoísta, escribí. Había sido criado en una familia pudiente, había llevado una vida confortable y solamente me habían preocupado el estudio y los deportes, actividades que daban la espalda a las auténticas necesidades del pueblo. Admitía los errores que había cometido y esperaba que el Partido aceptara mis sinceras disculpas. No obstante, mientras escribía esta retractación, comprendía que cambiar de postura no modificaría mi situación, que este auténtico arrepentimiento de mis faltas no tendría consecuencias prácticas, y que sólo cuando el Partido Comunista decidiera «dar marcha atrás a su veredicto» y levantar el castigo a las miles de personas, intelectuales en su mayor parte, que habían sido acusadas de ser derechistas contrarrevolucionarios, yo me liberaría del oprobio político que pesaba sobre mí.

Puesto que aún me restaban dos cursos para terminar mis cinco años de carrera en el Instituto de Geología, traté de sopesar cuáles serían mis oportunidades en el futuro. En tanto que derechista, siempre sería tratado como un enemigo. Ya no podía soñar con ser geólogo algún día, ni tampoco podría ganarme la vida como un trabajador normal y corriente. Sería por siempre un marginado social. Nadie me daría trabajo y no me permitirían casarme. Excluido de cualquier grupo social o político, lo único que encontraría a mi paso serían recelos, desprecio y rechazo. Puesto que no podía imaginarme un futuro en mi propio país, tomé la decisión de huir.

4. Sin salida

Cuanto más pensaba en la naturaleza del sistema comunista, más alto me parecía el muro que se alzaba ante mis ojos. Durante los meses en que desempeñé el trabajo de campo en la provincia de Shandong, había presenciado cómo los campesinos trazaban surcos de varios metros de profundidad antes de sembrar, alentados por delegados del Partido, algunos de los cuales creían fervientemente en que con estos avances y este tipo de métodos la producción aumentaría considerablemente. Entre los campesinos había quienes pensaban que en un *mou*^[5] de tierra era posible plantar 10.000 *jin*^[6] de trigo en vez de los 500 *jin*^[7] habituales, pero la mayoría aceptaban poner en práctica este método de cultivo porque no se atrevían a oponerse a la línea que entonces marcaba el Partido. Esta desafortunada iniciativa para incrementar la producción agrícola no era más que otro de los disparates del Gran Salto Adelante, un movimiento iniciado por el presidente Mao, a principios de 1958, con la ilusoria convicción de lograr la modernización de China en un plazo de quince años, y que, en lugar de eso, había desatado una terrible hambruna y hundido la economía.

En aquel otoño yo acababa de cumplir tan solo veintiún años. Poseía energía, ambición y conocimientos técnicos, pero no veía cómo desempeñar ningún papel en el futuro del país. Puesto que todo el mundo tenía que apoyar las medidas en materia de política industrial y agrícola del Gran Salto Adelante, el mero hecho de plantear objeciones al método de producir acero mediante la fundición de los aperos de labranza y los utensilios de cocina en los «hornos de los patios traseros» que se habían ordenado construir en los pueblos, fábricas y colegios era oponerse a la revolución y, tal como se había demostrado con el movimiento anticapitalista, suponía cuestionar el liderazgo de Mao y ser condenado a la expulsión y al castigo. La situación en la que se encontraba China me parecía trágica. El régimen comunista se había convertido en un sistema absolutamente irracional y contraproducente que se resistía a cualquier esfuerzo por introducir cambios en el mismo y que, incluso, lo castigaba.

Con todo el ímpetu y el exceso de confianza propios de la juventud, decidí que mi única esperanza era huir de mi país y abandonarlo a su terrible destino. Supuse que otros estudiantes que habían sido tachados de derechistas habrían llegado a las mismas conclusiones que yo, y empecé a indagar discretamente. A finales de 1958 ya había encontrado otros tres compañeros que estaban también decididos a marcharse y en quienes pensaba que podía confiar. Nos reuníamos a escondidas y con precipitación, sabiendo que seríamos arrestados y tal vez asesinados si llegaban a desvelarse nuestros planes de evasión. Aunque éramos conscientes de los riesgos a que nos exponíamos, estábamos de acuerdo también en que no podíamos tolerar por más tiempo la situación en la que estábamos.

Ideamos una serie de gestos codificados con las manos para comunicarnos entre nosotros sin ser descubiertos. El lugar que habíamos escogido de antemano para nuestras reuniones clandestinas era un determinado árbol del campus, y habíamos convenido que éstas tuvieran lugar a las diez en punto de la noche, la hora en la que los estudiantes regresaban de las clases y la biblioteca para irse a dormir. Cuando cualquiera de nosotros hiciera la señal de rascarse la nariz durante el día, los demás sabríamos que esa noche deberíamos escabullirnos para encontrarnos en el árbol fijado, normalmente para comunicarnos algún mensaje breve o pasarnos un mapa.

Durante la primavera de 1959 fuimos poco a poco perfilando nuestros planes. Todo el mundo sabía que la frontera con Hong Kong, que había sido la ruta principal para escapar de China durante los primeros años de la década de 1950, estaba ahora sometida a una intensa vigilancia. Teníamos más oportunidades si utilizábamos nuestras aptitudes para el viaje campo a través y nuestros conocimientos de compases y mapas para tratar de cruzar las lejanas montañas que separaban China de Birmania. En la biblioteca del Instituto de Geología encontramos los precisos mapas regionales de los territorios que atravesaríamos, además de los planos a escala utilizados por los geólogos de campo y los equipos de estudio de la zona. Algunos los copiábamos y otros los arrancábamos de los libros a medida que investigábamos la mejor ruta a través de las escarpadas montañas del interior de la provincia de Yunnan, al suroeste de Pekín.

A finales de julio de 1959, cuando estábamos a medias con los preparativos, fuimos enviados a realizar un trabajo de campo, esta vez un proyecto de dos meses para recoger datos relacionados con nuestras respectivas tesis de fin de carrera. Cada uno de nosotros cuatro tenía un destino diferente. Por mi parte, iría a la Secretaría de Ingeniería Geológica de Pekín, situada en un edificio de las colinas próximas al oeste de Pekín, con el fin de ayudar a los ingenieros a trazar un plan para suministrar agua por conducto subterráneo a la primera central nuclear china que se construiría pronto, cerca de Zhoukoudian, con el apoyo financiero de la Unión Soviética. Mi principal cometido era investigar cuántos pozos eran necesarios y a qué profundidad debían cavarse; y, en segundo lugar, decidir el método más idóneo para evaluar la calidad y la composición química del agua.

Antes de salir para nuestros respectivos proyectos, acordamos la fecha de nuestra fuga. Como esperábamos regresar a Pekín justo antes del 1 de octubre, Día de la Fiesta Nacional, solicitaríamos entonces un permiso para visitar a nuestras familias. De hecho, nos encontraríamos en la estación de tren de Pekín y compraríamos los billetes para el trayecto de tres días que duraba el viaje hasta Kunming, la capital de la provincia de Yunnan. El plan era viajar en vagones separados del mismo tren para luego reagruparnos al llegar a la estación de destino. Para entonces ya habíamos hecho cuanto estaba en nuestra mano para asegurar el éxito de la empresa: habíamos decidido cuidadosamente la ruta que seguiríamos, y nos las habíamos ingeniado incluso para sustraer una serie de cartas de presentación en blanco, como las que

utilizaban los geólogos en el terreno para obtener arroz, techo y otras necesidades, de los delegados del Partido en las aldeas locales. No nos quedaba nada por hacer excepto jurar que, si nos cogían, no revelaríamos nuestro plan bajo ninguna circunstancia, ni siquiera bajo tortura, así como tampoco la identidad del resto de los participantes.

Una vez más me hacía ilusión la idea de alejarme de las tensiones políticas del campus, y encontré sumamente interesante mi proyecto de investigación. Pero un día, a última hora de la tarde, mientras jugaba al baloncesto después del trabajo con otros ingenieros del Instituto, observé que Wang, uno de los integrantes de mi grupo, me hacía la seña de frotarse la nariz desde el otro lado de la verja, indicándome que debíamos hablar. Aún quedaban varias semanas para su regreso a Pekín, y no podía imaginarme qué le habría impulsado a venir a la Secretaría a buscarme. Como no podía dejar el partido en ese momento, me rasqué la nariz para comunicarle que hablaríamos más tarde. Al oscurecer, me deslicé fuera del edificio, y Wang me contó a toda velocidad y en susurros cuál era la causa de sus apuros. Se había enamorado de una ingeniera ayudante de la Secretaría de Geología de Hubei, en Wuhan, pero una líder del Partido había descubierto su relación con un derechista. Su grupo de trabajo la había criticado por asociarse con un contrarrevolucionario, pero ella no había dejado de verlo. Cuando la relación entre ellos salió a la luz por segunda vez, la muchacha fue convocada a presentarse ante un comité disciplinario, en el cual Wang sabía que sus compañeros de trabajo la acusarían y amenazarían por mentir al Partido y desobedecer las instrucciones de éste.

Al no ver ninguna forma de eludir la relación y no queriendo desbaratar nuestros planes de fuga para el 1 de octubre, Wang había decidido utilizar los trescientos yuanes que le habían adelantado para gastos al comienzo de su trabajo de campo para huir a Pekín y encontrarse conmigo. Me rogó que me marchase con él y que utilizara la cantidad que me habían asignado para comprar dos billetes para Yunnan al día siguiente. Tras escuchar su plan, decidí que era demasiado arriesgado marcharse ahora que él había huido de su grupo de trabajo y que la Dirección General de Seguridad andaba tras sus pasos. Además, si nos íbamos ahora, dejaríamos fuera a nuestros otros dos compañeros. Le rogué encarecidamente a Wang que se entregase a las autoridades del Instituto de Geología, devolviese el dinero del Estado, admitiera su falta, escribiera una autocrítica y pidiera disculpas. Le dije que el hecho de tener una relación con una mujer de otra localidad y sustraer fondos públicos para eludir la supervisión del pueblo eran errores políticos graves para un derechista, pero tal vez no constituyeran un delito grave. Tendríamos que posponer nuestros planes de huida, pero lo intentaríamos más adelante. Él se mostró de acuerdo, y le introduje secretamente en el dormitorio de los ingenieros para que pasara la noche, seguro de que se entregaría a las autoridades universitarias antes del amanecer del día siguiente. Cuando desperté, ya se había marchado.

Dos semanas más tarde, con el trabajo de campo realizado, regresé, no sin cierta inquietud, a la universidad. No tardé en enterarme de que Wang había sido arrestado, pero nadie quería hablar del caso, y no tenía forma alguna de enterarme de si él habría revelado bajo presión nuestros planes de huida: si había confesado en el interrogatorio, no tardarían en arrestarme. Renunciando a cualquier plan de huida del país y haciendo como si nada hubiera pasado, solicité un permiso para visitar a mi familia durante el periodo de tres días de vacaciones. No se me ocurría otra alternativa que la de subirme en el tren a Shanghai y confiar en que Wang no hubiese hablado.

El día antes del viaje que anhelaba hacer a casa, la camarada Ma apareció en mi dormitorio y me anunció con ojos inexpresivos: «Se ha convocado una reunión política en la Oficina justo después de las vacaciones para evaluar tu autocrítica ideológica definitiva; se te ha denegado el permiso para viajar a Shanghai».

Unos treinta ingenieros me esperaban el 3 de octubre de 1959 en la sala de reuniones del Comité del Partido, en el Departamento de Geología. El ingeniero jefe Ning declaró que se había convocado la reunión para ayudarme a rectificar mis ideas. Sus palabras sonaban ominosas, pero noté aliviado que no estaba utilizando la designación de «derechista contrarrevolucionario» para referirse a mí. Me ordenó que procediese a informar al Comité, pero yo no tenía la menor idea de lo que esperaban que dijese. Lo único que se me ocurrió fue recitar mi consabida lista de autoacusaciones: que mi nivel político ideológico era demasiado bajo; que tenía antecedentes burgueses; y que no había estudiado con suficiente atención las obras del presidente Mao.

—¿Has hecho alguna vez algo para perjudicar a la clase trabajadora? —indagó Ning.

Eludiendo su pregunta, seguí hablando sobre mis numerosos errores. Para mi alivio, Ning pidió una pausa en la reunión y nos quedamos solos durante unos minutos en la mesa. Siempre lo había considerado un hombre honesto y amable, pero me quedé asombrado cuando me sirvió una taza de té, porque los representantes del Partido no solían prodigarse en cortesías con los derechistas. Ning parecía estar esperando a que yo hablase: «Hemos colaborado durante dos meses —comencé—, y usted sabe que soy una persona directa. Le ruego que me diga cuál es el problema».

Ning sacó un resguardo bancario donde figuraba un retiro de cincuenta yuanes con mi firma. En la línea superior de la hoja podía leerse la fecha, 10 de septiembre, el día después de que Wang pasara la noche en mi dormitorio. Ning me dijo que uno de los ingenieros había descubierto aquella mañana que le faltaban cincuenta yuanes en su cuenta corriente. Me di cuenta al instante de que, aún suponiendo que Wang hubiera falsificado mi nombre para sacar dinero para su fuga y que hubiera fracasado en el intento, no podía revelarles esos hechos a Ning. Si yo afirmaba que no sabía nada de la cuenta del banco, que la firma no era mía, las autoridades investigarían hasta el final. Si yo decía la verdad y desvelaba que Wang había dormido en mi dormitorio la

noche anterior, me preguntarían qué estaba haciendo él allí, así que no me quedaba otra alternativa que la de declararme culpable y confesar que era un ladrón.

Me sentí mezquino, pero le dije a Ning que me había llevado el dinero con la intención de comprar los billetes de tren para ir a visitar a mi familia. Como, afortunadamente, aún tenía en el bolsillo el dinero que mi madrastra acababa de enviarme para pagar el viaje a Shanghai, saqué los cincuenta yuanes y le pedí a Ning que me perdonara. Él me dio una palmada en la espalda para consolarme y me dijo que todos cometíamos errores algunas veces. Entonces salió de la habitación, asegurándome que iba a dar por terminada la reunión disciplinaria y que no me preocupara más. Unos minutos más tarde me acompañó hasta la puerta, me dio la mano, y me rogó que no hiciera nada que pudiera poner en peligro mi futuro. Mientras caminaba hacia la parada de autobús, pensaba que nunca había conocido un miembro del Partido como aquél.

Perturbado por la amabilidad de Ning y mi propia falsedad en la respuesta, recorrí a pie el trecho desde la estación central de autobuses de Pekín hasta el Instituto de Geología, sin dejar de cavilar sobre cuál debía ser mi siguiente paso. Decidí que la única forma de tratar con las autoridades universitarias, que solicitarían un informe del comité disciplinario, era confesar. Aquella misma tarde le dije a Kong que había robado cincuenta yuanes a un ingeniero de la Secretaría. Me dijo a voz en grito que yo no era solamente un derechista sino también un ladrón, y me ordenó que no saliese del dormitorio mientras él iba a dar parte de mi última fechoría. Sabiendo que, a esas alturas, Wang podría haber confesado ya y que las autoridades podrían estar simplemente reuniendo las pruebas necesarias para arrestarme, no quería ni pensar en las posibles consecuencias de mi declaración. Durante varias semanas, escribí una y otra vez mi autocrítica, sin satisfacer nunca a los líderes del Partido de mi facultad, constantemente en vilo por si la policía venía a buscarme en cualquier momento.

Un día de noviembre de 1959, preso de una extraña mezcla de abatimiento y osadía, disgustado y confuso, incapaz de encontrar perspectivas de futuro que me ilusionaran, perdí el interés en redactar los resultados de mi proyecto de investigación, y dejé de preocuparme por mi situación política. A principios de 1960, a medida que se aproximaba la Fiesta de la Primavera, me iba sumiendo en una desolación cada vez más profunda. El Nuevo Año Lunar era la fecha más importante para reunirse con la familia y los amigos, pero a mí me habían privado de ese privilegio. Con poca prudencia y sin permiso, empecé a salir por la noche, a deambular por la ciudad en bicicleta. En el parque de Taoranting, a bastante distancia del Instituto de Geología, en dirección sur, descubrí un pabellón donde los jóvenes se reunían para bailar y beber té por las noches. Siempre había detestado el baile, pero ahora me sentaba, hipnotizado, a mirar cómo se reían y se divertían aquellos muchachos de mi edad, y este placer indirecto me aliviaba del vacío de mi vida universitaria. Durante unas cuantas horas, mientras los observaba bailar, desaparecía mi aflicción y mi soledad. «Aunque me siente aquí, en esta habitación, con estos

muchachos que bailan despreocupadamente —musitaba para mis adentros— cuando me marche, entraré en un mundo totalmente diferente.»

Una noche, una pareja de muchachos que daban vueltas como locos en la pista de baile tropezaron y cayeron casi junto a mis pies. Todo el mundo se echó a reír, y el muchacho huyó avergonzado. Ayudé a la joven a levantarse, le ofrecí una taza de té. La había observado otras muchas veces antes, revoloteando como una mariposa. Era delicada y hermosa, y le pregunté si le apetecía salir fuera a respirar aire fresco hasta que se le pasara el mareo.

Me dijo que se llamaba Li, y que era enfermera en el Hospital Popular Número Cuatro. Cuando me preguntó a su vez a qué me dedicaba, guardé silencio, y cuando dijo que quería verme de nuevo, decidí marcharme. Era ya medianoche, yo era un derechista bajo vigilancia, dormía en una sala con otros once estudiantes, y mi facultad estaba a una hora en bicicleta. Entonces, de pronto, dejó de importarme ocultar la verdad. Le confesé que era estudiante universitario y derechista, que venía al parque solamente para sentirme vivo, y que nunca podría ser su amigo. Pero ella, intuyendo mi dolor, despejó mis reservas, y esa noche nos hicimos novios en secreto.

Después de aquello, mentí repetidamente a Kong acerca de donde iba los sábados por la noche, y me escapaba en bicicleta a encontrarme con Li. Kong informó sobre mis faltas de disciplina a los responsables de la seguridad en el campus en numerosas ocasiones, tantas como yo tuve que escuchar sus críticas, pero eso no impidió que me escapara para reunirme con Li en el parque. Como no quería que mi delicada situación política perjudicara a Li, procuré que nuestras conversaciones fueran por otros derroteros. Cuanto menos supiera, menos responsabilidad se le podría imputar si es que algún día me arrestaban. Mis intentos por protegerla suscitaron sus sospechas. Ella solía acusarme a menudo de tener otra novia o incluso otra esposa porque me negaba a llevarla a mi facultad o a presentarla a mis compañeros de clase. Un día llamó por teléfono a la centralita de la universidad para enterarse del número de teléfono de mi dormitorio. Quería averiguar si era cierto que vivía allí. Kong respondió a la llamada, y salió disparado a buscarme.

El hecho de recibir una llamada de teléfono era una prerrogativa especial que, ciertamente, no estaba al alcance de los derechistas. Kong exigió saber por qué me llamaba una chica, y me ordenó que me presentase de inmediato a la Oficina del Partido para confesar lo que había hecho. Durante los meses de marzo y abril de 1960 se sucedieron las reuniones disciplinarias, en las que Kong, Ma y otros delegados responsables de mi vigilancia no dejaron de criticarme y amenazarme. Odiaban el hecho de que no me hubiera doblegado a su disciplina y que hubiera desobedecido su control. Aquella primavera había empezado a pensar en el inminente final de mis cinco años de estudios en el Instituto de Geología. Confiaba en que, si me trasladaban lejos del campus, tendría la oportunidad de empezar de nuevo en un entorno distinto. Al igual que el resto de los estudiantes que iban a graduarse pronto, revisaba mi buzón de correo a menudo a la espera de cualquier notificación porque sabía que

incluso los derechistas tenían derecho a que se les asignasen puestos de trabajo. Esa carta decidiría no sólo mi próximo empleo, sino también el lugar donde viviría, mi destino.

Claro está que no me hacía demasiadas ilusiones, porque la asignación de todos los trabajos correspondía a la oficina de personal de mi universidad. Aquellos compañeros con un acta de comportamiento político ejemplar serían destinados a puestos en la Secretaría de Geología o se les ofrecerían plazas de profesor asistente o de auxiliar administrativo en el propio Instituto. Se habían ganado la aprobación del Partido y cosecharían los frutos de su buena conducta con la recompensa de un trabajo en Pekín, escapando así a las dificultades de la vida en el campo o en las pequeñas ciudades de provincias.

Debido a mi historial de errores contra la revolución se me negaría el privilegio de trabajar en la universidad o en una oficina del Gobierno, pero confiaba en que las autoridades del Instituto decidieran dar una utilidad a mi formación, especialmente después de que mi tesis de licenciatura sobre el suministro de agua a la central nuclear mereciese la nota máxima y una mención de honor por parte de un comité académico de la facultad. Pensaba que se me enviaría a algún remoto establecimiento industrial para llevar a cabo experimentos de mineralogía o tal vez a un puesto sobre el terreno para recoger muestras de suelo en alguna región lejana del noroeste, un lugar donde las condiciones de vida no serían fáciles, pero donde al menos podría comenzar de nuevo, utilizar mis conocimientos técnicos y contribuir al desarrollo de mi país. Apenas me daba cuenta de lo lejos que estaban mis planes de la realidad.

El 27 de abril, Kong vino a buscarme a la cafetería. Estando próxima la fecha de graduación, eran contadas las ocasiones en que me acompañaba, así que recelé un poco de él cuando me pidió cortésmente que, si había terminado de desayunar, le acompañara fuera para una charla informal. Bajo un cielo cubierto de nubes grises, Kong, con las manos en la espalda, me condujo caminando despacio alrededor de la extensión de barro apisonado que hacía las veces de campo de deporte. Mientras hablaba de forma predecible, y casi con indiferencia, sobre la conveniencia de que cambiara mi forma de pensar, yo no dejaba de mirar el cielo cubierto de nubarrones y de preguntarme cuál sería el motivo de su ociosa charla. Temía que las autoridades se hubieran enterado de algún modo sobre nuestros planes de huida del otoño anterior. Una hora más tarde, cerca de las nueve, Kong miró su reloj de pulsera y me comunicó que teníamos que asistir a una reunión.

En los últimos dos años se me había convocado a menudo a reuniones de crítica. Al llegar a la sala, y por pura costumbre, me senté en las filas de atrás, esperando que aquella mañana fuese una mera repetición de otros procedimientos anteriores. Al alzar la vista, mis ojos se toparon con la frase «REUNIÓN PARA CRITICAR AL DERECHISTA WU HONGDA» escrita con tiza en la pizarra, detrás de la fotografía en color del presidente Mao. Sentí un nudo en el estómago. Enseguida, apareció Wang Jian, que atravesó a largas zancadas la sala hasta subir al estrado. Normalmente eran Kong y

sus camaradas de la sección provincial de la Liga de la Juventud quienes presidían estas reuniones de crítica. Algunos de los presentes estaban sentados en actitud solemne y rígida, mientras que otros se habían girado torpemente en sus asientos para clavar sus ojos en mí. Wang rompió el silencio con unas palabras de apertura:

—Nos reunimos hoy aquí para criticar al derechista Wu Hongda.

El auditorio prorrumpió a coro en una cascada de denuncias:

—¡Wu Hongda sigue negándose a reformarse!

—¡Se opone al Partido, hay que expulsarlo!

—¡Acabemos con Wu Hongda, que se quite la careta!

Las acusaciones se sucedieron durante más o menos veinte minutos. Yo no dejé de mirar hacia delante hasta que Wang Jian me pidió que me pusiera en pie.

—De acuerdo con la petición del pueblo y con la plena autoridad que me confiere la universidad —salmodió—, acuso, aparto y expulso al derechista Wu Hongda, quien se ha negado sistemáticamente a amoldarse a la conducta que corresponde a un buen estudiante socialista y ha elegido seguir siendo enemigo de la revolución.

En aquel preciso instante apareció en la puerta un oficial uniformado de la Dirección General de Seguridad.

—En representación del Gobierno del Pueblo de Pekín —anunció al subir al estrado— condeno al derechista contrarrevolucionario Wu Hongda a la pena de reforma por el trabajo. Me condujo hacia delante y sacó un trozo de papel del bolsillo de la chaqueta. No podía apartar la mirada de la chapa de color rojo vivo que llevaba en la solapa. ¿Cómo es posible que esté ocurriendo esto?, me preguntaba.

—Firma aquí —ordenó el oficial, señalando la línea inferior de la página. Con la mano parecía cubrir a propósito el contenido del documento, evitando así que viera los cargos por los que se me arrestaba.

—Quiero ver la acusación contra mí —repliqué, suponiendo que mi plan de huida de hacía un año había sido descubierto.

—Firma aquí con tu nombre —repitió.

—Me asiste el derecho a ser informado de los delitos que se me imputan —afirmé de pronto con audacia.

—La decisión del Gobierno del Pueblo es arrestarte tanto si firmas como si no —replicó con impaciencia.

Sabía que firmar la orden judicial significaba expresar mi conformidad con el arresto, y trataba de ganar tiempo con la esperanza de que alguno de los presentes en la sala saliera en defensa de mi reclamación. Sentía que la rabia y el miedo se me agolpaban en la garganta. Nadie abrió la boca. Sin nada a lo que agarrarme, me incliné sobre el documento para escribir mi nombre. Sabía que era habitual que alguien arrestado por intentar, o tan siquiera planear, escapar fuera fusilado.

El oficial me cogió del brazo y me condujo a través del campo de deporte en dirección a mi dormitorio para recoger mi ropa y el petate. Al ver a mis antiguos

compañeros de equipo entrenando para un partido de béisbol se me enrojecieron las mejillas de vergüenza.

—Le ruego que me suelte; no tengo a dónde escapar. —El oficial me soltó el brazo, e incluso me pareció que me infundía ánimos.

—No te preocupes demasiado. Todos tenemos que cambiar nuestra forma de pensar. Quizá dentro de tres o seis meses, volverás y te darán un trabajo. Esfuérzate mucho en reformarte y en convertirte en un nuevo socialista.

Pero yo tenía otras preocupaciones más importantes. La única prueba concreta de mis planes de huida estaba en mi dormitorio, debajo de una hojas de periódico disimuladas como forro de un cajón de mi mesa de estudio. Allí había escondido un mapa de la frontera de Birmania que había extraído de la biblioteca. Si el personal de seguridad de la universidad, que sin duda recogería mis pertenencias una vez que me hubiera marchado, encontraba el mapa, mi vida ya no valdría nada.

Entramos en el edificio, el dormitorio norte número cinco, y subimos los tres tramos de la escalera de cemento que conducía a mi habitación. Había seis literas pegadas contra las paredes y, en el medio, se apretaban otras tantas mesas de estudio, cada una con dos cajoneras. Apoyados junto a las literas, dos guardias nos miraron al entrar. Aunque sus ojos no se apartaban de mí, la esquina interna de mi litera en la parte de arriba quedaba, por suerte, fuera de su ángulo de visión.

Actuando como si tuviera prisa por recoger mis pertenencias, saqué el cajón inferior y me agaché para vaciar todo su contenido sobre la cama. Una botella de tinta azul se derramó en la colcha y yo me eché, consternado, las manos a la cabeza; ya había trazado un plan.

—No necesitas darte prisa —dijo uno de los oficiales—, tómate el tiempo que necesites. Para entonces ya había encontrado el mapa. Me senté en la cama y, arrojándome todo lo que pude a la pared, me metí la página doblada en el bolsillo.

Bajé de la litera, y le dije al oficial de la Dirección General de Seguridad que había lavado una tela de algodón y que la había dejado a secar en el sótano.

—Coge solamente lo que necesites para esta noche —ordenó—. El resto se te enviará más adelante.

Sin hacer caso de sus palabras, salí disparado al pasillo, pasando junto a él. Aún ágil y fuerte después de mis años de entrenamiento deportivo, bajé volando las escaleras, abrí la pesada puerta del horno y tiré el mapa adentro. Para cuando el oficial, cuyas pisadas había escuchado no lejos de mí, llegó irritado al sótano, ya estaba doblando tranquilamente el paño junto al tendedero de ropa. Sentía el corazón latir con fuerza, pero acerté a decirle sin alterarme:

—¿Lo ve? Quiero hacerme unos pantalones y temía que desapareciera el paño si lo dejaba aquí.

Terminé de hacer un atado con mi colcha y el resto de mis pertenencias, y el oficial irritado me condujo al vehículo todoterreno de la universidad que nos esperaba afuera. En la comisaría de policía del distrito, un oficial de servicio me tomó las

huellas dactilares y se quedó con las llaves, el reloj, los cordones de los zapatos e, incluso, con mi carné de la biblioteca.

Esto no puede estar ocurriendo, pensé para mis adentros. Tiene que haber alguna salida.

Una vez fuera, me indicaron con un gesto que subiera nuevamente al todoterreno, donde aguardé solo durante unas dos horas. Pensé en intentar huir, pero había muchos policías caminando por los alrededores del complejo de la Dirección General de la Seguridad. Finalmente apareció el conductor y, luego, un guardia que acompañaba a un segundo recluso que subió y se sentó junto a mí en el duro asiento de atrás. Tenía un aspecto sucio y alborotado. Me pareció un ultraje que me pusieran junto a un delincuente común, sin duda un vagabundo llegado del campo al que habían sorprendido robando comida en un mercado de Pekín durante aquella época de hambrunas. Viajamos en silencio durante más de una hora y, en el trayecto, no pude ver nada que no fuera el techo de lona de color verde oliva. Cuando oí el chirrido de los frenos, supe que habíamos llegado al Centro de Detención de Beiyuan, del que poco después sabría que era un establecimiento penal de reclusos a la espera de ser enviados a los campos de trabajo. Tras pasar la primera cancela, el centinela de guardia revisó los documentos de la orden de arresto. Un muro de casi cuatro metros de alto se extendía hasta donde abarcaba mi vista por la vasta y verde llanura de la meseta Norte de China. Me fijé en la segunda puerta. Cuando un prisionero de guardia me hizo una seña para que avanzara, me eché al hombro el petate, cogiéndome torpemente los pantalones sin cinturón con la mano libre. Después, esperé sentado en cuclillas dentro del patio, aparentemente olvidado.

5. A este lado del muro

Dentro del centro de detención había más de mil reclusos sentados en el duro suelo de tierra apelmazada, con las piernas cruzadas, formando círculos de treinta personas. Un par de instructores políticos paseaban alrededor de cada grupo, leyendo por turnos en voz alta el periódico. Alrededor de las cuatro, trajeron una serie de baldes con el rancho. Nadie había notado aún mi existencia. Unas dos horas más tarde, un recluso me condujo a través del patio de la prisión hacia lo que, por el techo en forma de bóveda y la enorme chimenea, supuse que sería un horno de ladrillos abandonado. Después de un rato en el que mis ojos tardaron en habituarse a la tenue luminosidad del interior, pude ver que dentro había unos cuarenta edredones doblados y alineados en dos *kangs*, las tradicionales plataformas para dormir, fabricadas con ladrillos y calentadas mediante tubos, que se utilizaban en el norte de China. Los *kangs* estaban alineados en la pared opuesta a la puerta. Además del vano de la puerta, una pequeña ventana practicada en la pared de ladrillo del horno era la única fuente de luz. Dejé mi petate en el espacio del kang que me habían asignado, coloqué mi tazón y mi toalla en el estante de arriba, y traté de imaginar cómo podría arreglármelas para vivir en un lugar así, apretujado para dormir en un espacio de apenas sesenta centímetros de ancho.

Sabía que, como nuevo recluso, podía ser convocado en cualquier momento a un interrogatorio. Necesitaba, por tanto, averiguar cuál era el motivo probable de mi arresto de modo que pudiera idear una explicación. Tenía que planificar mi estrategia rápidamente porque no deseaba que me cogieran con la guardia baja, pero mi mente se negaba a cooperar. Una y otra vez regresaban a mi mente los acontecimientos del día. Veía la cara del oficial con la orden de arresto y la insignia de color rojo sangre en la solapa, luego, la tinta azul derramándose sobre la colcha de la cama y la pesada reja de metal del horno del dormitorio. No podía concentrarme.

El prisionero de guardia me dijo que me sumara a uno de los grupos en el patio para el adoctrinamiento político, y añadió que ya me había perdido el segundo de los dos ranchos que repartían al día. Sin embargo, comer era la última cosa que se me pasaba por la cabeza en ese momento. Afuera, en el patio, me senté en el suelo con las piernas cruzadas, la mirada baja y las manos en las rodillas, copiando la postura de otros reclusos con el fin de pasar lo más desapercibido posible. Para entonces, ya era bastante más tarde de las cuatro. Pensando en las acusaciones que tendría que afrontar enseguida, no presté atención alguna a la cantinela del líder del grupo sobre la necesidad de reformar nuestras ideas mediante el trabajo. Estuve sentado allí alrededor de una hora, luego me fui al interior para continuar estudiando encima del kang. Uno de los reclusos de guardia me instruyó acerca del reglamento del campo y, a las nueve y media, llegó la orden de acostarse. Tras el tiempo prescrito para ir a las

letrinas, todos los reclusos entraron en fila en el horno, apretujándose unos contra otros sobre el kang con los pies contra la pared, y se quedaron dormidos. Mi mente, en cambio, no paraba de dar vueltas. No sabía qué sería de mí y, estrujado entre otros hombres, me era imposible encontrar ninguna posición que me pareciera cómoda. Una vez traté de sentarme, pero el guardia lanzó un rugido de desaprobación. Del techo abovedado y ennegrecido por el hollín colgaban dos bombillas encendidas que proyectaban una luz mortecina.

Alrededor de medianoche un prisionero de guardia voceó mi nombre desde la puerta. Traté de dominar el pánico que me atenazaba mientras le seguía afuera y, luego, a una pequeña habitación con una única mesa por toda decoración. Sentado tras ella, un capitán de policía, sin levantar los ojos para mirarme, rugió:

—Siéntate en cuclillas —y, enfocándome con la lámpara a la cara, añadió—: di tu nombre, edad, ocupación y la naturaleza de tu crimen.

—Soy un derechista contrarrevolucionario —respondí rápidamente—. Durante la Campaña de la Cien Flores atacé al Partido Comunista. Aún tengo un montón de ideas perniciosas en la cabeza.

—Ya sabemos todo eso. ¿Qué más?, ¿qué más? —gritó mi interrogador—. ¿No entiendes la política del Partido? Indulgencia con los que confiesen, severidad con los que se resisten a reformarse.

Se levantó, caminó a mi alrededor y, entonces, empujó de una patada una segunda puerta. Vi un cuerpo colgando de las vigas del techo y otro despatarrado en el suelo mojado. No alcancé a verles la cara ni sabría decir si estaban inconscientes o muertos.

—Esto es lo que ocurre a aquellas personas que se resisten a acatar la autoridad del Partido —dijo con brusquedad—. Eres un estudiante joven. Te daré otra oportunidad.

Terriblemente perturbado tras ver fugazmente a los que se habían resistido a reformarse, regresé a mi puesto en el kang. No tenía ni idea de lo que diría en la siguiente sesión. Únicamente sabía que si mis respuestas sonaban falsas o incompletas, también yo acabaría colgado del techo de la sala de interrogatorios. Aquella noche no pegué ojo.

A las cinco y media de la mañana siguiente, después de que un prisionero de guardia gritara la orden de levantarse, nos dirigimos afuera en grupos de cinco. Enseguida supe en qué consistían los ejercicios matutinos: meter la mano en un pequeño cubo de madera que abastecía a unas diez personas, remojarse la cara con agua sucia, regresar al camastro y sentarse con las piernas cruzadas en posición de atención para recibir lecciones de doctrina tomadas del *Diario del Pueblo*. Hasta las diez en punto no llegaba la carreta con el rancho. El prisionero de guardia nos arrojaba a cada uno de nosotros un par de panecillos calientes de un color más oscuro que cualquier *wotou*^[8] que hubiera visto nunca. No podía adivinar de qué estaban hechos. Luego, en el cuenco esmaltado que me había traído de la universidad, me echó un cazo lleno de una sopa ligera donde flotaban algunas hojas de algún tipo.

Mordí uno de los wotou; sabía amargo y tenía una textura correosa, probablemente porque la harina de sorgo había sido molida de forma tosca y contenía barcia. Como no podía comerlos, se los pasé al recluso que estaba de cuclillas junto a mí, Xing, a quien apodaban «el Tragaldabas»: se los metió en la boca de una sola vez, farfullando unas palabras de agradecimiento.

A las diez y media, salimos todos afuera en fila india y nos sentamos en el suelo, con las piernas cruzadas, para una asamblea especial en grupos. El jefe de la clase de estudio, un hombre llamado Shi, vigilaba a los mil quinientos hombres desde una plataforma de piedra situada en el centro del patio, junto con un recluso que se había granjeado la confianza de sus superiores y que ahora ejercía un poder considerable sobre sus compañeros internos.

—Se acerca el Primero de Mayo y el Día Internacional del Trabajo —anunció—. Para celebrar estas fechas el centro de detención de Beiyuan va a prestar una especial atención a la higiene personal.

Yo sabía que los hospitales y los colegios, las oficinas y las tiendas, adoptaban medidas sanitarias especiales ante la proximidad de una festividad señalada, pero nunca imaginé que éstas se tomaran también en las cárceles.

—Desnúdense —ordenó—. ¡Enseguida!

Contemplé espantado cómo todos los reclusos que tenía alrededor comenzaban a quitarse la ropa hasta quedarse en calzoncillos para, acto seguido, ponerse a buscar piojos en los cuerpos de sus compañeros. Como no podía desobedecer la orden, también yo me quité la camisa y los pantalones, horrorizado por esta desparasitación masiva. Entonces, con el tono más educado que pude, le dije a Xing, el compañero que me había tocado en esa tarea, que no había visto un piojo en mi vida y que era mejor si él se ocupaba de su propia higiene.

Xing soltó una sonora carcajada.

—¿Qué dices? ¡Aquí hay alguien que nunca ha visto un piojo!

—¡Eh, vosotros! —gritó de pronto el jefe de estudios, con el cuerpo tenso y el dedo rígido apuntando hacia nosotros—. ¿Qué demonios creéis que estáis haciendo?

La mandíbula se me agarró. Me di cuenta de que Shi me señalaba y que las mejillas se me ponían coloradas por la vergüenza. Debió de oír la risotada de Xing y, al mirar, nos vio sentados cruzados de brazos. La boca de Shi gruñía mientras bajaba de la plataforma y caminaba energicamente hacia nosotros.

Ahora entendía por qué a Xing le habían apodado «el Tragaldabas». Las comisuras de su boca se alargaban hasta tocar casi sus orejas. Debía de tener mi edad, pero era ligeramente más alto, delgado y musculoso. Cuando, aquella mañana, el prisionero de guardia nos había designado como compañeros para quitarnos los piojos mutuamente, Xing se había limitado a mirarme y a bostezar.

Incluso durante las semanas que había pasado haciendo trabajo de campo el año anterior, nunca había tenido un contacto tan estrecho con un campesino. En mi fuero interno, me estremecía al ver los dientes amarillentos de Xing y los intersticios

oscuros que dejaban las muelas que se le habían caído. Tenía las orejas mugrientas, legañas pegadas a las comisuras de los ojos y una hebra de moco seco que le colgaba de uno de sus orificios nasales. No me quería ni imaginar lo que sería cepillarle el cuerpo en busca de piojos.

Cuando Shi llegó hasta nosotros, Xing refunfuñó:

—No hemos hecho más que empezar, sólo empezar, no me eche la culpa a mí.

Yo me volví al jefe de estudio y le pedí educadamente disculpas:

—Ha sido por mi culpa. Lo siento, pero realmente no sé cómo es un piojo.

Shi echó la cabeza atrás y aulló:

—¡Es increíble! —Tras intercambiar un par de miradas con Xing, entrecerró los ojos y, señalando hacia la plataforma de piedra situada en medio del patio lleno de reclusos, gritó—: ¡Súbete allí!

Yo vacilé; sentía vergüenza de exponerme sin ropa en público.

—¡Sube, te he dicho! —gritó, lleno de cólera.

Trepé a la plataforma, asustado, ruborizado y con la cabeza baja. Más de mil reclusos alzaron sus ojos para mirarme.

—¡Aquí tenemos a alguien que afirma no haber visto nunca un piojo! —pregonó el jefe de estudios Shi ante los reclusos casi desnudos. Ellos se rascaron la cabeza con curiosidad—. ¡Acaba de llegar, pero no hay duda de que procede de una familia capitalista! Tal vez alguien quiera ayudarlo a que aprenda.

Un recluso de baja estatura y cara redonda que cojeaba ligeramente porque tenía una pierna más corta que la otra, saltó a la plataforma con una sonrisa de oreja a oreja. Entre el pulgar y el índice sostenía un piojo boca arriba, que me puso justo debajo de la nariz: el insecto movía inútilmente sus patas blanquecinas por encima de su cuerpo extendido. Todos los reclusos se echaron a reír. Con un gesto despreciativo, el jefe de estudios Shi me dijo que me retirara:

—¡Este piojo no es más que la primera lección. Simplemente el comienzo de su reforma! —y volviéndose hacia mí con un gesto de repugnancia, añadió—: ¡Es evidente que aún te queda un largo, largo camino por recorrer!

Al regresar a mi puesto en el patio me pareció oír que Xing mascullaba una vaga disculpa, pero en mi mente aún resonaban las palabras del jefe de estudios: «un largo, largo camino por recorrer...».

Aquella tarde, sentado dentro del horno durante la clase de estudio, traté de pensar claramente acerca del próximo interrogatorio. Tenía que decidir si admitía arrepentido mi papel en el plan de huida abortado o si mantenía la esperanza de que la orden de arresto se hubiera fundado en otras causas. Sabía que si me cogían en una mentira recibiría un castigo severísimo. Entonces, por un momento, cambió mi suerte.

De pronto, fuera de la ventana del horno, enfrente del espacio que ocupaba en el kang, vi a Wang, mi compañero de la Facultad de Geología, haciéndome la vieja seña de rascarse la nariz. No podía imaginarme cómo me había encontrado. Con las

piernas cruzadas y las manos en las rodillas, no me atrevía a moverme porque de acuerdo con el reglamento de la prisión era necesario un permiso incluso para mover las piernas. Sentí cómo el cuerpo se me tensaba de impaciencia. No tenía noticias acerca de Wang desde su arresto, y no podía dejar pasar la oportunidad de saber si había confesado. Esperé a que el prisionero de guardia se diese la vuelta, y me froté la nariz rápidamente.

Respiré hondo varias veces antes de levantar la mano para pedir permiso al prisionero de guardia para ir a las letrinas.

—Después —me contestó de modo cortante.

—No puedo aguantarme, tengo que ir ahora —insistí.

—¿Es que quieres armar jaleo? —replicó, alzando la voz.

Desesperado por marcharme y, sin mediar palabra, toqué ligeramente la pierna de Xing, «el Tragaldabas», con la rodilla, para que me echara una mano.

—Déjale ir —farfulló Xing—; si se caga aquí, apestará.

Cuando el prisionero de guardia asintió con la cabeza, Xing se levantó para acompañarme. Ni siquiera nos estaba permitido ir a las letrinas solos. Atravesamos juntos el patio, pero Xing se detuvo al llegar a la puerta para evitar el hedor. Dentro vi a Wang agachado sobre el desagüe de cemento. Mirando hacia delante, susurró:

—No te conozco, no sé nada de los cincuenta yuanes, no sé nada del plan de huida.

Después desapareció. Esas pocas palabras me salvaron. De pronto me sentí agradecido de la lección de piojos que había recibido por la mañana. Si Wang no me hubiera visto casi desnudo en la plataforma, nunca se habría enterado de mi llegada, y yo habría cometido un error grave confesando el plan de fuga.

A medianoche, mientras yacía en el catre, insomne y desasosegado, el recluso volvió a llamarme para que saliera y me condujo hasta la pequeña oficina.

—¿Lo has pensado bien? —me preguntó el capitán de policía sentado tras su mesa, con un tono de voz aún más frío y amenazante que la noche anterior.

—Tengo que decir una cosa más —contesté nervioso—. También me llevé cincuenta yuanes.

El capitán dio un golpe en la mesa y soltó una maldición:

—¡Anda y que te jodan! ¿Qué significa que te «llevaste» dinero? ¿Aún quieres salvar el pellejo? ¡Lo robaste, apestoso intelectual! Lárgate de mi vista.

Temblaba de pies a cabeza, pero pensaba que había superado una prueba crucial. Había hecho frente a la intimidación de mis captores y había logrado hacer una confesión que resultaba creíble. Después de todo, las autoridades no habían descubierto mi plan secreto.

Durante los días siguientes, por la noche, llegaron nuevos reclusos al centro de detención. Saltaba a la vista que la mayoría de los recién llegados no eran presos políticos como yo, sino aldeanos a quienes habían sorprendido robando o mendigando y otros desechos humanos, presumiblemente como consecuencia de la

limpieza de las calles de Pekín que había emprendido la policía de la ciudad en previsión de la fiesta nacional del Primero de Mayo. Debido al excedente de internos y con el fin de liberar espacio en el horno para los detenidos que iban a ser procesados, algunos de los últimos en llegar eran trasladados fuera del centro. Xing, «el Tragaldabas», fue uno de los que recibieron la notificación de que sería enviado a trabajar en la fábrica de ladrillo de Xindian, en una ciudad próxima al centro de detención.

La tarde anterior al traslado de Xing, nos sentamos fuera a masticar la segunda de nuestras raciones diarias de wotou. Por pura curiosidad le pregunté a mi nuevo amigo por qué nunca se desprendía de su pesado abrigo acolchado de color negro. Excepto durante la inspección sanitaria la semana anterior, nunca le había visto quitárselo. Comía y dormía con el abrigo puesto, incluso bajo el sol de mediodía. Mi pregunta le hizo abrir de par en par sus pequeños ojos.

—Jamás podría perder este abrigo —contestó bruscamente.

—¿Por qué tiene tanto valor para ti? —insistí. No me parecía que el abrigo valiese mucho dinero.

Xing bajó y engoló la voz, haciendo ondear las gruesas y anchas solapas del abrigo:

—Vosotros, los intelectuales, no sabéis nada sobre estas cosas. Por las noches, busco una esquina en la calle, me cubro bien y duermo al raso. Sin este abrigo, me helaría.

Después hizo una pausa, poco acostumbrado como estaba a alargarse en explicaciones. Sabía que Xing no había ido al colegio y que solamente podía escribir los tres caracteres de su nombre.

—¡Sin este abrigo no podría comer! —prosiguió, esta vez hilando las palabras—. Ahora mismo un pollo se paga a veinticinco yuanes en la calle. Me subo a un tren, me bajo en un pueblo, saco un puñado de grano del bolsillo y lo esparzo por el suelo. Cuando el pollo se agacha para picar el grano, lo cojo por atrás, le retuerzo el pescuezo y me lo meto bajo el abrigo. En estos tiempos, la gente de la ciudad paga un buen dinero por un pollo. No es que viva como un rey, pero no me muero de hambre.

Xing estiró los ojos orgullosamente y se cruzó de brazos. La escasez de alimento en Pekín le había proporcionado una fuente de ingresos, y el abrigo era su medio de supervivencia.

Xing quería seguir contando cosas. Con las palabras mas sencillas me explicó lo difícil que había sido el viaje desde su aldea, al sur de la provincia de Hebei, hasta Pekín, con la esperanza de encontrar comida allí. Cuando llegó el momento de marcharse de la aldea, muchos de sus campesinos estaban demasiado débiles para emprender el viaje. Había retrasado su salida para cuidar a su madre, que estaba tan frágil y enferma a causa del hambre que apenas le quedaban fuerzas para hablar. Una noche, ella le dijo que había llegado su hora; y que quería que su hijo se marchase de la aldea y se salvara. Murió a la mañana siguiente. En el extremo de su colcha, Xing

había encontrado cinco trozos de ñame seco que ella se había negado a comer: fue el regalo de despedida para Xing. Él se metió las lascas de ñame en el bolsillo de su abrigo y se puso en marcha inmediatamente. Como le faltaban las fuerzas para enterrar a su madre, le cubrió la cara y la dejó allí tumbada en el kang. A menudo se despertaba —añadió en voz baja— con la pesadilla de que los perros hambrientos de la aldea habían encontrado el cuerpo de su madre.

A veces caminando, a veces montando a escondidas en los trenes y robando a su paso lo que podía para sobrevivir, Xing consiguió llegar a Baoding, una ciudad de provincias situada en la línea del ferrocarril, a unos 145 kilómetros al sur de Pekín. En el tren que cogió a Pekín, unos policías lo detuvieron y le dieron una paliza, pero logró escapar. En la siguiente ocasión tuvo menos suerte: unos días después de llegar a la capital, fue arrestado por hurto y enviado al Centro de Detención de Beiyuan para reformarse mediante el trabajo.

La descripción que hizo Xing de las condiciones de vida en su aldea me impresionó. En Pekín nunca había oído nada sobre la crudeza de la hambruna que había azotado la región próxima a la capital, lugares que estaban a tan solo media jornada de trayecto en tren. Empecé a darme cuenta de las consecuencias que había desencadenado en los últimos tiempos el fracaso de la planificación de las cosechas. La historia de Xing me hizo tomar conciencia del sufrimiento causado por los métodos de plantación en profundidad, que había visto en la provincia de Shandong, y de hasta qué punto los mandos locales inflaban las estadísticas de producción para complacer las exigencias desmesuradas de los dirigentes del Partido. Era la primera vez que me daba cuenta de las secuelas que había dejado el Gran Salto Adelante.

Unas dos semanas después de que Xing se marchara de Beiyuan a trabajar en la fábrica de ladrillos, nuestro jefe de equipo me escogió para leer en voz alta el periódico, en la clase de estudio de la tarde. Yo sabía que el hecho de que me concedieran el privilegio de leer era una muestra de una creciente confianza. Aquella tarde llovió copiosamente. Me senté con las piernas cruzadas sobre la colcha del jergón a mirar cómo, afuera, la lluvia convertía el patio en un lodazal. De entre un montón de periódicos apilados sobre el kang, saqué una página con fecha del 27 de abril, la fecha exacta de mi arresto. Por un momento, mi mente emprendió un viaje de regreso hasta el Instituto de Geología, de donde había salido hacía casi un mes. Miré los rostros de cansancio e ignorancia que me rodeaban, y me pregunté a cuántos de mis compañeros de clase les habrían ya asignado a sus puestos de trabajo.

Mientras leía en voz alta y sin prestar demasiada atención, dos guardias aparecieron en la puerta. Podía sentir sus miradas escrutadoras puestas en mí.

—Tú, Wu Hongda —interrumpió uno de ellos—. Deja de leer y ven aquí. Acompáñanos.

Me condujeron hasta el puesto de seguridad, donde un capitán de policía me ordenó que me presentase inmediatamente en la fábrica de productos químicos de Beiyuan. Un guardia me guió a través del patio de la prisión, luego cruzamos una

alambrada baja que protegía una unidad de producción adyacente al centro de detención.

—De ahora en adelante trabajarás aquí —dijo el guardia al entrar en un edificio bajo de ladrillo que cumplía la función de laboratorio.

Tres trabajadores que etiquetaban unos polvorientos frascos de sustancias químicas alzaron la vista cuando entré en la habitación. Se presentaron y me contaron a qué se dedicaban. Según me explicaron, dos de ellos eran químicos que habían sido considerados como «contrarrevolucionarios históricos», lo que significaba que sus «crímenes» eran anteriores a la fundación de la República Popular en 1949. Muy probablemente habían desempeñado algún cargo para el Gobierno nacionalista. El tercero era profesor universitario de Química de la Universidad de Pekín y derechista como yo.

Me dijeron que mi labor consistiría en encargarme de llevar a diario los materiales de prueba desde el laboratorio al taller de la fábrica de sustancias químicas. Me invadió un sentimiento de gratitud. Por poca categoría que tuviese, aquel trabajo me liberaba de la alienante rutina de tener que estudiar doctrina política mañana, tarde y noche. El hecho de convertirme en trabajador de la prisión me permitiría moverme a mis anchas por el centro y mejorar mis condiciones de vida: dormiría en un sector distinto del horno de ladrillos, sobre un tosco camastro de madera de una litera doble; en vez de dos ranchos al día, recibiría tres, me darían más ración de cereal; y, lo que era más importante, tendría libertad para deambular por el recinto de la fábrica a mis anchas, una prerrogativa que no era fácil obtener en un lugar como aquél, donde la vigilancia era constante.

Para entonces ya había comprendido que, en el sistema penitenciario de China, el trabajo está considerado a la vez como una obligación, un castigo y una recompensa. Antes de ganarse el privilegio de trabajar, hay que admitir qué crímenes se han cometido, demostrar la voluntad de reformarse ideológicamente, y fingir que se ha aceptado la disciplina impuesta. Ahora que ya había quedado probada mi obediencia, después de pasar un mes en el centro de detención, se me podía asignar un trabajo para proseguir con mi reforma.

Durante las dos primeras semanas y media, no se me permitió escribir cartas a mi familia. Mi único contacto con el mundo exterior fue una nota y un pequeño paquete que me había enviado Li, mi hermosa bailarina, quien había persuadido al oficial de seguridad del Instituto de Geología para que le dijera mi paradero. Abrí el paquete recordando las siete u ocho veces que me había encontrado con ella en el parque y hallé en su interior una toalla y un cepillo de dientes, algunos lápices y sobres, una pastilla de jabón y caramelos. En su nota había escrito: «Refórmate a fondo. Yo mantendré la esperanza». Dejé una nota para ella al guardia, en la cual le agradecía su envío pero le rogaba que no tratara de ponerse en contacto conmigo. Nunca más supe de ella.

Poco después de trasladarme a los barracones de trabajo para los reclusos asignados a la fábrica de productos químicos, el capitán al mando aprobó mi petición de escribir a mis padres e informarles de mi arresto. Me imaginaba lo asustada que debía de estar mi madrastra sin saber nada de mí desde hacía tanto tiempo, ya que me escribía regularmente desde 1955, cuando me marché de casa para ir a Pekín. Sin embargo, conociendo su delicado estado de salud y temiendo la impresión que la carta le causaría, escogí cuidadosamente cada palabra y le aseguré que me trataban bien. Le envié la carta el 15 de mayo de 1960, y quedé a la espera de su respuesta, pero no recibí ninguna. Trataba de imaginar la razón del silencio de mi familia. Me preguntaba si habrían decidido cortar el contacto conmigo por prudencia, ahora que yo era considerado un criminal, o si se habrían negado a escribir como muestra de reprobación por mi comportamiento. A medida que pasaban los días esta cuestión me inquietaba cada vez más.

Una tarde de principios de junio, el prisionero de guardia apareció en la fábrica de productos químicos y me dijo que hiciera una pausa en el trabajo. Lo seguí hasta la sala de visitantes y, entonces, vi, allí sentado en un banco, a mi hermano mayor, con aspecto adusto y el cuerpo rígido. No lo había visto desde 1955 cuando se subió en un tren con destino al interior de Mongolia. Sin saber por qué había venido, le pregunté por la familia.

—Ellos están bien —me dijo en un tono cortante—, pero tú has cometido muchos errores que han hecho daño no solo a nuestra familia, sino al Partido y al país. Ahora tienes que responsabilizarte por las consecuencias de lo que has hecho. Al único que puedes culpar por la situación en la que te encuentras es a ti mismo. Toda la familia te ha denunciado, hemos roto las relaciones contigo. Debes estudiar bien la doctrina de Mao Zedong, poner empeño en reformarte y convertirte en un nuevo ciudadano socialista.

Me entregó un paquete que contenía un par de zapatos de algodón y una toalla enrollada en la que había algunas golosinas dentro.

Me impresionó oír por boca de mi hermano las mismas palabras que había oído repetir a la policía. Con un guardia escuchándonos, no le podía decir a mi hermano que dejase de hablarme así, pero traté de cortar el curso de la conversación haciéndole otras preguntas.

—¿Cómo está nuestro padre, cómo está nuestra madre? —le pregunté. Pero él no se dignó a contestarme. Eso me enfureció.

—Responde a mis preguntas —le dije.

—Deberías sentirte avergonzado hasta de preguntar por tus padres —me respondió a voz en grito.

El guardia intercedió para evitar una discusión y apoyó las acusaciones de mi hermano:

—Wu Hongda, presta atención. Necesitas escuchar la lección que te da tu hermano.

Sentí que me enfurecía aún más. Mi hermano rompió el silencio.

—Deberías morir aquí, de esta manera —dijo.

Al escuchar esas palabras, le tiré el par de zapatos a la cabeza, pero le pasaron rozando el hombro.

—No quiero nada de ti —le grité mientras me giraba para dirigirme hacia la salida y poner fin al encuentro.

—Debes aceptar las críticas de tu familia —me advirtió el guardia—. Ten cuidado —añadió—. Y recoge los zapatos del suelo.

Los recogí y volví caminando al laboratorio, aturdido por las crueles palabras de mi hermano. En aquel momento no tenía argumento alguno sobre el que apoyarme para explicarme su amargura. Nunca me dijo que volvía al interior de Mongolia después de haber asistido en Shanghai al funeral de mi madrastra. Tampoco supe que ella se había suicidado con una sobredosis de somníferos el 17 de mayo, el día que recibí mi carta. Hasta 1979 no supe que mi hermano había recibido un telegrama donde se le pedía que regresara a casa a toda prisa y que se detuviera en Pekín para reunirse conmigo con el fin de hacer juntos el viaje hasta Shanghai. A su llegada al Instituto de Geología se enteró de mi arresto, ocurrido seis semanas antes, y se marchó por su cuenta. Mi padre le pidió que me hiciera una visita en el campo de detención cuando pasara a su vuelta por Pekín, advirtiéndole que no me dijera que nuestra madre había fallecido. Mi padre quería ahorrarme ese dolor. Pero a los ojos de mi hermano, yo era el responsable de la muerte de nuestra madrastra.

Lo que realmente me preocupaba después de la visita de mi hermano, además del rechazo de mi familia, era el hambre. Los reclusos de los campos se habían obsesionado con la comida; durante un año de hambruna, cuando incluso los trabajadores que prestan lealmente sus servicios al Partido se mueren de hambre, los reclusos confinados en un campo apenas pueden subsistir con sus raciones diarias. Incluso cuando ya había comenzado a recibir tres raciones al día, sentía hambre a todas horas. En mi itinerario habitual, desde el laboratorio a la fábrica, pasaba varias veces al día por el huerto privado de los guardias, y me quedaba mirando las coliflores y los pepinos, reprimiendo los instintos de arriesgarme. El caso es que una noche en la que me sentía más hambriento que nunca, el olor de los pepinos superó mi capacidad de prudencia y, por primera vez en mi vida, robé: me agaché y arranqué un pequeño pepino de la planta. La piel crujía mientras lo mascaba y me lo tragaba rápidamente, saboreando la humedad y un cierto regusto a picante. En el curso de las dos semanas siguientes volví al huerto de los guardias unas cuatro o cinco veces más.

Como es sabido, a los reclusos hambrientos se les agudiza el sentido del olfato. Un día, al regresar al laboratorio con un montón de sustancias químicas en la mano, se me revolvió el estómago y dejé escapar un eructo de pepino justo cuando pasaba delante de uno de los prisioneros de guardia. Tras olfatear a su alrededor, el prisionero me cogió del brazo y me llevó a la oficina de seguridad donde un guardia con cara de pocos amigos me interrogó:

—¿Qué has estado haciendo?

Sabía que debía mentir, pero había estado en el campo menos de dos meses, y aún carecía de la práctica suficiente para inventarme excusas.

—¿Qué has estado haciendo? —repitió el guardia.

—Na-nada... —tartamudeé.

—Has estado afanando verduras, ¿no es cierto? —rugió el guardia.

—Yo sólo..., sólo...

—Está bien —atajó bruscamente y, haciéndome una señal con el brazo, me ordenó que saliera de la oficina.

Al día siguiente, tras informarme de la decisión del capitán de policía de retirarme su confianza para deambular solo por el campo, me reasignaron al almacén. Allí mi tarea consistía en sacar las distintas sustancias químicas que se utilizaban en la fábrica y luego volverlas a colocar en su sitio, y en registrar en un estadillo tanto las sustancias que entraban como las que salían del almacén. Echaba de menos la libertad de caminar al aire libre, pero seguía considerándome afortunado. Al menos, no estaba en una situación de supervisión constante.

A mediados de julio, ya me había acostumbrado al horario cotidiano de trabajo en la prisión. Todas las mañanas, a las ocho en punto, nos reuníamos fuera de nuestros barracones para pasar lista y, luego, caminábamos hasta la fábrica. En el patio de la fábrica nos daban el rancho y, a las nueve, empezábamos dos horas de estudio en grupo. A las once, los reclusos de guardia nos reunían a todos para almorzar. A las doce reanudábamos el trabajo, que interrumpíamos solamente una vez para descansar, tomar un refrigerio y después continuábamos hasta el fin del turno, a medianoche. Entonces, los guardias nos reunían de nuevo, nos daban las instrucciones necesarias para proseguir nuestra reforma, y nos enviaban de vuelta a los barracones para pasar lista por última vez antes de acostarnos. Dormíamos desde la una hasta las ocho de la mañana, cuando empezaba de nuevo la jornada. Así, durante siete días a la semana.

Un día, a mediados de agosto, varios reclusos que estaban claramente angustiados vinieron al depósito y me rogaron que les proporcionase algo del alcohol que ellos sabían a ciencia cierta que se almacenaba junto con el resto de los suministros. Siempre les había gustado beber, dijeron, y ahora necesitaban el alcohol. Solamente me pedían ese favor: puesto que ellos sufrían, y yo era su hermano; tenía que ayudarlos. Me negué en redondo. No solamente quería proteger mi puesto de trabajo, sino que sabía que si bebían metanol, que era la única clase de alcohol de que disponíamos allí, podría acarrearles consecuencias fatales. Se trataba de campesinos que, o bien desconocían sus efectos letales, o bien estaban tan desesperados que no les importaba lo que les ocurriera. Me compadecí de ellos. Por muy miserable que fuese, pensé, al menos no tenía esas adicciones. Unos días más tarde, dos de los reclusos se acercaron a mí para presionarme nuevamente con la esperanza de que cediese. Me negué de nuevo y les dije que el alcohol industrial era muy tóxico.

—Tú no bebes, así que no lo sabes —insistieron—. Ese alcohol puede servirnos.

Unos días más tarde, cuando ya me había olvidado de esos incidentes, un capitán de la policía entró en el depósito, y me fulminó con la mirada.

—¡Ahora mismo vas a confesar lo que has hecho! —gritó—. Has dado sustancias químicas por tu cuenta y sin registrarlas.

Yo repliqué con firmeza que siempre registraba los productos a los que daba salida y que nunca había dado nada a ninguna persona no autorizada.

—Te lo advierto —respondió él, elevando la voz aún más—. La política del Partido es indulgente con quienes confiesan, ¡e implacable con quienes se resisten!

Su acusación me asustó, pero insistí en que era inocente. Posteriormente, supe que uno de los reclusos que se habían acercado a mí había quedado miope y que otro había perdido completamente la visión, síntomas ambos de intoxicación por metanol. El guardia volvió a preguntarme si había controlado rigurosamente todo el alcohol industrial y descartó mis alegaciones de inocencia. Si el alcohol había desaparecido del almacén, afirmaba él, yo había fallado en el cumplimiento de mi deber y debía cargar con la responsabilidad.

Considerado nuevamente indigno de confianza, me transfirieron al taller principal de la fábrica, donde trabajaba con el resto de los reclusos bajo la supervisión del capitán del equipo. En este trabajo, el tercero que me asignaban, tenía que permanecer de pie durante todo el día ante una mesa de taller, secando una especie de papilla blanca de productos húmedos hasta convertirla en polvo. Ignoraba el nombre de la sustancia, aunque me dijeron que se llamaba «sal G». Para secarla, había que mantener constante el nivel de calor de seis planchas de hierro esmaltado (no debía superar los 325 grados) poniendo y quitando ciscos de carbón en un horno de ladrillo encastrado debajo de éstas. Tenía que medir la temperatura en todo momento, ya que a 330 grados el polvo adquiriría un color marfil amarillento, y si alcanzaba los 350 grados se volvía rojo y se echaba a perder.

Al principio, ponía mucha atención en lo que hacía, porque comprendí que si el polvo se echaba a perder, me castigarían sin remedio. Así y todo, un día, cansado y hambriento, me quedé dormido mientras cuidaba el horno. Cuando desperté sobresaltado, el polvo de uno de los platillos se acababa de poner rojo: había arruinado 9,9 kilogramos del producto.

—¡Lárgate de aquí! —me gritó el guardia a cargo de la planta.

Humillado, me giré para marcharme, pero antes me dio una bofetada en la cara y varias patadas.

—Cada kilogramo de ese polvo cuesta 10.000 yuanes —me gritó. Mi error había costado 99.000 yuanes.

Me marché de allí cojeando ligeramente. No era el cuerpo lo que me dolía en realidad, sino la herida profunda que había sufrido mi orgullo. Era la primera vez que alguien me golpeaba desde que era recluso. Hasta hacía muy poco, pensé, era uno de los mejores estudiantes de mi promoción y un atleta consumado. La gente me tenía

como ejemplo a imitar, pero ahora cualquier guardia podía pegarme como a un perro cuando gustase, y yo no podía hacer nada al respecto. Me sentía rabioso y asustado.

Después de este incidente, las autoridades de la prisión decidieron que no era apto para trabajar con sustancias químicas y, durante la primera semana de septiembre, me ordenaron que cruzase la verja de la fábrica de nuevo para regresar al centro de detención.

6. La lección del campesino

En la mañana de mi regreso al centro de detención, en septiembre de 1960, al dirigirme hacia el horno de ladrillos para unirme al grupo de estudio, vi de lejos a Xing, «el Tragaldabas». Habían pasado cuatro meses desde su marcha y, como no esperaba volver a verlo, me dio una especial alegría encontrarme con ese rudo campesino. Noté que su aspecto había cambiado y que ahora estaba mucho más delgado que antes.

—¿Dónde está tu abrigo? —le pregunté cuando nos encontramos en la entrada del horno.

Como tardaba en responder, le repetí la pregunta, esta vez con una sonrisa:

—¿Has dejado de robar pollos? —me intrigaba saber qué le habría podido ocurrir después de separarnos en mayo.

—No podía aguantar ahí fuera —replicó él.

Parecía hacer caso omiso de mi pregunta. Pensé que estaba recordando sus esfuerzos de supervivencia en las calles después de salir de su pueblo. Luego, Xing se animó a hablar un poco. Era como si charlase consigo mismo, agitando las manos nudosas en el aire.

—¡Nadie puede! En la ciudad nos cachean todos los días: por el día, por la noche, a cualquier hora. Ya no hay lugar donde esconderse. No se encuentra nada de comer. Incluso en las tiendas y los mercados de Pekín no se ven alimentos por ninguna parte, ni siquiera para comprar: ni pastel ni galletas ni carne; nada. Y —bajó la voz solemnemente— han desaparecido los pollos; no he visto ni uno solo. Nada. Estaba tan hambriento que cambié mi abrigo por dos panecillos calientes, que engullí allí mismo.

Supuse que Xing había pasado los últimos meses en Xindian, en la fábrica de ladrillos para la reforma por el trabajo, hasta que me contó que, en realidad, se había escapado. Había burlado a los guardias, esperando ingeniárselas mejor para encontrar algo más de comer que lo que le ofrecían en el campo de trabajo. Sin embargo, en Pekín no encontró comida por ninguna parte. La hambruna había empeorado hasta tal punto que era imposible sobrevivir en las calles. Finalmente, sumido en la desesperación de sobrevivir a toda costa, Xing se presentó en un puesto de policía y se entregó. Sin papeles de identificación, sabía que lo arrestarían de nuevo. En septiembre lo enviaron de vuelta al centro de detención.

—¿Qué ha pasado con tus ropas? —le pregunté, mirando con curiosidad su nuevo abrigo, una chaqueta gastada del Ejército Popular de Liberación, en la que el color caqui relucía más verde en los lugares donde las insignias habían sido arrancadas de cuajo— ¿Dónde has encontrado eso?

—Lo he robado.

—¿Cómo has podido? —le pregunté en tono desaprobatorio.

—¿Qué quieres decir? —replicó Xing desconcertado—. Es una cosa de nada, sin importancia alguna. Y se marchó, sin el menor rastro de preocupación en la cara. Pese a todo, yo no podía aceptar su indiferencia ante las convenciones morales, pero sabía que mi propia forma de pensar se endurecía a medida que aprendía sobre la supervivencia. Mi desaprobación inicial se iba transformando poco a poco en respeto. Xing hacía lo que tenía que hacer con el fin de permanecer vivo.

—Maldita sea..., hijos de puta... —mascullaba Xing todas las mañanas mientras miraba con repugnancia los dos minúsculos panecillos negros que el recluso arrojaba en su cuenco—. Dos comidas al día. En cada comida dos panecillos; cada panecillo setenta gramos; mitad barcia de trigo, mitad sorgo; un cuenco de caldo aguado y un nabo salado.

Acuciado por el hambre, Xing se fue haciendo más agresivo. Si, mientras comíamos en el kang, algún recluso dejaba de prestar atención por un momento a su rancho... ¡zas!, su panecillo desaparecía en la enorme boca de Xing. Ya podía la víctima ponerse a gritar, saltar sobre Xing o incluso pegarlo, que a los guardias les importaba muy poco que a un recluso le robaran un wotou, y ciertamente a Xing menos aún. El hambre le afectaba enormemente, y no se andaba con paños calientes. No podía entender mis dudas al respecto: «Nadie se va a ocupar de ti aquí —me advertía—. Eres tú quien tienes que cuidar de ti mismo». Yo tenía veintitrés años, era un universitario criado en una familia urbana y acomodada, además de un preso político. Xing Jingping, tres años más joven que yo, era un campesino de un pueblo miserable, un ladrón sin educación ni conciencia política. Entre los dos había una brecha enorme, pero yo lo admiraba cada vez más, como si fuese el profesor más capaz e influyente que hubiese tenido en mi vida.

Xing era audaz, y esto le causaba problemas algunas veces. Con ocasión de las fiestas nacionales, el Gobierno concedía a los reclusos el favor de un plato de comida decente. El 1 de octubre de 1960, día de la Fiesta Nacional, el centro de detención nos repartió a cada uno dos sabrosos y dulces panecillos de harina de trigo auténtica que no admitían comparación con aquellos otros panecillos duros y de sabor oscuro que solíamos comer. Además, nos dieron una ración de sopa de verduras: no una sopa aguada con unas cuantas algas flotando, sino un auténtico caldo con salsa de soja y trozos de tocino, con piel y todo. Cada porción, de unos ochenta y cinco gramos, contenía cuatro o cinco trozos de tocino. Yo sostuve mi cuenco con ambas manos, paladeando su aroma penetrante y su delicioso sabor.

Para este almuerzo, nuestro grupo de quince personas había sido dividido en secciones de tres reclusos. El primer grupo en comer fue el mío, y los otros se sentaron a esperar impacientes a que los prisioneros de guardia les trajesen de la cocina sus cuencos. Xing se sentó junto a mí, con el cuenco vacío, inspeccionando atentamente a su alrededor, a la espera de una oportunidad para saltar sobre el plato de algún recluso. Al notar su mirada, le cogí del brazo.

—Eh, tú, aquí todo el mundo tiene solamente una ración —dije—. Tu corazón, el mío y el de todos está hecho de la misma carne. No seas tan duro e insensible.

Xing se sacudió mi mano de encima. Su voz sonó como un rugido.

—¿A quién crees tú que estás cuidando? Aunque esté vivo hoy, no sé qué pasará el día de mañana. Si ni siquiera puedo cuidar de mí mismo, ¿cómo puedo pensar en otras personas?

De pronto, el cuerpo de Xing, con toda su estatura y delgadez, se tensó. Fijó los ojos en los dos jefes del grupo de estudio que, junto a la puerta, disfrutaban de privilegios especiales debido a su cercanía con los guardias. De acuerdo con el reglamento, ellos debían recibir el mismo trato con respecto al rancho que los reclusos ordinarios, porque a todos nos estaba asignada la misma cantidad de comida pero, de hecho, el personal de seguridad solía desentenderse para que ellos cogieran un panecillo de más.

Los reclusos de guardia acababan de aparecer por la puerta con varios cubos llenos de comida. Los jefes del grupo de estudio los detuvieron y empezaron a rebuscar en la sopa especial en busca de más tropezones de carne. A nadie le pasó desapercibido lo que estaba ocurriendo y, en pocos segundos, todos los reclusos montamos en cólera. Sentí una rabia incontenible. Aquellos cubos eran para todos los reclusos, y los jefes de estudio también formaban parte de ese grupo. No solamente nos intimidaban y humillaban durante el estudio, sino que pretendían robarnos también nuestra comida ante nuestras propias narices.

Moví la cabeza de un lado a otro para manifestar mi desaprobación, pero Xing ya se había inclinado hacia delante. Poniéndose de pie como un resorte, se fue derecho hacia el cubo de sopa. Los dos jefes de estudio estaban de espaldas a nosotros, pero Xing metió su cabeza entre ellos con ímpetu, hundió su cara en la sopa y empezó a bebérsela a lengüetazos como si fuera un perro. Los jefes de estudio comenzaron a pegarle con saña, pero a Xing le importaban poco sus golpes y patadas. Se volcó el cubo y se derramó la sopa sobre el suelo sucio. Xing, a cuatro patas, hundió su cara en el barro y lamió hasta el último trozo de tocino. Ling, uno de los jefes de estudio, agarró el cubo vacío y le golpeó con él en la cabeza, abriéndosela en dos. Xing se levantó del suelo con la cara manchada de salsa de soja, sangre y barro, pero no gritó ni lloró, simplemente se quedó allí de pie sin moverse, con la sangre chorreándole de la cabeza.

—Tal vez no valía la pena —dijo Xing cuando volví a verlo siete días más tarde, tras salir de su aislamiento en una celda de castigo.

No tenía ni idea de las condiciones que había tenido que soportar, pero se notaba a simple vista lo mucho que había adelgazado después de pasar una semana subsistiendo con raciones mínimas.

—Me puse hasta las cejas de carne de cerdo y verduras, pero lo perdí todo en siete días ¿Ves esto? No lo olvidaré —dijo, señalando con el dedo la herida que tenía en su cabeza.

No estaba muy seguro de lo que Xing había querido decir con esa frase: ¿significaba que no se le olvidaría lo que había aprendido sobre la prohibición de robar comida o que, por el contrario, se vengaría de Ling?

En las semanas siguientes a la Fiesta Nacional, el hacinamiento dentro del horno llegó a un extremo insoportable. El Centro de Detención de Beiyuan había sido previsto para acoger unos mil quinientos reclusos, pero después de que la policía de Pekín hubiese peinado las calles para barrerlas de indeseables, en vísperas de la inminente celebración, se había sobrepasado con creces el límite de su capacidad. Los kangs estaban atestados de cuerpos. Ya no dormíamos en los sesenta centímetros de espacio sino de costado, apretujados unos contra otros. Dos veces por noche, el prisionero de guardia daba órdenes para que todo el mundo se diese la vuelta, y todos cambiábamos de posición a la vez, porque el kang estaba demasiado abarrotado como para que cada cual se moviera a su antojo. Empecé a desear con impaciencia que me asignaran a un campo de trabajo.

Los miembros de todos los establecimientos de reforma por el trabajo del distrito de Pekín visitaron el centro de detención durante el mes de octubre, cumpliendo con las órdenes de la Dirección General de Seguridad de que se atenuase el hacinamiento.

—¡Eh! —gritó Xing para llamar la atención de un capitán de la granja agrícola de Qinghe, una vez que los reclusos hubieron formado en el patio para la inspección—. ¿Qué le parezco? ¿Busca un buen soldado? —añadió, echando los hombros hacia atrás para sacar pecho.

—¿Quién eres tú? —le gritó el capitán a la cara, irritado por la audacia de Xing—. ¿Con quién crees que estás hablando?

—Soy un campesino. Puedo hacer cualquier trabajo de carga y descarga, por duro que sea, y no me importa el rancho. ¡Lléveme a mí!

—Muy bien —accedió el capitán—. Sal de la fila.

—Me voy —dijo Xing—. Luego te veo. Parecía contento cuando levantó la mano para despedirse y se dirigió hacia el horno para recoger su colcha. El traslado le daría la oportunidad de poder comer algo más.

Cuando el capitán de policía pasó junto a mí, se detuvo. Yo no me atrevía a llamar su atención como lo había hecho Xing.

—¿Cómo te llamas?

—Wu Hongda —respondí tranquilamente, sin apartar los ojos del suelo.

—¿Qué edad tienes?

—Veintitrés años.

—¿Y cuál es tu delito?

—Soy un derechista.

—¿De dónde vienes?

—Soy estudiante universitario.

El capitán prosiguió su inspección, y yo regresé despacio y cabizbajo al horno. Xing ya había enrollado sus cosas en la colcha. Al verme con el ánimo por los suelos,

se sentó en el kang, y habló con toda franqueza:

—En este mundo a nadie le importa lo que te pase. No sé cuántos libros has leído, pero todo lo que has leído es inútil aquí, no te va a ayudar en nada. Tú eres el único que puedes cuidar de ti mismo. —Entonces su voz se hizo más suave—. Tienes que cuidarte. No importa lo inteligente que seas, cabronazo, aquí sólo gana el más fuerte.

Aquellas palabras de Xing al despedirse regresarían a mí muchas veces en los años siguientes.

Esa noche llegaron más reclusos, a los que distribuyeron en las tiendas de campaña montadas por todo el patio. El número de reclusos había superado por mucho la capacidad del horno. A menudo no había agua para lavarse, ni siquiera para enjuagarse la cara con agua sucia.

Xing era afortunado, pensé. Él era libre. Puede que fuese una libertad limitada y brutal, pero, en cualquier caso, parecía preferible a las condiciones miserables y cada vez más adversas que padecíamos en el centro de detención.

A partir de mediados de octubre empezó a llover con frecuencia. Las tiendas de campaña hacían aguas por todas partes, y el patio se convirtió en un barrizal. Me acordaba de la temporada de lluvias en Shanghai cuando era pequeño. En aquella época, me desvestía, me ponía el bañador y salía a correr alegremente en medio del chaparrón, pero ahora, sin mi amigo Xing, la lluvia me pesaba y me hacía sentir solo. Nunca antes había temido las lluvias de otoño, pero aquel año me anticipaban el invierno que tenía por delante. Me preguntaba cómo sobreviviría al frío con tan pocos víveres. A finales de septiembre ya notaba que los efectos del menguante rancho de la prisión habían empezado a hacer mella en mí y, a finales de octubre, mis costillas parecían una tabla de lavar ropa.

Más tarde, se apoderó de mí otro temor. Pese a lo que había afirmado el policía encargado de mi detención —«Después de tres o tal vez seis meses volverás y te ofrecerán otro trabajo»—, habían pasado seis meses y no tenía ningún motivo para esperar nada. ¿Por qué mi hermano me había denunciado? Mi madrastra debía de haber recibido mi carta. Mis padres debían de haber sido notificados por la Dirección General de Seguridad. Durante mi trabajo en la fábrica de productos químicos, les había escrito una vez al mes, pero no habían respondido a ninguna de mis cartas. Cuando regresé al centro de detención, en septiembre, no me permitieron escribirles más. En agosto, mi hermana me había enviado una breve carta junto con un pequeño paquete con algunos alimentos, aunque en ella decía únicamente que debía rehabilitarme del todo. No podía dejar a un lado la preocupación por mi familia: ¿estarían todos bien? ¿Les habría ocurrido algo? Mis pensamientos al respecto se habían teñido de un miedo irracional: ¿me seguía queriendo mi madrastra? ¿Mi comportamiento les había avergonzado o causado problemas?

Finalmente, me di cuenta de que no podía preocuparme más por ellos. De hecho, no podía permitirme preocuparme por nada que no fuera yo mismo. Perdía peso a

toda velocidad. Tenía que conseguir más comida como fuera. No me quedaba más remedio que cuidar de mi salud. Lo demás no importaba.

De hecho, me di cuenta de que Xing era mucho más inteligente que yo. Poseía una claridad instintiva y un entendimiento que yo no podía ni siquiera soñar con igualar. Se las había ingeniado para escapar de Xindian, regresar a Beiyuan y volver a salir para la granja agrícola de Qinghe, adaptándose siempre a las circunstancias. Él era quien tenía la educación que había que tener, no yo. Era él quien se había licenciado y obtenido un trabajo, mientras que yo seguía esperando.

Un día, cuando Ling, el jefe de estudio, me pidió que me convirtiera en el registrador de actas de la clase, no dejé pasar la oportunidad. Todos los recién llegados tenían que confesar sus crímenes frente de los demás miembros del grupo. Mi tarea consistía en anotar todo lo que decían. Por este servicio, Ling autorizó al prisionero de guardia a darme medio panecillo más en cada comida.

Al contrario que el resto de mis compañeros del centro, Ling era miembro del Partido. Le habían enviado a Berlín oriental para estudiar astrofísica, y allí se había enamorado de una muchacha alemana. La pareja se había escapado a Berlín occidental, pero Ling lamentó posteriormente su decisión de desertar de su país, porque se sentía culpable de marcharse tras haber contado con la ayuda del Gobierno en su investigación. Así pues, regresó al otro lado del Telón, pidió ayuda al consulado chino y aceptó gustosamente un billete de vuelta para China, pero, al aterrizar en Pekín, lo condujeron directamente a Beiyuan bajo la acusación de «reaccionario ideológico».

Una tarde de finales de octubre, al terminar la clase de estudio, la voz de Ling interrumpió el curso de mis pensamientos:

—Presta atención. Mañana hay otra oportunidad para salir de aquí —me susurró al oído—. Puede que sea la última. Los mandos de la fábrica de acero de Yanqing vendrán a reclutar a algunos trabajadores.

No tenía ni idea de por qué Ling me ayudaba. Era impensable que un jefe de estudio se acercase a un recluso común y corriente para ofrecerle un consejo.

Aquella noche no dormí preguntándome cómo debía actuar. Sabía que cualquier recluso que no estuviera depauperado por el hambre querría ser reclutado para la fábrica de acero. «Tengo que salir de aquí —me dije—, puede que sea mi última oportunidad.» Para hacer más creíble mi aspecto de trabajador, decidí que me quitaría las gafas durante la inspección. En ese preciso instante me di cuenta de que había empezado a pensar como un recluso. Ahora sí que me estaba reformando de verdad. Para sobrevivir en los campos, tendría que aprender cómo funcionaba el sistema.

A la mañana siguiente, los guardias de Beiyuan ordenaron a todos los reclusos que formaran filas de cien. A continuación, cinco o seis de los delegados de seguridad de la fábrica de acero de Yanqing se hicieron cargo de la situación.

—¡Moveos! —gritaba uno, y una línea de reclusos desfilaba a su lado mientras los reclutadores los inspeccionaban atentamente—. ¡Moveos! —volvían a gritar, y

otra línea desfilaba—. ¡Corred! —gritaban después—. Y todos rompíamos filas y corríamos para exhibir nuestra forma física y fortaleza, aunque algunos tropezaban o se tambaleaban a causa de lo débiles que estaban por el hambre.

—¡Llévenselo! —ordenaban cuando un recluso se caía al suelo.

«¡Corre! —me dije a mí mismo cuando la fila se desplazaba hacia delante—. No te caigas, corre, corre, sigue adelante.» Hablaba conmigo mismo como si fuera un caballo de carreras o un jugador de béisbol y tuviera que correr de una base a otra: «primera..., segunda..., más rápido; ¡no dejes de correr!». Pero no corría en un campo de béisbol sino para salvar la vida. Hice acopio de toda la energía de la que me sentía capaz y me concentré al máximo en llegar hasta el final.

Los reclusos que lograban acabar el número de vueltas que nos habían exigido formaban una línea aparte al final del patio. Los mandos de la fábrica pasearon junto a nosotros, palpándonos el pecho, revisándonos los hombros, sólo les faltó abrirnos la boca y examinarnos los dientes. A veces, se detenían delante de un recluso y le formulaban una retahíla de preguntas. Finalmente me llegó el turno.

Aunque aún resollaba y mi corazón latía a toda velocidad, bajé los hombros, enderecé mi pecho de tabla de lavar y miré al frente. Había perdido unos nueve kilos, pero no había olvidado la forma de disciplinar mi cuerpo.

El delegado jefe, que se llamaba Yang, tenía la cara llena de manchas, los dientes sucios y los labios negros por el tabaco. Sobre sus hombros colgaba un abrigo acolchado con el cuello forrado de piel. La cabeza se le inclinaba levemente hacia la izquierda cuando hablaba, y, al señalar con el dedo, se le veían los dedos amarillentos de fumador empedernido.

—¿A qué te dedicas?

—Soy estudiante.

—¿Cuál es tu delito?

Esta vez respondí directamente, sin vergüenza alguna:

—¡Soy un derechista!

—Capitán —dije cuando se dio la vuelta—, capitán; soy un trabajador abnegado.

—¿Has terminado la carrera?

Aunque todavía respiraba agitadamente, parecía no haberlo notado.

—Sí, en la universidad hice atletismo.

—¿Atletismo? ¿Y eso qué significa?

—Significa que soy fuerte, que puedo trabajar duro —dije con convicción; pero él me miro de reajo, sin decir nada, y pasó de largo.

Entonces, el subalterno se acercó para tomar la decisión final. Antes de que llegase a la altura de la fila donde estaba yo, rompí el reglamento y di un paso al frente. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para salir del centro de detención. Tenía que lograr que me repescaran.

—Capitán —volví a la carga, esta vez con un tono de voz más grave si cabe.

El subalterno me dio un golpetazo en el pecho para que volviera a mi puesto en la fila.

—Ha pasado tu turno. No te necesitamos. ¿Por qué te sales de la fila? Vuelve ahora mismo a ella.

—¿Qué ocurre ahí? —gritó Yang, dándose la vuelta.

—Puedo hacer este trabajo; quiero trabajar —insistí dirigiéndome a ambos con firmeza y arriesgándome a dar otro paso al frente.

—No tienes aspecto de trabajador —sentenció Yang.

Me llevé la mano a las gafas y me las quité.

—Fíjese bien —dije audazmente—. No deje que le engañen las gafas. Soy fuerte. ¡Trabajaré duro!

—¡Está bien, está bien!

Yang frunció el entrecejo, con aspecto de estar al mismo tiempo irritado y divertido de ponerme a prueba. Antes de darse media vuelta y seguir examinando la fila, me hizo una señal con la mano para que me quedara donde estaba.

Sentí como si hubiera anotado una carrera completa de béisbol. El cuerpo me temblaba de alivio, de la cabeza a los pies.

7. Al otro lado de la Muralla

Tres días más tarde estaba sentado, hecho un ovillo, entre un grupo de treinta reclusos, tratando de calentarme en la caja abierta de un camión que no paraba de dar tumbos mientras atravesábamos las montañas del norte de Pekín, al otro lado de la Gran Muralla china. Empezó a nevar cuando salíamos del centro de detención a media tarde. Era el 25 de octubre de 1960. Helado de frío y muy hambriento, me subí el cuello de mi pesado abrigo acolchado. En cada esquina del camión había un guardia vigilando para evitar un posible intento de fuga. No nos estaba permitido ponernos de pie ni estirarnos. El silencio del trayecto se rompía de vez en cuando con el sonido de un culatazo sordo a un recluso que levantaba la cabeza o se atrevía a intercambiar unas palabras con su vecino.

Abrazado a mis rodillas y hundiendo la cabeza en ellas, empecé a reflexionar detenidamente. El optimismo que albergaba inicialmente respecto a mi traslado se había transformado en miedo. Durante semanas había soñado con que me destinaran a un campo de trabajo, porque éste llevaba aparejado la promesa de poder trabajar y conseguir más comida, pero la dureza de los guardias en el camión me daba a entender que mis expectativas de lograr un trato mejor eran probablemente infundadas. No podía creer que mis palabras o acciones en el Instituto de Geología me hubieran conducido a un castigo semejante. Tampoco acertaba a imaginar qué me depararía el destino. Mi caso no había sido juzgado ni lo sería nunca. La reforma por el trabajo era un castigo administrativo y no judicial que se podía aplicar y extender con independencia de lo estipulado en un código penal.

Durante medio año había salido adelante con una comida muy escasa. En el centro de detención estaba obligado a asistir a diario a clases de estudio y reuniones disciplinarias, y no había tenido más que algunos breves momentos para caminar al aire libre. ¿Durante cuánto tiempo seguiría siendo un recluso? ¿Era realmente un criminal? Empecé a preguntarme si no estaría realmente equivocado. Quizá mis ideas habían causado perjuicios a la mayoría del pueblo chino; quizá me había enfrentado realmente a la madre patria con mis críticas al Partido Comunista. Mis ojos recorrieron el cielo oscurecido y la nieve que se precipitaba sobre nosotros, y me pregunté hacia dónde me encaminaba y qué sería de mí. Aunque había olvidado en gran medida mi fe católica, en este momento de adversidad recé instintivamente a Dios para que me perdonara y me protegiera.

—¡Bajad! ¡Salid de aquí! —gritó uno de los guardias.

Para cuando el camión llegó por fin a la fábrica de acero de Yanqing, muchos de los reclusos se habían quedado entumecidos a causa del frío. Como no se movían, los guardias les echaron a patadas de la caja del camión, haciendo que rodaran por el suelo como piedras. A medias saltando, a medias rodando, caí con los pies por

delante sobre el suelo helado, pero mis rodillas no llegaron a doblarse y me derrumbé como un fardo. Sentí una punzada de dolor que me atravesó el cuerpo de pies a cabeza.

Como si fuéramos un grupo de harapientos cojos, nos arrastramos hacia el ángulo más distante del patio de la fábrica. Un recluso se acercó a nosotros, impresionado de ver al grupo de recién llegados.

—¿Por qué habéis venido aquí? —preguntó él—. Toda la producción se ha detenido. Estamos esperando a que nos trasladen a otro lugar. ¿Y ahora llega otra partida de trabajadores? —concluyó, sacudiendo la cabeza de un lado a otro, como si no diera crédito a lo que veían sus ojos.

Mientras trataba de retener el significado de sus palabras, el frío y el hambre me impedían poner en orden mis ideas. «Quiero trabajar, creo que puedo trabajar. Además, un ser humano tiene que hacer algo. Necesito comer. Tal vez me den más comida si trabajo. Sin embargo, el recluso ha dicho que la producción se ha detenido. ¿Quiere eso decir que no hay más comida?».

La empresa de acero de Yanqing, supe poco tiempo después, estaba administrada por la Dirección General de Seguridad de Pekín. Constaba no sólo de una fábrica de acero sino de otra de ladrillos y de dos pequeñas minas de hierro separadas entre sí por ocho kilómetros de distancia. Se trataba de unas instalaciones del Estado que empleaban reclusos como mano de obra. Los residentes locales desconocían el nombre y el número de la prisión, que se mantenían en secreto. Precisamente cuando llegamos nosotros, las instalaciones acababan de ser abandonadas. En el norte de China, los fracasos económicos del Gran Salto Adelante habían provocado el deterioro del suministro de electricidad, que ahora llegaba únicamente a Pekín y a algunas industrias y universidades importantes. Sin electricidad, la fábrica de acero no necesitaba materia prima y, por tanto, la explotación de las minas tampoco tenía razón de ser. La totalidad del recinto formaba parte de un sector industrial al que el Gobierno había declarado temporalmente «fuera de la cadena».

¿Por qué habíamos venido entonces? Todo indicaba que la Dirección General de Seguridad había ordenado que todos los campos de trabajo que caían bajo su jurisdicción absorbieran una parte del excedente de reclusos recién llegados de la ciudad. No se habían hecho preparativos para nuestra llegada ni se había previsto techo ni provisiones. No había trabajo en los campos cuya producción había quedado «fuera de la cadena económica». Además, la comida se había racionado drásticamente.

Llegamos a la fábrica de acero alrededor de las seis de la tarde, y nos sentamos a esperar en cuclillas en el suelo cubierto de una delgada capa de nieve. No habíamos comido nada desde nuestra salida del centro de detención, aquel mismo día. Finalmente, algunos camiones aparecieron de nuevo en la puerta de entrada del patio, y los guardias descendieron de él y empezaron a pasar lista. Mi nombre figuraba en ella. Me pregunté a dónde demonios me llevarían ahora.

Ya había caído la noche y, aún sin nada que llevarme a la boca, sentí que el frío me calaba los huesos con más fuerza cuando me acurruqué junto a los demás reclusos en el camión. En la oscuridad, recorrimos una angosta y tortuosa carretera de montaña cubierta de rodadas y, después, descendimos por una escarpada pendiente hacia una garganta rocosa entre dos montañas. Cuando el camión llegó ante una puerta de madera, dos policías salieron de una garita temblando de frío. Las ráfagas de nieve habían cesado y, muy por encima de las escarpaduras de piedra, colgaban algunas estrellas en el cielo. La única otra fuente de luz procedía de los reflectores situados encima de las puertas de los edificios escalonados en la ladera de la montaña. Bajo un viento implacable, aguardamos hasta que los guardias nos contaron, terminaron de pasar lista y transfirieron nuestros expedientes. Seguíamos sin llevarnos nada a la boca.

—Vosotros dormiréis ahí arriba —gritó un guardia en dirección contraria al viento, señalando hacia una colina donde estaban los edificios más altos—. Son las diez, demasiado tarde para hacer nada más esta noche. Mañana nos ocuparemos de todo.

Los camiones dieron la vuelta en un repecho y se alejaron con un rugido del motor. El único guardia que quedaba se subió el cuello del abrigo para guarecerse del viento, y se apresuró a volver a sus dependencias mientras nosotros nos encaminábamos hacia nuestros respectivos barracones.

A finales del mes de octubre, al norte de la Gran Muralla, el viento gélido sopla impetuosamente por entre las montañas. Me sentía aterido de frío, pero me quedé unos instantes a observar el cielo, asombrado de que nos dejaran tan libres. Allí no se veían ni guardias ni muros, y no nos habían dado ninguna instrucción. Me di cuenta de que escapar de aquel cañón desolado era prácticamente imposible.

Ascendimos por el camino para examinar nuestro alojamiento con la esperanza de poder calentarnos un poco. Cada habitáculo medía unos 4 metros y medio de ancho por 15 de largo. Una simple pared medianera separaba la estructura en dos habitaciones. Las ventanas, con celosías de tablillas cruzadas vertical y horizontalmente, habían estado alguna vez cubiertas con papel pintado. Las puertas golpeaban contra las paredes a causa del viento. Era evidente que el lugar había permanecido deshabitado durante mucho tiempo.

Mi grupo escogió la sección de atrás del edificio porque parecía estar protegida del viento. Los kangs estaban dispuestos unos frente a otros, debajo de las ventanas y pegados a las paredes. La noche era demasiado oscura como para intentar siquiera ir en busca de algunos trozos de madera con los que hacer una lumbre en los pequeños braseros que calentaban los kangs. Las ráfagas de viento removían los jirones de papel pintado de las ventanas.

Me moví con rapidez para ser el primero en ocupar el extremo más alejado y resguardarme lo más posible del viento. Tienes que cuidar de ti mismo: no te preocupes por los demás. Sin apenas energía, me senté con la espalda pegada a la

esquina de la pared, abrazado con fuerza a la colcha que me eché encima de los hombros y sin lograr conciliar el sueño en toda la noche, esperando a que llegara la mañana y lo que treería consigo.

Poco antes del amanecer, se oyó gritar a un guardia: «¡Afuera, salid de ahí!». En mi vida había visto un paisaje tan yermo. Los abruptos acantilados de piedra se erguían a nuestro alrededor. La fila de barracones se había construido a la altura de una pequeña hendidura en la base de una montaña casi vertical. En el lado opuesto a la hendidura y, aproximadamente al mismo nivel, podía ver la boca de la mina de hierro de Yingmen. Los raíles de las vagonetas, oxidados y abandonados, iban desde la entrada de la mina hasta el depósito de carga del mineral.

Un sendero unía los casi 400 metros que separaban la caseta de los guardias de la bocamina, pasando junto a los barracones y bordeando la hendidura de la montaña. El guardia nos indicó dónde se encontraba la cocina de la prisión, los talleres de reparación y mantenimiento, la oficina de seguridad, las celdas de aislamiento y, a cierta distancia, la cocina de la policía y sus cuarteles. Las gigantescas laderas de las escarpadas montañas, despobladas de árboles, hacían innecesarios los muros de la prisión. El único acceso al mundo exterior era la escabrosa carretera de tierra por la que habíamos llegado la noche anterior.

Un centinela apareció en el sendero con un prisionero de guardia, mayor que nosotros, llevando un cubo y un cazo. A cada recluso recién llegado se le repartieron dos cazos de gachas aguadas de maíz.

—¿Cómo va la cosa? —preguntó el guardia mientras devorábamos a toda prisa la papilla.

—Tenemos demasiado frío —se quejó uno.

—¿Cómo podemos dormir con tanto viento? —inquirió otro.

—El norte de China es siempre frío en invierno —replicó el guardia con indiferencia. Os acostumbraréis. Y empezó a descender por la ladera.

Nuevamente resonaron las palabras de Xing en mis oídos:

—¡Necesitamos papel para las ventanas! —reclamé a voz en grito.

—Esperad, voy a ver qué puedo encontrar —contestó el guardia, girando la cabeza por encima de su hombro.

Regresó alrededor de las diez, con algunos periódicos pero sin nada de pasta de trigo. Si, al menos hubiera traído algo, nos la habríamos comido.

—¿Y algunas chinchetas? —preguntó alguien.

—No hay chinchetas —respondió el guardia.

—¿Entonces qué hacemos? —preguntamos a la vez.

El guardia se encogió de hombros y sonrió con un gesto de impotencia.

—No lo sé.

—Tenemos frío. Necesitamos algo para calentar el kang —insistí yo.

—Salid afuera a buscar hierba y rastros.

Nos pusimos a buscar en las áridas laderas en busca de combustible, pero estábamos demasiado hambrientos para dedicar nuestras energías a esta tarea. Era evidente que era un esfuerzo fútil, así que regresé a los barracones y me envolví en la colcha. Mantente caliente, pensé. Trata de no enfriarte demasiado; guarda energía; no te muevas. Duerme como un oso en invierno.

Aquella tarde un director de seguridad de la fábrica apareció en nuestros barracones.

—¿Cuál es el problema? —preguntó sin el menor rastro de simpatía por nosotros.

El guardia que nos diera los periódicos había transmitido nuestra petición.

—Os autorizo a que cojáis un kilo de harina de trigo del almacén —respondió, escribiendo la orden rápidamente en un pequeño cuaderno.

Un centinela acompañó al prisionero de guardia que transportaba un cubo de pasta de trigo, que había sido hervida en la cocina de la prisión. El centinela nos vigilaba estrechamente mientras nos poníamos manos a la obra, pero cuando apartaba la mirada, logré tragarme algunos puñados del engrudo. Antes de haber terminado de pegar el papel de prensa a las tablillas de la ventana ya se veía que éste era demasiado delgado para aguantar los embates del viento y que tan solo reducía un poco las filtraciones de aire.

Éste era el entorno salvaje y primitivo en el que los doscientos reclusos teníamos que aprender a malvivir. Los guardias no se molestaban en hacer el recuento más que por las noches. No parecía preocuparles que nos escapáramos. No teníamos suficiente energía, y no había adónde ir.

La primera tarde me eché en el kang a leer el *Diario del Pueblo* con el que acabábamos de tapar la ventana. El editorial conmemoraba el décimo aniversario de la salida del Ejército Chino de Voluntarios al frente de Corea del Norte para defender a la madre patria contra los imperialistas estadounidenses. Me acordé del muchacho patriótico que yo había sido a los trece años, en 1950. Todos los días, mis profesores, el periódico y la radio nos informaban de las últimas victorias. Conocíamos el número de aviones que habían sido abatidos, cuántos tanques habían sido destruidos, cuántos soldados surcoreanos o estadounidenses muertos. Me acordaba de la pasión desbordada que sentía por mi país y de cuán fervorosamente había deseado cumplir años para unirme a la lucha en el campo de batalla. Había pasado una década desde entonces y, ahora, el país estaba atenazado por el hambre y las fábricas permanecían inactivas. Se me había declarado enemigo de la patria a la que una vez había querido servir, y ya no sabía en qué creía.

Aquella noche nos sirvieron la primera comida sólida desde nuestra salida del centro de detención. El prisionero de guardia nos dio dos wotou de barcia de maíz mezclada con un sorgo muy áspero. Los panecillos estaban fríos y duros como una piedra; por supuesto, nada de verdura y, mucho menos, aceite o carne.

Después de una semana con este rancho, mis entrañas dejaron de moverse. La mayor parte de los reclusos se encontraron con el mismo problema. El sorgo había

endurecido nuestros intestinos y a los dolores horribles que sentíamos se sumaba la debilidad que nos provocaba el hambre. La única forma de evacuar era meter los dedos en el recto y sacar como se pudiera los terrones duros de sorgo.

Una mañana observé que el guardia cocinero acarreaba cuesta abajo, por el sendero de la mina, un cubo lleno de repollos. El hecho de extraer las bolas de sorgo había empezado a causarme heridas en el recto, y el dolor era insufrible. Sabía que necesitaba algunas hortalizas en mi dieta para mitigarlo. Una noche en la que el resto de reclusos dormía, me escabullí de los barracones en la oscuridad y seguí el sendero que bordeaba la hendidura de la montaña hasta la entrada de la mina. A medida que me acercaba, me llegaba el aroma a repollo mohoso, pero, al llegar, me encontré con un cerrojo de hierro oxidado que cerraba la entrada. Regresé con las manos vacías y muy decepcionado, aunque también, en parte, complacido por mi propia audacia. Ahora empezaba a entender cuál era la forma de sobrevivir.

Un mes después, una mañana, un guardia avisó a los reclusos para que se alinearan fuera de los barracones. Sin explicación alguna, se paseó frente a nosotros, adelante y atrás, señalando a varios hombres de cada grupo. Me hizo una seña para que diera un paso adelante. «Seguidme», nos dijo después a los diez hombres que había escogido antes de encaminarse hacia la mina.

Con la producción parada, la mina servía entonces como un sótano de provisiones donde se almacenaba una considerable cantidad de repollos enormes que constituían el puntal de la dieta de los guardias de la prisión. Con el fin de evitar que se echaran a perder, todas las semanas había que darles la vuelta, quitar las pencas externas y separar las piezas que se hubieran podrido. Los guardias habían decidido asignar este trabajo a un puñado escogido de reclusos.

Seguimos al joven capitán de policía hasta un lugar en el interior de la mina donde había varios montones de repollos apilados junto a la pared. Él se situó entre nosotros y la entrada, y empezamos a dar vueltas a las coles y a despojarlas de las pencas que estaban estropeadas. No había pasado aún una hora cuando observé que uno de los compañeros arrancaba las hojas tiernas del interior de un gran repollo y se las zampaba de un bocado. Otro recluso hizo lo mismo y, después, un tercero. A pesar del hambre que tenía, vacilé durante un momento. Al igual que a la mayoría de los chinos, no se me había pasado nunca por la cabeza que la col cruda pudiese ser comestible. Entonces me di cuenta que no podía desaprovechar aquella oportunidad de conseguir algo más de alimento. Arranqué el corazón de la col, y la boca se me llenó de un sabor delicioso, fresco y penetrante. Podía sentir que el cuerpo iba ensanchándose de satisfacción al sentir el manjar en el estómago.

La galería de la mina donde trabajábamos medía tan solo metro y medio de ancho y tenía la altura justa para ponernos de pie. Como había sido excavada toscamente, las paredes tenían un montón de grietas oscuras detrás de las cuales podíamos ocultarnos de las miradas del guardia. Al deshojar las coles, noté que varias de ellas eran sorprendentemente ligeras. Tenían un aspecto normal por fuera, pero carecían de

las hojas del interior, porque éstas se encontraban ya en el estómago de mis compañeros de prisión.

—¿Habéis acabado ya? —gritó el guardia, dos horas después, mientras yo acababa de arrancar el corazón de mi quinta col, que masqué y tragué a toda prisa—. Eso es todo por hoy —anunció, agachándose para contarnos.

Uno de los reclusos se había quedado atrás en la galería, engullendo todavía su último bocado.

—¡Sólo hay nueve! ¿Dónde está el otro? —gritó enfadado el guardia, empujándonos para echarnos a un lado y sorprender al décimo recluso con la boca llena de repollo—. ¡Sal de ahí! —gritó él mientras caminábamos en fila india hacia la entrada.

Desde los barracones, al otro lado de la hendidura, nuestros compañeros de prisión nos observaban atentamente, preguntándose qué tarea especial nos habrían asignado. El guardia se puso a la altura del recluso al que acababa de descubrir en flagrante delito, lo abofeteó y le dio varias patadas. Al caer mi compañero al suelo, tres centros de col rodaron de los pliegues de su abrigo.

El guardia gritó con mayor furia, empezando a comprender lo que se traía entre manos:

—¿Qué has estado haciendo?

Nos ordenó que nos quitáramos los abrigos, y los corazones de las coles expoliadas fueron cayendo uno tras otro al suelo. Yo era el único que no me había llevado ninguna. Calculé que habríamos dado cuenta de unas cien.

—¡Fuera de mi vista! —ordenó el guardia, no sin antes abofetear a quienes habían cometido la fechoría y enviándonos de vuelta hacia los barracones.

Siguiendo sus instrucciones, me di la vuelta, pero él me ordenó que volviera:

—¡Tú, recógelas, recógelas ahora mismo!

Me di cuenta de que, a sus ojos, yo era el único en quien se podía confiar, y que quería que le ayudase. Con los corazones de las coles apiladas en los brazos, me condujo por el sendero hasta el edificio de la policía. Pasamos junto a la oficina de seguridad y, después, frente a la cocina de la policía. Para mi sorpresa, el guardia se detuvo ante la puerta de su propia habitación:

—¡Déjalos aquí! —me ordenó antes de indicarme con el brazo que regresara con mis compañeros.

Al volver la vista, vi que metía los repollos tiernos dentro de su habitación y comprendí escandalizado que, tan pronto como se les presentaba la ocasión, los guardias robaban también para hacerse con una ración extra de comida en su escasa dieta.

A principios de enero de 1961 tuvimos las primeras bajas entre nosotros. A pesar de la crudeza de nuestras condiciones de vida allí en los últimos dos meses, el hecho me cogió por sorpresa. Los dos reclusos que murieron habían sido los primeros en caer enfermos. Uno había contraído la tuberculosis, y el otro sucumbió a las

consecuencias de una prolongada diarrea. Comencé a comprender cuáles eran los efectos secundarios de una malnutrición prolongada.

Decidí que, puesto que yo era el único del primer grupo al que enviaron de nuevo a la mina, la próxima vez tendría que hacer una cuidadosa selección de las coles. El capitán nos advirtió en tono amenazador que el recluso que se sorprendiese robando sería encerrado durante una semana en una celda de aislamiento. Me dije que había que tener cuidado. Comería todo lo que pudiese dentro del túnel, pero evitaría llevarme ninguna conmigo. Comprendí que contar con la confianza de los guardias era la única manera de sobrevivir.

Después del episodio del robo, me llamaron para seleccionar los repollos una vez a la semana. Ya no pensaba que comerme los corazones fuera robar. No era más que una mera estrategia para cuidarme, y pronto empecé a sufrir menos los efectos perniciosos de la ingestión de las bolas de sorgo.

Una noche en la que el capitán me había notificado que iríamos a la mina a la mañana siguiente, Heng, uno de los miembros de mi grupo, se acercó a mí en el kang:

—Oye, hermano —me dijo.

Sabía que él había sido el cabecilla de una banda callejera de Pekín, y que había formado un grupo de matones dentro del campo, que se llamaban entre ellos «hermano» y hablaban una jerga que yo apenas entendía. Heng aproximó su cara a la mía y habló lentamente, sin despegar sus ojos de los míos:

—En una situación como ésta, necesitamos ayudarnos unos a otros. Ya sabes a qué me refiero. No te comas todos los repollos tú sólo. Piensa en el resto de los hermanos.

Comprendí que quería que trajese algunos repollos de vuelta.

—Lo siento, eso es imposible —repliqué yo, convencido de que robar para alimentarse era una cosa muy distinta de arriesgarse por otra persona.

A la tarde siguiente, volví de la mina sin ningún repollo. Heng se acercó a mí cuando me disponía a sentarme en el kang.

— ¡Trae algunos la próxima vez o atente a las consecuencias! —me susurró entre dientes.

Al día siguiente, para dejar claro el peso de sus amenazas, dos de los miembros de su banda me cogieron detrás de los barracones, me derribaron y me propinaron toda clase de puntapiés en el suelo. Nunca había sido atacado por matones, y no supe cómo defenderme. Nadie me ayudó.

El único recurso que tenía eran los guardias, a quienes fui a informar del incidente, mostrándoles mis magulladuras. Al capitán no le impresionó mi relato lo más mínimo, y se limitó a decir: «Si vuelve a ocurrir, dímelo». Me acordé de las palabras de Xing y deseé con todas mis fuerzas que estuviera allí conmigo.

En el siguiente viaje a la mina, regresé también con las manos vacías. La banda de Heng sabía que yo había informado al capitán, y me dieron una segunda lección,

más brutal que la anterior. A la mañana siguiente, la intimidación continuó cuando uno de ellos cogió mi wotou.

Aquella noche, uno de los miembros de mi grupo, un recluso bajo y delgado llamado Shen, se acercó a mí:

—¿Qué ocurre? —me preguntó.

—Quieren que robe repollos para ellos, pero no me da la gana y, además, no me atrevo a hacerlo —respondí—. ¿Qué hago?

A diferencia de los miembros de la banda, Shen había ido a un colegio de enseñanza secundaria. Ya llevaba muchos meses en los campos de trabajo.

—Déjame que te diga una cosa —dijo, citando un proverbio—: «canta una canción distinta en cada montaña; habla una lengua distinta en cada región».

Sentado en cuclillas junto a mí, continuó hablando en susurros:

—Llevo aquí dos años y, al principio, tuve el mismo problema. Siempre querían que robase para ellos y, como no lo hacía, me robaban el rancho y me pegaban. Pero un día, me enfrenté a ellos. Escogí al cabecilla de la banda y, con una pala, le di tal golpe que le hice una brecha profunda en el hombro. Después de aquello, dejaron de molestarme. La única ley que rige en los campos es que el violento se arruga ante el implacable, y el implacable se arruga ante el temerario. Yo soy el temerario; estoy en la cúspide de la escala.

—Entiendo —dije, sin estar muy seguro de si había olvidado todos los principios morales por los que una vez me había regido en mi vida.

Para sobrevivir en los campos, era necesario adoptar otras actitudes y adquirir otras habilidades. Me di cuenta de que había llegado a otra fase de mi «reforma».

La próxima vez que salí para la mina, dos miembros del grupo se acercaron a mí:

—Heng quiere que te digamos que es mejor que no vuelvas con las manos vacías. Asentí con la cabeza como si estuviera de acuerdo.

Ese día escondí un corazón de repollo bajo el abrigo. Para entonces, el guardia ya confiaba en mí y no se molestó en registrarme. Mientras aguardaba en fila a la entrada de la mina a que terminara de registrar a los demás, vi a Heng observando desde el otro lado de la hendidura. Nuestros barracones estaban en el punto más alto de la colina, y él estaba de pie, junto a la puerta, sin apartar sus ojos de mí; esperando. Está bien, pensé, y al caminar hacia allí cogí una piedra, una que se ajustaba al tamaño de mi puño.

Heng me cogió por el brazo a la puerta del barracón, justo cuando pasaba junto a él.

—Vamos adentro —le dije.

Él me siguió, sin sospechar nada. Me volví, levanté el brazo y descargué la piedra con todas mis fuerzas sobre su cabeza. Al caer al suelo, la sangre le brotó de una brecha de siete centímetros. Fui directo hacia mi esquina en el kang, blandiendo la piedra ensangrentada y gritando:

—¡Ya estoy harto de vuestras amenazas!

Todos se quedaron estupefactos mirando con los ojos abiertos. Con la respiración agitada, saqué el corazón del repollo y se lo arrojé a mi amigo Shen, el pequeño recluso. Nadie hizo ningún movimiento contra mí. De pronto me había convertido en alguien con poder, y, a partir de ese momento, el resto de los reclusos empezaron a mirarme con un respeto que hasta entonces no conocía.

Shen se puso de pie, y dijo:

—Tranquilos, todo el mundo tranquilo —y la situación se calmó.

Nadie hizo ningún movimiento en el barracón, y dos de los miembros de la banda atendieron a su jefe herido.

Heng y su banda me habían amedrentado, robado la comida y golpeado, pero yo me había cobrado la afrenta con su sangre. Había aprendido a robar, a protegerme a mí mismo y, finalmente, a pelear. Y había logrado mantener mi trabajo de guardián de los repollos. Mi repudio de los valores callejeros de Xing me parecía que formaba ya parte de otra vida. Ahora poseía una nueva ética de supervivencia. En aquel entorno no me podía permitir compasión, generosidad o decencia. La única persona que podía ayudarme era yo mismo.

8. El lacayo

El 27 de enero de 1961, tres meses después de que mi grupo de doscientos reclusos llegara a la extinta mina de hierro de Yingmen, llegaron órdenes de Pekín de que se cerrara completamente ese sector de la fábrica de acero de Yanqing. Tras escuchar el anuncio, esperé afuera de los barracones a que llegase el rancho de la tarde, dando patadas en el suelo para calentarme del frío que azotaba el norte del país. Desde finales de octubre no había hecho otra cosa que sentarme en las clases de estudio y deshojar repollos. Tenía la mente tan entumecida como los pies.

El capitán de policía nos reunió para anunciarnos algo. Nos informó de que íbamos a ser transferidos inmediatamente al campo de trabajo de la mina regional de Xihongsan, que estaba varios kilómetros más cerca de la fábrica de acero que la mina de Yingmen. Ahora que la producción había cesado por completo, la Dirección General de Seguridad quería reunir los quinientos reclusos de Yanqing en un único recinto con el fin de mejorar la eficiencia de la distribución de suministros. Mientras aguardaba en la fila a que terminaran de pasar lista, me preguntaba si este cambio mejoraría en algo nuestras condiciones de vida o nuestro rancho. También conté los nombres. Solamente ciento noventa y cinco reclusos fueron llamados para subir a los camiones. Cinco de los reclusos se quedaron en las escarpadas colinas de Yingmen, a la espera de destino.

Saltaba a la vista que los barracones de Xihongsan, al igual que los de Yingmen, se habían levantado, aprovechando la fuerza de trabajo de los reclusos, cuando se puso en marcha el Gran Salto Adelante, en 1958. Una vez que el prisionero de guardia me hubo asignado una brigada, llevé el petate con mi colcha hasta mi nuevo habitáculo. No había ninguna mejora. Uno de los barracones más grandes daba a la falda de la montaña. El mío constaba de seis habitaciones, cada una de ellas con un kang ocupado por doce reclusos. Las paredes del interior eran de adobe y caña, y las dos ventanas que había en uno de los laterales estaban cubiertas con papel de periódico, pero el suelo de barro apelmazado estaba desnudo.

Reconocí al instante al nuevo capitán de policía. El capitán Yang era quien me había reclutado en octubre en el Centro de Detención de Beiyuan cuando, siguiendo el ejemplo de Xing, «el Tragaldabas», me había salido de la fila para llamar su atención y probar suerte en el campo de trabajo. En aquel momento jamás habría imaginado que me pudieran enviar a una mina de hierro abandonada al norte de la Gran Muralla y en medio del crudo invierno.

Ahora que nos volvíamos a encontrar, el capitán Yang se dirigió a mí con ojos inquisitivos.

—Así que eres tú. ¿Cómo te va?

Con un gesto de la mano me ordenó que le esperase en los barracones hasta que me llamara. No tenía ni idea de lo que querría ni de por qué se fijaba en mí.

A primera hora de la tarde, el prisionero de guardia me llamó para que fuera a la oficina de seguridad. Desde detrás de su mesa de despacho, el capitán Yang volvió a clavarme la mirada mientras me hacía una serie de preguntas: «¿De dónde eres? ¿Tienes familia? ¿Qué has hecho antes de venir al campo? ¿Por qué te arrestaron? ¿Eres un derechista? ¿Qué dijiste en 1957? ¿Eras un buen estudiante?». Mientras él asentía mecánicamente después de cada respuesta, yo trataba de imaginar por qué me preguntaba sobre mis antecedentes cuando bastaba con consultar mi expediente para averiguar las respuestas. Parecía estar poniéndome a prueba, sopesando mis reacciones. Finalmente, me dijo que me retirara y añadió:

—Mañana tendré trabajo para ti.

En Xihongsan, a los reclusos no se les asignaban tareas fijas, sino que se dedicaban a hacer trabajos ocasionales de reparación de edificios o de mantenimiento de las carreteras de montaña y, a veces, de un muro o de una pocilga. Para llenar el tiempo de ocio de los reclusos, los guardias elaboraron un plan de clases de estudio después de cada almuerzo, desde las once hasta las tres y, nuevamente, desde las seis hasta las nueve. La primera mañana, un prisionero de guardia vino a la sesión de estudio a llamarme para que acudiese al despacho del capitán.

La habitación olía a humo de tabaco y a ropa sin lavar. Según me dijo el capitán Yang, la oficina era su casa la mayor parte del tiempo, salvo un fin de semana al mes en que aprovechaba un permiso para visitar a su mujer y a sus dos hijos en Pekín. En la habitación había una larga mesa con varias pilas de papeles, un camastro y, a un lado, una pequeña mesa de algo más de medio metro de altura, de ésas que, en China, se ponían normalmente encima de los kang. Ésta fue mi mesa de trabajo. El traslado de reclusos de Yingmen había supuesto mucho papeleo, y el capitán Yang decidió echar mano como ayudante del estudiante universitario recién llegado. Mi tarea consistía en conservar los archivos de los reclusos, elaborar numerosas listas con sus nombres, lugares de origen y antiguas ocupaciones, así como detallar qué tipo de crímenes habían cometido. A partir de ese momento, me convertí en un recluso con privilegios especiales.

Excepto a la hora de dormir y de comer, momentos en los que regresaba al barracón junto con el resto del grupo, pasaba todo el tiempo en la oficina del capitán Yang. El resto de los reclusos pasaban gran parte de su jornada sentados en el kang, escuchando una hora tras otra a alguien leyendo en voz alta editoriales del periódico y documentos del Partido. Una vez a la semana celebraban una reunión disciplinaria para criticar a un recluso que se obstinaba en negar su culpabilidad o en aceptar su responsabilidad en los crímenes que se le atribuían. Me sentía afortunado de haber podido escapar a esa rutina.

Sin saber exactamente lo que se esperaba de mí, cada día ponía mucha atención en mi trabajo y trataba de evitar los errores. Comprendí lo importante que era ser

meticuloso y discreto en mi trabajo. En la mesa del capitán Yang descansaban pilas de documentos sobre la política de la prisión, así como sobre los expedientes personales de cada uno de los reclusos, que eran de información reservada. Cuando me acercaba para formularle una pregunta, apartaba mis ojos de los suyos y miraba fijamente a las paredes o a las ventanas para dejar claro que era digno de confianza. Fui testigo a menudo de los arranques de rabia de Yang, y me sentí como si estuviera viviendo con un tigre.

El resto de reclusos de mi brigada notaron mi ausencia. No dije nada acerca de mi nuevo trabajo, pero ellos sabían que me había acercado al capitán, y empezaron a darme de lado. Me di cuenta de que pagaría un precio alto por mi nuevo estatus. Me sentía aislado durante las sesiones de estudio que tenían lugar por la tarde en los barracones. En los ojos de algunos podía leer el resentimiento y el desprecio que sentían por mí. Durante el día me sentía como un perro obediente con un dueño impredecible. Cada vez meneaba más la cola, como si me gustase sentarme a los pies del capitán Yang y hacer lo que a él se le antojase. Cuando el capitán Yang interrogaba a los reclusos que habían sido denunciados por la comisión de un pequeño hurto o de un delito de intento de huida, oía a menudo sus gritos: «¿Qué ocurre? ¿Qué has hecho? ¡Confiesa tu crimen! Revisa tus acciones y critícate a fondo. Te lo advierto por última vez...». Oía el roce de su silla contra el suelo y el olor de su pipa. Y me imaginaba la escena, con el recluso de pie frente a la mesa del despacho, y otros dos o tres reclusos de guardia esperando órdenes, a veces para golpearlo antes de traer a la siguiente víctima. Trataba de hacer oídos sordos a esos sonidos.

Pronto me convertí en uno de los reclusos predilectos del capitán Yang. Mis responsabilidades se parecían a las de un prisionero de guardia, excepto que él nunca me pedía que denunciara a ningún otro recluso ni tampoco me convocaba para trabajar en la sala de interrogatorios, contigua a su despacho. Era un lacayo con funciones concretas, una especie de lacayo chupatintas. Debió de decidir que no tenía un temperamento adecuado para denunciar a los demás ni para pegarlos. Acepté el trato pero, un día mientras trabajaba, el capitán Yang entró en la habitación con una caja de cigarrillos.

—Deja el papeleo un rato —me ordenó—. ¿Fumas?

—No, no fumo —respondí prudentemente.

— Redacta una lista con los reclusos de cada brigada que fuman y divide los cigarrillos entre ellos.

Durante los años de hambre, el suministro de cigarrillos en toda China estuvo sumamente restringido. Éstos eran de los más bastos, estaban fabricados para consumo local y costaban solamente ocho o nueve céntimos el paquete. Nunca había visto ninguna de esas marcas: *El Pez Doble* o *El Apretón de Manos*. Tal vez ni siquiera contenían tabaco.

Me di cuenta de que, después de todo, estaba ayudando al capitán a gestionar las vidas de los reclusos. Había dado un paso más de acercamiento a la policía. Redacté

los formularios y envié uno a cada brigada con instrucciones de que me los devolvieran una vez cumplimentados. Otros reclusos empezaron a preguntarse quién era yo y si era en realidad una especie de funcionario ayudante.

En los formularios completos figuraban 375 fumadores. Después de dividir los cigarrillos en partes iguales, quedaron cincuenta y cuatro. Pregunté al capitán Yang qué debía hacer con los restantes.

—Quédatelos tú, si quieres —respondió.

Los cigarrillos podían ser muy útiles en los campos. Tenían el mismo valor que el dinero, porque con ellos se podían comprar las almas de los reclusos. Sabía que el capitán Yang me estaba concediendo un privilegio, pero aún no había perdido toda mi integridad.

—No fumo —repliqué—. No los quiero.

—Mmm, tal vez puedas encontrarles alguna utilidad —El capitán Yang sabía bien lo que estaba ofreciéndome.

—No —insistí sin perder la calma—. No los quiero.

—Está bien —dijo él, mostrándome un cierto respeto al aceptar mi decisión, antes de cambiar el tono de voz—. He leído tu expediente. ¿Eres católico?

No iba a dejar que le rechazase el favor sin pagar a cambio algún precio.

De acuerdo con la doctrina del Partido Comunista, solamente era posible convertirse en un auténtico marxista después de haber renunciado a todas las creencias en Dios. Desde 1950, cristianos, budistas y musulmanes habían sido ferozmente atacados por sus creencias por parte de una serie de movimientos políticos nacionales. Yo había visto cómo algunos de mis profesores eran anatematizados y condenados por intoxicar a sus alumnos mediante la divulgación de una fe extranjera. Los comunistas debían ser materialistas y ateos, y sabía que el capitán Yang me estaba desafiando a repudiar mi antigua fe.

—Cuando era joven —respondí con cautela—, me bautizaron en un colegio de enseñanza secundaria.

—¿Pero qué es eso del bautismo? —replicó sarcásticamente—. ¿No es solamente un baño o una ducha?

Yang era un hombre ignorante, pero quería jugar al ratón y al gato conmigo, y yo debía hacer el papel del primero. Aun cuando me estaba favoreciendo, había comprobado lo cruel que podía llegar a ser. Me encogí de hombros y respondí como si no me importara demasiado:

—No estoy muy seguro, en realidad. Creo que es una ceremonia solemne.

—Los católicos dicen que es Dios quien ha hecho al ser humano. ¿Cómo lo hizo? ¿Cogió un poco de tierra con la mano y sopló, como si fuera un truco de magia?

Por lejos que me quedasen ya mis propias creencias católicas, sentí que estaba a punto de enfurecerme, y que tenía que poner fin a esa conversación.

—Usted es miembro del Partido —empecé a decir con respeto—. Así que debe ser un materialista —y él asintió con la cabeza—. ¿Podría decirme de dónde vienen

los seres humanos?

Con plena confianza en sí mismo, acogió de buen grado mi pregunta como una oportunidad para educarme:

—Los hombres evolucionaron —afirmó— a partir de los simios.

—¿Entonces eso quiere decir que el mono es nuestro ancestro? —repliqué, fingiendo ignorancia.

—Eso creo...

—Así que cuando voy al zoo, a quienes veo allí son sus antepasados.

La cara de Yang se nubló.

—Un mono es un mono; mis antepasados son mis antepasados. Hay alguna conexión, pero no estoy muy seguro...

Adopté una expresión de estar confundido yo también, pero en mi fuero interno me sentía satisfecho de haber desviado su ataque y haber defendido mis propias convicciones. La única diferencia entre este hombre y un mono es que los monos no fuman cigarrillos, pensé. Por primera vez reconocía abiertamente mis sentimientos de desprecio por mi dueño y señor.

—De todas formas —continuó Yang—; tu Dios no te será de ninguna ayuda aquí.

—¿Cómo lo sabe? —pregunté.

—Él no te puede sacar de aquí ni te puede proporcionar víveres —prosiguió Yang.

—Eso es cierto —repliqué con cautela—, pero no me ha dejado solo realmente. Y me ofrece otras clases de sustento.

—¿Qué utilidad tiene eso? —insistió Yang—. Supongo que lo abandonarás pronto.

—Algún día abandonaré mi vida corporal, pero no la espiritual —afirmé tranquilamente. En ese momento de prueba, sentí que mi fe en Dios se fortalecía y reafirmaba.

—¡Eres muy testarudo! Aún te queda mucho camino para reformarte. La gente de este país se esfuerza en adaptar su vida al pensamiento del presidente Mao. ¡Tú deberías tratar de alcanzar también ese objetivo!

De pronto, me acordé de la práctica tradicional de vendar los pies. Hemos cambiado esta costumbre por el vendaje de las ideas, pensé. Ya no se estila vendar los pies de las muchachas pero, en cambio, se practica el vendaje del pensamiento para que, de este modo, la mente no pueda moverse con libertad. Así todas las ideas adoptan el mismo tamaño y forma, y el hecho de pensar se convierte en algo imposible. Por eso me arrestaron; por eso quieren cambiarme; por eso me obligan a reformarme.

Disgustado e inquieto, me uní a mi brigada a la hora del rancho de la tarde. Había aplicado las enseñanzas de Xing, pero había hecho muchas concesiones durante los nueve meses que llevaba en los campos. Ya no sabía en lo que creía ni por qué valores regirme. Mi confusión se desvaneció cuando un recluso que debía rondar los

sesenta años llamado Qi San se acercó a mí afuera de los barracones, con un leve gesto de cabeza y un insólito tono de respeto: «¿Podrías conseguirme de algún modo algunos cigarrillos más?», preguntó educadamente. Él sabía que yo había ayudado a distribuir las raciones de cigarrillos que se habían repartido ese mismo día por la mañana. Yo sólo tenía veintitrés años, y su deferencia me dejó perplejo. Me di cuenta de que había asumido una posición de poder entre mis compañeros, y no quería renunciar a ese estatus.

Qi San había sido etiquetado como «contrarrevolucionario histórico» a causa de su trabajo como contable en una oficina del Gobierno antes de la victoria comunista en 1949. Al igual que yo, no había cometido crimen alguno, pero había sido arrestado como enemigo político en 1960, cuando el Partido trató de erradicar cualquier brote de disidencia. Durante la mayor parte de su vida, Qi San había fumado dos paquetes de cigarrillos al día. Su cuerpo le pedía tabaco porque, sin él, le temblaban las manos, se le aguaban los ojos y le picaba la garganta. Yo mismo lo había visto recoger hojas del suelo para convertirlas en cigarrillos, aunque siempre necesitaba papel de liar. Algunas veces rompía un trozo de periódico antes de que lo devolvieran a la oficina de seguridad, siempre estaba preocupado por si el jefe de estudios notaba que había una página arrancada y exigía saber quién había dañado la propiedad del pueblo.

Qi San prestaba mucha atención a las noticias sobre posibles visitas de familiares al campo. Los reclusos de las minas estaban autorizados a recibir correo, y él siempre averiguaba a quién le habían enviado un paquete desde casa para ir a pedirle cigarrillos, incluso colillas, cualquier cosa que pudiera saciar su adicción. Me di cuenta de hasta qué punto necesitaba la nicotina cuando, una mañana a la hora del desayuno, le vi canjear uno de sus dos wotou por cuatro cigarrillos. Después de ser testigo de aquello, siempre le traía pedacitos de papel de la oficina del capitán Yang.

Al principio, cuando Qi San me rogó que le diera algunos cigarrillos más, me negué por un sentido arraigado de justicia, pero luego reconsideré su petición: ¿qué sentido tenían unos valores como éstos en un marco como éste? Cuando los guardias recibieron un segundo envío de cigarrillos, añadí mi nombre a la lista de fumadores de mi grupo. Seguía sin aceptar los cigarrillos extra que me ofrecían en la oficina, pero aceptaba mi parte de ración de tabaco.

Después de distribuir los cigarrillos, el jefe de mi grupo se acercó a mí con expresión de estar fuera de sus casillas:

—¿Qué haces? ¡Tú no fumas! ¿Es que quieres reducir la cuota de cigarrillos de los demás? ¿Qué te propones?

—He empezado a fumar —repliqué.

—No te he visto fumar nunca —rezongó.

Desde que había empezado a trabajar en la oficina del capitán, el jefe de grupo envidiaba mi inmunidad ante sus desplantes autoritarios. Ahora veía una ocasión para desafiarme si borraba mi nombre de la lista de fumadores. Decidí arriesgarme.

—Este formulario va directamente al capitán Yang —respondí audazmente—. Vamos, ve a quejarte si quieres de que Wu Hongda no fuma nunca. Veamos si el capitán se niega a añadir mi nombre a la lista.

El jefe de grupo me lanzó una mirada iracunda, se dio media vuelta y se marchó. Él sabía que yo no tenía por qué inquietarme, pero este incidente acrecentó su resentimiento hacia mí por los privilegios especiales de los que gozaba.

Con arreglo a una de las veinticinco normas por las que se regía la disciplina en los campos de trabajo, estaba prohibido intercambiar o regalar cigarrillos. La policía sabía que se creaban relaciones de poder en torno al intercambio de productos y vigilaba de cerca esta clase de transacciones. Para ayudar a Qi San sin arriesgarme a ser objeto de graves críticas, fumaba mis cigarrillos hasta la mitad, los apagaba, me los metía en el bolsillo y, después, se los pasaba discretamente a mi amigo.

Un poco más tarde, empezaron a llegar partidas de cigarrillos todos los meses, y fumé durante el resto de mi estancia en Xihongsan. Al principio, tosía, pero después me gustaba sentir el humo en mis pulmones, y empecé a pensar que yo también necesitaba cigarrillos. Tal vez en un momento de deficiente alimentación, mi cuerpo se acostumbraba más fácilmente al hábito de fumar que si hubiera estado robusto y en forma. Además, el tabaco proporcionaba también una especie de bienestar psicológico, un pequeño alivio de la privación física y vital que reinaba en el campo.

Sin embargo, este hábito afectó mi salud y, a finales de la primavera, contraí una infección pulmonar, una especie de pleuresía. El médico del campo, un hombre de unos treinta y cinco años, llamado Ouyang, había sido tachado de contrarrevolucionario porque durante la guerra contra los japoneses prestó sus servicios como médico en el ejército de Manchuria, que era un ejército de pantomima a las órdenes de los japoneses. Ouyang, oriundo del norte de China, que había estudiado medicina después de la ocupación japonesa de Manchuria y había recibido una excelente formación, diagnosticó inmediatamente que mi pulmón izquierdo se había llenado de fluidos extraños. Incluso yo podía oír el sonido sordo y pesado que emitía el pulmón izquierdo cuando me daba una palmada en el pecho, tan diferente del sonido hueco y claro del pulmón derecho. Más tarde, me propuso extraer algo de fluido con un jeringa, un procedimiento que solamente podía realizarse en la clínica de la fábrica de acero, a una hora de viaje en automóvil por la montaña. El Dr. Ouyang concertó cuatro citas consecutivas para mí en la fábrica, y me acompañó hasta allí en el camión de provisiones. Tras varias semanas de tratamiento, la infección desapareció.

A medida que el hambre, la desocupación y las penurias iban haciendo mella en los reclusos, estos empezaron a impacientarse y a insubordinarse. Al principio, todo el mundo recibía las mismas raciones de rancho, puesto que estaba prohibido hacer distinciones en función de los trabajos asignados ya que nadie trabajaba regularmente. Más tarde, en noviembre, el capitán Yang decidió establecer una política de racionamiento variable con el fin de reforzar el control y la reforma de los

reclusos. En vez de recibir los dos wotou de costumbre en cada rancho, ahora eran los capitanes de policía quienes decidían las raciones. Cada brigada recibía un número determinado de panecillos para distribuir entre los reclusos con arreglo a un sistema de cuotas. Aquellos reclusos que cooperaban con los guardias eran recompensados con raciones suplementarias de panecillos que se sustraían de las raciones de los demás.

En mi brigada de once personas, había siete reclusos que podían optar a lo que llamaríamos la ración B, que incluía dos wotou por almuerzo; dos a la ración A, de dos wotou y medio; y otros dos a la ración C, que constaba únicamente de un panecillo y medio. Todos éramos conscientes de la importancia de estas diferencias en una situación de privación extrema como aquella. La adjudicación de las porciones se hacía de acuerdo con tres criterios: la actitud política del individuo en cuestión, su subordinación al reglamento del campo; y su edad, envergadura y capacidad de trabajo. Se consideraba que los presos políticos no tenían derecho a las raciones A, porque eran más difíciles de controlar y reformar que los presos comunes debido a que tenían sus propias ideas y sus propios principios morales. Además, ninguno de ellos tenía tampoco demasiada experiencia en trabajos de carácter físico.

El hecho de que Qi San fuese un contrarrevolucionario histórico lo convertía también en un preso político. Por si fuera poco, tenía más de cincuenta años y, por tanto, estaba excluido de las raciones abundantes. Yo no era únicamente un preso político, sino un estudiante que llevaba gafas, que evidentemente carecía de experiencia en trabajos de carácter físico y, por tanto, que reunía las condiciones para ser un candidato a las raciones C. El tercer candidato de mi grupo era otro recluso más viejo que nosotros a quien se consideraba capaz de sobrevivir con raciones reducidas debido a su edad. Así pues, a dos de nosotros tres se nos asignaría una ración reducida por razón de edad.

El jefe de la brigada me odiaba debido a la relación especial que mantenía con el capitán Yang.

—Wu Hongda —anunció para justificar las raciones C— es un derechista acérrimo y nunca ha realizado trabajos que impliquen desgaste físico, así que necesita menos cantidad, mientras que nuestro viejo camarada tiene una larga experiencia en ese tipo de trabajos. Por este motivo merece una ración B.

Al escuchar al jefe de grupo, volví a oír las palabras de Xing, «el Tragaldabas». Nadie se preocuparía por mí si no lo hacía yo. No quería debilitarme todavía más y, si prosperaba la decisión del jefe de grupo, yo recibiría medio panecillo menos por comida o, lo que era lo mismo, un panecillo menos por día, y treinta panecillos menos por mes. No podía pensar ahora en el hombre mayor. Decidí luchar por mi vida contra su decisión.

—No; es una decisión equivocada —afirmé yo—. Él tiene cincuenta años y yo sólo tengo veinticuatro: yo necesito alimentarme mejor.

Bajé del kang para ponerme de pie.

—Si no crees que yo soy más fuerte que él, podemos luchar para decidir quien está en mejor estado físico para realizar trabajos corporales.

El jefe de grupo me cogió por el brazo:

—¿Qué has dicho? ¿Quieres armar gresca? ¿Te opones a la disciplina de campo? ¡Ahora sí que mereces una ración C!

Con un grito, le dijo al jefe de estudio que me pusiera en la lista de los reclusos que recibirían raciones pequeñas. No podía arriesgarme a oponerme más a su autoridad. Mi estallido de rabia me había conducido a la derrota.

Al día siguiente, una vez que los jefes de grupo devolvieron los formularios a la oficina del capitán Yang, éste me hizo llamar:

—¿Qué es esto? ¿Cómo es que te han asignado al grupo de las raciones C?

—No lo sé —repliqué yo, sin despegar los ojos del suelo.

No se me ocurría ninguna otra manera convincente de defender mi caso. Yang escribió una nota en el formulario de racionamiento de mi grupo.

—¿Es que hay alguien que quiere causarte problemas? —preguntó él, tirando el formulario encima del montón de papeles de su despacho, y, sin esperar una respuesta, volvió a enfrascarse en sus papeles.

Al día siguiente, empezaron a ponerme raciones A. Nadie podía cuestionar esa decisión. El dueño había tirado un hueso a su perro, y yo lo había aceptado porque comer significaba vivir.

La cercanía de la conmemoración del Nuevo Año Lunar, en febrero de 1961, nos hizo pensar a todos en el hogar y la familia. Los tres días de fiesta que tendríamos con ocasión de la llegada de la primavera, la festividad más importante del año, brindaban una oportunidad para que las familias se reunieran y lo celebraran por todo lo alto. Era el momento de reunirse con los mejores amigos. A los reclusos les asustaba siempre el vacío que traían estas fechas en las que las emociones afloraban con facilidad. Algunos se deprimían y se replegaban en sí mismos; otros se volvían hostiles y agresivos. Oí por casualidad a dos de los reclusos más jóvenes de mi grupo hablar sobre la preparación de un plan de huida. Pensaban en escaparse a pesar de que la ladera donde nos encontrábamos estaba rodeada por los abruptos muros de roca de una apartada montaña y de que por encima de nuestras cabezas se erguían en todas direcciones los picos de un paraje montañoso desolado.

Efectivamente, una mañana los guardias descubrieron que dos de los reclusos del grupo diez habían huido. A mediodía, el capitán Yang nos citó en su oficina a mí y a tres de los reclusos de guardia. Nos dividió en parejas y ordenó que subiésemos a otear a la cima del cañón. Envío a dos de nosotros a la ladera norte, a otros dos al sur, mientras algunos guardias salieron con perros en busca de los fugitivos.

—Si los locazáis, que uno de vosotros no los pierda de vista mientras el otro regresa de inmediato a comunicárnoslo —me indicó.

Yo sabía que él calculaba que no tratarían de escapar por la carretera sino que buscarían un camino a través de las cimas del cañón.

El viento azotaba con fuerza la ladera de la montaña. Los buscamos hasta después del anochecer. Cuando regresamos al campo, los guardias ya habían encontrado a los dos reclusos en la estación de tren. No podía imaginarme cómo habían llegado tan lejos, pero lo único que me importaba era que tenía frío y estaba hambriento. El capitán Yang dio órdenes por escrito a la cocina para que nos trajeran comida especial.

El cocinero nos ofreció un tazón humeante de sopa de verduras y tantos wotou como nos cupieran en el estómago. A pesar de que los ojos se me salían de las órbitas con tanta comida a la vista, solamente pude dar cuenta de cuatro panecillos a la vez. El perro pastor alemán que había localizado a los fugitivos se sentó a comer sus wotou con nosotros en la cocina, y los dos reclusos fueron encerrados en celdas de aislamiento. Los perros falderos y los perros guardianes comían juntos.

En aquel momento pensé de nuevo en lo mucho que me había acercado a la policía. Me había convertido en un lacayo, me había granjeado la confianza del dueño y ahora gozaba de algún poder, pero me había perdido el respeto.

Al día siguiente, a la hora de pasar lista, el capitán Yang leyó en alto un boletín que acababan de enviar de Pekín: «La Dirección General de Seguridad ofrecerá una comida especial para los reclusos con ocasión de la Fiesta de la Primavera. Cada persona recibirá unos 100 gramos de cordero, un kilo de zanahorias, medio kilo de harina, dos manzanas, dos caramelos y un paquete de cigarrillos». La perspectiva de disfrutar de un rancho especial y una mejor calidad de cigarrillos suscitó un gran entusiasmo. Comprendí que tamaña generosidad era un gesto calculado para robustecer la moral de los reclusos, comprar su obediencia y mantener la estabilidad en el campo, pero yo me sumé igualmente al regocijo general.

«Si durante las vacaciones de tres días —continuó su discurso el capitán Yang— alguno de vosotros comete un error, iré directamente a la celda de aislamiento. Mañana nos reuniremos en el patio para preparar las bolas de masa. Los jefes de grupo se asegurarán de que todo el mundo participa y nadie se queda en los barracones.»

El capitán Yang que, al igual que la mayoría del personal de Yanqing, era un soldado desmovilizado del Ejército Popular de Liberación, había servido como guardia de prisión durante más de diez años y entendía bien el comportamiento de los reclusos y el funcionamiento del campo. Él sabía que introducir una comida especial ocasionaría algunos problemas. El simple hecho de permitir reunirse a los reclusos para amasar la bola de harina y agua y preparar el relleno de carne de los tradicionales *jiaozi* o raviolis rellenos de la Fiesta de la Primavera era una invitación a que se desataran toda clase de peleas y robos.

El capitán Yang organizó los preparativos con sumo cuidado. Se trajeron platos de madera de la cocina, periódicos para extender en el suelo, y rodillos de madera para estirar la masa de harina que iba a servir para confeccionar los *jiaozi*. Una vez que todos estuvimos listos, se sentó en una silla en medio de los círculos de reclusos y se

puso a vigilar el proceso. Pese a su presencia, no tardaron en producirse los primeros alborotos. A la primera oportunidad que se le presentaba a un recluso, éste agarraba el *jiaozi* crudo y se lo metía en la boca de golpe. Cuando eso ocurría, el resto de los miembros del grupo, enojados por perder parte de su asignación de las bolas de masa rellenas, saltaban sobre el ladrón y comenzaban a molerlo a golpes, a lo cual Yang reaccionaba ordenando que lo enviaran a la celda de aislamiento.

Aquella mañana se produjeron varios altercados por el estilo. A mediodía, seis de los quinientos reclusos que estábamos en el patio ya habían sido enviados a las celdas de castigo. No solo se perderían los *jiaozi*, los cigarrillos y las manzanas, sino que además les reducirían las raciones al mínimo. Todos conocíamos el castigo, pero cuando nos encontrábamos ante unos pocos gramos de carne de verdad, poco importaba si estaba cruda o no, era difícil resistirse a la tentación. Los demás reclusos celebramos la comida, agradecidos de que se nos hubiese dado al menos un respiro para saciar el hambre que teníamos.

Después de las fiestas, nuestra obsesión con la comida fue en aumento. En marzo, cuando empezó a hacer calor, el capitán Yang anunció que necesitaba ciento cincuenta hombres para reparar el tramo de carretera de tierra que partía de la fábrica y recorría el cañón. Había que rellenar las rodadas con arena y grava, y limpiar el camino de las piedras y rocas esparcidas como consecuencia de los desprendimientos durante el invierno. A los voluntarios se les concedería un wotou suplementario al día. «¿Quieres ir?», me preguntó en privado el capitán Yang. Yo sabía que aunque todos los reclusos se apuntarían a la tarea si les daban un wotou más a diario, no todos serían seleccionados. En realidad, quería dejar de trabajar en el despacho del capitán Yang, y éste parecía el momento propicio para zafarme de la presencia de mi patrón sin ofenderlo. Desde que había compartido el plato de recompensa con el pastor alemán en la cocina después del intento de fuga, algo había cambiado en mí. No me gustaba la persona en la que me estaba convirtiendo. El capitán Yang aprobó mi nombre en la lista y ordenó que me pusieran como capataz de una de las brigadas de reclusos con la responsabilidad de organizar y supervisar una de las cuadrillas de trabajo.

Durante cuatro horas al día, codo con codo junto a los demás reclusos, me deslomaba para cargar arena y grava de las montañas, transportarla mediante grandes cestas, echarla sobre los agujeros de la carretera, y apisonarla después. Sin embargo, aun más arduo que el esfuerzo físico resultaba la tarea de volverme a ganar el respeto de mis compañeros.

Uno de los miembros de mi grupo era un joven matón de Pekín. Como era un tipo robusto y acostumbrado a trabajos corporales, trató de ponerme en aprietos. Él y yo éramos los únicos de nuestro grupo que recibíamos raciones A de dos panecillos y medio al día, además de la cuota suplementaria que nos ganábamos cada tarde por trabajar como peones en la reparación de la carretera. Poco después de empezar a trabajar, se aproximó a mí con aire desdeñoso.

—Tenemos las mismas raciones —dijo él—. Eso significa que deberíamos realizar la misma cantidad de trabajo.

Él sabía que yo había sido un estudiante y que no estaba acostumbrado al esfuerzo que suponía una obra como aquélla. Al igual que los demás, me odiaba porque era un lacayo, y ésta era la ocasión para desafiar mi autoridad y desacreditarme ante los demás reclusos.

—Yo soy el capataz —respondí bruscamente, quitándome las gafas, consciente de que carecía de la fuerza y la técnica necesarias para hacer los mismos metros de carretera al día que él—. Así que tú me sigues a mí.

Me insultó y, luego, me dio un puñetazo. Caí al suelo, y él se acercó dispuesto a rematarme a patadas pero, antes, pude agarrarlo del pie y morderle el tobillo con todas mis fuerzas. Lo mordí hasta que salió sangre y no dejé de morder. Lo único que me importaba era no perder el combate, así que no solté la presa hasta que él gritó de dolor y cayó al suelo.

Varios reclusos corrieron hasta nosotros para separarnos. El capitán Yang, que había oído el alboroto, apareció al momento. Con voz sorprendida dijo:

—No eres más que un estudiante. ¿Dónde has aprendido a pelear así?

Parecía impresionado. Yo era más fuerte de lo que él pensaba. Me dijo que me limpiara la sangre de la boca y, sin echarme reprimenda alguna, se marchó de allí.

De este modo el matón aprendió que yo no era una presa fácil y nunca volvió a molestarme. Me había decidido por fin a poner en práctica las lecciones de Xing, «el Tragaldabas»: si no era fuerte, no sobreviviría.

A medida que la primavera se abría paso, el tiempo libre que teníamos en los barracones lo dedicábamos cada vez más a hablar sobre la comida. Antes de irnos a dormir por la noche, hacíamos turnos para presentar a los demás una elaborada descripción de nuestro plato favorito. A veces se trataba de una especialidad típica de nuestra provincia de origen o una receta secreta de nuestra familia. Explicábamos con todo lujo de detalles el modo de partir los ingredientes, cómo los condimentábamos, y la forma de mezclarlos y disponerlos en el plato, sin olvidarnos de mencionar el sabor y el gusto que tenían. Todo el mundo escuchaba en silencio.

Una tarde tras otra celebrábamos reuniones en las que dábamos rienda suelta a nuestra imaginación culinaria. Si tú me cuentas una receta tuya esta noche, yo te cuento una mía mañana, y así, una y otra vez, día tras día, intercambiando descripciones de aquellos platos con los que soñábamos. Las semanas anteriores, los matones del grupo habían hablado sobre sexo o sobre sus métodos de luchar y robar, relatando sus hazañas en las calles y alardeando de cómo habían molido a golpes a otros gallitos que desafiaban su autoridad. Poco a poco fueron cambiando su centro de atención a la comida, y ellos también se pusieron a hablar de este tema.

Yo nunca había guisado o cocinado en casa, pero traté de imaginar cómo nuestro cocinero preparaba mis platos favoritos. Les hablé a los miembros del grupo de las famosas costillas de cerdo que se hacían en Wuxi, la ciudad de la que procedía mi

familia. Aunque nunca las había cocinado, me recreaba en el relato de las deliciosas recetas que había probado y que, luego, ampliaba a otros platos de pescado y pollo. Imaginaba cada detalle del modo de trocear, sazonar y freír los ingredientes. Con estas historias tratábamos de calmar no solamente nuestros estómagos vacíos sino también nuestros corazones. El hambre no procede solamente del cuerpo sino también del espíritu.

Día tras día, nuestras necesidades se iban agudizando. Sin comida, el cuerpo utilizaba calorías almacenadas en los tejidos musculares y hasta en los huesos para suministrarse energía y mantenerse vivo. Empecé a comprender los pasos que conducían a la muerte por inanición. En función del estado general de salud de cada individuo, se puede sobrevivir una semana, incluso dos, sin víveres ni agua, pero en una situación de privación y agotamiento como aquélla, son otros los males que acaban por rematar a uno.

Algunas veces es un simple catarro el que llena de fluidos los pulmones y provoca un paro respiratorio. Otras veces son las bacterias de la comida las que causan diarreas prolongadas que llevan a la muerte. Y, en ocasiones, es la infección de una herida la causa de un desenlace fatal. En el expediente del recluso fallecido se anota pleuresía, envenenamiento por ingestión de alimentos en mal estado o herida como causa de la muerte, pero jamás se hace constar la inanición.

Los relatos de nuestros succulentos sueños indicaban lo muy cerca que estábamos ya de morir de hambre. La gente se las ingeniaba para conseguir comida de cualquier forma imaginable. Cogían y robaban lo que podían, peínaban las montañas en busca de plantas y hierbas comestibles y escribían a sus parientes para pedirles que les enviaran lo que tuvieran a mano, pero la escasez de víveres se había extendido también fuera de los campos de reclusos. Además, los viajes eran difíciles y las visitas al campo de detención eran poco frecuentes.

Mi propia familia vivía a unos 1.300 kilómetros al sur de donde nos encontrábamos; pero, incluso para los parientes que vivían en Pekín, visitar a un recluso en el campo entrañaba dificultades y riesgos. Primero, había que pedir un permiso en el lugar de trabajo. Esto suponía tener que comunicar al secretario del Partido que un miembro de tu propia familia era recluso en un campo de detención, lo que suscitaba inmediatamente recelos sobre la lealtad del visitante. En segundo lugar, había que arreglar el transporte y el alojamiento para un viaje de tres días; y comprar un billete de tren exigía dinero, así como varias horas de espera en la cola de una taquilla. Además, había que obtener un permiso especial para dormir la primera noche en la fábrica de hierro de Yanqing antes de poder viajar a la mina y visitar al familiar al día siguiente por un espacio de treinta minutos. Después, había que dormir una segunda noche en la fábrica antes de coger el tren de regreso.

En tercer lugar, en 1961 todos los ciudadanos chinos, excepto los delegados más privilegiados del Partido, sufrieron una drástica reducción del suministro de víveres. Aun cuando la gente tuviera dinero, no había nada para comprar en las tiendas. El

envío de un paquete de comida por parte de un pariente sólo era posible a costa de escatimar en las exiguas raciones que ya tenía la familia. Los reclusos solíamos decir que los víveres que nos hacían llegar nuestros familiares procedían directamente de lo que se quitaban de sus bocas.

En aquel momento —yo no lo sabía entonces—, mi padre había sido acusado de derechista. Permanecía en casa, pero no estaba autorizado a escribirme. El contacto con los enemigos políticos estaba estrictamente prohibido. Desde el mes de septiembre mis hermanas me habían enviado dos paquetes de víveres, cuidadosamente envueltos en una toalla, con algunas galletas, caramelos y los cubitos de salsa de soja que podían disolverse para dar sabor a las insípidas sopas y wotou de nuestro rancho. Yo saboreaba con fruición estas delicias, pero me preocupaban las privaciones por las que habría tenido que pasar mi familia para proporcionarme comida.

Una noche, mientras yacía acostado en el kang, Qi San me dijo que su mujer se las había arreglado para hacerle una visita aquella tarde pero, en vez de felicidad, su cara traslucía preocupación y tristeza. Quería hablar de lo que le pasaba.

—Hoy ha venido mi mujer desde Pekín —empezó a decir abatido—. Le ha costado tres días de viaje llegar hasta aquí. Cogió un tren desde Pekín hasta una pequeña estación de tren que hay cerca de la fábrica, y pasó allí la noche. La policía la dejó dormir en una pequeña oficina. A la mañana siguiente, se levantó y salió a lavarse y a pedir a los policías que la ayudaran a encontrar un medio de transporte para llegar hasta la mina. Cuando regresó a la oficina, alguien había robado los nueve kilogramos de harina de trigo cocida que me traía, aunque se salvó un kilo de galletas secas que había quedado bajo la almohada.

»Como no tenía forma de recuperar la preciosa harina, empezó a caminar por la carretera de tierra que conducía a la mina. Finalmente, un camión la recogió, pero fue un trayecto breve, y tuvo que caminar el resto del camino: casi cinco horas. Cuando me ha visto, ha hecho amago de llorar pero no le salían lágrimas. Yo sabía lo difícil que había sido el viaje. No quería que pasara por tantas penalidades.

»Me ha traído un chaleco acolchado de algodón que había cosido ella misma por las noches, bajo la luz de la única bombilla que hay en nuestro apartamento. “Sabía que al otro lado de la Gran Muralla el viento soplabla fuerte —me ha dicho—. Quería hacerte algún regalo... He ahorrado la harina de trigo de mis raciones pero, fíjate, me la han robado. Perdóname por traer tan poco.”

»Estaba tan triste por la harina de trigo —continuó Qi San— que, incluso al darme los cinco paquetes de cigarrillos, me ha pedido disculpas por no tener suficiente dinero para traer más. Me ha dicho que su hermana la ha ayudado a comprar el billete de tren, y que en tres meses trataría de volver a visitarme.

Qi San hizo una pausa, se limpió las lágrimas de las mejillas con el borde de su colcha, y encendió uno de los cigarrillos.

—Le he dicho que no pensara más en mí y que no volviera más. Y luego le he rogado que se vaya a Tiankín a vivir con nuestro hijo. Le he dicho que se sentiría mejor si aceptaba que ya no tendría nunca más a Qi San con ella en este mundo. Ella debe seguir su camino sin mí, y no guardar parte de sus raciones para dármele a mí. Le he dicho que se está haciendo mayor, que ha perdido peso y que no tiene buen aspecto. Está muy delgada y salta a la vista que no come suficiente. Sé que guarda sus raciones para mí.

Qi San se dio la vuelta, con la cabeza mirando hacia la pared.

Al día siguiente, todo el mundo se quedó muy sorprendido de ver que Qi San no estaba presente en el recuento de reclusos de la noche. Nadie podía imaginarse que hubiera intentado escapar porque era demasiado mayor y enclenque. Yo sabía lo consternado que estaba después de la vista de su mujer, y temía que hubiera decidido poner fin al sufrimiento de ambos.

Dos días después, el capitán Yang me informó de que los reclusos de guardia lo habían encontrado. No me dijo dónde ni qué había ocurrido; simplemente me dio instrucciones para que recogiera la colcha y las pertenencias de Qi San y las llevara a la oficina. Debajo de su almohada encontré cuatro paquetes sin abrir de cigarrillos. Varios días más tarde oímos que Qi San había sido hallado en el fondo de un pequeño precipicio que había al otro lado de la mina. Nunca supimos si se había caído o había saltado.

Una tarde de principios de abril, el capitán Yang me comunicó, de pronto, que habían llegado órdenes de Pekín de trasladar a todos los reclusos de la mina de Xihongsan. En ellas no se especificaba cuál sería nuestro destino. Debíamos prepararnos para viajar a la mañana siguiente y esperar órdenes. Justo después del amanecer, aparecieron cuatro camiones en el patio. Los prisioneros de guardia nos dieron a cada uno cuatro wotou y un nabo salado, la ración completa para un día. Los camiones hicieron varios viajes para transportarnos hasta la estación de tren, cerca de la fábrica de Yanqing. Salí con la primera partida. Una vez en la estación, caminamos por los raíles hasta una zona acordonada, no lejos de los andenes, y nos sentamos en el suelo. Los guardias nos vigilaban con sus rifles en ristre, aunque no creo que a nadie se le ocurriera pensar en escaparse. Pasaron varias horas antes de que nos reuniésemos todos.

Anteriormente, mis traslados habían tenido lugar por la noche. Era la primera vez en un año que veía a ciudadanos comunes y corrientes. Desde el otro lado del cordón, me fijé en los paisanos de la región. Había varios que nos miraban con curiosidad. Cuchicheaban entre ellos como si estuvieran mirando animales en el zoológico. Nunca antes había reparado en lo que suponía ser un proscrito de la sociedad. Al principio, bajé la cabeza avergonzado, pero enseguida la alcé de nuevo, al pensar enojado: «¿Qué sabéis vosotros de reclusos? Tal vez algún día os encontréis en esta situación».

A última hora de la tarde subimos a dos vagones que había estacionados en las vías, a varios centenares de metros de la estación. Nadie nos dijo adónde nos dirigíamos. Esta vez no me esforcé en imaginar cuáles serían las condiciones de vida que encontraríamos a nuestra llegada, sino solamente si seguiría tan hambriento como lo estaba en ese momento. Lo que quería era ponerme a mirar por la ventana la vida común de la gente, pero el tren permaneció en la estación durante un par de horas y solamente se puso en marcha después del anochecer. No quieren que veamos ni que seamos vistos, pensé. Una vez que entramos en los campos, lo que quieren es que desaparezcamos.

9. La maldición de Xing

Casi a medianoche, el tren paró en el apeadero de una pequeña estación. En el cartel del andén se leía «CHADIAN». En los vagones inmediatamente anteriores al nuestro, los pasajeros subían y bajaban, y los obreros cargaban y descargaban mercancías. Cautivos tras las puertas cerradas con llave, oímos cómo una pequeña locomotora se enganchaba en el vagón de cola detrás del nuestro y arrastraba nuestros dos coches a una vía lateral. Nos detuvimos a unos centenares de metros de la estación y los guardias de Yanqing nos ordenaron que saliésemos. Desplegada a lo largo de las vías, una fila de guardias nos estaba esperando. Entre nosotros se difundió rápidamente el rumor de que era la policía de la granja de Qinghe.

No me había pasado desapercibido que los guardias tenían escopetas y dos perros alsacianos, pero eso no me alarmó: ¿Qué podían hacerme? No tenía fuerzas para pensar en escaparme, ni siquiera para sentir miedo. No me hubiera importado que los guardias portaran ametralladoras y estuvieran acompañados de cincuenta perros o que se tratara tan solo de un guardia desarmado: en lo único que pensaba era en que tenía mucha hambre y estaba exhausto.

Nos hacinaron nuevamente en la caja de un camión; sin la menor idea de adónde nos dirigíamos. El paisaje era sumamente plano. Bajo la luz de la luna podían distinguirse, a ambos costados de la carretera, las acequias de riego cruzando en zigzag los campos de arroz y, algunas veces, acertaba a ver la silueta arqueada de un puente sobre un canal. El olor de la tierra en el aire de la noche puso en marcha mis pensamientos. En el campo —me dije— podré encontrar comida. Al menos estaré rodeado de tierra, no de piedra. Respirar el aroma de la tierra me insufló alguna esperanza.

Los camiones aminoraron su velocidad al aproximarnos a un muro de ladrillos, tal vez de unos cinco metros y medio de alto. En ambos extremos del recinto, se erguían las torres de vigilancia. La noche parecía sorprendentemente tranquila.

—¡Abajo!, ¡abajo todos! —las voces de los policías irrumpieron en el silencio tan pronto como los camiones cruzaron las pesadas cancelas de hierro—. ¡Formad en línea! ¡Rápido!

También los guardias querían dormir. La policía de Yanqing nos contó, pasó lista y entregó nuestros papeles a los guardias de Qinghe. Aunque en Xihongsan estábamos confinados unos quinientos reclusos, tan solo habían nombrado a unas cien personas. Sabía que Qi San no estaba, pero no tenía la menor idea de qué les habría podido ocurrir a los demás.

Oí alejarse los camiones, y la policía de Yanqing desapareció en la noche. Me di cuenta aliviado de que el capitán Yang se había marchado con ellos.

Los guardias de Qinghe nos distribuyeron rápidamente en grupos de diez personas.

—Tú vas a la habitación siete, tú a la ocho, tú a la nueve...

Varios reclusos suplicaron que nos dieran algo de comer.

—Mañana. Ahora es demasiado tarde —respondieron.

Seguí a mi nuevo jefe de brigada hasta los barracones.

—Vamos, vamos, arrímense —ordenó a los ocho reclusos que ya estaban compartiendo el kang—. Vosotros, han llegado los nuevos. ¡Dejadles sitio! —Los ocupantes se echaron a un lado lentamente o se incorporaron rezongando para sentarse—. ¡Silencio! —gritó el jefe de la brigada, acallando las quejas y empujando a algunos de los más lentos, sin dejar de insultarlos mientras los apartaba. El jefe era alto y huesudo y, evidentemente, le temían por su fuerza.

Uno de los miembros del grupo dormía obstinadamente con su cabeza bajo la almohada. La primera vez que el jefe lo quitó de en medio a empujones, no respondió. La segunda vez se puso de pie de un salto y gritó enojado, «¡Cabronazo...!».

Miró furioso en mi dirección. Entonces su cara se ensanchó en todas direcciones. Era Xing, «el Tragaldabas». Estaba tan sucio como siempre.

—¡Hola, Wu Hongda! —gritó—. ¿Cómo has venido a parar aquí? Nunca pensé que volvería a verte.

Le dije que acababa de llegar de Yanqing. El agua de los riachuelos proviene de distintas montañas pero desemboca en el mar por el mismo río —dije yo—. Tal vez ocurre lo mismo con los convictos.

Xing se echó a un lado para dejarme sitio y anunció en voz alta:

—Wu duerme aquí, junto a mí.

Cuando terminé de desplegar mi colcha, Xing ya se había vuelto a dormir.

A la hora de pasar lista a la mañana siguiente, los guardias nos dijeron que habíamos sido asignados al sector 583 de la granja agrícola de Qinghe. Distribuyeron a aquellos que acabábamos de llegar de Yanqing entre las ocho cuadrillas de trabajo ya formadas, cada una de las cuales constaba de 150 hombres. Veinte de nosotros nos sumamos a la compañía 3. Nunca supe que les ocurrió a los ochenta reclusos restantes que procedían de Yanqing. En cualquier caso eso importaba poco, porque en Xihongsan ni siquiera me había aprendido la mayor parte de los nombres de mis compañeros.

El recluso que dormía a mi otro lado se presentó como Chen Ming, y me dijo que le habían arrestado como «reaccionario ideológico». Su discreto silencio me transmitió enseguida la sensación de que se trataba de alguien a quien me gustaría tener cerca si las cosas se ponían difíciles.

—¿De dónde vienes? —preguntó Chen en voz baja.

—Yanqing —respondí.

—Hemos oído que es un buen sitio. Los reclusos dicen que hay mucha comida allí.

—¿Cuánto os dan de comer aquí? —pregunté de inmediato.

—Ya verás. ¿Qué te dieron en Yanqing?

—Dos comidas al día, y en cada comida dos wotou.

—¿Wotou? ¡Eso está bien! ¿Qué clase de wotou?

—Mitad sorgo, mitad barcia de trigo —respondí yo.

El recluso del otro lado de Chen Ming metió baza:

—No está tan mal.

Mis esperanzas se hundieron.

—¿Qué os dan aquí? —repetí.

—Espera a mañana y lo verás tú mismo.

Mientras aguardaba afuera a que llegara el rancho de la mañana, observé que el prisionero de guardia utilizaba un cucharón de madera para servir las raciones de panecillos calientes y flácidos. En vez de los dos wotou, pequeños y duros, a los que estaba acostumbrado en Yanqing, me sirvió uno grande y blando. La masa era de color marfil, casi blanco, y demasiado flácido para mantener su forma en la palma de la mano. A continuación echó una cucharada de sopa en mi cuenco. En la superficie flotaban unas cuantas hojas que coloreaban el agua de marrón claro. Al probar el wotou, pensé que sabía a serrín.

Chen Ming leyó enseguida la expresión de mi rostro:

—Ésta es la nueva creación —dijo indicando con la cabeza el wotou.

—¿De qué esta hecho?

La respuesta de Chen fue precisa:

—Veinte por ciento de harina de maíz, ochenta por ciento de mazorca de maíz molida, fermentada y cocida dos veces al vapor.

En Yanqing había leído un artículo en el *Diario del Pueblo* sobre el método de doble cocción al vapor. El artículo informaba de que cualquier tipo de grano podía cocerse dos veces al vapor con el fin de inflarlo, mejorar la asimilación de los nutrientes y dar al estómago la sensación de estar lleno.

Al día siguiente, mis intestinos se movían con más libertad que en los meses anteriores. Me sentí aliviado por completo, pero la sensación duró solamente un día.

—Cuando vayas a cagar —me aconsejó Xing—, será mejor que te sujetes con fuerza las vísceras o se te saldrán.

Aquella tarde observé atentamente a los reclusos mientras estaban acostados en el kang. Uno de ellos tenía una pierna hinchada y la otra delgada como un palo. Empecé a reconocer por primera vez los síntomas del edema. Al principio, la hinchazón comenzaba en el pie e impedía al individuo ponerse el zapato pero, poco a poco, ésta ascendía por el tobillo, la pantorrilla, la rodilla y el muslo hasta que llegaba al estómago y obstruía la respiración; entonces, la persona moría en cuestión de horas.

Me llevó una semana más o menos darme cuenta de que varios de los reclusos que tenía a mi alrededor estaban muriéndose de hambre. Hasta ese momento sólo me había preocupado mi propia debilidad y no había entendido las fatales secuelas de un hambre prolongada, pero ahora ya sabía lo que me esperaba.

Cuando salí con la compañía a trabajar, Xing volvió a convertirse en mi profesor. Nuestra tarea consistía en limpiar una de las acequias de riego del campo de arroz.

—Quizá encontremos algo emocionante, ya verás —me dijo Xing mientras caminábamos.

Ésta era mi primera experiencia de trabajo en una granja agrícola y cuando apenas empezaba a acostumbrarme al manejo de la pala vi que Xing trabajaba a toda velocidad.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté yo, asombrado por este repentino estallido de energía.

Cavaba cada vez más deprisa, hundiendo la pala en la superficie de la tierra y empleando una gran energía en el esfuerzo a pesar de su debilidad.

—Ven aquí —gritó—.

Había visto un agujero y esperaba que éste lo condujera hasta el depósito subterráneo de un ratón o una rata. Pocos minutos más tarde, Xing se sentó disgustado en el suelo.

—¡Cabronazo! ¿Dónde se ha metido? La decepción y el agotamiento le pesaban en sus grandes huesos.

—Nunca pases de largo ante un agujero —me advirtió aquella tarde mientras regresábamos hacia los barracones—. Un día te harás rico. La fortuna te aguarda en el agujero de una rata.

Supe por Xing que el clima a finales de primavera era aún demasiado frío para que las ranas y culebras salieran de sus madrigueras y que, precisamente por ello, era la perfecta época del año para buscar nidos subterráneos. También me enseñó cuáles eran las hierbas y raíces comestibles. Las primeras veces que le vi meterse un puñado de hierba en la boca, traté de detenerle:

—¡No!, ¡tienes que lavar antes la hierba y cocerla o enfermarás!

Xing sonrió al oír mi advertencia.

—¡Profesorcito, no es necesario hacer nada de eso! ¡No te va a pasar nada!

Los encargados de supervisar mi brigada eran Lang, el jefe, y Xing. Puesto que yo era amigo de Xing, nadie se atrevía a molestarme ni a tocar mi comida.

Aquel primer día, únicamente salieron a trabajar los campos unos setenta reclusos, de los ciento treinta que conformaban mi compañía. Algunos se sentían demasiado débiles, otros simplemente preferían no ir. Debido al hambre, la jornada de trabajo se había reducido a seis horas y no teníamos que alcanzar ninguna cuota determinada de producción. Los reclusos aprovechaban esta indulgencia para trabajar a un ritmo relajado.

Como en los arrozales no teníamos que reventarnos a trabajar, algunas veces nos sentábamos a charlar. Los guardias nunca nos gritaban ni nos ordenaban que volviéramos a la faena. Incluso, a veces, se sentaban a conversar con nosotros. Comprendían en qué condiciones estábamos y, aunque ellos no se morían de hambre, también acusaban las privaciones. Se preocupaban por sus familias, las cuales recibían tan solo 225 gramos de carne al mes por persona, cincuenta gramos de aceite, casi nunca azúcar y, en ningún caso, huevos. La calidad de su propia harina de trigo y de su maíz era deficiente, aunque no era tan rancia y mohosa como la nuestra, y sus tiendas estaban vacías. Necesitaban conservar energía para sí mismos.

Un día, al regresar del trabajo, vi a un recluso cuya cara me era familiar. Se trataba de Ling, el jefe de la clase de estudio del Centro de Detención de Beiyuan. Me costó reconocerlo: su cara estaba tan abotargada que sus ojos habían casi desaparecido. Al sentarse, apoyó su espalda contra la pared de los barracones para ahorrar fuerzas. En la cabeza, llevaba una gorra azul de algodón sucia y, alrededor del cuello, una mugrienta toalla blanca para calentarse. Me fijé en que uno de sus pies abultaba mucho más que el otro.

Ling rondaría los treinta años de edad, pero la persona que tenía ante mí aparentaba unos cincuenta años. El otoño anterior su estado físico era saludable y gozaba del favor y la confianza de los guardias. No podía imaginarme qué habría pasado: ¿cómo había llegado aquí? ¿Había cometido algún error? Me acerqué a él.

—¡Hola! —exclamé—. ¿Me reconoces? ¿Me puedes oír? —Él levantó la cabeza lentamente, enfocó sus ojos hacia mí y asintió—. ¿Cómo has venido a parar aquí? —seguí preguntándole—. ¿Cuánto tiempo llevas en la granja? —Como no obtenía ninguna respuesta, pensé que tal vez eran preguntas inoportunas, así que, sabiendo que los dos jefes de estudio solían pasar juntos algún tiempo en el centro de detención, cambié de tercio—. ¿Dónde está Xi?

—Salió de los campos —respondió Ling con voz tenue—. Su jefe le ayudó a volver a Pekín.

Siempre di por supuesto que Xi, como delegado del Partido, regresaría algún día a la vida normal. No había duda de que había agachado el lomo cuanto había sido necesario para salir de los campos y que, durante toda su condena, no había dejado de menear la cola como un perro faldero ante su amo. No solamente era un lacayo, sino que despreciaba a todos cuantos tenía bajo su mando. Pensé en mi propia experiencia como lacayo. Aunque mi estado físico en Quinghe era mucho peor que en la mina de Xihongsan, para mí era un alivio no trabajar ya como ayudante del capitán Yang. Aunque había perdido mis privilegios, había recuperado el respeto por mí mismo.

De vuelta al kang, le dije a Xing que había visto a Ling.

—No vivirá mucho —dijo Xing, escupiendo y maldiciéndole entre dientes. De pronto, se quitó de un manotazo la gorra, y se apartó el pelo para mostrarme la cabeza.

—¿Has visto esto? —me preguntó, señalando con el dedo una cicatriz de unos cinco centímetros que cruzaba su cuero cabelludo—. Ese cabronazo me golpeó como a un perro, así que por mí ya se puede morir como un perro.

—Olvidalo —repliqué—. Eso es agua bajo el puente. Ya pasó. No te recrees en ello. ¿Aún te queda energía para odiar? —le pregunté—. ¿Por qué no la utilizas para ayudarme a mí? Yo sigo necesitando mucha ayuda de tu parte.

Xing me miró de forma extraña, sin decidir si fruncir el ceño o echarse a reír.

—Está bien —dijo finalmente—, pero que sepas que todos los que vienen de Beiyuan se acuerdan de ese cabronazo de Ling y lo siguen odiando: le roban la comida y le pegan, aunque yo no lo hago. Se lo ha ganado a pulso.

Sin embargo, la afirmación de Xing en su propio descargo era falsa. Varios días más tarde, los amigos que tenía en la compañía de Ling le robaron la comida a éste a pesar de lo demacrado que estaba. Xing había dado la orden. El capitán de policía miró para otro lado. Un mes más tarde supimos que tres reclusos de la compañía ocho habían muerto en un solo día, y que uno de ellos era Ling.

A medida que pasaban las semanas fui estrechando mis lazos con Lang, mi jefe de brigada. Tenía mi edad y había sido cabecilla de una pequeña banda callejera de Pekín. Tal vez Lang me interesaba porque nunca había conocido a personas como él mientras estuve en la universidad. Se había ganado su fama no por sus proezas con las mujeres ni por su destreza para robar, sino por su capacidad para pelear. Con sus historias aprendí un montón sobre la vida y el lenguaje en las calles de Pekín, así como sobre el modo de pensar y hablar que empleaba la gente para reafirmar su autoridad. Un día Lang me enseñó una cicatriz que tenía en su brazo derecho. Según me explicó, había tratado de mediar en una refriega entre dos bandas rivales y, cuando vio que ninguna de las dos partes lo escuchaba, sacó una navaja, se hizo un corte en el brazo y proclamó: «Así va a correr la sangre de quien siga peleando». Lang se convertiría posteriormente en el cabecilla de ambas bandas. No sabía si creer su historia, pero con él aprendí mucho sobre cómo trabajar, ahorrar energía y sobrevivir en el campo.

Un día vi a Lang pegando a otro recluso de nuestra brigada.

—¿Por qué? —le pregunté—. ¿Estando todos tan débiles como estamos, por qué pegar a nadie?

Al parecer el recluso había encontrado un hueso en algún punto de los campos y lo había partido con su hoz. En las letrinas, a resguardo del viento, lo había cocido en su cuenco para ablandar el tuétano. Podría haber sido el hueso de un cerdo o de un buey, no se sabía; según me dijeron, por su color blanco deslavado se diría que al menos tenía dos años. De algún modo se difundió el rumor de que el recluso, desesperado de hambre, estaba cocinando el hueso de un ser humano. Había quienes no estaban de acuerdo con su acción, pero él no cejó en su empeño de cocer su hallazgo para comérselo. Cuando estaba a punto de sacar la médula y devorarla junto

con el resto del caldo, Lang llegó de improviso y tiró de una patada todo el guiso al suelo.

—¡Eh! ¿Qué crees que estas haciendo? No te puedes comer eso —gritó Lang.

—¡Esto es mío! —insistió el recluso, y se enzarzaron en una riña. Lang lo acababa de derribar de una patada cuando yo me disponía a intervenir.

—¿Piensas que era realmente un hueso de ser humano? —le pregunté a Lang unos días más tarde, tratando de comprender el motivo de la pelea—. Tal vez era el hueso de un cerdo o un buey, y eso no está tan mal.

Lang montó en cólera ante el hecho de que se cuestionase su criterio.

—¡Ese hueso llevaba ahí en el campo dos años. Estaba seco y blanco y sin una pizca de alimento; y alguien dijo que era un hueso humano! —No le hice más preguntas.

A medida que pasaban las semanas y no se producían cambios en nuestra dieta, los reclusos morían cada vez con más frecuencia. Una vez que el hambre ha minado considerablemente las fuerzas del organismo, éste se hace cada vez más vulnerable a las enfermedades, de modo que hasta el más pequeño corte provoca el tétanos. Algunos reclusos sucumbían a las fiebres, pero la causa de fallecimiento más habitual era la disentería. Algunas personas morían en la letrina tras perder el control de los músculos del esfínter.

Una noche Lang me dijo que se le había desatado el vientre y le animé a que tratase de contraer con todas sus fuerzas los músculos del esfínter para cortar la diarrea. Me dijo que era inútil, que el flujo no paraba. Le dije que en vez de agacharse, se quedara de pie contra la pared o que hiciese cualquier otro movimiento que impidiese la evacuación continua. Dijo que lo intentaría.

A la mañana siguiente, me traje de la faena en el campo una corteza de árbol y la quemé para reducirla a cenizas, con la intención de ayudar a filtrar la humedad del estómago y secar el tracto digestivo. La mezclé con agua caliente para que Lang se la bebiese, pero al tercer día falleció sentado en el agujero de la letrina. A través de su piel, que había adquirido un color azulado, se transparentaban sus grandes huesos; tenía el estómago distendido y el pecho hundido. Ver un hombre tan joven y vigoroso malogrado a una edad tan temprana me hizo pensar que, en época de hambrunas, tal vez los más fuertes eran los primeros en morir.

Lang siguió dándome lecciones incluso después de morir. Muchos reclusos recogían hierba, la traían de vuelta al campamento y la cocían para que no se pudriera. Yo sabía que Lang comía montones de hierba. Era posible que, debido a su altura, hubiera necesitado alimentarse más que el resto de nosotros. Puede que un día hubiera recogido hierba que no estaba limpia y no la hubiese dejado hervir lo suficiente. A partir de la enfermedad de Lang, empecé a ser más cuidadoso y hervía siempre todo antes de comérmelo. También me acordé del enojo de Lang a causa del hueso, y pensé que quizá había desperdiciado demasiada energía en una emoción innecesaria.

Lang fue el segundo recluso que perdía nuestra brigada. El primero había sido Ma, un campesino sin educación, arrestado durante la hambruna por sustraer un saco de nueve kilos de semillas de maíz a su brigada de producción con la intención de proporcionar a su familia los alimentos que ésta tanto necesitaba. Observé cómo la hinchazón había ido ascendiendo por el cuerpo de Ma y había tensado su piel hasta el punto de hacerla brillante y tersa como el cristal. Durante sus últimos días parecía haberse llenado de fuerza y alegría, y su tez pálida había recobrado un cierto color rosado, aunque posteriormente me di cuenta de que estas transformaciones eran típicas de los últimos días del edema: «el último rojo de la puesta de sol», lo llamábamos nosotros.

Para entonces yo llevaba más de un mes en el sector 583 de Qinghe. Después de la muerte de Lang, la oficina de seguridad me nombró a mí capataz de la brigada. En una situación como aquella, una posición así no significaba gran cosa y conllevaba escasas responsabilidades. Trabajábamos de un modo mecánico y superficial porque estábamos demasiado agotados para emplearnos a fondo ¿Cómo iba a supervisar la labor de los demás, si apenas podía sostenerme a mí mismo?

Una mañana, mientras trabajábamos en las acequias de riego, uno de los miembros de mi brigada descubrió un agujero en uno de los conductos y me pidió que lo ayudara. Yo estaba muy excitado esperando que pudiera conducirnos a un nido de rata repleto de arroz, maíz y trigo porque, como Xing había dicho, encontrar un nido era como encontrar un tesoro.

—Déjame probar a mí —le dije, agarrando su pala.

Cavé y cavé, siguiendo las vueltas y revueltas del túnel, que se extendía a lo largo de más de seis metros. Aunque la rata se hubiera escapado, yo sabía que en su madriguera me aguardaba un tesoro. De pronto, al ver unos cuantos granos de maíz esparcidos a lo largo del conducto, supe que la recompensa andaba cerca. Dejé de cavar, enderecé la espalda y le grité al miembro de mi brigada:

—¡Lárgate de aquí!

—¿Por qué? —me preguntó, enfadado—. Sólo te he llamado para pedirte ayuda.

Sin vacilar un instante, le di un contundente puñetazo en la nariz. Cayó al suelo y entonces llamé a Xing gritando:

—¡Corre, Xing, ven aquí! —y luego, cuando llegó corriendo, le ordené—. Llévatelo de aquí.

Tras unas paladas más, conseguí encontrar la madriguera de la rata. El agujero contenía alrededor de un kilo de maíz, un kilo de brotes de semillas de soja y medio kilo de arroz, todo ello acumulado pacientemente por la rata a lo largo de los meses de invierno. Envolví el tesoro en mi abrigo, y, durante aquella semana, no hubo un solo día que no encendiera una lumbre en la letrina para hervir una parte del botín en mi cuenco.

La letrina era un edificio rectangular con un techo de juncos entrelazados, paredes de bloques de cemento en tres de sus lados, y abierto por la parte frontal. En el

interior había un albañal de cemento que desembocaba en la parte de atrás del edificio donde, a través de una abertura, los excrementos quedaban depositados para ser después esparcidos por el campo como fertilizante. En los ángulos del edificio, entre el albañal y las paredes, había suficiente espacio para guarecerse del viento y encender una pequeña hoguera con hierba seca.

Los reclusos fueron haciéndose expertos en sacarle partido a las palanganas de latón esmaltado que utilizaban para lavarse y acarrear agua. Aprendí un método para poder hervir cualquier hierba o raíz comestible que encontrara, apoyando mi palangana sobre dos ladrillos y recolectando algunos juncos secos o tallos de maíz de los campos que utilizaba para encender una lumbre. Confiaba en que la cocción eliminara las bacterias peligrosas que pudieran contener las hierbas y que hiciera éstas más digeribles. Mientras me agachaba para cocinar, solía encontrarme con alguien haciendo de vientre.

Compartí mi festín de maíz y arroz con Xing y Chen Ming. Nadie se atrevería a acercarse a nosotros mientras Xing estuviera de guardia, aunque no conseguía acallar mi mala conciencia después de haber golpeado al miembro de mi brigada que había descubierto el agujero. La segunda noche, le pedí a Xing que le diera una porción de la comida de mi cuenco.

—¡De ningún modo! —declaró Xing—. Ése se queda con las ganas. Me pone enfermo.

—¿Por qué? —le pregunté—. No quiero hacer otro enemigo. ¿Por qué no compartir un poco con él?

—Nuestra única misión aquí es sobrevivir. Además, me repugna; le gustan los hombres; los ama. Vivió con un hombre; vendió el culo, ¡puaj! ¡qué asco!

—¿Cómo sabes eso? —le pregunté sin estar convencido del todo.

—Ése es el motivo por el que está aquí. Lo confesó en la clase de estudio. Si no me crees, puedes preguntárselo a cualquiera.

Al parecer, Xing se había sumado a la opinión, muy extendida en China, de que la homosexualidad es un crimen. Renuncié a la idea de compartir la comida con él. El prurito de compasión que tenía desapareció. Actué como si solamente mereciese sobrevivir aquel que estuviera más preparado.

En el mes de mayo de 1961 el Gobierno chino puso en práctica una nueva política de reforma por el trabajo, imponiendo una sentencia definitiva a los derechistas contrarrevolucionarios. Cada uno de nosotros tuvo que hacer una confesión en las clases de estudio, reflexionar sobre los crímenes cometidos, y declarar cuál era el castigo que merecíamos a nuestro juicio. El capitán afirmó que no había duda de que los contrarrevolucionarios más peligrosos merecían la pena máxima de tres años.

No presté mucha atención a la petición que se nos hacía y redacté una lista con los crímenes de rutina, en la que afirmaba que yo era un derechista contrarrevolucionario peligroso, que era un enemigo del pueblo y que había cometido numerosos y terribles errores y que, por tanto, necesitaba tres años, la sentencia

máxima, para reformarme. En aquel momento no podía pensar en serio que me quedaban tres años por delante. Lo único que me importaba era el próximo wotou. Dudaba que pudiera llegar vivo al próximo mes.

Cuando el hambre y la enfermedad arreciaron en el campo, las reyertas se hicieron más frecuentes a las horas de las comidas. Los reclusos de guardia solían transportar la comida en carretillas, una para cada compañía, pero los reclusos habían empezado a abalanzarse sobre las carretillas. Para resolver el problema, los guardias anunciaron que cada hombre iría a la ventanilla de la cocina a buscar su propio rancho. Una vez demostrado que este sistema era demasiado lento, los jefes de las respectivas brigadas recibieron órdenes de ir a la ventanilla a buscar el rancho de los miembros de su grupo. Así, cuando llegaba el turno de mi brigada, la seis, yo me aproximaba a la cocina, donde el prisionero de guardia repartía en los platos diez wotou y diez cuencos de sopa aguada. Los integrantes de mi brigada se mantenían a una distancia prudencial y, luego, guardándonos las espaldas entre todos, llevábamos cada uno nuestra propia comida hasta el kang.

A pesar de que el primer día estuve especialmente alerta al regresar al kang con el rancho, alguien pasó corriendo a mi lado, cogió mi wotou y desapareció como un rayo. Corrí tras él gritando y tratando de no derramar el cuenco de sopa, pero él se metió el wotou en la boca mientras corría y se detuvo cuando se lo hubo tragado. Había logrado hacerse con una porción extra. Era de complexión delgada y menuda, y yo sabía que si hubiera querido malgastar mi energía, podía pegarlo sin problemas. Sin embargo, no tenía sentido, así que lo dejé marchar.

A partir de aquel momento, les dije a los integrantes de mi brigada que volveríamos todos juntos desde la cocina para proteger nuestras raciones entre todos. Incluso así, nuestro rancho peligraba. A la tarde siguiente, tres hombres fueron tras uno de los miembros de la cuadrilla y, mientras dos lo sujetaban, el tercero le robó su wotou. Fue entonces cuando las demás brigadas, incluida la mía, empezamos a organizarnos contra esta banda de tres. Al día siguiente salí junto al resto de los compañeros a buscarlos y, cuando los encontramos, les dimos una paliza.

A estas alturas yo ya había aprendido a luchar. Con el fin de no malgastar mi energía, era conveniente tumbar al rival con el primer golpe. Había que buscarle los ojos o la nariz.

—Ciérrale el ojo con un solo puñetazo, nunca con dos —me había enseñado Xing—. Si lo golpeas en el pecho, seguirá intentando robarte el rancho. Un buen estacazo en el sitio adecuado. Tienes que proteger tu comida.

Poco a poco, a medida que la primavera de 1961 daba paso al verano, la desesperación nos iba ganando a todos.

—Tengo que hablarte de algo —me dijo Xing un día a principios de julio—. Te lo advierto, tenemos que ser absolutamente honestos el uno con el otro. —Hizo una pausa antes de formular su pregunta nerviosamente—: ¿Quieres escaparte conmigo?

No sabía cómo responder a su pregunta. Xing confiaba en mí y nunca le habría revelado su plan a nadie más, pero también pensaba que no teníamos ninguna oportunidad de lograr nuestro propósito.

Xing intuía mis dudas.

—Al menos si morimos, no moriremos en los campos, sino como hombres libres.

—¿Y dónde iríamos? —le pregunté—. ¿Dónde podríamos conseguir comida? Tendríamos que robar para comer. Así no lograríamos durar mucho tiempo.

—Tal vez no —respondió Xing con lentitud— pero yo no puedo seguir así.

—Nos faltan fuerzas para escapar del 583 —añadí— y, aun si escapáramos, no estoy seguro de hasta dónde sería capaz de llegar andando.

Xing bajó la cabeza sin decir nada más. Nunca antes le había visto renunciar a su espíritu combativo, pero aquel día comprendí que había empezado a perderlo.

Poco después de aquella conversación, Xing sufrió el mismo problema intestinal que había padecido Lang. No podía dejar de evacuar. Comía cuanto podía con el fin de recuperar fuerzas pero, cuanto más comía, más perdía el control de sus esfínteres. Las hierbas y las raíces no servían como sustituto del auténtico alimento.

Xing empezó a coger cada vez con más frecuencia las raciones de los demás. Aumentó su agresividad y osadía, y no le importaba lo más mínimo arriesgarse. Una vez se enteró de que un recluso había recibido de su familia un paquete con víveres, se deslizó en la oficina de seguridad donde estaba el paquete, lo abrió y se comió todo lo que había dentro.

Las ofensas de Xing no pasaron desapercibidas. Una mañana, los capitanes de policía reunieron a toda la compañía y nos sermonearon con que había que mantener la disciplina. Anunciaron que Xing sería castigado a permanecer siete días en una celda de aislamiento.

—¡No, no! —gritó Xing, pidiendo clemencia y prometiendo no volver nunca a robar comida—. ¡Lo prometo, lo prometo! —imploró—. ¡Denme otra oportunidad de reformarme!

Xing se arrodilló ante toda la compañía, pero el capitán se negó a ceder a sus súplicas. En 1961, las autoridades no solían utilizar el aislamiento como castigo porque sabían que reducir las raciones de un recluso infralimentado podía tener consecuencias fatales, pero esta vez habían decidido dar a Xing un escarmiento para sentar ejemplo.

—Ya conoces las normas —gruñó el capitán—. La decisión ha sido tomada por la comandancia general del batallón 583.

De repente, Xing saltó y agarró una pala de entre un montón de herramientas que yacían apiladas por allí cerca.

—Prometo, juro que no volveré a robar. Pero, por lo que más queráis, no me enviéis a la celda de aislamiento. —Bajó la pala y se hizo un corte profundo en el dedo meñique de su mano izquierda—. ¡Usaré mi dedo, mi propia sangre para jurarlo!

El capitán ordenó que se llevaran a Xing a la enfermería de la prisión. A pesar de que su arretrato le libró de una muerte casi segura por inanición en la celda de castigo, su dedo empezó a enrojecer, a hincharse y a provocarle dolores espasmódicos; al cabo de unos días, había contraído unas fiebres altas y no podía levantarse del kang. Dos semanas más tarde, Xing murió a causa de la enfermedad del tétanos. Al borde de la muerte, en pleno delirio, aún seguía mascullando: «¡Cabronazo! ¡Cabronazo!». El eco de la maldición de Xing siguió resonando en mis oídos. Fueron sus últimas palabras para un mundo hostil e indiferente.

10. Sin tiempo para soñar

A principios de agosto de 1961, la Dirección General de Seguridad de Pekín estableció una nueva política para contrarrestar la galopante desmoralización de los reclusos en los campos de trabajo. El aumento del número de defunciones a lo largo del verano, a raíz de la hambruna generalizada en todo el país, había incrementado la sensación de desesperación y pánico entre los internos. La insubordinación, las peleas por la comida y los intentos de fuga que se sucedían en la granja de Qinghe y en otros campos de trabajo habían complicado sobremanera la gestión de las prisiones. Con el fin de elevar la moral a los reclusos y mantener la estabilidad, la comandancia general de Qinghe había decidido que aquellos internos cuyo estado de inanición estuviese avanzado serían transferidos a un edificio periférico dentro del extenso y desordenado recinto de la prisión, lejos de la vista de los reclusos más sanos. El sector 585, tal como se denominaba anteriormente, pasaría a llamarse «centro penal de recuperación de pacientes».

Escuché con atención cuando el comandante de Qinghe explicó su nueva política.

«En cumplimiento de la decisión del Comité Central del Partido Comunista — anunció— y también de acuerdo con Luo Ruiqing, ministro de Seguridad, las administraciones de todos los campos de trabajo tomarán medidas estrictas para evitar que el salvajismo y la abyección se adueñen de los campos y provoquen incidentes y sublevaciones entre los reclusos. Ante una situación como ésta y, en la medida de nuestras capacidades, trataremos de mejorar en lo posible sus condiciones de vida, del mismo modo que ustedes deberán tomar medidas de higiene personal para preservar su salud y reducir el riesgo de contraer enfermedades.

»Con este fin, la comandancia de Qinghe ha decidido crear zonas de recuperación de reclusos enfermos en la secciones occidental y oriental del campo. En estas zonas se proporcionará un tratamiento especial a fin de acelerar la recuperación de los reclusos para que estos puedan reintegrarse al trabajo lo antes posible. Únicamente mediante el trabajo pueden reformarse y convertirse en nuevos ciudadanos socialistas; si no pueden trabajar no podrán reformarse. Así pues, queremos prestar una especial atención a todos los reclusos enfermos. En la región occidental, el sector 585 se convertirá en el centro de recuperación de pacientes. Esperamos que allí se sientan más cómodos y puedan recobrar sus fuerzas para volver al trabajo, sin olvidar nunca que su objetivo es reformarse y convertirse en nuevos socialistas.»

El primer grupo salió para el nuevo centro de recuperación a finales de agosto. En el curso de varias semanas, los médicos de la clínica examinaron uno por uno a todos los reclusos del sector 583. Hicieron un chequeo del peso, la presión sanguínea y del resto de funciones vitales de cada uno de nosotros y, después, nos dividieron en tres grupos. Nunca me enteré de los criterios médicos por los que se habían guiado para

dividirnos por categorías, pero no se me pasó por alto que aquellas personas asignadas al primer grupo tenían el aspecto de estar más cerca de la muerte. Un segundo contingente de reclusos salió con destino al sector 585 a mediados de septiembre, y un tercero a principios de octubre.

—Cuando pronuncie vuestros nombres —anunció el capitán de policía al notificar el tercer grupo— poneros junto a la pared y esperad instrucciones.

No sabía muy bien qué pensar cuando oí mi nombre en la lista de reclusos para el 585. La decisión de crear este recinto separado para los enfermos y mal nutridos más graves, argumentaba para mí mismo, procedía directamente del Comité Central del Partido Comunista. El objetivo de esta media era proporcionarnos a los reclusos un lugar donde poder descansar y recobrar nuestras fuerzas. Tal vez en el sector 585 recibiríamos una especial atención y, tal vez por ello, éramos unos afortunados.

Podía oír a otros convictos que esperaban a ser transferidos especulando en voz alta que no les cabía duda de que en el centro de recuperación recibiríamos raciones más abundantes. Algunos conjeturaban que podríamos recibir alimentos especiales en vez de sucedáneos, tal vez algunas verduras, tal vez cincuenta o setenta gramos de carne al mes, quizá incluso cincuenta o setenta gramos de azúcar. Cundió la sensación de euforia. Podía ver a algunos de los reclusos observándonos con envidia mientras nos disponíamos a marcharnos.

Sin embargo, yo seguía teniendo dudas. Aquellos que se habían marchado parecían más sanos que nosotros, y nadie sabía lo que ocurriría en el sector 585. Quién sabe si habíamos quedado eliminados de la carrera, mientras los demás seguían dando vueltas alrededor de la pista. Traté de contener la ansiedad que empezaba a dominarme.

Las dos zonas no estaban separadas por más de cinco kilómetros, una distancia que cualquier persona sana podría recorrer en menos de una hora. En vista de nuestras escasas fuerzas, los ochenta reclusos de ese contingente fuimos trasladados hasta el sector 585 en varios viajes, subidos en cuatro carros tirados por una yunta de bueyes. Chen Ming y yo, junto a cuatro reclusos más, íbamos en el carro de delante. El trayecto duró unas dos horas y avanzamos poco a poco, porque una yunta de bueyes nunca va demasiado rápido y porque estos animales debían de ser demasiado viejos para ser sementales y demasiado raquíticos como para pasar por el matadero y hacer carne de ellos. Mientras dábamos tumbos por la carretera de tierra, traté de vaciar mi mente: no podía malgastar energía con mis miedos.

Me preguntaba vagamente dónde terminaría el viaje. No estoy seguro, pero puede que el grupo de la primera partida de cuatro carros estuviera compuesto por unos treinta reclusos en total. No me interesaba ni contar ni tomar nota mentalmente. No me fijé en el color del cielo ni en los campos junto a los que pasamos en el camino.

—¡Hiaa! —gritó al buey el conductor del carro, un «prisionero en reinserción», a quien se había liberado de la reforma por el trabajo, pero no se le había permitido aún reintegrarse a la vida civil.

Oí cómo se tensaban las riendas del carro al detenerse, y levanté la cabeza para mirar a un lado. Un único guardia pasaba en bicicleta pedaleando despacio. No había ni rifles ni perros esperándonos para este traslado. Por encima de mi cabeza se elevaba un muro de ladrillo, reforzado en la parte superior con cable de púas electrificado y, ante mis ojos, dos grandes y pesadas puertas negras. El sector 585 tenía un aspecto idéntico al 583, pensé, mientras volvía a recostarme en la caja del carro.

El carro de bueyes se puso de nuevo en marcha con una sacudida, y cruzamos pesadamente las puertas abiertas, que se cerraron con un estruendo metálico tras pasar nosotros y, una vez más, levanté la cabeza para mirar a mi alrededor. Los barracones de ladrillo gris y el patio de barro apisonado eran indistinguibles de los otros establecimientos que acabábamos de dejar. Cuando paramos, los guardias nos ordenaron que bajásemos de los carros y nos asignaron a nuestros respectivos barracones. Chen Ming y yo fuimos a la compañía 10, brigada 6. Sin decir palabra, los dos parecíamos darnos cuenta de que íbamos a ser el único amigo que tuviera el otro en este nuevo establecimiento. A nuestro alrededor, todos eran completos desconocidos.

Era casi mediodía cuando reparé en que había reclusos desperdigados por el patio, de pie o sentados y apoyados contra los barracones, tratando de absorber un poco del calor del sol de otoño. El aspecto de muchos de ellos distaba de ser humano. Los huesos de las cejas les sobresalían de una piel tirante y macilenta; la boca les colgaba ligeramente abierta por debajo de sus mejillas hundidas; y el cuello se les alargaba de un modo antinatural. En la falta de expresión en sus rostros se adivinaba que no habían notado nuestra llegada. Me detuve a considerar si tal vez yo tenía el mismo aspecto que ellos.

En el año y medio que había transcurrido desde mi arresto nunca me había mirado en un espejo. Bajé los ojos a la descarnada tabla de lavar ropa que tenía ante mí y me di cuenta de que, con la cara sin afeitar, el cabello largo y despeinado, yo debía de parecer igualmente consumido y descuidado. Aquellas personas habían sido una vez doctores y profesores, obreros de fábrica o campesinos, pensé, cada uno con su propio cielo e infierno, con sus propias esperanzas y problemas. Ahora era prácticamente imposible distinguirlos unos de otros. Si el presidente Mao pasara un año en los campos, tampoco se apreciaría la diferencia. Durante un momento me acometió un ataque de rabia. ¿Eran éstos los nuevos ciudadanos socialistas que el presidente Mao quería crear? ¿Era éste el glorioso resultado de la reforma por el trabajo?

Dentro de los barracones, aquella primera tarde, observé atentamente a mis camaradas del campo. A varios de ellos habían empezado a hinchárseles las piernas, a algunos una sola, a otros las dos, y la hinchazón había alcanzado ya la altura de la cadera. Yo era uno de los pocos a quienes aún no le había afectado el edema, pero temía que ese fuese el destino que me esperaba. Tal vez estaba ya más escuálido de lo

que me daba cuenta. Rehuí tomar como espejo de mí mismo a estas personas tan consumidas.

No dejaba de preguntarme ansiosamente por qué me habrían enviado a mí a un lugar donde todos los reclusos parecían tan gravemente enfermos, tan próximos a la muerte por inanición. Volví a recordar el examen del doctor de la prisión en agosto, cuando mi peso apenas pasaba de los treinta y seis kilos, y mi presión sanguínea era muy baja, de sesenta y cinco y ochenta. El fluido en los pulmones ya no me molestaba, pero me sentía muy débil y siempre con frío. Quizá había perdido mi resistencia contra la enfermedad y tal vez mi estado físico era peor de lo que pensaba. Esa noche tuve sueños agitados.

A las diez en punto de la primera mañana, un cocinero alto y calvo llamado Wang, de aspecto severo y casi sin dientes, llegó con dos cubos de gachas que traía colgando de un varal apoyado en los hombros. Por el sabor amargo que tenía, deduje que lo que comíamos era una mezcla mitad papilla de maíz, mitad sucedáneo, probablemente mazorca de maíz molida. Pese a que la masa carecía a todas luces de alimento nutritivo, al apurar el cuenco sentí que el calor que desprendía me aliviaba y me llenaba el estómago. Más tarde, un prisionero de guardia me entregó un pequeño paquete envuelto con papel de periódico doblado que contenía unos sesenta gramos de lo que él llamó «polvo para recobrar salud, energía y reposo». Nunca había oído hablar de este tónico, pero tenía un sabor ligeramente dulce. Otros dijeron que se trataba en su mayor parte de judías amarillas molidas con un poco de azúcar. Observé que algunos reclusos mezclaban el polvo con sus gachas mientras que otros se lo comían directamente del envoltorio. Me sentí agradecido incluso por recibir esta mínima dosis de proteínas.

En el sector 583, la salud de los mil reclusos de todo el recinto estaba en manos de dos médicos, pero en el 585, el consultorio sanitario donde nos atendían contaba con cuatro ayudantes. Puesto que carecían de medicamentos, su principal cometido consistía, no en tratarnos de nuestras enfermedades, sino en informar de qué reclusos iban aproximándose a la muerte para, después, dejar registrada las defunciones en sus respectivos expedientes. Uno de los trabajadores sanitarios me dijo más tarde que él se pasaba el día haciendo pequeños sobres con papel de periódico y midiendo las cantidades del polvo especial.

Durante el segundo día, el prisionero de guardia conminó a todos los recién llegados a que nos registrásemos antes de solicitar los productos básicos y que, después, presentásemos los formularios por la tarde. Con las pequeñas sumas que aún nos quedaban en nuestras cuentas de prisión de la sección 583, podíamos comprar, si lo deseábamos, cepillos y pasta de dientes, sobres, papel para escribir cartas, o incluso sellos. Cuando el prisionero de guardia se hubo marchado de la habitación, un viejo recluso se acercó a mí.

—Oye, ¿te importaría solicitar un poco de pasta de dientes para mí?

—No lo sé —dije yo, dudando sobre su petición—. ¿Por qué?

—Sólo quiero que me ayudes.

—¿Por qué? ¿Para qué?

—La necesito.

—Está bien.

No estaba seguro de por qué había accedido, salvo porque había dejado de lavarme los dientes y la pasta ya no me interesaba. Esos esfuerzos por mantener la higiene no tenían sentido, y no quería malgastar mis energías en una tarea innecesaria.

Más tarde durante la mañana, otro recluso se acercó a mí y me dijo en voz baja.

—¿Te importaría pedir un poco de pasta de dientes para mí?

Era evidente que había cosas de la nueva sección que yo no comprendía todavía.

—Está bien —dije, aceptando de nuevo—. Solicité los dos tubos de pasta de dientes y entregué el formulario.

Aquella noche, el prisionero de guardia entró como un torbellino en la habitación:

—¿Qué intentas hacer? —gritó enfadado, señalándome con el dedo. La dureza del tono de su voz me asustó—. ¿Por qué has pedido dos tubos de pasta de dientes? ¡Déjame ver tus cosas!

Yo saqué mis pertenencias personales del estante que había frente al kang.

—¡Me lo imaginaba! —dijo él— ¡Tienes pasta de dientes! ¿Por qué has pedido más?

No podía entender el problema. Aunque no tenía ni idea de por qué los demás habían pedido más pasta de dientes, estaba a punto de ser acusado de intentar engañar a las autoridades de la prisión.

—Olvida la pasta de dientes, simplemente olvida mi solicitud —repliqué.

—Tú eres nuevo aquí —bramó el prisionero de guardia, seguro de haberme asustado hasta el sometimiento—, ¡pero no intentes una cosa así de nuevo!

Y se marchó de la habitación. Debería haber supuesto que los reclusos utilizaban la pasta de dientes como sustituto de la comida.

Al rato de acabar el rancho del turno de mañana, le dije a Chen Ming:

—¿Qué tal si nos damos una vuelta a echar un vistazo?

—No hay nada que valga la pena —respondió de un modo cortante desde su espacio en el kang, junto a mí.

—Vayamos fuera igualmente —insistí.

—No malgastes tus energías.

—Vamos, vamos —repetí con impaciencia.

Quería ver los alrededores y también sacar a mi amigo de su letargo. Chen Ming se puso en pie lentamente, y después de ayudarme a pasar su brazo alrededor de mis hombros, dejó que se apoyara en mí. Las gachas y el polvo de judías me habían dado un pequeño repunte de energía. Al salir a la luz del día, entrecerré los ojos.

A paso lento, fuimos recorriendo el patio del recinto. En la sección 583, unos barracones iguales a éstos habían albergado a dos mil reclusos, pero éstos parecían

estar a media ocupación. Calculé que un total de unos mil doscientos hombres habíamos sido transferidos al 585 durante las últimas seis semanas. Y me parecía como si al menos la mitad de ellos ya hubieran perdido la capacidad de moverse.

Dentro de la letrina había dos reclusos ocupados en atizar sus pequeñas lumbres. No imaginaba qué podían estar cocinando ya que estaba prohibido salir del recinto para buscar comida. A todos nos quedaban algunos fósforos de las raciones de cigarrillos que nos habían dado en el 583, y tal vez habían recogido hojas secas y trocitos de papel como combustible, pero ignoraba qué habrían encontrado para cocer. Me acerqué un poco, y ellos me observaron atentamente, como si fueran lobos dispuestos a defender su comida a cualquier precio. Uno de los reclusos me dijo que estaba estofando su wotou en agua para hincharlo un poco. «Así se siente uno un poco más lleno», me dijo. Me acordé de las noches que pasábamos imaginando platos. El otro recluso, más afortunado, cocía un puñado de harina de trigo que tal vez le habría enviado en un paquete algún pariente suyo. Había añadido justo la harina necesaria al agua que tenía en su cuenco a fin de sentir el estómago más lleno. Cuántas maneras distintas encontrábamos de saciar nuestras necesidades, pensé.

Cuando me di la vuelta, vi a tres reclusos que corrían hacia un prisionero de guardia que llevaba un cubo de madera lleno de comida. Los tres hombres se arrodillaron para lamer los restos de la papilla que había caído al suelo de lodo apisonado. Me acordaba como si hubiera sido ayer de cuando, un año antes, Xing, incapaz de controlar su hambre compulsiva, se había tirado al suelo a lamer la sopa de la Fiesta de Primavera. También pensé en la escena con la que comienza la novela *Historia de dos ciudades*, que había leído en la enseñanza secundaria, en la que se cuenta cómo los parisinos hambrientos lamían el vino derramado entre los adoquines de las calles.

—Regresemos —masculló Chen Ming, dirigiéndome con sus pasos hacia los barracones.

Por extraño que resulte, en nuestra ausencia, alguien había ocupado el espacio de Chen en el kang. Traté de levantar al recluso que había usurpado su lugar, pero todos mis esfuerzos fueron inútiles. El hombre estaba muerto. Alguien había informado ya de la defunción al guardia, y dos reclusos de guardia llegaron casi inmediatamente para envolver el cadáver en una estera y llevárselo a un pequeño depósito que había en las inmediaciones.

Aquella noche, por alguna razón que desconozco, pensé en el arca de Noé mientras estaba acostado en el kang. Todos aquellos animales agrupados en parejas a causa del diluvio habían convivido estrechamente durante cuarenta días. Seguramente ellos también tuvieron que soportar la escasez de comida e ignoraban si el diluvio terminaría alguna vez. Me preguntaba cómo se las habrían arreglado para sobrevivir, si se habrían liado a mordiscos unos con otros, y si el lobo se habría comido al conejo. Puesto que todos habían logrado llegar sanos y salvos a la orilla, di por supuesto que seguramente se habrían ayudado mutuamente durante las semanas que

duró el diluvio. Quizá, pensé, los seres humanos también podrían apoyarse unos a otros hasta que las aguas se remansaran. Durante un momento pensé también en las enseñanzas y el consuelo que ofrecía la Iglesia y, una vez más, recé pidiéndole a Dios que me ayudara.

En el 585 los días pasaban de forma muy distinta a la de cualquier otro campo que hubiera conocido antes. No había trabajo ni estudio político y apenas había alboroto entre los reclusos. De hecho, solamente asistí a una riña durante aquellas primeras semanas, y fue como una película a cámara lenta donde los puños de los reclusos, sin apretarlos del todo, cruzaban el aire con desmayo e impotencia, como si hombres de papel trataran de derribarse unos a otros, cuando, en realidad, podían hacerlo perfectamente con un simple soplido.

Sin energía ni voluntad para movernos de un sitio a otro en el campo, nos pasábamos las horas muertas, con la cabeza pegada a la pared y debajo de la colcha, y el cazo y la palangana desportillados a uno y otro lado de la almohada, uno para orinar y el otro para comer. Yo me sentía más cómodo sin ropa, al igual que la mayoría de los demás reclusos, que también yacían desnudos a menos que tuvieran que levantarse. Apenas se hablaba, y casi nunca cruzábamos el patio para recorrer la escasa distancia que nos separaba de la letrina, porque hacíamos de vientre cada tres o cinco días. Solíamos arrodillarnos en el kang para orinar y, luego, vaciábamos las palanganas afuera dos veces al día. Me iba debilitando lenta y paulatinamente.

Con el viento de finales de octubre llegó el primer pellizco de aire frío de Siberia. Cada vez éramos menos los miembros de mi grupo que nos atrevíamos a salir. Solamente a mediodía, los que nos encontrábamos con más vitalidad salíamos a tomar el sol, pero lo más frecuente era que todos permaneciésemos día y noche en el kang.

El viejo cocinero Wang se detenía dos veces al día ante nuestra habitación para traernos las gachas. Con un cucharón de hierro, golpeaba en uno de sus cubos para anunciar la hora de comer: ¡dong! ¡dong! ¡dong! En el kang, los ojos se abrían lentamente, y todos nos incorporábamos, palmo a palmo, hasta sentarnos, sin olvidarnos nunca de cubrirnos con nuestras colchas. Uno a uno íbamos colocando los cuencos en el extremo del kang, y observábamos cada cucharada rasa que servía Wang mientras se movía por la habitación distribuyendo la papilla aguada. Manejaba el cucharón con destreza, deteniéndose con desenvoltura encima del cubo para dejar escurrir el agua sobrante y luego, con pulso firme, vertiendo el contenido en el cuenco y dando siempre unos golpecitos con la cuchara contra el borde de éste para dejar caer las últimas gotas. Sus movimientos, que eran objeto de un atento escrutinio, suscitaban siempre alguna protesta.

—¡Eh! ¡La mía no está llena! —gritaba un recluso.

Y el cocinero volvía a llenar la cuchara.

—¡Eh! ¡La cuchara no está nivelada! —Y él la volvía a llenar.

—¡Eh! ¡Algo se ha pegado a la cuchara!

Cuando terminábamos de comer, lamíamos nuestros cuencos con premiosidad y parsimonia y los volvíamos a colocar junto a nuestras cabezas, pero nunca los lavábamos. Algunos hombres salían a orinar y otros a vaciar sus palanganas. Y, unos minutos más tarde, nos tumbábamos todos de nuevo bajo las colchas a esperar el siguiente rancho.

Un recluso de nuestra habitación tenía una cuchara que le permitía realizar una actividad que le proporcionaba un placer añadido: podía contar las cucharadas. Aun cuando el rancho consistía en una papilla amarga y desagradable, el recluso se demoraba interminablemente en cada cucharada a disfrutar del proceso, concentrándose siempre en mantenerla exactamente nivelada.

—¡Qué cabronazo! Ayer me puso veinticinco y media. Hoy solamente veinticinco: media cucharada menos, viejo Wang —gritaba enojado al cocinero—, ¡espero que te mueras pronto, que se muera toda tu familia!

Después de comer, alguien le preguntaba:

—¿Cómo te ha ido hoy?

—Hoy bien, han sido veintisiete.

Y siempre las palabras salían en voz baja y lentamente.

—No está mal, pero parecía más espesa ayer.

Chen Ming fue perdiendo fuelle y cada vez estaba más abatido. Cuando estuvimos juntos en el sector 583 me había dado la impresión de ser un hombre calmado y poco propenso a la actividad física. Nunca había sido musculoso ni pependenciero, despreciaba la confrontación cuerpo a cuerpo y se negaba a pelear por comida o poder, de modo que, si alguien se metía con él, se daba media vuelta y se alejaba. Pero en el sector 585 se replegó aún más en sí mismo. Era como si hubiese tirado la toalla en espera de que llegara el final. De pronto, una mañana, se despertó como si saliera de un largo letargo. Se dio media vuelta mirando hacia mí en el kang, animado como nunca lo había visto y con una expresión de asombro en la cara.

—He tenido un sueño —me dijo.

—Vamos —lo reprendí—, éste no es momento para sueños.

—He soñado que un grupo de personas me cortaban en pedazos con cuchillos y luego me metían en una enorme cazuela. Me cocinaban y me comían, pero yo seguía vivo. Los miraba mientras ellos me devoraban como si fueran tigres hambrientos, como si mi carne fuera deliciosa.

—¿Y qué sentías? —le pregunté.

—Quería que me dieran un pedazo para ver a qué sabía.

—Vamos —lo interrumpí—. No sueñes cosas así.

El sueño espeluznante de Chen Ming me hizo pensar también en el final. Busqué debajo de la almohada y le pasé un trozo de papel que había preparado unos días antes:

—Ésta es la dirección de mi familia en Shanghai —dije sin alterarme—. A mí me tocará algún día. Si tú aún sigues vivo, diles que he fallecido.

Chen Ming cogió el papel y me entregó su dirección:

—Sí, ahora es el momento de hacerlo. A mí sólo me queda mi madre. Dile simplemente que he pensado en ella.

Durante los siguientes días, Chen Ming recuperó las ganas de hablar. Quería pensar sobre su vida, en los sueños que no había cumplido.

—No hables —le dije una mañana cuando había comenzado a contar sus recuerdos—. Si no tienes dinero, no compres; si no tienes comida, no malgastes tu energía. Ni siquiera sueñes o pienses. Cúbrete los ojos con una toalla, ahorra energías.

—¿Ahorrarla para qué?

—No preguntes —respondí con impaciencia—. ¿Por qué te preguntas siquiera para qué quieres ahorrarla? Eso significa que estás pensando.

—No puedo dejar de pensar. ¿Cómo se deja de pensar?

—Olvidalo. Ni siquiera te preguntes cómo ahorrar energía. Eso es pensar. No pienses.

Yo había encontrado alguna clase de refugio en la vacuidad.

11. El reloj de la muerte

Dentro de los barracones del 585 era cada vez más difícil distinguir a los muertos de los vivos. A simple vista no se apreciaba ninguna diferencia. Una gran parte del día y de la noche la pasábamos sumidos en un estupor letárgico. Dejamos de prestar atención cuando alguien comenzaba con las convulsiones y jadeos característicos de los últimos momentos. La muerte llegaba casi desapercibida.

El único signo de la muerte de un recluso era cuando notábamos su sitio vacío a la hora de la comida. Una mañana observé que la persona acostada junto a mí no se levantaba al oír los golpetazos metálicos de la cuchara. Cuando el cocinero fue a llenar mi cazo, dije únicamente: «Lao Wang, hoy hay uno».

Wang gruñó un bronco «vale» y pasó al siguiente cazo vacío. Después de comer, vinieron dos reclusos de guardia a retirar el cadáver. Extendieron una jarapa de juncos de un metro ochenta en el costado del kang, colocaron el cuerpo encima, lo enrollaron como si fuera un rollito de primavera, y se lo llevaron al almacén. Yo sabía que al día siguiente lo cargarían en el carro de bueyes y que, más tarde, sería transportado, junto a los demás rollitos de primavera, hasta un lugar al que llamaban el 586, que era la última estación de los cadáveres.

Otras personas me dijeron que antes de llevar los cuerpos hasta allí, los metían en ataúdes de madera tosca fabricados con tablas de derribo de las cajas de embalaje, pero cuando fui en octubre al sector 585, comprobé que simplemente los enrollaban en esteras.

No sé cuántos reclusos murieron en aquel mes de octubre. Ni siquiera sé cuántos fueron los fallecidos en mi grupo. El número de ocupantes de la habitación fluctuaba demasiado como para llevar la cuenta de todos ellos. No prestaba atención porque los muertos salían y los vivos entraban casi a diario, ni siquiera me aprendía sus nombres.

A medida que pasaban los días, el único recluso que se molestaba en hablar era el que contaba las cucharadas en cada comida, pero una mañana, cuando Lao Wang golpeó con la cuchara en el cubo, el contador de cucharadas no se incorporó para sentarse como de costumbre.

—Lao Wang —dijo alguien en voz baja—. Hoy no habrá nadie que se queje de ti cuando te vayas.

—¿Qué?

El viejo Wang, ocupado en servir los cazos, no había notado que faltaba una persona en la fila. Quien lo había dicho se sentó en cuclillas para señalar al otro lado de la fila a una figura acostada.

—¿Y por qué tenía que quejarse de mí? —masculló Lao Wang.

—Siempre decía que le debías media cucharada —respondí yo.

—Ya sabéis lo cuidadoso que soy con que las cucharadas sean proporcionadas — protestó Lao Wang.

Nuestro cocinero era musulmán, mayor que yo, alto y calvo, y sin apenas dientes. Hablaba con un timbre de voz potente y desabrido, pero yo podía sentir su preocupación y su escrupulosa honestidad.

—Nunca le hice trampas —continuó Wang—. Bueno ahora ya da igual.

Puso mala cara y siguió sirviendo las gachas al recluso siguiente. Lao Wang se había convertido en el único vínculo con el mundo fuera de las paredes de nuestra habitación.

A finales de octubre, los reclusos de guardia dejaron de traer jarapas de juncos para llevarse a los muertos. Supuse que, a la vista de la demanda, se habrían quedado sin ellas en el almacén. Simplemente enrollaban a los reclusos muertos en sus colchas, hacían un nudo con las esquinas y, cogiendo cada quien un extremo, se los llevaban a cuestras. Los cuerpos eran todos muy ligeros.

Los trabajadores de la clínica nos revisaban con frecuencia, tomaban la presión arterial y el pulso, exploraban los ojos y el color de la lengua, y luego anotaban sus observaciones en nuestros expedientes. No se molestaban en traer una balanza para medir el peso porque la mayoría de nosotros estábamos demasiado débiles para ponernos de pie. Noté que yo mismo había perdido unos cuantos kilos más.

Por raro que resulte, no tenía hambre durante aquellas semanas. Ingería el rancho y el polvo tonificante dos veces al día, pero no tenía apetito. No sentía el sufrimiento. Los pensamientos, los sentimientos y hasta el dolor se habían esfumado.

En el 585 apenas pensaba. No quería reflexionar sobre la situación en la que me encontraba ni sobre la que me esperaba. Incluso cuando trataba de soñar o recordar algo, mi mente se resistía. Como no quería perder por completo la capacidad de pensar, algunas veces me obligaba a mí mismo a recordar cómo era mi familia, mi novia, o algún episodio de mi feliz juventud. Quizá carecía de energía o, simplemente, la desnutrición había afectado mi cerebro, no lo sé; lo cierto es que durante dos meses perdí la conciencia de todo lo que no fuesen los pequeños incidentes que ocurrían en el kang.

Un día, Chen Ming se puso insólitamente parlanchín. Hablaba a impulsos como si tuviera dificultades en el habla, deteniéndose para descansar entre un pensamiento y otro, resuelto a contarme de nuevo sus sueños de juventud.

—Fui a Pekín porque quería ser profesor. Yo era el más listo de mi colegio. Mi novia decía que me esperaba... una campesina... muy capaz. Yo quería que ella estuviese orgullosa de mí. Mi tío vivía en Pekín. Encontré un trabajo de profesor en una escuela primaria... geografía. A mis estudiantes les enseñaba el mapa, y otras muchas cosas. Les decía que Taiwán es una isla preciosa... que su pueblo había combatido las invasiones de los holandeses y los japoneses... que eran fuertes y orgullosos. Quería que mi novia se reuniese conmigo. Pensaba que podríamos empezar una nueva vida en Pekín, pero no ocurrió así.

»Ella vino a Pekín... pero se casó con otro. Tuvieron un niño. Un día mi madre vino a visitarme. La llevé a la plaza de Tiananmen... estaba llena de gente... nos separamos. La policía apareció justo en aquel momento y me metió en la cárcel. ¿Por qué? No lo sé.

Ya había escuchado antes la historia de Chen Ming, pero nunca con tal extensión. Admiraba su ambición y su deseo de salir de su pueblo y construirse una vida como profesor en la capital del país. Al igual que muchos otros, no había sido capaz de alcanzar su sueño, porque cuando surgió el movimiento antiderechista y fue necesario cumplir con la obligación de encontrar enemigos en cada unidad de trabajo, él fue acusado de «revolucionario ideológico» por haber hablado bien de la isla de Taiwán y por insinuar que el bastión nacionalista era capaz de aguantar una invasión desde el continente.

Con una toalla cubriéndome los ojos y sin poder concentrar mi atención en sus palabras, escuchaba a Chen Ming con intermitencias. Cuando llegó el rancho de las cuatro de la tarde, no se incorporó para sentarse. Lo empujé suavemente, pero no hizo ningún movimiento.

—Lao Wang —dije cuando hube acabado de comer—, hay otro más.

Los reclusos de guardia llegaron a buscar a Chen Ming una hora más tarde. Estábamos a mediados de noviembre, hacía un frío intenso y oscurecía. Retorcieron las puntas de la colcha y se lo llevaron. Bajo la ropa de su jergón en el kang, encontré un sobre y dos libros. Con un rápido movimiento de la mano, los metí debajo de mi colcha. Eso era todo lo que podía hacer por ocuparme de los asuntos de Chen Ming. No sentí nada. Mi corazón se había entumecido y no derramé ninguna lágrima.

Mucho después de anochecer, quizá tal vez a medianoche, oí gritos de guardias. Dos reclusos de guardia dejaron un cuerpo junto a mi sitio. Era el de Chen Ming.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté.

—Oímos gritar al prisionero de guardia del almacén —me dijo, muy alterado, el prisionero de guardia—. Vio que se alzaba una mano y movía la puerta. En el kang había siete cadáveres, que iban a llevarse por la mañana en el carro de bueyes. El prisionero de guardia pensó que había visto un fantasma y llamó al guardia. Todos estaban asustados. Al principio pensaron que había resucitado, pero luego se dieron cuenta de que este recluso aún no estaba muerto.

Supuse que Chen Ming había perdido la conciencia y que, cuando la recuperó, se había arrastrado hasta la puerta y agarrado a ella para llamar la atención de alguien.

—Ah —dije en voz alta—, recuerda que Chen Ming se ha perdido una comida.

—Espera hasta mañana —dijo el capitán—. Ya ha pasado la hora, y él se la ha perdido. Eso es todo.

—Pero él no es un recluso común y corriente —insistí yo—. Viene directamente del infierno.

Era un favor que le podía hacer a mi amigo. El capitán vaciló un momento y, luego, ordenó al prisionero de guardia:

—Llama a Lao Wang.

El cocinero llegó y certificó que Chen Ming se había perdido la última comida.

—Creo que debería pedir una comida extra —insistí yo.

—Adelante, escribe aquí tu solicitud —accedió el capitán, entregándome una hoja de papel.

—Equipo diez, batallón seis, al recluso Chen Ming le falta la comida de la tarde. Hagan el favor de servírsela —escribí. Era la primera vez que escribía algo desde hacía seis meses.

Lao Wang volvió con dos wotou hechos de maíz auténtico y no de sucedáneos. Yo aprecié inmediatamente la diferencia por el aroma que despedían. Quitándome la toalla de los ojos, me incorporé para sentarme. Lao Wang sostuvo el plato para Chen Ming. De los dos panecillos, que brillaban con un color dorado incluso bajo aquella luz tenue, ascendía en espiral un humo aromático que me envolvía. Nunca había visto una cosa tan deliciosa en mi vida. Ésta era la comida reservada para los capitanes de policía.

Sacudí a Chen Ming del hombro:

—Levántate, levántate —no tenía la energía para levantarlo. Abrió los ojos.

—Mira, mira, es para ti, come algo —le ofreció Lao Wang.

De pronto Chen Ming se incorporó para sentarse. Abrió los ojos de par en par, con un brillo que no había visto nunca en ninguna mirada. Sus ojos se quedaron mirando fijamente los wotou de maíz.

—¿Son para mí?

Cogió los dos panecillos del plato y se los zampó de un bocado. Masticó y tragó hasta las pequeñas migas que se le habían quedado en los labios y, a continuación, recogió frenéticamente el resto de las migas que habían caído en el kang. Después, en cuestión de segundos, se llevó las manos al estómago y dio un alarido de dolor. Su rostro se contrajo, y cayó de espaldas. Estaba muerto.

—Lo siento —le susurre al oído mientras le tocaba la cara.

Tenía la piel caliente. Su estómago desnutrido no pudo digerir un maíz tan consistente y engullido a toda velocidad.

No había visto en mucho tiempo una cara tan sonrosada y saludable como la de Chen Ming aquella noche. Fui testigo de cómo desaparecía su dolor, los miembros de su cuerpo se relajaban y el rostro rebosaba serenidad. Le cerré los ojos. El color de su tez se desvaneció.

Fue en noviembre de 1961. Por primera vez en los campos de trabajo, mis pensamientos se volvieron hacia Dios. Le rogué que aceptara a Chen Ming en su seno: «Él forma parte de tu rebaño —recé—. Déjale regresar a Ti en el resplandor de tu amor».

Ninguno de los presentes en la habitación mostró ningún interés por la muerte de Chen. Yo era el único que estaba sentado. Por primera vez en semanas, empecé a pensar.

En primer lugar, pensé en Chen Ming. Me había contado sus sueños, pero eran antiguos, su vida había terminado, él había desaparecido. ¿Había muerto por algún motivo? Era tan fácil acabar con un ser humano como rasgar una delgada hoja de papel, como soplar una vela.

Ahora las autoridades podían decir lo que desearan sobre Chen Ming, que era un criminal, un reaccionario ideológico, un indeseable; el mundo entero podía acusarlo, pero ya nada le podía ocurrir a mi amigo, ya no podía sufrir ningún otro ultraje ni más padecimientos. Nada le podía afectar ya. Estaba en paz.

Empecé a pensar en mí mismo. ¿Qué valor tenía mi vida? ¿Qué significaba? ¿Por qué seguía vivo? ¿Y por qué quería vivir? Si mañana seguía los pasos de Chen Ming, ¿a quién le importaría: a mi novia, a mi madrastra, a mi padre, a mi equipo de béisbol? No era más que un montón de bobadas. Para Chen Ming, para Xing, para Ling, para Lang, todo había pasado, nada importaba demasiado. Era como si todo y nada fuesen lo mismo.

«¿Por qué quiero sobrevivir? —pensaba—. ¿A qué me agarro? ¿Sigo viviendo por mi novia, por mi familia, para llegar a ser profesor o jugar al béisbol?». Tanto si lo lograba como si no, nada de eso tenía significado alguno. Todas esas cosas bien podían no existir mañana.

Volví a tumbarme y me arrojé con la colcha. No tenía respuesta. «Si muero mañana como Chen Ming —pensé—, mi vida no habrá valido nada.» Pero de algún modo no quería claudicar, no quería rendirme. Todo era igual que nada. Algo dentro de mí gritaba: «¿dónde está mi Dios, dónde está mi Padre? Ayúdame. Guíame. Bendíceme». Entonces mi mente se vació. El resto de la noche dormí plácidamente.

Antes del rancho de la mañana, los reclusos de guardia vinieron a llevarse el cuerpo de Chen Ming para depositarlo en el carro de bueyes. Acababan de empezar a envolverlo en su colcha cuando yo me incorporé para sentarme.

—¡No, dejadlo en paz! —dije con voz firme, poniendo mi cuerpo sobre el suyo.

—¿Qué haces? Está muerto —dijo uno de los reclusos de guardia, asombrado de mi reacción.

No respondí. Simplemente me quedé allí, con mi pecho pegado al cuerpo frío de Chen Ming.

Sin estar seguro de qué hacer ante una conducta similar, el prisionero de guardia informó de mi comportamiento al oficial de seguridad. Un joven capitán llamado Zheng a quien acababan de destinar al 585 vino a hablar conmigo.

Todos los capitanes de seguridad empiezan a gritos sus conversaciones con los reclusos. El capitán Zheng no era ninguna excepción:

—¿Qué estás haciendo? —gritó—. No respondí ni hice ningún movimiento.

—¡Quítate de encima, quítate! —ordenó el capitán.

Como seguía empeñado en no reaccionar, el capitán se enojó:

—¡Sacadlo de ahí encima! —vociferó.

El prisionero de guardia me agarró del brazo.

—Quiero estar con él —dije con tranquilidad.

—Está muerto y van a enterrarlo. No puedes quedarte con él.

—Sí puedo —dije con voz pausada. No sabía de dónde brotaban esas palabras que acudían a mi boca.

El enojo del capitán Zheng no era mayor que su sorpresa. Era poco frecuente que los reclusos expresaran emociones en el 585. Nadie es capaz de reaccionar ante tanta muerte. Reflexionó un momento y después accedió:

—Está bien, vete; acompáñalo si quieres.

El prisionero de guardia me ayudó a ponerme en pie y me dijo que me vistiera, cosa que hice lentamente. Me apoyé en él mientras caminábamos hasta el carro de bueyes y me ayudó a subir a la parte de atrás, junto al cuerpo envuelto de Chen Ming. En la parte delantera del carro yacían otros siete cadáveres. Los dos reclusos de guardia se sentaron junto a mí. Éste era el trabajo que hacían a diario.

No tenía ni idea de lo que hacía. Oí el crujido del látigo y me senté apoyado contra un costado del carro, mirando a mi alrededor mientras cruzábamos las puertas del 585.

Seguimos un camino sinuoso que bordeaba el muro del campo. Al girar junto a la torre de vigilancia, observé que había una zona abierta que se extendía detrás del 585. El carro de bueyes dejó el camino y se metió campo a través por un sendero lleno de baches. Yo daba tumbos de un lado a otro del carro hasta que me di cuenta de que estábamos pasando justo por encima de los túmulos de los muertos: acababa de entrar en el recinto de un cementerio.

Junto a las sepulturas, había pequeños fragmentos de madera con inscripciones en tinta negra. Algunos de los montículos eran bastante pronunciados, mientras que otros estaban aplanados como si la tierra se hubiera asentado con el tiempo. No alcanzaba a ver el final de la extensión de túmulos; puede que se contasen por millares. Era la zona de la granja de Qinghe que se conocía como el sector 586.

Había tierra removida en algunas de las fosas, como si hubieran sido escaradas, y me preguntaba si los perros salvajes habrían devorado los cuerpos. Incluso, en los túmulos más recientes, se veían pequeños agujeros que habían sido excavados en la tierra. También quedaban algunos jirones de ropa esparcidos por la zona.

El carro se detuvo finalmente cuando llegamos a un terreno sin montículos, y los reclusos de guardia se pusieron a cavar con las palas. No tardaron en enterrar los cinco cuerpos, el de Chen Ming entre ellos.

—Eh —dijo uno de los dos—. Mi hoyo es lo bastante grande para dos cuerpos.

Arrojaron los dos últimos cuerpos en la misma cárcava, que cubrieron rápidamente con la tierra sobrante. Cuando terminaron, aún quedaban trozos de colcha que sobresalían de los montículos menos profundos. No habían traído inscripciones para las tumbas. Así desapareció Chen Ming.

Los enterradores volvieron a subirse al carro de bueyes situado a mi lado, pero ninguno dijo una palabra en el camino de regreso. Antes de bordear la torre de

vigilancia, me volví para mirar hacia atrás. En mi mente se gravaron con una distante y extraña curiosidad las diferentes alturas de las fosas, los toscos marcadores de madera, los jirones de ropa que había esparcidos por allí. No había sentido nada cuando enterraron a Chen Ming, pero aquella última mirada sobre el 586 se grabó a fuego en mi memoria.

De pronto, mi mente recobró vitalidad, y tuve lo que casi podría considerarse una revelación. La vida humana carece de valor alguno, reflexioné amargamente. No tiene más importancia que la ceniza de un cigarrillo que se lleva el viento. Sin embargo, si la vida de una persona no tiene valor, entonces la sociedad que da forma a esa vida tampoco lo tiene. Y si las personas no valen más que el polvo del que están hechas, entonces, la sociedad carece de valor alguno y no tiene razón de existir. Y si la sociedad no tiene razón de existir, yo debo oponerme a ella y a su sinsentido.

En aquel momento supe que no moriría. No podía deslizarme en el vacío para unirme a Chen Ming como si nada importara. Tenía que utilizar mi vida con un propósito y tratar de cambiar la sociedad. De ese modo, mi propia existencia valdría un poco más que un montón de polvo, le daría algún sentido. Este repentino pensamiento duró un instante al contemplar la inmensa extensión de desechos humanos que formaban el 586. Después, mi mente volvió a apagarse.

12. El invierno más frío

El invierno de 1961-1962 fue el más frío que recuerdo. Las semanas de los meses de diciembre y enero las pasé acostado en el kang, arrebujado bajo la colcha, con la mente en blanco. Un día del mes de enero, a media mañana, un nuevo capitán llamado Cao hizo una ronda de inspección por los barracones.

—¡Todo el mundo arriba! ¡Levantaos! ¡Afuera! —gritó.

Nadie quería moverse. Me puse lentamente los pantalones y el abrigo y, después, me eché la colcha sobre los hombros, sin dejar de preguntarme qué otras miserias nos depararía el día.

Una vez afuera, nos dejamos caer apoyándonos contra las paredes de los barracones, tratando de buscar un lugar a resguardo del viento.

—De acuerdo con las nuevas órdenes de la Dirección General de Seguridad —proclamó el capitán Cao con una voz esperanzadora— a partir de mañana, todo el mundo recibirá unos treinta gramos más de rancho al día.

Esperó a ver si se producía alguna reacción, alguna muestra de entusiasmo, pero nadie se movió. ¿Qué tipo de comida sería?, pensé. ¿Sería alimenticia de verdad o serviría para llenar nuestros estómagos con más barcia o mazorca molida? ¿Mitigaría en algo el hambre que teníamos? ¿Qué diablos importaban treinta gramos más cuando estábamos al borde de la inanición?

—Además, a partir de mañana, cada grupo debe congregarse afuera al mediodía para tomar el aire y el sol. Así mejorará vuestra salud —prosiguió Cao—, porque pasarse en la cama todo el día debilita a cualquiera. Debéis moveros todo lo que podáis; hacer tanto ejercicio como podáis. El Gobierno del Pueblo y el Partido Comunista no desean que muráis, sino que os reforméis para convertirlos en nuevos socialistas.

Estas últimas palabras las había oído antes en numerosas ocasiones, pero el resto del discurso de Cao y el tono suave de su voz parecían transmitir una auténtica preocupación, un cierto sentimiento humanitario.

A la mañana siguiente, cada recluso recibió otro pequeño wotou más en su ración. Por su sabor y textura, enseguida nos dimos cuenta que contenía más cantidad de grano y menos sucedáneos que de costumbre. No preguntamos de dónde procedía el maíz adicional. Quizá el Gobierno deseaba poner freno al aluvión de fallecimientos de los reclusos, o quizá la hambruna estaba tocando a su fin. Lo único que sabíamos a ciencia cierta era que durante mucho tiempo no había cesado el transporte de cadáveres al 586.

A mediodía el capitán Cao volvió a pasar por cada habitación gritando: «¡Salid! ¡Salid!». No obligó a los reclusos a que dejaran el kang, sino que se esforzó en que se

levantaran. Quizá un veinte por ciento de la compañía se aventuró a salir al sol. Yo estaba entre ellos.

Cao paseaba por el patio charlando uno a uno con los reclusos apiñados contra la pared de los barracones.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntó.

—El sol es muy fuerte —repliqué yo, sorprendido de que un capitán de policía se preocupara por mi estado de salud.

—Sal un rato cada día. Vuelve a intentarlo mañana. Poco a poco te irás acostumbrando, pero no te quedes fuera demasiado tiempo hoy. ¿Puedes andar?

—No es fácil.

—Apóyate en la pared, apóyate —insistió—. Inténtalo. Si puedes andar seis metros hoy, mañana quizá puedas caminar ocho. Poco a poco irás haciendo más metros y te resultará más fácil.

Los barracones medían unos dieciocho metros de largo. Aquel primer día apenas pude recorrer esa distancia, ni siquiera apoyándome contra la pared. Tuve que detenerme varias veces a recuperar el resuello. Cao se acercaba a menudo a darme ánimos.

—Lo estás haciendo muy bien. Te recuperarás. Ya basta por hoy. Entra a descansar.

Dos semanas más tarde, con una expresión de alegría en el rostro, nos reunió en el patio a todos los miembros de la compañía, unos ciento setenta reclusos. Esta vez insistió en que los más débiles debían salir también. Y, luego, anunció:

—He descubierto que hay varias zanahorias heladas de la cosecha del año anterior en una sección del jardín. No será fácil, pero las vamos a desenterrar. Mañana, quien pueda caminar hasta allí, que venga conmigo.

Cao era el primer capitán de policía que conocía que tomaba esta clase de medidas para ayudar a los reclusos.

A la mañana siguiente, los reclusos de guardia prepararon algunos picos y palas. Solamente una veintena de nosotros nos sentíamos con suficientes fuerzas para caminar los cuatrocientos metros que no separaban del jardín contiguo a las dependencias de la policía. El viento soplaba con fuerza. Incluso con el abrigo puesto y envuelto en la colcha, sentía los músculos entumecidos por el frío. Seguí caminando solamente porque el capitán Cao me había prometido que podríamos quedarnos con todo lo que pudiéramos desenterrar.

—Estas zanahorias fueron plantadas al final de la temporada, así que nunca crecieron hasta alcanzar su tamaño normal —explicó al llegar al pequeño bancal rodeado por una empalizada de esteras de juncos—. Nadie se molestó en recolectarlas y se quedaron bajo tierra todo el invierno.

Escarbó bajo una capa de hojas secas y nos señaló con el dedo varias protuberancias oscuras en la tierra congelada. Al arrodillarme para despejar con la mano otro manto de hojas, encontré los extremos de varias zanahorias más,

ennegrecidas a causa de la helada. Sabía que podrían ser más si lograba desenterrarlas, pero aquella mañana la temperatura llegaba quizá a los diez grados bajo cero. Hasta los veinte centímetros de profundidad la tierra estaba dura como el pedernal. Levanté el pico y lo dejé caer. Una esquirra de tierra salió rebotada de la hoja. Volví a levantar el pico una y otra vez, pero no conseguí más que excavar un anillo de poca profundidad alrededor de una de las cabezas de la zanahoria. Entonces, traté de arañar y cavar con los dedos sin pararme a pensar en las punzadas de dolor que me causaba la tierra helada al incrustárseme bajo las uñas.

—¿Has encontrado una? —preguntó Cao—. Déjame que te ayude.

Se quitó su casaca militar y cogió el pico. ¡Tap!, ¡tap!, ¡tap! El pico mordió la corteza de la tierra y saltaron más esquirras del agujero. Pocos minutos más tarde, enrojecido por el sofoco, me dio la zanahoria.

No dije una palabra. En la mano tenía una zanahoria reseca de unos doce centímetros de largo y con la anchura de mi pulgar. La limpié con la manga. Abrí la boca, pero me obligué a recordar cómo había muerto Xing, y no me atreví a comérmela cruda.

Después de que Cao cavase el primer hoyo en el suelo congelado, fue más fácil desprender la tierra de alrededor, así que no tardé en desenterrar otra zanahoria y, en dos horas, había conseguido rescatar seis más. Me pregunté de dónde sacaba las fuerzas.

Varios reclusos no pudieron resistirlo y se comieron al instante todo cuanto desenterraban. Vi a uno tumbado en el suelo mordisqueando la mitad de la zanahoria que había logrado sacar a la luz. Yo no correría ese riesgo. Nada más regresar al recinto, llené mi palangana con agua y cociné las zanahorias en la letrina. Comí cuatro de ellas, me bebí el caldo restante, y guardé cuatro más para el día siguiente. Aquellas zanahorias me darían la energía suficiente para desenterrar otras. Sabía que si quería sobrevivir, tenía que calcular mis movimientos con sumo cuidado.

En los días siguientes, después de cavar sin descanso durante varias horas, recuperé muchas zanahorias más. Gracias al aporte adicional de energía cada vez tenía más fuerzas para continuar cavando. Al final de la semana ya había logrado recoger veinte zanahorias. Adonde quiera que fuese las llevaba conmigo envueltas en una toalla e, incluso, dormía con el bulto bajo la almohada.

Cuando iba a la letrina por las noches para cocer el agua, me llevaba conmigo una pala como protección. No pensaba en otra cosa que no fuese mi propio estómago, y a quienquiera que se acercara demasiado a mí lo ahuyentaba con advertencias. Ya no me quedaba ningún amigo entre los reclusos, y no ayudaba a nadie ni regalaba ninguna a los que estaban demasiado débiles para cavar por sí mismos. Ni tampoco se me pasaba por la cabeza ser amable con nadie.

Con unos veinte reclusos trabajando en el bancal, agotamos las zanahorias en ocho días.

—Hoy es la última oportunidad —anunció Cao, anticipando ya la oscuridad del invierno.

En la haza contigua, vi un tractor abriendo los últimos surcos en la tierra cubierta de escarcha para prepararla para la próxima siembra de primavera, y me pregunté dónde podríamos buscar más comida. Las pesadas hojas del tractor roturaban la era, removiéndola y levantando gruesos terrones de tierra negra. Entonces observé que varios de los surcos estaban salpicados de trozos de algo de color blanco.

—¿Qué se había plantado en ese campo? —pregunté a Cao, señalando las motas en el suelo.

—Coles —contestó—, pero las han recogido todas. No queda ni una. Compruébalo por ti mismo.

Andando con cuidado por encima del relieve de los surcos que había roturado el tractor, arranqué varios de los pedazos blancos que yacían desperdigados en la tierra. Eran fragmentos de raíces de coles. Aquí hay más comida, pensé excitado. Y volví donde estaba Cao para mostrarle, con los dedos ensangrentados, mi puñado de tesoros.

—Está bien, está bien —dijo asintiendo con la cabeza—. Puedes volver mañana.

Dentro del recinto, lavé mi pequeño manojo de raíces, cada una del tamaño del puño de un niño, y, luego, las corté longitudinalmente con una hoz y las metí en agua hirviendo. La capa exterior era fibrosa y dura como la corteza de un árbol, pero el interior era blando, blanco y jugoso.

Al día siguiente, una decena de hombres regresamos al campo para recoger las raíces de col. Los surcos dejados por el arado se habían endurecido aún más en el curso de la noche, haciendo más dificultoso caminar por encima de los salientes. Me caí varias veces, pero sólo de pensar en las verduras calientes en mi estómago me llenaba de nuevos bríos. Con energías renovadas, utilicé el pico para aflojar los pedazos de tierra donde hundían sus raíces las coles y, después, las arranqué con las manos sin prestar atención al dolor punzante que, al hacerlo, me causaba bajo las uñas.

El aroma de la verdura hirviendo por la noche en la letrina animó a otros reclusos a sumarse a nuestras expediciones. Cada día era más difícil encontrar las raíces de las coles, pero nunca regresaba a los barracones con las manos vacías. Notaba que había recuperado fuerzas, aunque no todo el mundo de mi grupo era tan afortunado como yo y, en ocasiones, al volver, me encontraba con algún sitio vacío en el kang.

Al quinto día de nuestras expediciones, mientras miraba un tractor que araba el campo contiguo trazando círculos, me pareció que escarbando en aquel bancal podría encontrarse algo comestible. Cuando el conductor hizo un giro abierto a unos pocos metros de mí, di un paso atrás para quitarme de en medio y observé que, en un hueco que había quedado al descubierto en el surco que separaba ambos banales, había una pequeña abertura. Me acerqué enseguida, hundí las manos en la oquedad de unos ocho centímetros de ancho, y saqué una maraña de doce serpientes entrelazadas que

hibernaban allí y aún yacían enredadas. Cada una podría medir más de treinta centímetros de largo; no eran más gruesas que mi pulgar y tenían el lomo verde, la tripa blanca y manchas rojas en la cabeza.

Como si fuera un animal, me aferré a mi presa. Esta carne la había encontrado yo y sólo me pertenecía a mí, pensé. Miré por encima del hombro a ambos lados, preocupado de que alguien en las inmediaciones hubiera podido notar lo que hacía. A toda velocidad, cogí una a una las serpientes y fui contando mientras les arrancaba mordisco a mordisco cada una de sus doce cabezas. Después, las desollé con los dientes y extraje sus tripas. En unos pocos minutos ya había metido en el morral un buen puñado de carne cruda.

Aquella tarde fui directamente a la letrina y cocí la carne de serpiente durante una hora en la palangana, sin olvidarme de dejar a mis pies una pala como advertencia a los demás de que la carne era de mi exclusiva propiedad. El gusto acerbo de la carne humeante se propagó por todo mi cuerpo dejándome una cálida sensación de bienestar.

A principios de febrero de 1962, el prisionero de guardia pasó por cada habitación de nuestros barracones:

—Cuando diga vuestro nombre, presentaos en la oficina del capitán —dijo, leyendo de una lista—: Wu Hongda.

Fui el único de mi grupo a quien nombró. Me reuní afuera con otros cuatro reclusos más de mi compañía y todos caminamos juntos hasta la oficina del capitán.

Allí el capitán nos dijo:

—Vamos a trasladaros. Sin prisas. Preparad vuestras cosas para salir esta tarde. No olvidéis nada.

—¿Adónde nos trasladan?

—Aún no lo sabemos, pero no os preocupéis. Os recogerán esta tarde. Su voz sonaba esperanzadora.

A primera hora de la tarde, llegó un carro de bueyes a recogernos, y los cinco reclusos nos subimos a él. El capitán de policía nos acompañó en su bicicleta. Nos dijo que nos destinaban al sector 584 de Qinghe. Además de resignado a cualquier cosa que me deparara el futuro, me sentía perdido y completamente entregado. Mi mente se había convertido en un pedazo de madera. No sentía miedo porque carecía de esperanza.

A mitad de la tarde, el ambiente dentro de los muros del 584 era animado y casi jovial. Los reclusos se saludaban unos a otros mientras llevaban sus respectivos petates a los barracones que les habían asignado. Tenían un aspecto mucho más saludable que el que presentábamos los cinco reclusos que procedíamos del 585. Luego, alguien me dijo que estos reclusos eran todos derechistas. Bajo sus ropas desgastadas y deslucidas, pensé, todos ellos eran intelectuales como yo. Un capitán de policía nos ordenó:

—Vosotros id a la habitación once, brigada cinco —Entonces, señalándome a mí con el dedo y entregándome una lista con los nombres, me dijo—: tú serás el jefe de la brigada.

Los cuatro edificios perpendiculares de ladrillo que tenía frente a mí parecían idénticos a los barracones que acababa de dejar en los sectores 583 y 585. Así que sabía cuáles eran sus medidas —treinta metros de largo por diez de ancho—, y que constarían de diez habitaciones que darían a un corredor. Más que el lugar en sí mismo, lo que distinguía este traslado de los anteriores era el sonido intermitente de las conversaciones entre los reclusos a medida que estos se iban instalando. Muchos de ellos habían estado en contacto durante cuatro largos años con presos comunes, matones de las ciudades o campesinos analfabetos del campo. A pesar del sombrío lugar en el que nos encontrábamos, el simple hecho de estar rodeados por presos políticos con una formación y un nivel educativo similar al nuestro nos ponía casi de buen humor.

La habitación que nos habían asignado a los integrantes de la brigada cinco era muy parecida a la que acabábamos de dejar en el 585. Pegado a una de las paredes, a medio metro de altura, no faltaba el habitual kang de ladrillo cocido de unos dos metros de ancho. En la pared opuesta, en línea con un pasillo de metro y medio, había un estante tosco para que los internos dejaran sus palanganas, jarras, cepillos de dientes y toallas y, debajo, una fila de ganchos para colgar los abrigos y los pantalones de repuesto. Los cinco reclusos que veníamos del 585 nos sentamos en el kang, agotados después de haber acarreado nuestras pertenencias por todo el patio.

—¿Qué grupo es éste? —me preguntó desde la puerta un apuesto recluso que debía de tener mi edad.

—Es el grupo cinco —repliqué yo, advirtiendo un acento familiar en su voz—. ¿Cómo te llamas?

—Soy Lu Haoqin.

—¿De dónde eres? —le pregunté.

—De la provincia de Jiangsu.

—¿De qué ciudad? —proseguí.

—Wuxi.

—¡Ajá! —exclamé yo, entusiasmado de encontrarme con alguien que procedía del mismo lugar que yo—. Tenemos las mismas raíces.

No pude evitar decirle un refrán popular:

—Cuando dos paisanos se encuentran, se les saltan las lágrimas.

Había algo en el aspecto de Lu que le diferenciaba del resto de nosotros. Sus ropas estaban tan viejas y desgastadas como las mías, pero estaban mucho más limpias y mejor remendadas. Y también se distinguía de los demás por el matiz castaño de su pelo bien cortado, así como por una tez tersa y unas mejillas delicadas. Supuse que el trabajo en el campo no sería su fuerte, pero parecía saludable y ágil. Con un firme apretón de manos y sin que yo le preguntara nada, me dijo que había

cursado estudios de Ingeniería Mecánica Automotriz en la Universidad de Qinghua. A mediados de la década de 1950 solamente los estudiantes más brillantes eran admitidos en este campo especializado, que se consideraba fundamental para la modernización de China.

Poco a poco fueron llegando los demás reclusos asignados a la brigada cinco, y la habitación se fue animando. Una hora después había nueve personas reunidas en el kang, que empezaron a intercambiar sus nombres e historias. Me preguntaba quién sería la persona que no había aparecido todavía, ya que, como capataz de brigada, me correspondía a mí dividir el espacio en el kang. Ayudándome de una rama como vara de medir, empecé a dividir los siete metros y medio de longitud del kang, marcando cada espacio con una piedra cortante. Todos esperábamos al último recluso porque, si no aparecía, dispondríamos de siete centímetros y medio más para añadir a los setenta y seis que ya habíamos contabilizado, lo cual era un incremento considerable. Fui a ver al capitán Wang.

—¿Se espera a alguien más en el grupo cinco?

Lo comprobó en su lista:

—Ao Naisong. Suele llegar tarde.

—¿Qué le ha ocurrido? —insistí yo.

El capitán parecía conocer al recluso, tal vez de otra sección en Qinghe, y estaba impaciente por solucionar el problema del espacio en el kang. Entonces, alguien apareció al final del corredor, caminando muy despacio y con un pequeño saco a la espalda colgando de una cuerda gastada.

—¿Es éste el grupo cinco? —preguntó.

—¿Eres Ao Naisong? —asintió con la cabeza. Deduje que el último miembro de mi grupo no era mayor que yo. De las comisuras de sus ojos salían unas profundas patas de gallo que le arrugaban un rostro endurecido y oscurecido por el trabajo al sol.

—¿Dónde está tu petate? —le pregunté, con los ojos puestos en su saco.

Con un gesto señaló hacia la puerta:

—Aguántame esto. Es un laúd.

Nunca había conocido a nadie que tuviera un laúd. Me preguntaba por qué Ao no había traído consigo su petate, por qué caminaba tan despacio y por qué el capitán parecía seguirle la corriente.

Me volví nuevamente hacia el capitán Wang:

—¿Qué le pasa? ¿Está enfermo?

—No te preocupes por él —respondió el capitán restándole importancia al hecho—. Siempre es así.

Aquella tarde, a las cuatro en punto, mientras aguardaba haciendo cola a que llegara el rancho, mi estómago volvió a adueñarse de mis pensamientos: ¿aumentarían nuestras raciones en el 584? ¿Nos darían un wotou con más grano? A cierta distancia, el prisionero de guardia servía cucharadas del contenido de un cubo

de madera en cuencos más alargados que de costumbre. Cuando el carrito con el rancho se acercó lo suficiente, no podía dar crédito a lo que veían mis ojos. Lo que estaban sirviendo era arroz cocido. Acerqué mi cuenco, lo llevé hasta la altura de la boca y dejé resbalar los granos calientes y blandos por la garganta. La cantidad estaba lejos de ser suficiente para saciar el hambre que tenía, pero hacía un año que no probaba el arroz. El único tema de conversación entre los reclusos era este trato especial, y todos coincidían en que había motivos para ser optimistas porque esta nueva dieta confirmaba los rumores de una pronta liberación.

—¿Piensas que nos darán arroz todos los días? —pregunté a Lu Haoqin, que estaba sentado junto a mí.

Se encogió de hombros. A la mañana siguiente esperé afuera en los barracones para preguntar al prisionero de guardia sobre el rancho mientras éste hacía su ronda:

—Te van a poner arroz de primera calidad —contestó—, cultivado aquí mismo en los campos de Qinghe. Disfrútalo mientras puedas, porque no estaba previsto dároslo a vosotros. Ha habido un problema con el sistema de transporte, y se han agotado todas las reservas de maíz que había almacenadas en el 584. Este arroz se enviará al mercado estatal, así que pronto volverás a comer maíz. ¿A quién le importaban los meses que teníamos por delante, pensé, mientras hoy tuviésemos arroz? Quizá para cuando se reanudase el servicio de transportes ya nos habrían puesto en libertad.

En el 585 había estado aislado, pero aquel primer día oí hablar a los derechistas que habían llegado de otras secciones de Qinghe acerca de la directiva política de los Tres Originarios que había adoptado el Comité Central del Partido Comunista en la Conferencia de Guanzhou, en 1962. Estos reclusos afirmaban que la nueva directiva prometía a los derechistas que serían reintegrados a sus puestos de trabajo, que ocuparían los cargos que tenían anteriormente y que recibirían el salario que percibían antes de ser detenidos: las tres prerrogativas que tenían originariamente. Nadie sabía si esta medida se llevaría a la práctica pero, al menos, nos infundía esperanzas. Caí en la cuenta de que este documento debía de ser al que se había referido el capitán Cao la mañana que salimos del 585. Tal vez la hambruna y los desastres económicos propiciados por el Gran Salto Adelante habían convencido al Partido de que era necesario recurrir al talento de los profesores, los estudiantes, los científicos y los editores de periódicos a los que habían encarcelado tan impunemente desde 1957.

El capitán Wang, que había oído el murmullo de agitación entre los nuevos reclusos, decidió poner fin a nuestras especulaciones, a la hora del recuento nocturno:

—A vosotros, derechistas —empezó a decirnos—, no se os ha traído aquí de vuestros distintos destinos, para que os preguntéis sobre la política de los Tres Originarios. Debo deciros que no he oído nada sobre ese asunto. De acuerdo con las órdenes del Cuartel General del batallón, estáis aquí como reclusos para vuestra reforma por el trabajo. Estáis aquí para asumir que necesitáis reformaros, remodelar vuestras ideas, transformaros mediante vuestro esfuerzo y respetar en todo momento

la disciplina de la prisión. A partir de mañana, aquellos de vosotros que no estéis enfermos empezareis a desbrozar los juncos de la laguna. Seguireis trabajando con ahínco y procurando reformaros.

El recuento de reclusos tuvo lugar por la mañana, y los que estaban todavía demasiado depauperados para trabajar dieron un paso atrás en la fila. El capitán Wang entendió cuál era la situación en el 585 y no nos obligó a acompañarlos. Los cinco regresamos al kang mientras los demás formaban filas de cuatro y emprendían la marcha hacia las puertas del recinto. Al tercer día, entusiasmado por la posibilidad de hacer una vida normal en el campo de trabajo y por la conversación con otros derechistas, decidí sumarme a ellos. Los pantanos helados tenían el aspecto que yo recordaba. Los juncos que sobresalían del hielo se elevaban por encima de mi cabeza. Todos llevábamos una hoz y un saco grande. Dos prisioneros de guardia colocaron una balanza sencilla en un claro para pesar los bultos que los reclusos acarrearían sobre sus espaldas durante todo el día, y la prepararon para consignar en un cuaderno la cuota de trabajo de cada persona. Nada había cambiado.

En algún momento en que me detuve a descansar un poco, vi a Lu Haoqin, mi paisano de Wuxi, arrodillado en el hielo, no muy lejos de donde yo me encontraba, y agrupando un montón de juncos para meterlos en el saco. No pude evitar una sonrisa al verlo colocar una gran piedra bajo la pila de juncos y disimularla con cuidado antes de atar el saco. Antes de dirigirse hacia las balanzas, se ajustó el peso sobre los hombros.

El capitán Wang no me obligaba a faenar en el campo. Él sabía que yo no podía alcanzar la cuota diaria exigida y me dejaba sentarme a menudo a descansar. La temperatura estaba por debajo de los cero grados, y el viento azotaba con fuerza la marisma. Con un único wotou en nuestros estómagos, el frío glacial nos calaba hasta el tuétano. Al regresar a los barracones, el capitán ordenó a los reclusos de guardia que trajeran una carretada llena de mazorcas de maíz secas para utilizarlas como combustible para calentar la estufa bajo el kang. Después de comer, tuvimos dos horas de estudio político. «Al menos pasaremos esta noche calientes», me dije.

En los campos de trabajo, un estricto protocolo establece, de acuerdo al espacio para dormir que se ocupa en el kang, la asignación de las tareas penitenciarias. Como jefe de brigada, yo dormía en el primer puesto de la fila, más cerca de la puerta, y era, normalmente, el responsable de encender el brasero del kang por la noche, que era la primera misión que había de cumplirse en mi grupo. Sin embargo, aquella noche el capitán me había pedido que rellenase una serie de formularios con los nombres, edades, crímenes y antecedentes familiares de los reclusos, y me sentía sumamente cansado después de toda una jornada de trabajo. No quería tener que cruzar la puerta, en el frío, y recoger mazorcas de maíz para encender el pequeño brasero que había detrás del edificio para que el calor pasara a través del conducto bajo el kang. Decidí que delegaría esa tarea en Lu Haoqin, quien ocupaba el espacio junto a mí.

—¿Qué te parece si llenas tú el brasero y enciendes el fuego esta noche? —le pregunté.

—No —respondió en voz alta—. Ése es tu trabajo. Yo soy el segundo en el rango, no el primero.

Pensé rápidamente: todos le han oído desafiar mi recién estrenada autoridad y ya no pude echarme atrás.

—Aunque soy el principal responsable, esta noche tengo otro cometido —expliqué con firmeza—. Te pido que hagas tú esa tarea en beneficio de los demás.

—No, yo no tengo por qué hacer ese trabajo —insistió Lu.

No podía permitir que me desautorizara de esa forma. Asignar el trabajo a otro recluso no provocaría más que confusión en el orden habitual de los quehaceres que correspondían a cada uno, y probablemente el siguiente se negaría también a hacerlo, lo cual pondría en peligro mi liderazgo. No podía claudicar tan pronto.

—Obedece mis órdenes —grité—, o lo lamentarás.

Lu se negó con la cabeza. Me levanté y lo agarré por el pie:

—¡Hazlo! —dije retorciéndole el pie con fuerza.

—¡Suéltame, ya voy! —gritó Lu, y la tensión se deshizo. Fue a buscar las mazorcas en la carreta de bueyes y llenó la estufa con ellas.

Media hora más tarde, cuando acababa de rellenar los formularios y los otros reclusos charlaban entre ellos, Lu regresó con las manos entumecidas por el frío.

—Lo siento. Tenía que hacerlo —me disculpé cuando Lu se disponía a sentarse.

—Olvidalo —respondió, sin que, al parecer, me guardara rencor por haber perdido los estribos.

—No tengo familia aquí en el norte —proseguí, tratando de salvar el distanciamiento que se había producido entre los dos y suponiendo que Lu podría compartir mi nostalgia por la vida que ambos habíamos dejado atrás al sur del río Yangtze.

No obstante, adiviné por el silencio de Lu hasta qué punto se sentía solo y no dije nada más. Para algunos reclusos los recuerdos del pasado no suscitaban nostalgia sino dolor.

—¿Sientes ya el calor? —me preguntó Lu, dejando pasar mi comentario.

—Claro que sí, esta noche vamos a dormir bien —repliqué, agradecido por su compañerismo.

—Cuando te sientes lleno y caliente —dijo Lu, repitiendo un dicho popular—, comienzas a pensar en el sexo. Puede que no tengamos el estómago lleno, pero no te quepa duda de que el calorcito del kang me hace pensar en el sexo.

—Nada de eso se me pasa por la cabeza —repliqué con torpeza. Luego pensé en cómo sería abrazar a Meihua—. De todas formas, no tengo a nadie a quien desear.

Quería poner fin a la conversación y no recordar el dolor que me produjo su pérdida.

—¿Cómo puedes dejar de pensar en el sexo? —preguntó Lu—. Es un impulso humano.

Se cubrió los hombros con la colcha y se dio media vuelta para echarse a dormir.

13. Sueños de cometa

Durante nuestros primeros días en la granja de Qinghe, en febrero de 1962, nos aferrábamos a la esperanza de que llegara la orden de liberar a los derechistas contrarrevolucionarios. El silencio de las autoridades produjo una decepción terrible en los reclusos. Charlábamos con menos frecuencia entre nosotros y evitábamos mencionar la política de los Tres Originarios. De cara a los demás, trataba de ser optimista con mis compañeros de grupo pero, en mi fuero interno, creía que, en el mejor de los casos, la directiva había sido aplazada. Lo más probable era que la idea de restaurar la libertad de tantos intelectuales y, por tanto, de reconocer implícitamente la injusticia del trato que se les había dispensado hubiera chocado con la oposición de los principales mandatarios del Partido, como Deng Xiaoping, que habían encabezado el movimiento antiderechista.

Cuando pasaron los meses de frío más intenso, dejamos de cortar juncos y empezamos a reparar las acequias que dividían los arrozales. Había recuperado algunas fuerzas y ya podía empezar a utilizar los picos y las palas pesadas para cavar en aquellas secciones de los muros de adobe que se habían derrumbado a lo largo del invierno. Sin embargo, procuraba administrar mis esfuerzos porque esta labor exigía una inversión de energía y resistencia que era considerablemente mayor que la de cortar juncos en la marisma helada. El capitán Wang no nos presionaba demasiado. Él sabía que muchos de nosotros aún sufríamos los efectos de la hambruna. Una mañana, cuando llegamos al campo para trabajar, conté sólo nueve hombres. Ao Naisong había salido con el resto de miembros del grupo, pero no lo veía por ninguna parte. Solamente cuando el capitán Wang hubo terminado de medir la longitud de la acequia que el grupo cinco debía reparar, advertí que Ao seguía caminando despacio, a casi medio kilómetro de distancia, en nuestra dirección.

Por entonces ya sabía que Ao sufría de hemorroides dolorosas, que le impedían moverse con rapidez. Lo vi empezar a cavar al mismo tiempo que yo, pero hacia el final de la mañana yo había limpiado tres metros de zanja y él medio metro: era evidente que le costaba. Cada palada era un triunfo, y se pasaba gran parte del tiempo de pie, inmóvil, como si estuviera pensando. Tenía el rostro manchado de tierra, y sus pies se habían hundido en el barro que se formaba por debajo de la delgada capa de suelo helado. Me daba cuenta de que, con los zapatos empapados, se le enfriarían terriblemente los pies porque, incluso en los barracones, no había forma de secar los zapatos que acolchábamos con algodón. Permitir que se te mojaran los zapatos un día, significaba tener los pies helados durante dos.

Al final de la tarde, oí al capitán pedir a Lu Haoqin, que siempre terminaba su tarea con eficiencia, que ayudara a terminar la suya a Ao.

—Lo siento —replicó Lu rápidamente—, pero todos tenemos la misma cantidad de trabajo que hacer y todos comemos la misma cantidad de rancho. No haré el trabajo de otra persona.

Con arreglo al reglamento del 584, todo el mundo recibía las mismas raciones. Por ese motivo, los reclusos que se esforzaban más y gastaban el máximo de su energía eran quienes acusaban más el hambre. ¿Quién iba a ofrecerse como voluntario cuando todos, por mucho que hubiéramos trabajado, íbamos a recibir la misma cantidad de rancho? Lu había aprendido a cuidarse a sí mismo en las prisiones y se negaba a preocuparse de las necesidades de los demás. El capitán no podía obligarle a aceptar una tarea adicional, pero algunos otros miembros del grupo pensaban que Ao merecía un trato especial por su debilidad física. Me sumé a otros dos reclusos para terminar la parte de Ao y poder concluir nuestra cuota de faena en aquella jornada.

A la noche siguiente, Ao se acercó a mi espacio en el kang antes del comienzo de la sesión de estudio político. A pesar de su proverbial reserva para el diálogo, para mi sorpresa, empezó a contarme cosas de su vida e incluso mencionó el nombre de su padre. Reconocí al instante que pertenecía a la conocida familia de un famoso fotógrafo cuya obra había visto ilustrando a menudo la revista mensual de noticias *China en imágenes*.

—¿Qué hacías antes de venir aquí? —le pregunté, esperando poder integrarlo más en la conversación.

—Estudí en el Departamento de Instrumentos Ópticos de la Facultad de Industriales de Pekín —respondió.

—Debes de venir de una familia con buenos contactos políticos —repliqué, consciente de que la facultad de Ao era administrada por el Ejército, y de que para ingresar en ella se daba prioridad a los hijos de los miembros del Partido. Ao volvió a guardar silencio. Me intrigaba la familia de Ao porque había oído contar a otro miembro del grupo que el padre de Ao lo había repudiado, y que había «marcado una distancia» entre ellos debido a los errores políticos de su hijo.

Cuando Ao se volvió, dando a entender que no deseaba hablar más sobre sus problemas personales, me di cuenta de que, por primera vez desde mi amistad con Xing, «el Tragaldabas» y con Chen Ming, había empezado a interesarme personalmente por algunos de mis compañeros de prisión. Quería saber por qué habían sido arrestados Lu Haoqin y Ao Naisong, qué crimen habían cometido para ser acusados de derechistas contrarrevolucionarios, cómo habían sido sus vidas antes de ser enviados a los campos, qué sufrimientos habían tenido que soportar durante los meses más duros de la hambruna. Sin embargo, el reglamento de la prisión prohibía taxativamente cualquier intercambio de información acerca de las circunstancias que habían rodeado los crímenes cometidos por los reclusos. Las autoridades pretendían evitar que se crearan amistades, alianzas y lazos entre nosotros.

Después de febrero, esperábamos ansiosamente la llegada de las vacaciones de la Fiesta de la Primavera. Durante aquellos tres días echaríamos de menos a nuestras familias con mayor intensidad, pero podríamos descansar y comer mejor. Tener que confeccionar los tradicionales *jiaozi* rellenos de esta Fiesta seguía siendo una ceremonia que todos nosotros apreciábamos mucho. Nos acordábamos de cómo nos reuníamos siempre en casa a mediodía alrededor de la mesa a charlar con nuestros familiares mientras esperábamos la Fiesta. Los hombres bebían vino y comían un tentempié de cebollas con pepinillos mientras las mujeres trabajaban en la cocina amasando la mezcla de harina y agua para, después, hacer varios cilindros con ella, partirla en rollitos finos, rellenarlos con cerdo aromático y col y terminar de confeccionar los paquetitos de masa uniendo las puntas en forma de media luna. Para cualquier familia china, esta fiesta representaba unos días de cálida unión, y para nosotros, a pesar de estar en el campo de detención, la esperanza de que reinasen los buenos sentimientos o de acercarnos lo más posible a algo que se pareciese a una familia de verdad en un entorno como aquél.

En la primera mañana de las vacaciones, el prisionero de guardia me entregó una papeleta canjeable con el sello personal del capitán Wang: «Brigada cinco. Diez personas. Diez *jin*^[9] de harina y un recipiente de carne con verduras». El hecho de pensar en nuestra primera comida sabrosa y el primer bocado de carne de verdad que probaría desde hacía un año nos estimuló a esmerarnos en nuestros preparativos. Pedí a Lu Haoqin que buscase y lavase las tres palanganas esmaltadas de nuestro grupo que estuvieran menos desportilladas. Después, corté a serrucho el extremo del mango de una pala para utilizarlo como rodillo, y pulí bien la madera con un trozo de cristal roto. Extendimos varias hojas de papel de periódico sobre el kang y nos sentamos a esperar.

Cuando el prisionero de guardia gritó: «¡Equipo siete, brigada cinco!», nos movimos con agilidad. Mientras tres hombres me ayudaban a llevar las palanganas, dos más nos acompañaban como vigilantes. Aunque fuésemos intelectuales, no nos atrevíamos todavía a descuidar el dispositivo de alerta que habíamos puesto en práctica durante los meses de hambre extrema. Cualquiera de nosotros podía meterse fácilmente un puñado de harina en el bolsillo para mezclarlo con agua y comérselo a solas. No confiaba en que tuviéramos la integridad suficiente para mantener a raya los instintos básicos de supervivencia pero, de hecho, llevamos nuestra cuota de comida desde la cocina sin incidente alguno.

En aquel momento, tuve que actuar como un comandante militar y delegar funciones. «No cometas errores —me dije—. Mantén la armonía y la alegría del grupo y haz que todo el mundo trabaje a gusto.» Encargué a dos hombres que mezclaran la harina y el agua y decidí hacer yo mismo los rollos con la masa de hojaldre. Le pedí a Lu, el trabajador más meticuloso, que partiera los rollos en partes iguales y que hiciera él los envoltorios. Varios hombres me pidieron hacer ese trabajo, pero sabía que no todo el mundo tenía la paciencia o la destreza necesaria para cortar

los *jiaozi* del mismo tamaño. De lo contrario, no seríamos nunca capaces de resolver las riñas que se organizarían sobre cuáles eran más grandes y cuáles más pequeños. Otros tres hombres se ocuparon de rellenar con exactamente la misma proporción de carne cada uno de los cuadraditos de masa, que luego doblaban cuidadosamente por las puntas y cerraban. Finalmente, otra persona contaba el número de unidades y los colocaba en filas de diez de modo que no desapareciera ninguno, mientras el último vigilaba al resto del grupo. El único que no ayudaba era Ao Naisong.

—Ao, ¿de qué quieres ocuparte? —le pregunté para hacerle participar.

—Lo único que sé hacer es comer —replicó en tono de broma.

No quería que se quedara fuera:

—¿Por qué no tocas algo de música? —le pedí—. Ése puede ser tu trabajo.

Me pareció que le complacía la idea.

Ao ocupaba un puesto en el extremo del kang, y su laúd colgaba en la pared, por encima de su cabeza. Lo descolgó y empezó a tocar mientras nosotros nos enfrascábamos en nuestras tareas. La música dio al ambiente un tono de calidez y cordialidad que, en la medida de lo posible, se parecía al de una celebración familiar.

Aquella mañana había más de cien grupos esperando su turno para utilizar los *woks* gigantes, y estábamos deseosos de empezar. Cuando los *jiaozi* estaban ya casi terminados, envié a alguien a guardar la cola de la cocina para ahorrar tiempo. Tres hombres me ayudaron a llevar las palanganas con los pequeños cuadrados de masa cruda y otros tres nos acompañaron. Éste era probablemente el momento en que era más necesario contar con una buena protección. Cualquiera podía tener la tentación de meterse en la boca uno de aquellos raviolis.

Cuando, por fin, las palanganas con los *jiaozi* humeantes y ya preparados se alineaban encima de mi puesto en el kang, inundando la habitación con su aroma, todo el mundo se quedó callado. Me moví por la fila de hombres sentados, contando uno por uno el número de unidades de cada recipiente. Todo el mundo contaba conmigo: «uno, uno, uno..., dos, dos, dos...». En total, habíamos hecho cerca de quinientos, y no tenía ni idea si el número final sería divisible por diez: «cuarenta y cinco, cuarenta y cinco, cuarenta y cinco...».

Cuando terminé de distribuirlos, quedaban cuatro para dividir entre los diez. El modo más sencillo de resolverlo era hacer cinco partes de cada unidad sobrante, pero a mí me gustaba la idea de hacer de aquello un juego.

—Oídmeme, tengo una sugerencia —dije, para convocar al juego—: ¿por qué no hacemos diez tiras de papel, cuatro de ellas con una marca, y echamos a suertes a ver a quién le toca? Así hay cuatro personas que podrán ganar un *jiaozi* extra ¿Qué me decís?

—¡No! —objetó inmediatamente Lu—. Quizá me quede sin nada.

—Hagámoslo —se opuso alguien—. Así será más divertido.

Como nadie más se quejó, con el espíritu festivo propio de la Fiesta de Primavera, nos jugamos a suertes los *jiaozi* sobrantes. A mí no me tocó ninguno, pero sí a Ao,

quien, a pesar de tratar de controlarse, no pudo reprimir una exclamación de alegría: «¡Me ha tocado! ¡Me ha tocado!».

Lu sacó una tira de papel, pero no le acompañó la suerte y, con un sonoro puñetazo en el kang, soltó una retahíla de palabrotas.

—¡El resultado es justo! —grité yo—. ¡Yo tampoco he ganado, así que no te enfades!

Ante la insistencia de Lu en protestar, y disgustado con este repentino arrebato que amenazaba con aguar la fiesta, cogí uno de los cuarenta y cinco *jiaozi* de mi cuenco y lo arrojé en el de Lu. Lu, muy enojado, miró para otro lado, negándose a comer. De pronto, se hizo un silencio. Me habían visto darle un *jiaozi* a Lu para calmarlo, y eso había provocado cierta tensión.

Entonces, Ao se levantó de su rincón en el kang, volvió a colgar su laúd en la pared y, cogiendo su *jiaozi* extra, lo arrojó en la esterilla del kang junto a Lu, me miró y dijo tranquilamente: «Coge el tuyo». Al regresar a su sitio en el kang, Ao murmuró entre dientes: «Ridículo».

Recuperé el mío del cuenco de Lu, pero el incidente había arruinado el buen ambiente que había. Entonces Lo, otro miembro del grupo, rompió el hielo con la primera línea de una canción popular rusa titulada *El mayoral siberiano*, cuya inquietante melodía describía el último viaje de un mayoral herido cruzando las estepas con su ganado. Al intuir próximo el momento de su muerte, el pastor le pide a un amigo que lleve un mensaje a su familia cuando regrese a su pueblo: «Dile a mi padre que se quede con mi caballo negro. A mi madre, que la quiero y la respeto. A mi esposa que no esté triste y preocupada y que, si puede encontrar a otro, tenga a bien olvidarme». Aquella canción que todos nos pusimos a cantar nos llenó de melancolía y atemperó las discrepancias entre nosotros.

Con los estómagos llenos, y sabiendo que tendría que pasar un año antes de que volviéramos a disfrutar de un banquete semejante, nos tiramos en el kang a reposar la comida. Alguien sugirió que charlásemos acerca de las costumbres de nuestras respectivas provincias, y empezamos a contar en voz alta cuáles eran los platos favoritos que recordábamos. Después, Lo sugirió otro tema de conversación.

—Imaginemos algo mejor. Hablemos de algo que nos haga realmente felices —dijo impulsivamente—. Si pudierais salir del campo mañana, ¿qué sería lo primero que haríais? Wu Hongda —me dijo, señalándome—, empieza tú.

Para mí no era un asunto fácil. Siempre me había sentido incómodo cuando me tocaba hablar de temas personales. Quizá querría ir a ver a mi padre; tal vez querría volver a la facultad o, incluso, ir a ver a mi novia. Todas estas posibilidades se me pasaron por la cabeza al mismo tiempo, pero vacilaba en contestar. Como todo el mundo esperaba, Lo rompió el embarazoso silencio.

—Si esto te resulta difícil, ¡déjame empezar a mí! Si yo saliera ahora mismo, cogería todo el dinero que pudiera reunir e iría directo a un restaurante a comerme dos o, quizá, tres *jin* de carne de cerdo.

Todo el mundo se echó a reír ruidosamente.

—¡Bravo, bravo! —gritó Lo, contento de haber provocado nuestro entusiasmo.

—¡No! Dos o tres *jin* no es suficiente —intervino alguien más—. ¡Yo me comería cuatro *jin* y, a lo mejor, más!

—¡Mira, levanto los brazos en señal de aprobación!

Cundió una contagiosa agitación, como si pudiéramos saborear la carne. Cuando nos calmamos, Ao rompió su silencio habitual:

—Ojo —dijo con cierta sorna—, no comáis así que os inflaréis tanto que acabaréis reventando.

Todo el mundo se echó a reír. El siguiente recluso continuó:

—Antes de nada, iría a casa, vería a mis niños, agarraría a mi mujer, mordisquearía sus labios rojos y dulces, y luego la llevaría directamente a la cama a hacerle el amor.

Lu Haoqin intervino bruscamente:

—¡Cabronazo! No hables así. Puede que tú tengas a tu mujer en casa, pero algunos de nosotros ni siquiera nos atrevamos a soñar cómo sería un momento así.

En los campos de trabajo, la intimidad física era un asunto prohibido, privado y cuyo mero recuerdo era doloroso; se trataba de un tema que ni siquiera mencionábamos. El clima en el kang se volvió tenso de nuevo e intervine para decir que era mejor que dejásemos la conversación, temiendo que nos viésemos envueltos en una nueva riña como la de hacía un rato.

—Hablad de lo que queráis, pero nada de familia —insistí—. No es el momento.

La siguiente persona que intervino aligeró el tono de las intervenciones:

—Yo volvería a la oficina y le diría al secretario del Partido que me arrestó: «Mírame, ya estoy aquí otra vez de vuelta, ¿qué tal te va?».

Otro dijo:

—Yo quiero entrar en la librería más cercana para ver si han retirado de las estanterías todas las copias de mis libros.

—Cuando salga del campo —musitó Lo, tomando la palabra por segunda vez—, quiero entrar en un baño público, limpiarme entero, de la cabeza a los pies, y eliminar cualquier rastro de olor a campo de trabajo.

—¿Y tú, Ao? —le pregunté.

Tras reflexionar unos instantes, dijo:

—Iré a la tienda de música y compraré dos cuerdas nuevas para mi laúd.

Lu Haoqin, interrumpió sarcásticamente:

—¿Y por qué no vas a casa a ver a tu anciano padre?

Era evidente que Lu no había olvidado el insulto que Ao le había dedicado a cuenta de los *jiaozi*.

Ao abrió los ojos, se puso rojo y trató de hablar, pero parecía que tenía la lengua atorada y fue incapaz de articular palabra.

—Ni una palabra más sobre la familia —proclamé enérgicamente, consciente de lo dolorosos que podían llegar a ser esos recuerdos—. Vamos a olvidarnos de este asunto. Ahora me toca a mí.

Todos los demás ya habían hablado.

—Cuando salga del campo, lo primero que haré será comprar una enorme cometa. Le ataré una larga cola de caballo, soltaré toda la cuerda que pueda, y la veré elevarse más y más. Después, cortaré la cuerda y me pondré a mirarla mientras se aleja por el cielo.

Me acordaba de mi adolescencia en Shanghai; de la cometa que me había regalado mi padre, y que nunca tuve ocasión de hacer volar porque en nuestro vecindario apenas había un espacio abierto sin árboles o cables eléctricos. Con ese comentario terminaron nuestras fantasías de libertad, y todos nos quedamos dormidos.

A la mañana siguiente, liberados temporalmente del trabajo rutinario, tuvimos otro rato para seguir charlando. Sin nada que hacer, me senté a hablar con Lu Haoqin detrás de los barracones, al abrigo del viento. De pronto, su voz se hizo más grave, y puso un gesto más serio:

—Oye, ¿tienes novia?

—Tuve novia.

—¿Dónde está ahora?

—Se fue, junto a todo lo demás.

—¿Qué ocurrió? ¿Aún piensas en ella?

—Sí, me acuerdo de ella a menudo —respondí fríamente—, pero han pasado tres años desde la última vez que me escribió. Algo le hizo cambiar de opinión, incluso antes de que me tacharan de derechista. Aún la quiero, pero le causaría problemas si volviera. Es mejor así.

Me detuve porque no quería recordar mi amor por Meihua.

—¿Y tú?

—Ah, yo tengo una novia —empezó a decir—. Y aún la quiero mucho. —Volvió a callarse, resopló, y preguntó en voz baja—: ¿has tenido relaciones sexuales alguna vez?

—No —le contesté, impresionado por la pregunta. En aquellos días apenas se oía hablar de sexo entre estudiantes sin estar casados, y nadie se atrevía a hablar de aquellos temas porque se daba por sentado que pertenecían a la esfera privada.

—Yo lo hice una vez —continuó, ansioso por contarlo—. Mi novia es fuerte y tiene buena salud, y ella también quería. La primera vez fue muy excitante. Qué lástima que nunca tuvieras una oportunidad.

—¿Cómo fue? —le pregunté tratando de ocultar mi vergüenza.

—Fue una noche que estábamos en el campus —respondió de inmediato, con los ojos encendidos—, detrás de un árbol. Era la primera vez que tocaba a una chica. No podía controlarme. La abracé, y mi mano rozó su cuerpo. El tacto de su piel era tan

especial que me olvidé de todo lo demás, aunque hubo una cosa que me sorprendió: había oído que la primera vez que una chica tiene relaciones sexuales sangra un poco, pero yo no vi sangre por ninguna parte. Hizo una pausa.

—Lo siento —dije nerviosamente—, pero yo no tengo ninguna experiencia en eso.

—No dejo de preguntarme si quizá mi chica no era virgen —continuó.

—En realidad, no sé nada sobre este tema —repetí.

—A lo mejor es porque, como le gustan los deportes, tal vez había perdido su virginidad corriendo en una competición de atletismo.

Sentía curiosidad, a pesar de que la charla me incomodaba, y comencé a sofocarme un poco.

—Lo siento, pero no sé realmente nada sobre eso. —Pero Lu quería seguir hablando—: ¿Has tenido alguna otra oportunidad parecida?

—No, ésa fue la primera y la última.

—¿Por qué?

—Habíamos sido compañeros de clase y muy amigos durante largo tiempo. Llevábamos enamorados unos tres meses antes de aquella noche en el campus. No sé, lo hicimos así, de pronto, con rapidez y torpeza. Ninguno de los dos sabía cómo hacerlo. Después, me sentí como si hubiera cometido un delito. Ella dejó de mirarme a la cara durante varios días. Los dos nos sentíamos avergonzados, así que nunca hablamos de lo que había ocurrido. Dos meses más tarde fui declarado derechista. Eso ocurrió hace cinco años, cuando yo tenía dieciocho. Fue la única vez.

—¿Aún piensas en ella?

—Sí, ella está siempre en mis pensamientos. Nunca olvidaré esa noche. Algunas veces tengo recuerdos muy nítidos, y otras es como si hubiera pasado hace mucho tiempo. Poco después compartí mi experiencia con algunos amigos casados, y éstos me informaron más sobre sexo. Sabía que la próxima vez sería mejor. Si al menos pudiera volver a verla, ya no vacilaría.

Mientras le escuchaba, no podía apartar mis pensamientos de Meihua. Me preguntaba dónde estaría ahora, si habría conocido a alguien. Y si yo volvería alguna vez a tener a alguien, a tener una experiencia como la que había descrito Lu.

Cuando el viento amainó, al tercer día del Festival de Primavera, un grupo de nosotros salimos después de comer a sentarnos detrás de los barracones, bajo el sol de invierno. Habíamos tenido comidas especiales durante todas las vacaciones y nos sentíamos bastante colmados después de haber comido wotou de harina de maíz y sopa hecha a base de col, zanahoria y trocitos de algas secas. Mientras conversábamos, Ao empezó a tocar su laúd. Por primera vez tenía la oportunidad de escucharlo atentamente. Tocaba lenta y acompasadamente, y poco a poco la música despertaba sus sentimientos. Tan pronto como empezó con los primeros y cautivadores acordes de *El reflejo de la luz de la luna sobre dos fuentes* ya no quise que parara de tocar nunca. Todos nos sumamos a cantar esa letra que conocíamos y

que trataba de la separación y la añoranza, proyectando nuestros propios sentimientos en la historia de un hombre a quien un rico propietario le roba su prometida. Un día tras otro sale con su laúd a buscarla por las calles, pero no la encuentra porque ella está encerrada bajo llave; y su prometida, al no poderse reunir con él, decide poner fin a su vida. Conmovidos todos por aquella música, detestábamos que se acabaran los días de fiesta porque nadie sabía cuando volveríamos a disfrutar de un momento como aquel para el ocio y la reflexión.

Durante los cuatro meses siguientes nada alteró la soporífera rutina de la vida en el campo. Todas las mañanas, a las cinco y media, un prisionero de guardia gritaba: «¡Hora de levantarse! ¡Fuera de la cama!». Nos remojábamos un poco la cara con agua y, después, a las seis en punto, formábamos en línea por brigadas a esperar a los carros que traían los cubos con gachas de arroz. Con una cucharada de esta papilla, un nabo salado y un wotou teníamos que aguantar hasta mediodía. A las seis y media, el capitán gritaba: «¡A trabajar!», y todos los grupos se alineaban en columnas de a cuatro en fondo, a escuchar el parte de la mañana donde se establecían las cuotas de trabajo del día. Luego, el batallón al completo se movía en dirección a las puertas de acero, donde los guardias armados efectuaban un segundo recuento antes de salir desfilando hacia los sembrados.

El capitán Wang patrullaba caminando por entre los reclusos para evitar que se produjeran peleas o se infringiese el reglamento. No podíamos hablar ni descansar y sólo a mediodía recibíamos agua y comida, cuando los prisioneros de guardia llegaban con los carros de madera. Hambrientos y cansados tras cuatro horas de trabajo, nos sentábamos en cuclillas a devorar dos wotou y beber un cuenco de sopa. No teníamos forma alguna de lavarnos las manos antes de comer. Algunos buscaban palillos para pinchar su wotou; otros trataban de limpiarse la mugre orinándose en las manos; y otros tantos trataban de ignorar el barro limpiándose las manos en la ropa. Descansábamos durante media hora y regresábamos al tajo hasta completar nuestra tarea del día. Cuando el sol empezaba a caer, el capitán gritaba: «¡Alto!, ¡alto!», y formábamos de nuevo para un nuevo recuento, antes de regresar desordenadamente al recinto penitenciario. «¡Rompan filas!», decía después de que entráramos en él.

Aquellos a quienes les quedaba suficiente energía, se dirigían a toda prisa al grifo de agua para lavarse antes de formar para los dos últimos wotou del día y la última cucharada de sopa. A las siete y media, el capitán llamaba: «¡Estudio!, ¡estudio!», y nos sentábamos en nuestras colchas a leer el periódico, debatir sobre la nueva directiva o ensalzar los últimos logros del Partido Comunista. Después de un día de trabajo agotador, las dos horas de estudio político pasaban lentamente. Por último, a las nueve y media, formábamos afuera para efectuar el último recuento del día y escuchar los comentarios del capitán Wang acerca de la eficiencia de nuestro trabajo y sobre cómo mejorar la reforma de nuestros pensamientos. A las diez, nos decía: «Romped filas. A dormir» y, pasando por las letrinas, volvíamos a los barracones,

donde nos quedábamos dormidos al instante. Así era la vida del campo de trabajo un día tras otro, un mes tras otro.

Después del Festival de Primavera, me di cuenta del efecto que tenía añadir proteínas a mi dieta, y decidí escribir a mi familia para preguntarles si podían enviarme alguna comida especial. Desde mi traslado a Qinghe, mi hermana había enviado, varias veces al año, un paquetito con jabón, galletas y velas. Esperaba que pudiera proporcionarme algo más nutritivo, como trozos de moluscos secos y judías amarillas, y le escribí para que me los enviara. Sabía que esos víveres costarían dinero a mi familia, pero al menos no tendrían que sacrificar sus cupones de grano para comprar galletas. Varias semanas más tarde, recibí una nota suya diciendo que haría lo que pudiera para enviarme lo que le pedía.

Los meses de abril y mayo, salí a trabajar todos los días con renovadas fuerzas. En primavera, los capitanes nos enviaban a los campos de arroz, algunas veces para limpiar las acequias, otras para reforzar las paredes de lodo que separaban unas parcelas de otras. Y siempre aprovechábamos la ocasión para buscar otros medios de conseguir alimento. Durante aquellas semanas perfeccioné la técnica de cazar ranas que Xing me había enseñado. El método consistía en arrancar un hilo de algodón de la chaqueta acolchada, atarle al extremo un trozo de algodón y dejarlo colgando. Después, situarse en un extremo de la acequia y agitar el cebo entre la hierba y los juncos donde se escondían las ranas. Con suerte, una de ellas confundiría el algodón con un insecto y trataría de atrapar el cebo, que se le quedaría pegado a la lengua. Luego, se la agarraba por los pies y se la mataba con los dientes; se le arrancaba la piel de cuajo desde la cabeza hasta las piernas, y la carne se metía en el morral. Por la noche, lejos de la vista del capitán, se podía hervir la rana en la letrina.

En abril de 1962, dos meses después de habernos esperanzado con los primeros rumores que corrieron sobre la política de los Tres Originarios, unos pocos derechistas en el 584 recibieron la noticia de que iban a ser liberados para pasar a la condición de «prisioneros en reinserción», aunque no se mencionaba que pasaría con el resto. Entonces, una mañana de junio, el capitán Wang anunció de pronto que habían llegado órdenes de trasladar a todos los derechistas restantes de la granja de Qinghe a Pekín. No teníamos ni idea de lo que significaba esta última directriz del Partido. Preguntamos dónde iríamos y si terminaríamos en otro campo, pero el capitán Wang insistió en que no disponía de más información. Queríamos creer que este traslado a la capital suponía que se nos pondría por fin en libertad.

A los cuatro camiones de la prisión les llevó varias horas transportarnos a los más de cuatrocientos reclusos derechistas hasta la estación de Chadian, donde, una vez más, ocupábamos la vía especial reservada para los residentes de la granja de Qinghe. Por las ventanas del tren mirábamos los sembrados que íbamos dejando atrás, con la esperanza de que pronto seríamos libres, una emoción que se hizo aún mayor cuando, después de un trayecto de una hora, abandonamos el área especial de detención de reclusos en la estación de Yundigmen, al sur de Pekín, y nos dirigimos en camiones

por una serie de calles flanqueadas de álamos, en los suburbios de la capital, hasta la granja de Tuanhe, un extenso establecimiento penitenciario situado en el extremo sur de la ciudad.

14. Las rivalidades de la jauría

Entre la granja agrícola de Tuanhe y la llanura del Pekín suburbano no había muros de separación ni puertas de hierro. Lo único que delimitaba el perímetro de la prisión eran los delgados cables de una alambrada de púas de un metro ochenta de altura, pero no había torres de vigilancia en los ángulos del recinto ni centinelas armados. Después de tantos años metidos entre muros, aquella noche, congregados al atardecer en el patio del recinto, mirábamos asombrados los autobuses de línea que pasaban por las carreteras punteadas de álamos en el exterior del recinto de la granja penitenciaria.

Los guardias de Qinghe nos contaron una vez más antes de volver a subir a los camiones vacíos. Sus uniformes gastados parecían fuera de lugar al lado de los trajes limpios y bien planchados que lucían los capitanes de Tuanhe. Durante dos años no había visto a nadie vestido con los pantalones grises y las camisas de manga corta que solían llevar los representantes del Gobierno. La diferencia en el estilo de vestir parecía un indicio de que se había producido un cambio en nuestras vidas de reclusos y que las condiciones deshumanizadoras de nuestros años de exilio interno habían llegado a su fin. Cuando los capitanes Gao y Wu anunciaron con insólita cortesía que se nos proporcionaría algo de comer tan pronto como nos asignaran nuestros correspondientes barracones, sentí que había regresado a la civilización.

Las habitaciones de Tuanhe eran suficientemente grandes para acomodar a unos veinte hombres o a dos brigadas. Adosado a cada pared, había un kang separado del de enfrente por un pasillo intermedio de un metro y veinte centímetros. Tras ser designado para ser capataz de mi brigada, me puse a medir el espacio del kang del grupo ocho, agradecido de que tuviéramos noventa centímetros de espacio por persona para dormir, unos treinta centímetros más que en las mejores condiciones que había conocido en Qinghe. A continuación leí una lista con los nombres de las diez personas que componían mi grupo y sus correspondientes puestos en el kang. Lu Haoqin y Lo habían sido también destinados a la brigada ocho; y Ao Naisong a la nueve, con la cual compartíamos la habitación. En el estante, colocamos en orden nuestras desportilladas palanganas de latón y las toallas deshilachadas, y después extendimos una a una las colchas raídas sobre nuestros respectivos puestos en el kang. Aquí, en el entorno más civilizado de la ciudad, se apreciaba más claramente cuán viejas y estropeadas estaban nuestras pertenencias.

Aproximadamente a las once de la noche, el prisionero de guardia nos llamó para que acudiésemos a la cocina. En los traslados anteriores, nos habíamos perdido al menos una comida y habíamos tenido que aguantarnos las punzadas del hambre hasta la mañana, pero aquí los cocineros nos sirvieron a cada uno de nosotros un wotou grande de maíz y un cuenco de sopa de col. Con estas alentadoras muestras de

benevolencia, estaba impaciente por escuchar las informaciones que nos darían a la mañana siguiente; aquella noche no dormí muy bien.

A la mañana siguiente, nos congregamos rápidamente bajo el sol de principios de verano, seguros de que escucharíamos algunas instrucciones acerca de nuestra liberación. El aspecto cuidado del capitán Gao y su respetuoso modo de dirigirse a nosotros al darnos la bienvenida reafirmaron aún más nuestras esperanzas. A pesar de ello, su tono de voz se tornó de pronto estridente:

—Sé que habéis oído muchos rumores —chilló—, pero a mí no me ha llegado ninguna orden de que os ponga en libertad. No podemos saber lo que ocurrirá mañana; ahora bien, hoy por hoy, sois reclusos y estáis obligados a someteros a la disciplina. Saldréis a trabajar y seguiréis al pie de la letra las ordenanzas del régimen penitenciario.

Aquellas pocas palabras aplastaban una vez más la esperanza que habíamos depositado en nuestra libertad. En los rostros de mis compañeros se traslucía una expresión de desengaño, rabia y desaliento.

Mientras trataba de sacudirme la decepción, escuché como atontado el anuncio del capitán Wu de que pasaríamos el día trabajando en los bancales de hortalizas. Me dije a mí mismo que la orden de liberarnos aún podría llegar unos días más tarde y que, mientras tanto, podría escarbar en la tierra para encontrar algo más de comida. Haciendo acopio de la inercia que tan bien conocía del pasado, me advertí a mí mismo que no debía anticipar tanto ni pensar en nada que no fuesen las necesidades del momento. Mientras desfilábamos hacia los huertos, me concentré en la perspectiva de saborear verdura fresca.

En Qinghe, mis denodados esfuerzos por abastecerme de plantas comestibles en los pantanos, las acequias y los campos de coles sólo habían fructificado en unas cuantas raíces y hojas. Aquella mañana, en cambio, nada más ver las plantas de tomates, judías, berenjenas y pepinos que se cultivaban en los bancales se me quitaron las preocupaciones y se me despertó un hambre voraz; poco me importaba que hubiéramos acabado de desayunar o que tuviéramos que comernos crudas las hortalizas. Los miembros de mi grupo estaban tan hambrientos como yo, así que, a medida que nos distribuimos en fila para quitar las malas hierbas con el azadón, cuando los guardias no nos veían, nos zampábamos todo lo que podíamos, tratando de saciar un hambre más profunda. No sé cuánto comí aquel primer día.

Después del recuento de la noche, el capitán Gao nos criticó con un tono despreciativo:

—Actuáis como animales —gritó—. ¡Lo único que hacéis es robar!

Después de romper filas, yo me quedé a defender a uno de los miembros de mi grupo, un dramaturgo conocido, a quien habían sorprendido comiéndose una berenjena.

—Capitán Gao —expliqué—. No se imagina lo que es haber pasado hambre durante muchos meses.

Simplemente se volvió para mirarme de soslayo, y dejó pasar mi comentario sin responder.

Después de varias semanas en Tuanhe, la comida dejó de ser causa de nuestra desesperación. La mejora de las cosechas había puesto fin a los tres aciagos años de hambruna generalizada en el país. Ya no se utilizaban sucedáneos para confeccionar los wotou del rancho que nos daban, que, aunque eran más alimenticios, seguían siendo de harina amarga de maíz. A los que cumplían con todas las cuotas de trabajo se les otorgaba 45 *jin* de grano al mes, suficiente para una dieta de un wotou en el desayuno, dos wotou y medio en el almuerzo y otro tanto por la noche. Además, nos repartían una sopa de coles con gruesos trozos de verduras condimentadas con salsa de soja y un hilo de aceite que, aunque tenía un extraño color oscuro, nos sabía deliciosa.

No obstante, seguimos arramblando con todo lo que podíamos en los campos de Tuanhe, ya no tanto para saciar el hambre sino para alternar nuestra dieta con otras plantas gramíneas o con hortalizas más sabrosas. Aprendí, por ejemplo, a descascarillar las semillas de trigo con golpes rápidos de la planta del pie para comerme el grano crudo, y a esconderme entre los maizales para arrancar una o dos panojas, chupar los jugosos tallos, y enterrarlas para disimular el robo.

Los cinco yuanes de remuneración mensual que se depositaban en cada una de nuestras cuentas de prisión nos proporcionaban un capital suficiente para comprar pasta de dientes, lápices, papel para escribir, jabón e, incluso, termos que adquiríamos en la tienda de Tuanhe. Además de llevar en ellos el agua caliente que hervíamos antes de beber y lavarnos, los utilizábamos también para cocinar las ranas y serpientes que pudiéramos encontrar en los campos. Las letrinas disponibles en el recinto carecían de un espacio cerrado donde hacer un fuego sin ser vistos, así que utilizábamos un método consistente en introducir directamente las ranas desolladas en nuestros termos de agua hirviendo y dejarlas escaldando allí durante una hora hasta que estaban hechas. Por otra parte, en Tuanhe había más reclusos que tenían familiares en las inmediaciones, y era frecuente que a estos últimos les sobrara algo de comida para compartir con ellos.

En cierto modo, la mejora de nuestras condiciones de vida no hizo más que aumentar nuestra sensación de aislamiento y desesperación. La libertad parecía estar al alcance de la mano, pero aún no podíamos tocarla con los dedos. Debido a las mínimas medidas de seguridad que había en Tuanhe, creo que no hubo ninguno de nosotros que no pensara al menos una vez en la posibilidad de escaparse. Solía imaginarme que trepaba por la alambrada de púas, corría campo a través, y cogía un autobús con el que desaparecía en la ciudad, pero cada vez que sopesaba esa posibilidad decidía no arriesgarme a que me atraparan para no poner en peligro mis posibilidades de obtener oficialmente mi libertad. Según parece, el resto de los reclusos llegó a la misma conclusión, porque todos seguíamos esperando que el día menos pensado se produjera un cambio de política que pusiera en libertad a las

decenas de miles de derechistas contrarrevolucionarios de todo el país que estaban encarcelados desde 1957.

Mientras tanto, teníamos unos 500 *mou* de tierra para plantar maíz, algodón y trigo; y otros 20 de verduras que había que atender. La cosecha de trigo del verano tenía lugar entre junio y julio, en las mismas fechas en que se plantaba el maíz de otoño. Como capataz de la cuadrilla de trabajo, estaba siempre muy ocupado. Por entonces, había cumplido veinticinco años y era uno de los reclusos derechistas más jóvenes. Completamente recuperado del hambre, no solamente podía acarrear a la espalda sacos de trigo de 54 kilos, sino que podía levantarlos para cargarlos en el tractor. Sabía que gozaba del favor de los capitanes debido a la energía y al entusiasmo que ponía en el trabajo.

También sabía que no les caía bien a algunos miembros de mi brigada, especialmente a tres de los reclusos más viejos. Veían en mí a un capataz que parecía haber tomado partido por la policía, porque me encargaba de hacerles cumplir con sus obligaciones diarias y les exhortaba a que completaran sus tareas. Por ejemplo, cuando se nos exigía llegar a una determinada cuota por grupo en vez de por persona, ellos protestaban de la excesiva carga de trabajo. No obstante, alcanzar la cuota colectiva fijada era mi responsabilidad, y siempre insistía en que todo el mundo terminara su parte, incluidos aquellos que tenían hambre o que no querían trabajar.

Algunos me acusaban abiertamente: «No eres más que un lacayo. ¿Por qué trabajas para ellos? ¿Por qué me obligas a trabajar?», me decían.

Otros entendían cuál era mi posición: «Tiene que hacerlo —respondían mis amigos—. Si Wu Hongda no fuera el capataz de la brigada, algún otro haría ese trabajo en su lugar».

Tanto mis amigos como mis enemigos sabían que la posición de capataz de brigada suponía un poder considerable, ya que, si quería, podía asignar arbitrariamente faenas más leves a unos en detrimento de otros. En Tuanhe fabricábamos ladrillos a veces, y podía adjudicar a cualquier amigo la tarea menos gravosa de acarrear arena en vez de la penosa carga que suponía llevar y traer ladrillos ya cocidos. Cuando plantábamos arroz, era de mi exclusiva jurisdicción decidir a quién adjudicaba aquellas zonas donde había más agua o donde el barro era blando y se podía apartar las plantas con facilidad, y a quiénes las zonas donde pisar en el barro era más fatigoso. En el momento de la cosecha, yo podía elegir a quién le asignaba el transporte del grano, que era un trabajo relativamente desahogado, y a quién la corta de los tallos con una hoz, una tarea para la que había que agacharse y deslomarse.

Si un miembro de la brigada se insubordinaba, llamaba al capitán, con cuyo apoyo sabía que contaba; y también podía informarle al final del día si un recluso me había desobedecido. Los guardias tenían que contar conmigo para poder terminar el trabajo asignado. Ellos veían nuestras riñas como una situación en la que unos perros mordían a otros, y si llegábamos a las manos solamente castigaban al agresor si se

producía algún herido grave; aunque lo más probable era que el capitán no hiciese más que echar una reprimenda o ignorar la disputa por completo.

Durante las primeras semanas en Tuanhe prevaleció un clima de armonía entre nosotros. Como aún albergábamos esperanzas de poder recuperar nuestros antiguos puestos de trabajo y regresar con nuestras familias, solíamos ayudarnos y animarnos unos a otros. No obstante, a medida que pasaron las semanas del verano y no recibíamos ninguna noticia sobre nuestra liberación, comenzaron a aflorar las tensiones, las peleas constantes por la comida y las riñas sobre la asignación de las faenas del día, una manifestación de hasta qué punto había hecho mella en nosotros la frustración y de cuántas esperanzas habíamos perdido. Empecé a darme cuenta de que la vida entre intelectuales no significaba necesariamente haber mejorado, y me acordaba casi con cariño de mi amistad con Xing, «el Tragaldabas».

Aquel verano, me vi envuelto a menudo en altercados. Un día, mientras otro compañero y yo cargábamos con un varal un pesado cubo de tierra, vi cómo se deshacía de una patada de un nabo seco que había en el camino, enviándolo a la hierba alta que había detrás de la acequia. Puesto que había un guardia vigilando cerca de nosotros y no podíamos interrumpir nuestro trabajo, supuse que volvería a buscarlo más tarde. Memoriqué qué lugar era, obedeciendo a algún instinto básico de supervivencia, y sin querer desaprovechar ninguna ocasión para aumentar mi porción de rancho diaria, regresé antes que el compañero, encontré el nabo y me lo llevé a un rincón para comérmelo sin que me viera nadie. Sin embargo, mi compañero me vio y vino corriendo enfurecido hasta donde yo estaba para increparme por habérselo robado.

—¡Devuélvemelo! —gritó.

—¿Quién ha dicho que es tuyo? —grité yo a mi vez—. Lárgate de aquí, hijo de perra.

—¡Soy yo quien ha encontrado ese nabo! —exclamó él, tratando de arrancármelo de las manos.

—¡Lárgate! —repetí, y le di un puñetazo con todas mis fuerzas.

Empezó a sangrar por la nariz y sus gafas salieron despedidas por el aire. Se tiró desesperado a buscarlas a tientas. De pronto, me sentí culpable porque yo también llevaba gafas, y sabía que él sin las suyas estaba prácticamente ciego. Las encontré intactas entre la hierba alta, se las devolví y me marché de allí. Puesto que él era más débil que yo y no podía vengarse de mí en un cuerpo a cuerpo, al regresar a los barracones le dijo a todo el mundo que le había robado su nabo. Me defendí fingiendo que no sabía que el nabo era suyo, y que lo había encontrado yo mismo. Cuando varias personas me preguntaron por qué le había pegado, dije con insolencia que él había tratado de robarme mi comida. Era tan grande la frustración que se incubaba en una reclusión inacabable, y estaba tan arraigado el hábito de la supervivencia a cualquier coste, que no me sentía culpable de acaparar todo lo que

podiera para mí mismo. Nunca me detuve a preguntarme por la mentalidad de feroz rivalidad que había adquirido durante los dos años que llevaba en los campos.

Otras personas definían de distinta forma cuáles eran los límites de lo que era una conducta aceptable. A mí me parecía que ser duro y agresivo en los campos de trabajo estaba justificado por el hecho de que allí solamente podían sobrevivir los que se adaptasen mejor, una convicción que me había acompañado casi desde el principio. Sin embargo, odiaba la violencia, la hostilidad o el comportamiento indigno durante las sesiones de estudio. No sentía más que desprecio para los que eran tan débiles y cobardes como para airear sus propias rivalidades y resentimientos y trasladarlos al contexto político. Para granjearse el favor de los guardias o conseguir poder, denunciaban secretamente a los demás, acusaban con pretextos falsos en las reuniones disciplinarias de grupo o se sumaban al castigo corporal de algún recluso a quien se quisiera «dar un escarmiento» por un comportamiento político inadecuado. Detestaba este tipo de conductas. Algunas veces, en una reunión disciplinaria, no pude escapar a la presión de acusar a alguien a gritos, pero nunca pegué a nadie ni tampoco denuncié las palabras o acciones de otras personas. Mis escrúpulos morales eran bien conocidos, y la mayoría de mis compañeros confiaban en mí y me respetaban.

Los que denunciaban a otros reclusos ante la policía a cambio de prerrogativas especiales confiaban en adelantar la fecha de su excarcelación al exhibir los progresos de su reforma. Ésta era la manera de proceder de Dong Li, el principal «activista de la reforma» de la brigada ocho. Nunca entendí cómo le habían tachado de derechista porque precisamente él era una persona que carecía de opiniones políticas y nunca reflexionaba con suficiente profundidad sobre las políticas del Partido. Educado en una zona rural, al norte de Pekín, hablaba despacio y con tanto acento de campo que, a los que procedíamos de zonas urbanas, nos parecía un paleta y lo mirábamos por encima del hombro, con la típica condescendencia de la élite china formada en las universidades o, lo que es más importante, con la superioridad con que se juzga a quien carece de los principios morales básicos.

Dong Li no solamente se procuraba privilegios especiales, sino que se jactaba de ellos. El reglamento de la prisión autorizaba únicamente las visitas a los miembros de la familia directa pero, para que la policía autorizara a su tío a visitarlo, él les decía que su madre estaba demasiado mayor para hacer el viaje. Oficialmente, los visitantes no podían traer más de novecientos gramos de víveres, pero su tío tenía permiso para entrar con un paquete de cuatro kilos y medio de harina precocinada, llamada *caomei*. Él metía el fardo envuelto bajo su almohada y, por la noche, antes de irse a dormir, mezclaba un puñado con agua en su cuenco y se lo comía a la vista de todo el mundo.

Dong Li exacerbaba nuestro resentimiento al pasar por alto el protocolo tácito por el que se regía el disfrute de los regalos especiales. No se esperaba que los reclusos compartiesen con los demás las provisiones que recibían, pero tampoco que las devorasen delante de sus narices. Todos odiaban a Dong Li porque ningún otro de los

miembros del grupo nueve tenía parientes en Pekín que les pudieran traer comestibles, pero nos enojaba aún más el hecho de que hiciera ostentación de sus tesoros y se relamiera de satisfacción cuando comía. «Tú nos denuncias a la policía y obtienes una recompensa a cambio que, luego, engulles ante nuestros ojos con fruición», pensaba.

Una noche, cuando Dong Li se había marchado de la habitación, cuatro de nosotros le cogimos el paquete que guardaba bajo la almohada, dividimos la harina en cuatro partes, las mezclamos con agua, y nos tragamos inmediatamente el *caomei*. Cuando Dong se encontró con que el paquete había desaparecido, se puso a aullar como un perro rabioso, pero no pudo hacer nada. A la mañana siguiente, informó del incidente al capitán, pero carecía de pruebas para acusar a ninguno de los miembros del grupo. Al capitán no le interesaban estos hurtos y lo consideró como un ejemplo más de las rivalidades entre los perros de la jauría.

Unos días más tarde, Dong Li se cobró su venganza. Informó al capitán de que Lo, el hombre afable y de principios que había cantado conmovedoramente en la celebración de la Fiesta de la Primavera y a quien todos los miembros del grupo respetábamos, había proferido ideas reaccionarias. Cuando se trataba de asuntos de esta índole, el capitán reaccionaba con virulencia. Aunque Lo adujo que la acusación no tenía fundamento, el capitán, quién sabe si porque quería aplacar la indignación de Dong Li o, tal vez, porque había decidido por su cuenta y riesgo utilizar el incidente para advertir a los demás miembros del grupo sobre las consecuencias de resistirse a la reforma, ordenó encerrar a Lo en una celda de aislamiento durante siete días. Todos sabíamos que se trataba de un castigo muy cruel. Estar confinado en una celda de aislamiento suponía pasar hambre, quedar encerrado con los propios excrementos y no poder sentarse ni ponerse de pie. Indignados por la traición de Dong Li, decidimos organizar un *mengdao* o escarmiento con la cabeza cubierta, para darle una lección. Yo me ocupé de los preparativos.

Después del recuento de aquella noche, regresamos rápidamente a los barracones. Cuando Dong Li entró en la habitación, le esperaba una colcha gruesa que cayó silenciosamente sobre su cabeza. La puerta se cerró, y yo me quedé afuera vigilando por si aparecían reclusos de guardia o capitanes de policía. Dentro de la habitación no se oía ninguna voz, tan solo los sonidos sordos de las patadas y los puñetazos. El castigo duró poco más de un minuto, y Dong Li se quedó desplomado en el suelo. Solamente Ao se negó a formar parte.

Cuando Dong Li se quitó la colcha y se levantó, sangraba por la nariz, tenía un moratón en un ojo, y probablemente también cardenales en los brazos y las piernas. No le era difícil adivinar quiénes de nosotros lo habíamos atacado y, al día siguiente, dio cuenta de lo sucedido a la policía, aunque, una vez más, carecía de pruebas. La colcha con que le cubrimos era la suya.

—Dime quién te ha pegado, y yo los castigaré —dijo el capitán Gao.

Pero Dong Li no pudo hacer otra cosa que guardar silencio. Y el asunto se archivó como una rebatiña más en la jauría.

Después de aquel incidente, Dong Li dejó de denunciarnos durante algún tiempo, pero la lección no le cundió demasiado. Sabíamos que seguía vigilándonos, a la espera de que alguien hablase más de la cuenta, y tratábamos de ser prudentes, advirtiéndonos unos a otros para evitar indiscreciones y poniendo una especial atención cuando debatíamos sobre asuntos políticos, algo que iba contra el reglamento y era muy peligroso. Si las palabras de cualquiera de nosotros llegaban a los oídos equivocados, podíamos ser denunciados por difundir «ideas reaccionarias». El crimen sería anotado en nuestro expediente y podía agravar las acusaciones que ya pesaban sobre nosotros. Aún peor era que se nos oyese hablando con más de una persona al mismo tiempo, porque se consideraba como un delito de pertenencia a una «camarilla reaccionaria». Conociendo las consecuencias de estas conversaciones, solamente nos atrevíamos a hablar de asuntos políticos con amigos de confianza y tomando precauciones.

En febrero de 1962, leímos una serie de artículos en el *Diario del Pueblo* en los que se afirmaba que los imperialistas estadounidenses pretendían apoyar al Gobierno del Guomindang en Taiwán e invadir el territorio chino. El conflicto parecía demasiado alejado como para llamar nuestra atención, pero uno de mis amigos en el campo llamado Zhao Wei, un antiguo editor del *Diario de Pekín*, quería que debatiéramos sobre la crisis internacional que se nos podría venir encima. Una vez afuera, cuando estábamos sentados relajándonos al sol detrás de los barracones, en uno de los días de descanso que teníamos quincenalmente, susurró: «Si Estados Unidos decide apoyar al Guomindang, el Gobierno chino se lo tomará como una provocación. Esto influirá negativamente en la situación de los derechistas. Ya se ha hecho caso omiso de la política de los Tres Originarios, pero podrían pasar cosas aún peores. Si se produjera una crisis aún más grave, los presos políticos serían considerados un riesgo potencial para la seguridad en la capital, y nos podrían trasladar a alguna zona remota, lejos de Pekín».

Yo no estaba de acuerdo: «No creo que Estados Unidos haga eso. La guerra de Corea les ha dado una lección. ¿Qué necesidad tienen de repetir un mal movimiento de ajedrez?».

Mientras discutíamos, Ao, que acababa de doblar la esquina del edificio, apareció con una palangana y unos palillos. Se sentó tranquilamente, escuchó la respuesta del editor y, de pronto, se puso en pie de un salto y golpeó sus palillos ruidosamente contra el borde de la palangana: ¡ding! ¡dong! ¡ding! «¡Dos wotou y un cuenco de sopa! —gritó, sin dejar de repiquetear sus palillos en el borde— ¡Dos wotou y un cuenco de sopa!». Al principio, pensé que era un comentario sarcástico para indicar que la amenaza de Taiwán era aún demasiado remota y que nuestro problema más inmediato era la dieta de los reclusos. Me eché a reír y me di la vuelta para marcharme. Entonces comprendí el motivo del arrebató de Ao.

Dong Li, apoyado contra la pared justo a la vuelta de la esquina, estaba lo bastante cerca como para oírnos. Al verlo, Ao se había dado cuenta que Dong podría denunciarnos al capitán por celebrar una reunión contrarrevolucionaria, una ocasión perfecta para cobrarse venganza. El incidente no tuvo mayores consecuencias, pero a partir de entonces vigilábamos estrechamente a Dong Li sabiendo que podía denunciarnos en cuanto le diéramos la oportunidad.

A lo largo del verano y el otoño de 1962 salíamos a trabajar todas las mañanas y por las noches nos sentábamos en el kang a leer periódicos. Nos enteramos por el *Diario del Pueblo* de que la reunión anual de los máximos dignatarios del Partido, que había tenido lugar en el centro estival de Beidahe, había concluido con una nueva línea política. El presidente Mao, tratando de reafirmar su autoridad después del debate surgido con el Gran Salto Adelante, había subrayado la importancia de la ideología. Mao proclamaba que la «lucha de clases» debía ser «el vínculo fundamental» de todos los proyectos. Aun cuando parecía que esta nueva línea no tenía por qué influir en nuestra situación, una noche del mes de octubre, los cuatro hombres responsables de la reforma política de los derechistas en la granja de Tuanhe irrumpieron en nuestra habitación. Todos dejamos de inmediato los periódicos, y la habitación se llenó de un tenso silencio. Sabíamos que, o bien se aproximaba el desastre, o bien se trataba de un golpe de suerte.

El camarada Song, el instructor político de nuestra compañía, empezó a transmitir el contenido de las últimas directrices del presidente del Partido:

—¡No debemos abandonar nunca la lucha de clases! —proclamó en voz alta—. En el campo de trabajo no somos inmunes a este problema. ¡Incluso en este equipo tiene lugar la lucha de clases! Debéis reconocer este peligro que os acecha. ¡Esta misma noche celebraremos una sesión educativa sobre este asunto!

Entonces, el instructor político del batallón, un hombre llamado Zhang, dio un paso adelante.

—Siguiendo las nuevas instrucciones de Mao, el presidente del Partido, debemos reflexionar atentamente sobre las palabras del camarada Song.

Zhang declaró que un miembro de nuestro equipo se había dejado llevar recientemente por una actitud contrarrevolucionaria y reaccionaria. Con la mandíbula tensa, preguntó:

—¿Quién es Xu Yunqin?

El jefe de estudio de la brigada nueve, con el que compartíamos la habitación, se levantó para interpellarlo:

—¡Xu Yunqin! ¡Xu Yunqin! ¡Levántate!

Xu parecía desconcertado y se quedó junto al kang con la cabeza baja. El instructor Zhang prosiguió:

—Hemos revisado el expediente de Xu Yunqin y hemos llegado a la conclusión de que ¡es un derechista contrarrevolucionario de la peor especie y un elemento incorregible que se opone al Partido Comunista! Su actitud es muy negativa. Ha

tratado de revocar los anteriores veredictos; ha formulado afirmaciones reaccionarias e, incluso recientemente, ha pronunciado estas palabras: «La Historia me absolverá». Hemos decidido castigar a este elemento recalcitrante, a este renegado contrarrevolucionario, condenándolo a una celda de aislamiento, pero antes, ¡estas dos brigadas deben celebrar ahora mismo una reunión disciplinaria conjunta!

Los instructores políticos se marcharon para comunicar las órdenes del presidente Mao a otras brigadas, pero el capitán Gao se quedó para asumir el mando del procedimiento. Tanto Wang, el jefe de estudio de la brigada nueve, como Mao, nuestro jefe de estudio de la brigada ocho, se reunieron durante unos instantes con el capitán Gao.

No deseaba causar ningún perjuicio a Xu, pero reconocía la gravedad de estas acusaciones y sabía que tendría que participar. También me daba cuenta de que los jefes de estudio estaban preparando a toda prisa el orden del día de esta sesión. Imaginé que Wang y Mao, que trabajaban en estrecha colaboración con los capitanes, estaban recibiendo las instrucciones pertinentes y que, de algún modo, Dong Li ocuparía un lugar destacado en ellas.

Tras informar a los jefes de estudio, Gao convocó la reunión. El primer paso era que Xu confesara sus crímenes y, acto seguido, que criticara sus propias actitudes e ideas. Aún confuso ante todo lo que se le venía encima, Xu se detenía a menudo para tantear sus palabras:

—Es verdad que soy un malvado derechista —empezó declarando—, y he cometido muchos crímenes contrarrevolucionarios. El Partido Comunista me ha ayudado a reformarme, pero..., pero..., yo siempre he reconocido mis crímenes..., y siempre he tratado de rehabilitarme...

Mao, el jefe de estudio del grupo, cogió a Xu del cuello y le obligó a arrodillarse, gritando:

—¡Antes que nada, vamos a ayudarte a corregir tus actitudes! Agacha la cabeza y admite tu error. ¡Pide a Mao, nuestro gran timonel y presidente del Partido el castigo que te mereces!

En ese momento, un activista de la reforma que pertenecía al mismo grupo de Xu y que solía colaborar con la policía a cambio de algunos privilegios, se puso en pie y empezó a abofetear y dar patadas a la víctima. Se suponía que esta crueldad en el trato ayudaría al insubordinado a entender la naturaleza de sus crímenes. Ante mi sorpresa, observé que Dong Li permanecía sentado.

Otros dos miembros que deseaban impresionar al capitán Gao se unieron al ataque, increpándole a voz en grito:

—¡Abajo con el elemento contrarrevolucionario Xu Yunqin! ¡Se niega a rehabilitarse! ¡Prefiere cortar sus lazos con las masas revolucionarias! ¡Larga vida a nuestro gran timonel y presidente Mao!

Entonces, el resto de nosotros tuvimos que sumarnos al coro de voces para mostrar nuestro entusiasmo por la reunión disciplinaria y nuestra conformidad con la

acusación de que Xu era realmente un malvado elemento contrarrevolucionario. Si no demostrábamos que estábamos del lado del Partido, también nosotros seríamos criticados. El capitán Gao, que permanecía al margen, vigilando impasible lo que estaba sucediendo, parecía estar considerando que la paliza que Xu había recibido era ya suficiente lección:

—¡Dejadlo que se ponga en pie! —ordenó.

Los jefes de estudio y otros activistas regresaron a sus respectivos puestos en el kang, mientras el capitán Gao dio un paso para ocupar el centro de la habitación y se dirigió a Xu en voz baja:

—Xu Yunqin, el pueblo te ha oído decir que eres inocente y que un día la historia te exculpará. Si tu opinión es ésa, significa que el Partido ha cometido errores mientras que tú estás en lo cierto. Ahora dinos lo que hiciste en el colegio de educación secundaria en el que enseñabas en 1957. Que todo el mundo oiga alto y claro lo que dijiste e hiciste. ¡Que cada uno decida por sí mismo si mereces o no tu condición de derechista contrarrevolucionario!

A esas alturas de la sesión, la voz de Gao había adoptado un tono de fiereza estentórea. La obra aún no había llegado a su fin. Xu estaba indeciso, y el clamor de voces resurgió: «¡Habla!, ¡habla!, ¡confiesa! ¡confiesa!».

En tanto que reclusos, todos habíamos aprendido a mantener fresca en la cabeza la lista de nuestros crímenes para recitarlos en cualquier momento, junto con los datos personales de costumbre: nuestro nombre, lugar de nacimiento, y la clase social a la que pertenecíamos. Xu, que era un hombre alto, delgado e inteligente y que procedía de una familia de campesinos, nos dijo que había sido profesor de un colegio de educación secundaria en un pequeño pueblo al sur de Pekín y que, durante la Campaña de las Cien Flores, en la primavera de 1957, había pronunciado frases perniciosas contra el Partido Comunista. Hasta donde yo sabía, y después de haber oído a Xu contar una y otra vez sus crímenes en las reuniones de grupo que habíamos celebrado anteriormente, cuando cada uno criticaba por turnos sus errores del pasado, Xu nunca había merecido la etiqueta de derechista. Aparentemente, una vez nombrado profesor, se había opuesto al secretario del Partido de su colegio al manifestar un cierto sentimiento de superioridad con respecto a sus convecinos con menos estudios que él, pero el asunto no había pasado de ahí. En aquella época, las pequeñas rencillas y envidias personales solían convertirse en excusas para la acusación política, y Xu había sido tachado de derechista para cumplir con la cuota de enemigos contrarrevolucionarios que el colegio necesitaba.

Antes de que Xu pudiera terminar, Wang, el jefe de estudio, le interrumpió enojado:

—Los hechos prueban sin sombra de duda que eres un derechista contrarrevolucionario. No obstante, te obstinas en afirmar que la Historia demostrará tu inocencia. Todos pueden ver que te estás resistiendo a rehabilitarte. ¡Estás tratando de oponerte al veredicto del Partido!

Todos nos habíamos acostumbrado ya a esta lógica sin fundamento. El Partido Comunista era siempre «grande, bueno, glorioso e infalible»; así pues, el camarada Song, como representante del Partido, no podía estar equivocado con sus acusaciones y, por consiguiente, Xu estaba mintiendo.

Pero, con esta última acusación, la voz de Xu adquirió de pronto una mayor firmeza:

—Siempre he reconocido mis crímenes —insistió—. Y siempre he aceptado rehabilitarme.

—¡No!, ¡mientes!, ¡te vales de evasivas!, ¡niegas la verdad!

Los gritos arreciaron de nuevo con mayor virulencia. Entonces, varios de los reclusos activistas se pusieron en pie, dispuestos a castigar su obstinación y granjearse el favor del capitán Gao dando fervoroso cumplimiento a sus sugerencias.

Sin embargo, el capitán Gao intervino:

—Sería mejor que confesaras —insistió con un tono persuasivo—. La cuestión está clara. Si no confiesas ahora, no tendrás otra oportunidad. Volverás a ser acusado, ¡y las consecuencias serán más drásticas!

Xu guardaba silencio, con el rostro abrumado nuevamente por la confusión. El capitán Gao se sentó. Dong Li se levantó del kang con lentitud y presunción. Yo estaba convencido de que su intervención había sido concertada de antemano. Dong se aclaró la garganta y empezó su acusación:

—Durante algún tiempo, Xu se ha negado a rehabilitarse y ha rehusado reconocer sus crímenes contrarrevolucionarios. Siempre ha odiado al Partido Comunista. Hace tres días, en esta misma habitación, he oído gritar a Xu: «La Historia me absolverá». ¿No es cierto que lo dijiste, Xu?

Dong Li temblaba con la rabia de quien se cree en superioridad moral.

Xu giró levemente su cabeza inclinada y miró fijamente y con dureza a Dong Li y respondió con los dientes apretados:

—¡Yo nunca he dicho eso!

Acto seguido, Wang y Mao, los dos jefes de estudio, cogieron a Xu de los brazos. Esta vez Dong Li participó en la paliza, furioso de que Xu se hubiera atrevido a contradecirle en sus acusaciones. No podía estar seguro de si su indignación nacía del hecho de haberse puesto en entredicho su credibilidad o si, tal vez, veía en ello una puerta abierta para acercarse más a la policía, pero el hecho es que los golpes que recibió Xu lo dejaron tumbado en el suelo. Su cabeza chocó contra el borde del kang, y comenzó a salirle sangre de un corte por encima de la oreja.

El capitán Gao ordenó a un prisionero de guardia que esperaba junto a la puerta que se llevara a Xu a la celda de castigo. En ese preciso momento, Ao interrumpió el proceso, bajando del kang y caminando despacio hacia el estante donde dejábamos nuestros objetos personales. La reunión disciplinaria aún no había terminado y no estábamos autorizados a movernos por la habitación. Todo el mundo se quedó

mirando fijamente cómo Ao rompía la disciplina. Mientras entregaba un panfleto al capitán Gao, dijo con calma:

—Aquel día Xu Yunqin se sentó en el kang a leer un panfleto en voz alta. Yo era la única otra persona que había en la habitación. Le oí leer en voz alta el título: «La Historia me absolverá». Quizá Dong Li oyó la voz de Xu desde el pasillo y no se dio cuenta de que solamente estaba leyendo.

«¿Cómo puede atreverse a enfrentarse al capitán?», me pregunté, pero Ao tenía más cosas que decir:

—Este panfleto fue publicado por el Partido. El título está extraído de un discurso de Fidel Castro, el líder de la revolución cubana.

Ao se dio la vuelta y regresó a su puesto en el kang. Si hubiera pronunciado esas palabras antes con la intención de frenar el curso de los acontecimientos, se habría convertido sin duda en blanco de los ataques del Partido. No podía hacer nada para salvar a Xu de los ataques iniciales, pero podía tratar de influir en el castigo que le impondrían posteriormente.

Yo también había leído el panfleto que el Partido Comunista había publicado en 1962, poco después de la crisis de los misiles en Cuba, para informar al pueblo de la situación internacional. El capitán Gao pasó lentamente las páginas mientras decidía mentalmente qué decisión iba a tomar al respecto. Entonces Dong Li tomó de nuevo la palabra:

—Es cierto que el título de ese panfleto procede del discurso de Castro, pero también es cierto que el elemento contrarrevolucionario Xu se ha rebelado contra la clase campesina. Leyó el título en voz alta a propósito con la intención de declararse inocente. Lo que quería era acusar al Partido de cometer errores. ¡Es un enemigo del Partido!

El capitán Gao parecía haber perdido interés en este punto. Debió decidir que el problema no era tan grave después de todo, y que se trataba de otra mera rivalidad entre los perros de la jauría. Sin decir una sola palabra más, salió de la habitación. Cuando Dong Li siguió atacando a Xu, insistiendo en que debía criticarse a sí mismo. Ao bajó de nuevo del kang:

—La Historia nos juzgará a todos —dijo con voz pausada—, así que ¿por qué apresurarse a pronunciar sentencias ahora? Tal vez la Historia decida que Xu ha cometido un crimen y tal vez no. Dejemos que la Historia juzgue.

Aquellas palabras figuraban indudablemente entre «las frases prohibidas», las más peligrosas que podían pronunciarse porque ponían en cuestión la suprema autoridad e incuestionable infalibilidad del Partido Comunista. Nadie abrió la boca. Decidí aprovechar aquel momento para tratar de poner fin a la reunión antes de que surgieran más acusaciones:

—Dong Li —dije—, ¿qué te parece si vas a pedirle instrucciones al capitán Gao sobre la asignación de las tareas de mañana?

—¡No! ¡La reunión disciplinaria debe continuar! —gritó Dong Li—. Estamos todos aquí para reformar nuestras ideas. La lucha de clases es lo más importante. No debéis utilizar la producción como una excusa para debilitar nuestra tarea política.

—Entonces informaré al capitán Gao de que no me puedo hacer responsable del trabajo de mañana —repliqué enérgicamente, y me dirigí hacia la puerta.

Ao se levantó y dijo: «Voy al servicio». Unos cuantos reclusos siguieron sus pasos, y yo me marché para hablar con el capitán Gao. Cuando volví, Dong Li seguía sentado en el kang, mirando fijamente a Xu, con la cara congestionada por la rabia. Ao se había perdido en sus pensamientos. Dos de los compañeros del grupo le habían lavado la herida a Xu, y esperamos un rato por si había otro castigo, pero el prisionero de guardia nunca volvió a aparecer para llevarse a Xu a la celda de aislamiento. Me quedé dormido pensando en el valor que había demostrado Ao, y preguntándome cómo se las arreglaba para conservar un sentido de la justicia tan profundo en esas circunstancias.

15. Aislamiento

En 1963, casi la mitad de los quinientos derechistas que se trasladaron conmigo a la granja de Tuanhe en junio de 1962 habían sido ya «relevados» de sus obligaciones de reforma por el trabajo y transferidos a otra sección dentro del recinto de Tuanhe, donde seguían trabajando bajo vigilancia como prisioneros en reinserción o como «personal de servicios obligatorios». Aunque su nueva situación no les proporcionaba la ansiada libertad, al menos les concedía una serie de privilegios.

Disponían de una remuneración mensual y de la oportunidad de tener unos días de descanso cada quince días para salir de la granja e ir a un restaurante, comprar la comida que quisieran o ver una película. Para las comidas, estaban autorizados a ir a la cafetería, donde podían comprar sus propios platos de carne y verdura como cualquier otro trabajador. Y tal vez lo más importante para que olvidaran su condición de prisioneros era que no tenían que estar presentes en el recuento de final del día. Los restantes 261 reclusos que permanecíamos en los barracones del Número Dos contábamos, inquietos e impacientes, los días que faltaban hasta el 24 de mayo de 1964, fecha en la que se cumplía el plazo máximo de tres años al que habíamos sido condenados los derechistas y en que terminaba, por tanto, nuestra condición de prisioneros de reforma por el trabajo.

La sensación de tener un objetivo en el horizonte inmediato impulsó un nuevo espíritu de cooperación entre los reclusos. A medida que se acercaba el día de la liberación, éramos más educados unos con otros, y las riñas y discusiones eran menos frecuentes. Lu Haoqin, por ejemplo, estaba menos absorto en sí mismo y algunas veces ayudaba a los demás a completar su parte del trabajo, y hasta Dong Li dejó de buscar razones para denunciar a sus compañeros de prisión. Cuando teníamos tiempo libre, empezábamos a prepararnos para el traslado, anticipándonos ya a las visitas que haríamos dos veces al mes a los amigos o a los restaurantes de la ciudad. A pesar de las dificultades que tenía para manejar la pequeña aguja con sus torpes manos, Lo lavó y remendó su camisa. Otro compañero de la prisión escribió una carta que planeaba enviar a su mujer tan pronto como recibiera alguna noticia sobre su cambio de estatus.

Nos decíamos a nosotros mismos que la fecha estaba establecida desde 1961 y que no había que preocuparse por el hecho de que el Gobierno nunca hubiera anunciado una política oficial sobre la liberación de reclusos. Unos cuantos incluso albergaban la esperanza de que, con el cumplimiento de los tres años de sentencia, seríamos puestos en libertad sin restricciones, pero la mayoría de nosotros contábamos con que permaneceríamos en la granja de Tuanhe bajo la supervisión de la Dirección General de Seguridad. Pese a todo, podíamos confiar en que seríamos

tratados más como trabajadores que como prisioneros. Al menos, habríamos dado un paso adelante.

La noche del 23 de mayo, mientras aguardábamos a que el capitán convocara a los jefes de brigada para darles las órdenes de trabajo del próximo día, apareció en su lugar un prisionero de guardia, bastante nervioso, que traía una nota de la comandancia del campo. «La jornada de trabajo de mañana ha sido cancelada —leyó—. Mañana habrá un comunicado oficial.» Aunque había colaborado con la policía, él había sido condenado también como derechista, y estaba tan ansioso de noticias como el resto de nosotros.

Después del recuento final de reclusos de esa noche, me tumbé en el kang sin poder conciliar el sueño. Recostado junto a mí, Lu Haoqin daba una y otra vez vueltas sobre sí mismo. Me levanté varias veces a dar paseos y respirar el aire caliente de la noche. «¡Adentro! —gritaba el prisionero de guardia cada vez que uno de nosotros aparecía en la puerta del pasillo—. ¡Quedaos en el kang, no salgáis!».

Completamente despiertos desde muy temprano, devoramos nuestro wotou de la mañana, y regresamos al kang a esperar lo que nos deparaba el destino. Finalmente, a las diez de la mañana, la voz del prisionero de guardia resonó por todo el pasillo:

—¡Todas las brigadas al patio! ¡En formación!

Salimos a toda prisa y, nuevamente, tuvimos que esperar expectantes hasta que apareció el capitán Gao:

—El camarada Ning acaba de llegar del Cuartel General del batallón para deciros algo —anunció.

Aquellas palabras me animaron, porque, pensé, un capitán de compañía como Gao no tenía suficiente rango para comunicar la orden de liberación de los derechistas y, por tanto, se había delegado esa función en un oficial de más alta graduación.

—Hoy es 24 de mayo —empezó el administrador Ning barajando los papeles que llevaba en la mano—. Para todos los prisioneros que han cumplido el plazo de tres años, hoy debería ser el último día de su reforma por el trabajo. Todos habéis estado esperando este momento, pero aún no ha llegado ninguna orden de la Dirección General de Seguridad de Pekín. Debéis ser pacientes y seguir esperando. Hasta que recibamos una notificación oficial de vuestra puesta en libertad, seguiréis con las mismas ocupaciones que hasta el momento. Insisto en recordaros —añadió— que la reforma ideológica es una tarea de por vida. Espero que os sigáis esforzando en reeducaros y que os convirtáis en nuevos ciudadanos socialistas. ¡Romped filas!

Nadie se movió. Ao estaba a mi lado. Unos minutos más tarde, rompí el silencio:

—¿Qué significa esto? —le pregunté—. ¿Han ampliado la condena sin fecha de liberación?

En el rostro de Ao no se traslucía ninguna emoción.

—Por supuesto —dijo finalmente, con un leve rastro de sonrisa sarcástica—. Apenas debería sorprendernos, ¿qué otra cosa podemos esperar?

—Tienen que anunciar nuestra liberación hoy —gritó Lu Haoqin enojado nada más regresar a los barracones. Se sentó rígidamente junto a mí en el kang, con el rostro crispado por la decepción—. ¿Cómo pueden ignorar así nuestra sentencia? ¿Y qué ocurre con la ley?

—No grites —repliqué yo, asustado por el grado de angustia que mostraba—. Quizá... no sé qué ocurrirá..., pero no nos queda más remedio que esperar.

Rápidamente, me puse a pensar en algo para tratar de calmarlo.

—Dime, ¿qué habrías hecho hoy si te hubieran puesto en libertad?

—Me habría marchado inmediatamente a Pekín a encontrarme con mi novia —dijo Lu enfurecido—. No puedo dejar de pensar en ella. No puedo dormir por la noche. A veces pienso que está acostada junto a mí. ¿Y ahora qué voy a hacer?

Su voz sonaba desesperada.

—Sí —dije—. Ya sé que piensas en ella. Y todas las noches haces tus cosas bajo la colcha.

Él me miró:

—¿Cómo sabes eso?

—Porque todas las noches noto como te revuelves a mi lado y, además, dejas un montón de lamparones en la colcha.

Lu dejó caer su cabeza ligeramente:

—¿Es eso cierto? ¿Te despierto? No lo sabía. Es que sigo pensando en ella; no lo puedo evitar.

Las emociones de Lu siempre habían sido volátiles. Lo miré a la cara, preguntándome cómo ayudarlo a asumir esta última decepción.

—Si realmente la quieres —dije con firmeza—, déjala vivir en tu corazón. No malgastes tu energía. Si practicas demasiado esa actividad, te harás daño y, cuando te encuentres realmente con tu novia, lo lamentarás mucho.

—Pero no puedo controlarme —replicó Lu.

Ao había oído de refilón lo que hablábamos:

—Piensa detenidamente en esto —le dijo—. No necesitas darle tanto al manubrio.

—Además esa ocupación artesanal es ilegal —interrumpí yo con una broma fuera de lugar para aflojar la tensión.

Ao me miró directamente a los ojos:

—Darle al manubrio no va contra la ley —dijo.

Yo sólo quería ayudar a Lu, no debatir los fundamentos morales o legales del asunto. Y, un poco enojado, dije:

—¿De qué hablas? Si sigue así, enfermará.

—Eso es asunto suyo —añadió Ao con sencillez.

—¿Tú también lo practicas? —y me callé, irritado de que me hubiera reprendido.

—Yo no practico esas ocupaciones artesanales —respondió con calma—, pero creo que se trata de un asunto privado de Lu Haoqin. Tienes que comprender que no es más que una necesidad humana.

Los chinos acostumbran a creer que la masturbación drena la energía del cuerpo. Yo lo asumía como un hecho cierto, y sentía que, especialmente después de un desengaño tan serio, masturbarse tan a menudo debilitaría a Lu. Pensaba que estaba más pálido de lo normal, y me preocupaba que ya se estuviera resintiendo de sus esfuerzos.

Lu había sido siempre uno de los trabajadores más cualificados en los campos. Podía pasarse el día agachado, cortando trigo o plantando semillas en el barro, sin necesidad de pararse a descansar y agacharse con los codos sobre las rodillas, como hacían los miembros con menos resistencia de la brigada. Sin embargo, un día de la semana anterior, le había oído dar de pronto un gruñido y hacer una mueca de dolor.

—¿Qué ocurre? —le pregunté alarmado.

—Me caí ayer —respondió Lu vacilando. Yo me temía que estuviera dándole al manubrio en demasía.

La preocupación por Lu no dejó mucho espacio para mi propia indignación ante el flagrante desprecio que las autoridades habían mostrado por nuestra fecha de liberación. Nadie se molestó en hablar durante el resto del día. Nos sentamos cada uno por su cuenta, con su propio malestar, preguntándonos qué iba a ocurrir ahora.

Unos días más tarde, Ao se me acercó después de cenar.

—¿Qué piensas ahora de nuestras perspectivas de futuro? —me preguntó.

—No lo sé. Ya no pienso más en ello —repliqué yo.

—Y si no piensas en el futuro, ¿por qué te molestas en seguir viviendo? —inquirió Ao con rotundidad y sin expresión alguna en el rostro—. ¿Para qué vivir de cualquier manera?

—No lo sé —repetí—. Simplemente sigo viviendo, tal vez para conocer el final de la historia.

Más tarde, esa misma semana, durante la sesión de estudio, fui al lavabo y noté a Ao de cuclillas encima del desagüe, en el otro extremo de la letrina. Él no me había visto llegar. Miré por encima del hombro y vi que estaba evacuando la deposición más larga que había visto en mi vida; tenía tal vez unos quince centímetros de largo, y no se veía el final. Le di la espalda, y cuando me giré nuevamente y volví a fijarme en la forma de color rojo oscuro que aún le colgaba, me di cuenta de que era una almorrana.

Esperé a que Ao terminara meticulosamente de empujar con los dedos la almorrana en el recto. Luego se quedó largo rato con las manos apretándose los riñones.

—Hola —dijo al darse la vuelta para marcharse, sin ni siquiera sorprenderse al verme.

—Ahora ya sé cuánto sufres —le dije con voz grave y compasiva.

Este hombre tan valeroso como inaccesible me merecía un gran respeto.

—Sí —dijo con una sonrisa burlona—, tal vez demasiado. Quizá un día todo termine.

En junio, una buena parte de nuestras esperanzas de ser liberados al término de la sentencia de tres años se habían esfumado, pero la sensación de decepción nos seguía acompañando. Las semanas se fundían con los meses mientras plantábamos maíz, trigo, algodón y arroz; alimentábamos a los cerdos y a los pollos, y construíamos pocilgas y gallineros; cuidábamos de los árboles frutales y vendimiábamos. Sin motivos para pensar que nuestras condenas tendrían fin, luchábamos para que no cundiera el desánimo. Escribí a mi familia explicándoles las razones de que no me hubieran liberado el 24 de mayo. Ya entrado el verano, recibí una dura nota de mi hermano mayor. Tal vez había regresado a Shanghai y había leído las cartas que había enviado a mi familia a lo largo de esos años: «¿En qué estás pensando? —empezaba la nota—. La familia sufre, apenas tienen dinero para ellos, y tú les pides que te compren esa comida burguesa? —se refería a la petición que le había hecho a mi hermana dos años antes para que me enviara moluscos secos y judías amarillas—. Para nosotros es ya muy difícil seguir con nuestras vidas: nuestra madrastra ha muerto y nuestro padre ha sido tachado de derechista contrarrevolucionario. ¿Cómo puedes reformarte si aún sigues deseando llevar una vida burguesa? Todos hemos trazado una línea divisoria muy clara para separarnos de ti. Has de seguir las enseñanzas de Mao y esforzarte mucho para reformarte mediante el trabajo».

La frialdad de la reprimenda de mi hermano me hirió, pero la noticia de la muerte de mi madrastra me conmocionó. Desconocía el motivo de que ella no me hubiera escrito nunca porque, cuando se lo preguntaba a mi hermana, ésta siempre me respondía que se encontraba bien de salud. Unas semanas después de la carta de mi hermano, recibí también otra de mi hermana: «Me entristece decirte lo que ha ocurrido en nuestra familia: nuestra madrastra ha fallecido y nuestro padre es un derechista contrarrevolucionario. Sigue estudiando el pensamiento del presidente Mao, y esfuérzate en tu reforma». No tenía ni idea de qué había impulsado a mis hermanos a escribirme cartas semejantes. Tal vez habían esperado a que me liberaran para contarme la verdad y, tras enterarse de que la sentencia seguía en pie, habían decidido informarme acerca del estado de cosas en la familia. Puede que mi hermano pensara que yo seguía siendo incorregible y merecía que no me levantaran el castigo de la reforma por el trabajo, pero no tenía forma de adivinar lo que pensaba mi padre ni si compartía la opinión condenatoria de mi hermano.

La preocupación sobre mi familia me impidió concentrarme en las sesiones de estudio de aquel verano, en las que solíamos leer artículos del *Diario del Pueblo* acerca de la Campaña de Educación Socialista que, tras realizar un minucioso examen de la situación, había implantado las prácticas administrativas en las zonas rurales y las políticas educativas en las ciudades. Al parecer, los equipos de trabajo del Partido estaban librando una lucha de clases con el fin de erradicar «el revisionismo». Investigaban las acusaciones de corrupción y abuso de autoridad en los pueblos, así como el regreso de «la superstición» y otras «tendencias capitalistas» a algunas zonas rurales. Se habían enviado equipos de trabajo tanto a los colegios de

enseñanza media como a las universidades con el fin de examinar los libros de texto, los planes de estudio y los apuntes de clase de los estudiantes por si se detectaban indicios de ideas reaccionarias.

Dentro de la granja de Tuanhe, los debates ideológicos, la lucha de clases y los cambios de rumbo en la línea política del Partido Comunista parecían lejanos e irrelevantes. La última campaña no influía en absoluto en mi vida. Un año después, los contrarrevolucionarios arrestados en el pasado seguían olvidados.

En el verano de 1965, uno de los reclusos más jóvenes de mi compañía, un individuo llamado Gou Jie, empezó a sondearme acerca de la posibilidad de contactar con gente de fuera de las prisiones. Quería que se supiera que los derechistas seguían pudriéndose en los campos de reforma por el trabajo a pesar de haber cumplido ya sus condenas íntegramente. Guo se sentía frustrado por no poder ni siquiera enviar una carta a su madre explicando que no le habían soltado aunque el plazo había terminado. Su madre era miembro del Partido y también la directora del comité de residentes de la provincia de Jiangxi, y el capitán le había dado a entender que si un prisionero le enviaba una carta en esos términos podría perjudicarla. Sin embargo, Guo insistió en que no podía seguir soportando pasivamente la injusticia de nuestro encierro, y que deseaba llamar la atención sobre ello para que alguien le explicara a qué se debía esta situación que no tenía razón de ser.

Se empeñó en que yo le ayudara a escribir directamente al presidente Mao para indagar cuándo llegaría a su término el periodo de condena de los derechistas. Guo estaba cada vez más decidido a llevar esta idea a cabo, y no tardó en proponerme que escribiésemos también cartas al Comité Central del Partido Comunista y al Comité Municipal del Partido en Pekín. Probablemente alguien, razonaba él, comprendería la injusticia de nuestro castigo y empezaría los trámites para liberarnos. Yo pensaba que la idea podría generar buenos resultados, pero le pedí encarecidamente a Guo que se anduviera con cuidado con los términos que utilizaba en las cartas porque, casi con seguridad, rastrearían la procedencia de las mismas hasta el campo; y que, entonces, las personas implicadas tendrían que responder de sus acciones ante las autoridades de la prisión.

Otro amigo, Chen Quan, me había confiado en privado lo indignado que estaba por la prolongación de nuestro encarcelamiento, y yo le pedí a él y a otro viejo compañero de la brigada, que se llamaba Li, que se sumaran a Guo en la planificación de la escritura de las cartas. Además, consulté en privado a Zhao Wei, el antiguo editor de periódicos, cuya opinión valoraba. Zhao era seis años mayor que yo y un astuto observador en materia política. Durante varias semanas, cuando estábamos seguros de que no nos oía nadie, Guo y yo discutimos sobre el modo de enfocar nuestras apelaciones. Sin embargo, lo más importante ahora era no dar la impresión de que constituíamos «una camarilla reaccionaria», porque éste era el crimen más grave que podía cometerse en los campos. Un recluso que hiciera comentarios susceptibles de ser considerados contrarrevolucionarios se exponía a ser castigado,

pero si eran dos o tres personas juntas las que voceaban esa clase de ideas se les aplicaría un trato mucho más severo.

En realidad, Guo se responsabilizó de escribir las tres cartas: «Sabemos que la política del Partido relativa a los derechistas tiene como objetivo la rehabilitación de todos —comenzaba la carta—, y que se ha aplicado con considerable éxito. Bajo la dirección del Partido, hemos tratado de reeducarnos durante los años de reforma por el trabajo. Aunque no todos hemos logrado reformarnos íntegramente, algunos de nuestros compañeros ya han cumplido este objetivo con creces. ¿Cómo es entonces que no se ha liberado a ningún derechista desde el 24 de mayo de 1964?». En la línea inferior de la página, firmaba: «Un contrarrevolucionario derechista». Luego, aguardamos pacientemente a que se nos presentase la ocasión de enviar las cartas por correo sin levantar las sospechas de nadie.

Casi un mes después, un soleado domingo de septiembre en que disfrutábamos de uno de nuestros descansos quincenales, el capitán Gao me llamó a su oficina. «Llévate a tres personas contigo al canal a recoger melocotones», ordenó. Normalmente, me habría molestado el encargo de una tarea extraoficial como aquella, sabiendo como sabía que la fruta acabaría en las mesas de los capitanes, pero esta vez aproveché la oportunidad al vuelo para tener unas horas sin vigilancia. Sabía que Gao confiaba en mí, aunque rápidamente añadió: «Y llévate también al jefe de estudio».

A menudo había desbrozado los melocotoneros que flanqueaban uno de los tramos del canal de riego en el sector sur, y sabía que no había alambradas que impidieran el paso en esa parte de la granja. Había visto a los campesinos normales y corrientes faenando en los campos al otro lado del canal, y a los camiones que pasaban por las estrechas carreteras de la zona. También había reparado en un buzón de correos situado a casi doscientos metros de allí.

Aquel domingo, al regresar a los barracones, pedí a Guo y a Chen que cogieran cuatro cestas de mimbre y que me siguieran. Ellos comprendieron enseguida que había llegado el momento que estábamos esperando. Informé también a Fan Guang, que era nuestro jefe de estudios de la brigada, de las instrucciones del capitán Gao. Li se quedó en los barracones. Bajo la brillante luz del sol de otoño, vestidos con pantalones cortos, camisas sin mangas y sombreros de paja de ala ancha, los cuatro caminamos juntos durante un poco más de un kilómetro hasta llegar al canal.

Para demostrar mi buena disposición para cumplir las órdenes del capitán, yo me ofrecí a hacer el trabajo más duro: recoger los melocotones de las ramas superiores del árbol más alto. Luego, le dije a Fan Guang que trabajara en los árboles pequeños junto a mí, y envié a Guo y a Chen a hacer lo propio hasta el último extremo de la fila, allí donde estarían fuera del ángulo de visión de Fan. Les susurré que trabajaran durante una hora y que, luego, vadearan el canal con el agua hasta el pecho hasta la orilla opuesta, con sus camisas y zapatos embutidos en sus sombreros de paja. Calculé que llegar al buzón y echar las cartas les llevaría tan solo diez minutos. El

plan funcionó a la perfección. Sus pantalones se habían secado casi completamente cuando estuvieron de vuelta a mediodía con sus cestas llenas de melocotones.

La noche siguiente, después de cenar, formamos como de costumbre en el patio para el recuento de reclusos y las habituales admoniciones sobre el esfuerzo y la reforma por el trabajo, pero habían pasado diez minutos y el capitán Gao aún no daba señales de vida. Cuando salió de la oficina de seguridad, el administrador Ning estaba junto a él. Todo el mundo aguardó expectante, sabiendo que había surgido algún problema disciplinario. Entonces, Ning dio un paso adelante y sacó tres sobres de su cartera: «Quien haya escrito estas cartas sabe claramente lo que ha hecho. Después del recuento, debe presentarse a la oficina y explicar sus acciones. La política del Partido Comunista es indulgente con quien confiesa e implacable con quien se resiste. No necesito decir más. ¡Rompan filas!».

Guo Jie me susurró al oído al ponerse a mi lado: «¡Qué rápidos han sido! ¿Y ahora qué hacemos?».

Yo estaba asombrado con la eficacia de la Dirección General de Seguridad de Pekín. Las cartas habrían sido recibidas aquella misma mañana, y ya estaban de vuelta en el campo por la noche. Una vez en el kang, esperé nerviosamente a que me llamaran a presentarme a la oficina, pero no ocurrió nada. Fan Guang había desaparecido durante la clase de estudio, y era fácil suponer que las autoridades sabían que solamente nosotros cuatro habíamos tenido acceso al buzón del otro lado del canal. Habrían ordenado al jefe de estudios que redactase un informe completo y, simplemente, esperaban a que el resto de nosotros confesáramos.

En los campos, la principal forma de calibrar el éxito de la rehabilitación de un recluso es siempre su voluntad de «acercarse al Gobierno, informarse de los peligros que le acechan, y ponerlos en conocimiento de las autoridades». Quien cumpla esta norma es digno de ser elogiado y obtiene una serie de privilegios, tal vez incluso, la reducción de su condena. La concesión de estos incentivos resulta una medida persuasiva. Fan Guang, que rondaba los cuarenta y cinco años y era más bien enclenque, no disimulaba su convicción de que «acercarse al Gobierno» era la forma de garantizar su propio bienestar y supervivencia.

Antes de involucrarnos en el plan de redacción de las cartas, los cinco habíamos debatido sobre la postura que adoptaríamos en el caso de que llegaran a manos de las autoridades del campo, y habíamos decidido que no ganaríamos nada si lo admitíamos abiertamente. Traspasar los límites de la prisión y enviar peticiones a los máximos dirigentes de China eran considerados crímenes graves. Ahora que las cartas habían sido devueltas, éramos como cerdos en el matadero.

Alrededor de las diez de la noche del lunes, el prisionero de guardia apareció y ordenó a Chen que se presentase en la oficina de la brigada. Chen había sido uno de mis amigos más íntimos a lo largo del último año. Me había enseñado a jugar mentalmente al ajedrez chino cuando teníamos tiempo libre. El juego servía como una agradable diversión además de un método para fortalecer nuestra memoria. No

quería pensar en lo que le aguardaba a Chen. Él miró para otro lado cuando pasó junto a mi espacio en el kang.

El martes por la mañana, supe que también Guo Jie había sido convocado a presentarse en la oficina de su brigada durante la noche. Me marché a trabajar pensando en los interrogatorios a los que someterían a mis amigos. A mediodía, Zhao Wei vino corriendo hasta donde yo estaba, y se agachó para hablar conmigo:

—Tenemos que encubrir lo que ha pasado —dijo—. No podemos permitir que piensen que funcionamos como grupo. Guo Jie nunca confesará, pero Chen Quan es menos fuerte. Si revela que hay otras personas que conocían el plan de antemano, el capitán supondrá que hemos formado una «camarilla contrarrevolucionaria», y las consecuencias serán aún peores.

—¿Y qué podemos hacer? —le pregunté.

—Debes presentarte y confesar —afirmó Zhao con seguridad. Era obvio que había pensado mucho en el problema antes de decidirse a hablar conmigo—. Una persona en la celda de aislamiento es mejor que dos. Evitaríamos un perjuicio mayor.

No respondí. Sabía que Zhao tenía razón al asumir que liberarían a Guo y Chen si yo asumía la plena responsabilidad e insistía en que los demás no habían hecho más que seguir mis instrucciones. Sin embargo, durante los más de cinco años que llevaba en prisión, nunca había sido torturado o enviado a la celda de aislamiento, un espacio al que todos conocíamos como «el agujero», y reunir la generosidad necesaria para aceptar voluntariamente un sufrimiento extremo como aquél estaba fuera de mi alcance.

Al regresar de los campos aquella tarde, arreciaban los empujones que nos dábamos los reclusos que hacíamos cola para entrar en la sala de calderas, deseosos de beber un vaso de agua caliente y lavarnos después de la jornada de trabajo. Zhao se detuvo junto a mí el tiempo suficiente para susurrarme al oído:

—¿Te has decidido ya? —y, antes de que yo pudiera responder, continuó—: Es la única manera. Pensaremos un plan.

Sabía que él haría lo que pudiera para ayudarme a sobrevivir.

Durante la sesión de estudio de aquella noche, el prisionero de guardia gritó desde el umbral: «Wu Hongda, preséntate a la oficina de seguridad». Los miembros del grupo supusieron que me llamaban para encargarme las labores del día siguiente, pero yo sabía que era posible que no volviera nunca.

Sentados alrededor de una mesa, con el humo de sus cigarrillos suspendido en el aire, el capitán Gao, el capitán Wu y el administrador Ning levantaron la cabeza al verme esperar ante el umbral de la puerta. La diminuta oficina ya estaba demasiado llena para entrar.

—Infórmanos de lo que ocurrió la semana pasada en vuestro día libre, cuando fuisteis a recoger melocotones —ordenó Gao.

—Quiero confesar inmediatamente —dije nada más empezar, sin permitirme ninguna vacilación—. Fui yo quien envió las tres cartas. No tiene nada que ver ni con

Guo Jie ni con Chen Quan.

Tras un intercambio de miradas entre ellos, el capitán Gao me miró directamente a los ojos:

—Ya hemos investigado el incidente. Creemos que es improbable que tú lo hicieras, así que hemos puesto a Chen y a Guo en una celda de aislamiento para obligarlos a decir la verdad. ¿Qué más quieres decirnos?

Sabía que Fan Guang ya habría informado que había estado trabajando a su lado durante toda la mañana, mientras que Guo y Chen habían ido a los árboles más distantes. Pensando a toda velocidad, expliqué que Fan Guang había recogido melocotones en los árboles contiguos al mío pero que no había estado todo el tiempo en su ángulo de visión.

—Mientras Fang estaba ocupado, nadé al otro lado del canal —informé—. Me llevó solamente quince minutos echar las cartas al buzón.

El administrador Ning gritó al prisionero de guardia:

—¡Llama inmediatamente a Fan Guang!

Un rato después Fang apareció y confirmó que en algunos momentos me había perdido de vista mientras trabajábamos.

—¡Libera a Guo Jie y a Chen Quan! —bramó Gao—. Que regresen a sus brigadas, y di en la cocina que les pongan algo de comer. Mañana volverán a trabajar. Y mete a Wu Hongda en una celda de castigo.

Yo había visto muchas veces desde la distancia las diez celdas de aislamiento que se alineaban en el extremo sur del recinto de la prisión. Cuando el prisionero de guardia me llevaba arrestado, observé que había una pared de ladrillos interponiéndose entre el exterior y las puertas de barrotes. Al otro lado, un sendero de tierra bordeaba la fila de celdas. Allí, el prisionero de guardia que supervisaba esta sección me cogió del brazo, abrió una de las puertas de barrotes, me hizo agachar los hombros y me empujó adentro. Esperando que, una vez traspasado el umbral de entrada encorvado, podría erguirme, casi me desmayo del cabezazo que me di al chocar contra el techo de cemento en medio de la oscuridad. Los barrotes de hierro chirriaron contra el suelo cuando el centinela me obligó de una patada a meter los pies dentro, y la llave giró ruidosamente en la cerradura.

Palpando los contornos de la celda con mis manos, traté de mover mi cabeza hacia la entrada. La estructura medía alrededor de un metro ochenta de largo, noventa centímetros de ancho y unos noventa de alto, unas dimensiones un poco mayores que las de un ataúd. Olía a frío y a desagradable humedad. La noche estaba en calma, y yo no sabía si había reclusos ocupando alguna de las otras celdas. Me preguntaba si alguien podría oírme si gritaba. Agachado sobre mis cuartos traseros, traté de reducir el contacto con el frío suelo de cemento. Sin una mísera estera de paja en los pies, al cabo de un rato sentía ya un frío helador. Pese a todo, traté de concentrarme en planear mi confesión, decidido a salir de aquella jaula de cemento tan pronto como el capitán pasara su primera inspección. El hecho de que no me hubieran esposado me

daba alguna esperanza de que el castigo no fuese demasiado cruel. Logré dormirme haciéndome un ovillo y apoyando la espalda contra la pared.

Con las primeras luces del día, gateé para sentarme junto a la puerta de hierro. Salvo algunas piedras sueltas y la maleza que cubría el camino entre las celdas y la pared de ladrillo, apenas se veía nada. Si al menos hubiera podido divisar el cielo. Entonces, me acordé de los animales que había visto de niño en el zoo de Shanghai.

Al otro lado de la puerta, fuera de mi alcance, había un cubo de metal. Grité para que viniera alguien y poder aliviarme. Grité cada vez más alto y, luego, me puse a cuatro patas, con la espalda apoyada contra el techo, pero era difícil orinar así. Finalmente, me quité los pantalones y me senté en el suelo. El orín salió a chorros estrellándose contra los barrotes de hierro. Eso fue lo más destacado que hice durante mi primer día de cautiverio.

Durante el segundo día, esperé, pero nadie vino a traerme agua ni comida. Empecé a sentir punzadas en el estómago, y una sensación de pastosidad ácida en la garganta. Al caer la noche, me moví hacia un ángulo interior de la celda, tratando de escapar de la nube de mosquitos que se arremolinaban junto a la puerta. Mientras trataba de conciliar el sueño, una serie de confusas imágenes cruzaron por mi mente mezcladas con fragmentos de recuerdos de mi infancia.

Al tercer día, el prisionero de guardia llegó alrededor de las doce de la mañana. Aparentaba unos cincuenta años, y tenía un cuerpo robusto y un rostro de campesino carente de expresión.

—¡Wu Hongda! —me llamó.

—Sí —respondí, con una voz que ya sonaba desfallecida.

Él se agachó y se acercó a la puerta para escrutar dentro:

—¿Te encuentras bien?

Me acerqué gateando a los barrotes, como un perro:

—¿Cuándo me van a dar de comer?

—Normalmente es al tercer día. Ésa es la norma —respondió con una voz sin sentimiento alguno.

Me pregunté vagamente a cuántos prisioneros habría atendido.

—¿Puedes traerme agua?

No respondió, simplemente se puso de pie y se marchó.

Regresó el cuarto día por la mañana. Sin decir una palabra, abrió la celda y me dejó salir, y yo me arrastré hasta sus pies para aceptar un cuenco de agua. Bebí dos tragos y me tomé el resto a sorbos. Me preguntó si quería utilizar el cubo de metal. Tenía la intención de hacer de vientre y me puse de pie pero, por extraño que parezca, no logré derramar más que unas gotas de orina.

—Quiero confesar ante el capitán —le rogué.

—Informaré a las autoridades —me respondió al encerrarme de nuevo.

Volvió una media hora después con un cuenco de papilla de maíz y un trozo de nabo del tamaño de mi pulgar. Con manos temblorosas, bebí la papilla aguada,

arrebañando los costados del cuenco con el nabo. El capitán Gao apareció un poco más tarde.

—¿Qué querías decirme? —me preguntó, con un tono de voz casi informal.

Traté de hacer memoria de mi discurso preparado y expliqué con tono humilde que sólo quería informar al presidente Mao de nuestra situación y pedirle que pusiera fin a mis años de rehabilitación para volver al trabajo y ayudar a la construcción del socialismo.

—¿Y a eso lo llamas una confesión? —vociferó el capitán Gao—. ¿Acaso crees que no has cometido ningún delito?, ¿que puedes decidir cuál es la política del Partido y escoger adónde quieres ser enviado?

Se marchó a grandes zancadas. Aquella noche me trajeron otro cuenco de papilla.

Al quinto día de aislamiento me empezó a temblar la voz. Temía no sobrevivir al contacto permanente con el suelo frío de cemento. Había tratado de permanecer enroscado sobre mí mismo en una esquina, con el menor roce posible con el suelo, pero ya no me alcanzaban las fuerzas para aguantar más en aquella postura. Lo único que podía hacer era despatarrarme, dejando que el cemento absorbiera la temperatura de mi cuerpo. Por la mañana, cuando el prisionero de guardia me trajo otro cuenco de papilla y abrió la puerta, tuve que arrastrarme hasta la entrada para beber la sopa. No me quedaban fuerzas para salir afuera ni tampoco tenía necesidad de utilizar un cubo a modo de retrete. La orina me goteaba de vez en cuando por la pierna, pero había dejado de notar su humedad o su olor.

Al sexto día, cuando me trajeron el cuenco de papilla, dije con voz quebrada que quería confesar ante el capitán. Yo sabía que el plazo de confinamiento solía durar siete días, y pretendía disculparme ante el Partido y expresar mi arrepentimiento para que me liberaran. Pero el capitán Gao no apareció. Empecé a tener alucinaciones. Los recuerdos de infancia se entremezclaban con otras visiones. Me peleé con los niños del vecindario. Me colé dentro del Palacio de Verano de Pekín para pescar una carpa en el lago. Besé a Meihua durante las vacaciones de verano. Vi las manos blancas y esbeltas de mi madrastra.

El séptimo día por la mañana apareció el capitán Gao. El prisionero de guardia traía una banqueta baja para que Gao se sentara junto a la puerta de la celda. Logré arrastrarme hasta sacar fuera la mitad de la cabeza y los hombros.

—¿Has hecho progresos con tu autocrítica?

—Soy culpable —grité—. He cometido un crimen contra el Partido, un crimen contra el pueblo. No he seguido las instrucciones del Gobierno para rehabilitarme y, por eso, he cometido otro crimen. Le ruego al Gobierno que me absuelva, le ruego que me de una segunda oportunidad...

—Describe desde el principio de qué modo escribiste esas cartas —vociferó el capitán.

Explicué cómo me había llevado las cartas conmigo cuando había ido a recoger melocotones, cómo había hecho alejarse a Fan Guang, cómo había cruzado los

límites de la prisión para llegar al buzón que había al otro lado del canal. Me esforzaba por que mis palabras sonasen coherentes y enérgicas.

—Si quieres salir de esta celda hoy —amenazó el capitán—, tendrás que confesar que además de resistirte a reformarte, has conspirado contra el Partido con una camarilla contrarrevolucionaria. Confesarás cuál era el plan que habíais urdido entre todos. ¡No saldrás de aquí de otra forma!

Le dijo al prisionero de guardia que colocara otro cuenco de papilla junto a mi cabeza:

—Bébetela sopa, y después confiesa. Te advierto que la paciencia del Gobierno no es infinita.

Postrado a los pies del capitán Gao, me tragué la papilla. Sentí que me reanimaba un poco.

—Sé que he defraudado la confianza del Partido —confesé—. Prometo no volver a hacerlo de nuevo. Entiendo la sabiduría que encierran las enseñanzas de Mao. Soy un obstinado reaccionario, y debo reformarme aún durante mucho tiempo para llegar a convertirme en un verdadero socialista. Ruego al Partido que me dé una segunda oportunidad...

Una patada del capitán Gao me interrumpió:

—¡Deja de decir estupideces! Ya lo sé todo sobre vuestra camarilla contrarrevolucionaria. Te aconsejo que confieses lo que has hecho con tu grupo de obstinados reaccionarios si no quieres permanecer en la celda.

Y se marchó. El prisionero de guardia me empujó por los hombros hacia el interior de la celda, y se llevó la banqueta.

Agarrado a los barrotes, aullé:

—¡Ayúdame! Dile al capitán Gao que quiero confesar más. Dile que ruego al Partido que me dé otra oportunidad...

—Va contra el reglamento. Has perdido tu oportunidad. Yo sólo puedo comunicar las emergencias.

Oí cómo se alejaba. La oscuridad me envolvió y, por primera vez, supe lo que era la desesperación. Para aguantar hasta el séptimo día, había soportado el hambre, la sed, el frío; pero ahora me sentía completamente abandonado, tan insignificante como una hormiga en el suelo. ¿A quién le importaba si me aplastaba un zapato?

Mis pensamientos retrocedieron al momento de mi frustrado intento de confesión. Había admitido mi crimen, no había opuesto resistencia. Había implorado clemencia, pero no podía incriminar a mis amigos. Si ése era el precio de la libertad, moriría en aquella celda. Decidí que no iba a luchar más. La propia vida se había convertido en un tormento.

Al octavo día, por la mañana, el prisionero de guardia me encontró desmayado al fondo de la celda. No respondí cuando gritó. Unos minutos más tarde, me sacó a rastras hasta la puerta.

—¡Bébetela sopa! —me ordenó.

Pero yo no abrí los ojos. Ya no aceptaba su comida. Aparté el cuenco con la mano y la sopa se derramó encima del cemento.

—¡Vaya! —exclamó el centinela— ¡Ahora quiere dormir!

Se marchó a dar parte, y unas horas más tarde me trajo un segundo cuenco, pero yo no hice ningún movimiento. Aquella tarde volvió el capitán Gao:

—Es cosa tuya si quieres comer o morirte de hambre —declaró—. El Partido y el Gobierno no temen tu amenaza de suicidio.

Le oí alejarse, pero no abrí los ojos.

En la mañana del noveno día, oí la voz del capitán Gao junto a la puerta de la celda. Con los ojos entrecerrados, alcanzaba a ver que esta vez había traído consigo cuatro prisioneros más y un enfermero de servicio.

—¡Wu Hongda! —rugió—. Veo que te resistes al Partido y al Gobierno hasta el final. Quieres separarte para siempre del pueblo. ¡Sacadle de ahí!

El prisionero de guardia se estiró para arrastrarme hasta la puerta.

—La política del Partido es transformarte en un nuevo socialista. El Gobierno se considera responsable de ti. ¡Así que vamos a utilizar el humanitarismo revolucionario para salvarte de la senda de la muerte y evitar que cortes los lazos que te unen con el pueblo!

Entonces, los cuatro prisioneros me sujetaron en el suelo, y el prisionero de guardia, con sus robustas manos de campesino, me sostuvo la cabeza. El enfermero me metió un tubo de goma por las fosas nasales, empujándolo centímetro a centímetro. Sentí un dolor punzante que me quemaba por dentro y un sabor salado en la garganta.

—Ya basta —refunfuñó al empezar a verter con un embudo un líquido por el tubo de goma.

Aquella tarde no me levanté del suelo de cemento, y me tragué las gotas de sangre que me caían desde la fosa nasal hasta la garganta. El humanitarismo revolucionario del Partido Comunista me había salvado de la muerte.

En la mañana del décimo día, el capitán Gao apareció de nuevo. Seguía sin abrir los ojos pero, por las voces que había traído con él, adivinaba que se trataba de un grupo distinto de reclusos. Tal vez quería que otros se beneficiaran de esta lección de reforma —pensé, con la mente poco clara.

—¡Wu Hongda! —bramó el capitán—. ¿Has reconsiderado tu postura? ¿Quieres seguir distanciándote del pueblo o estás ya preparado para escoger el camino de la luz que llega con la confesión y la indulgencia que se recibe a cambio?

No respondí. Una vez más, el prisionero de guardia me sostuvo la cabeza:

—Hoy por el orificio derecho —dijo al introducir el tubo.

Esta segunda vez me pareció que me dolía menos.

Cuando los reclusos me soltaron los brazos y las piernas, sentí una ligera presión en la mano derecha. Me di cuenta vagamente de que alguien me había pasado un papelito a escondidas. No me moví. Cuando se marchó el grupo, y el prisionero de

guardia volvió a empujarme en la celda, desdoblé el papel y, enfocando con la vista, reconocí la caligrafía nerviosa de Zhao: «Adelante, confiesa. Solamente Guo y Chen. No tienes por qué sacrificarte». Hice una bolita con el papel y me lo tragué al instante. Cumpliendo su palabra, Zhao había ideado un plan para ayudarme.

En la undécima mañana, oí cómo se acercaban las pisadas y reconocí la voz del capitán Gao:

—Estoy listo para confesar —dije con un hilo de voz—. Y para comer.

—¿Y qué quieres confesar?

Traté de hablar, pero, a causa del dolor en la nariz y la garganta, las palabras me salían como un gruñido inarticulado. El capitán Gao le dijo al prisionero de guardia que me sostuviera la cabeza mientras tanto. El cambio de posición hizo manar un chorro de sangre de la nariz y la boca.

—¡Llévároslo de aquí! —ordenó Gao—. Que vuelva a su compañía, y dadle tres días para que escriba una confesión completa. Decid en la cocina que preparen una serie de raciones para enfermos. Si no lo confiesa todo, volverá a la celda.

El calvario había terminado. No pude moverme del kang en dos días. No se permitía a nadie mostrar compasión conmigo, pero podía leer la preocupación en los ojos de mis compañeros, que me ofrecían un sorbo de agua caliente o un trozo de wotou. Guo atrapó una rana en el campo y, la segunda noche, me trajo un cuenco con carne tierna y humeante. Poco a poco fui recobrando las fuerzas, asombrado de la resistencia de mi cuerpo. No odiaba a mis captores ni deseaba vengarme de ellos. Había salido con vida. Lo demás no importaba.

Antes de mi liberación, Guo y Chen ya habían tenido que superar dos reuniones disciplinarias y criticarse a sí mismos ante los miembros de su brigada. La policía creía haber manejado bien el caso y consideró mi confesión escrita como un mero trámite. Habían interceptado las cartas rápidamente, descubierto y castigado al cabecilla del grupo, impedido que se suicidara y, además, le habían arrancado una confesión completa. Dieron el caso por cerrado. Seis días después de salir de la celda de aislamiento, aún frágil pero recuperado en gran medida, volví al trabajo. Era el 17 de septiembre de 1965.

16. La damisela

El 7 de octubre de 1965, Chen Yi, el ministro de Asuntos Exteriores, se reunió en Pekín con periodistas extranjeros y nacionales para anunciar la firme determinación de China de derrotar al imperialismo de Estados Unidos. La historia copaba la primera plana del *Diario del Pueblo*: «Haremos cualquier sacrificio necesario para alcanzar este objetivo. Después de derrotar a Estados Unidos, el colonialismo y el imperialismo habrán desaparecido de la faz de la tierra, ¡y el comunismo habrá vencido!»..

Dentro del campo, sin acceso a otra información que no fuese la que publicaban los periódicos y panfletos del Partido Comunista, no nos extrañaba que bien pudiera ser ése el curso que tomara la historia. Tal vez el comunismo iba a triunfar en el resto del mundo, al igual que lo había hecho en China. Zhao y yo debatimos sobre nuestra preocupación ante las consecuencias que podría tener para nosotros, enemigos internos de la Revolución como éramos, la iniciativa de derrotar a los enemigos externos del país.

Aquella misma noche, una nota oficial del Cuartel General del batallón de la granja de Tuanhe anunció el traslado de veinticuatro derechistas de nuestra brigada de trabajo. No sabíamos nada sobre qué destino les esperaba, excepto que obtendrían la condición de prisioneros en reinserción o personal de servicios obligatorios. Li, Lo, Song y Ao estaban entre ellos. Lu Haoqin, Chen y yo nos quedamos en la brigada ocho. Al escuchar los nombres de los nuevos prisioneros en reinserción, noté que no se habían incluido en la lista a Zhao y Guo ni tampoco a Fan Guang. Todos sus esfuerzos para granjearse el favor de la policía habían sido en balde. Acogía con sentimientos encontrados el anuncio de la puesta en libertad de mis amigos. Por una parte, envidiaba la oportunidad que se les daba de obtener una mayor libertad, pero también sabía que este traslado clausuraba algunas de sus perspectivas de futuro.

En teoría, los prisioneros en reforma por el trabajo como yo al menos cumplíamos una condena establecida. Podíamos albergar una vaga esperanza de que algún día los jefes del Partido reevaluarían la política adoptada respecto a los líderes derechistas y darían por concluida la condena. Aunque fuese dentro de diez años, esperábamos abandonar algún día las prisiones y reanudar las vidas que habíamos dejado atrás. En cambio, obtener la condición de personal de servicios obligatorios clausuraba esa posibilidad. Una vez reinsertados, los ex convictos eran asignados con carácter permanente a una unidad de trabajo, probablemente en alguna región lejana, y vivían sus vidas en las tinieblas de un exilio interior.

Después de anunciarse la noticia, me puse a pensar que Ao y los demás recibirían regularmente un salario mensual, tendrían la posibilidad de comer diariamente en la cafetería y, en sus días libres, de llevar sus zapatos a arreglar o ir a un restaurante.

Pero también sabía que no podrían esperar nunca más volver a hacer una vida normal y corriente como el resto de la sociedad. No tendrían papeles para trabajar, de cupones para comprar grano, ni tampoco de vivienda. No tendrían forma de existir fuera de la red de granjas y empresas dirigidas por la Dirección General de Seguridad. Su puesto de trabajo obligado era una condena de por vida.

Pese a las decepciones, todos los reclusos del campo albergábamos secretamente nuestros propios deseos y ambiciones, porque hasta el más pequeño deseo podía impulsar y estimular la voluntad de vivir. Aun cuando le hubieran impuesto a uno veinte años de condena, tener un deseo proporcionaba la ilusión de que, cuando algún día todo aquello terminase, sería posible soñar con una fastuosa cena de pato laqueado, un apartamento amueblado confortablemente y, tal vez, un feliz matrimonio. Convertirse en un preso en reinserción te privaba automáticamente del privilegio de soñar.

Ao sabía que, pese a este cambio de decorado, las cosas no se modificarían sustancialmente. Percibiría un salario que sería la mitad del de un trabajador común, demasiado reducido para permitirse comidas caras en un restaurante. Seguiría viviendo en un barracón en vez de en un apartamento; y su trabajo seguiría siendo dictado y supervisado por la policía. Podría salir de la granja solamente en sus días libres y cuando tuviera un permiso para viajar. Y, aunque encontrara una campesina que quisiera establecerse con él en un dormitorio, no podría soñar con un matrimonio feliz ni con criar hijos sin que les afectara a ellos el estigma de su condición de ex convicto. Ganaría una cierta libertad, pero al mismo tiempo tiraría por tierra sus esperanzas.

Ao se las había arreglado mejor que la gran mayoría de nosotros para no renunciar a sus ideales. Su laúd, su tendencia a la reflexión, su rechazo a cualquier tipo de peleas, y su creencia en la justicia y en un trato justo le habían distinguido de los demás en todo momento. Me preocupaba cómo reaccionaría ante la perspectiva de pasar el resto de su vida realizando un trabajo manual, una vida pautada por las horas de comer, dormir y tal vez, ocasionalmente, la oportunidad de disfrutar del sexo.

A la mañana siguiente, antes de marcharse, Ao me llevó a un aparte. Tenía tan solo unos minutos para hablar mientras el resto de los prisioneros hacían los últimos preparativos para el traslado. Nunca le había visto tan abatido.

—Cuando lo único que te espera en la vida es la decepción, ¿por qué seguir existiendo? —me preguntó— ¿Por qué razón?

—No hagas esas preguntas —le dije bajando los ojos al suelo para evitar mirar los suyos—. Estarás mejor que yo: gozarás de más libertad.

—¿Cuánto mejor? —insistió—, ¿cuánto mejor en el futuro? Una vez tuve deseos de ver lo que me esperaba, deseos de libertad. Cuando lo único que te conceden es la reinserción, significa que ha llegado el final. ¿Qué más puedo esperar?

—Ao Naisong —le dije, adoptando un tono serio, y llevándole detrás del dormitorio donde, a lo largo de los tres años de amistad que habíamos compartido en

la granja de Tuanhe, habíamos conversado tantas veces sobre la amenaza de Taiwán y otros muchos temas prohibidos—. Permíteme que te cuente una historia personal.

En realidad, yo tampoco sabía por qué seguía viviendo. No tenía futuro por delante ni ninguna razón para no pensar en que lo único que me aguardaba era una lucha sin cuartel, con miseria y dolor. ¿Y qué otra cosa podía esperar? No lo sabía, pero quería inspirar algunos ánimos a Ao:

—Cuando era un muchacho, me peleé con un compañero de clase mayor y más fuerte que yo —empecé diciendo—. Me dio una buena tunda, pero contuve las lágrimas. Corrí a casa, y mi madrastra me dio unas palmaditas en la cabeza y me lavó la sangre de la nariz. Solamente entonces pude echarme a llorar. Recuerdo que mi madrastra me preguntó:

»—“¿Era mayor y más fuerte que tú?” —Le daba lástima.

»—“Sí —le dije, sorbiéndome las lágrimas—. No fue justo. Eran dos contra uno, porque su hermano le ayudó”.

»Mi padre se sentó a mi lado sin decir nada. Entonces, cuando yo esperaba que me ofreciera su compasión, me dijo:

»—“A mí no me importa si con quienes te has peleado eran uno o varios muchachos —dijo con firmeza—, pero quiero que sepas una cosa: ¿te has rendido?”

»—“No” —dije yo.

»—“Eso está bien —respondió orgulloso—. ¡No te rindas nunca. No importa lo que pase, nunca debes rendirte!”—Durante toda mi vida mi padre me enseñó a no mostrar debilidad, a no sentirme intimidado, y a no retroceder.

—No puedo responder a tu pregunta —le dije a Ao—. Tampoco sé por qué sigo viviendo, tal vez porque aún escucho a mi padre.

—Cuídate —dijo Ao, con una amarga sonrisa.

—No estaremos muy lejos el uno del otro —repliqué yo—. Tal vez nos veamos.

Esas palabras no nos engañaban a ninguno de los dos, pero yo quería mitigar la tristeza de la partida. Tratando de sonar optimista, cité un proverbio tradicional chino: «Dos peces atrapados en una red causarán un gran revuelo salpicándose con tal de salir con vida, pero, un día, regresarán al océano, y no se olvidarán el uno del otro».

Ao se dio la vuelta para dirigirse al camión que le esperaba. Traté de consolarme pensando que, tal vez un día, alguno de los derechistas que seguíamos confinados en los campos de reforma por el trabajo seríamos perdonados o «reformados». Tal vez algún día, de algún modo, se me permitiría retomar la vida que llevaba antes.

La presión de vivir un encierro prolongado, sin un final cierto, afectó a todos los miembros de las brigadas ocho y nueve después de que Ao y los demás se marcharan, pero a quien más trastornó de todos nosotros en aquel otoño de 1965 fue a Lu Haoqin. Quienes convivíamos estrechamente con él nos dábamos cuenta de que se habían agravado los problemas que ya tenía anteriormente. Se fue recluyendo más en sí mismo cuando estaba en el dormitorio y se mostraba apático durante el horario de

trabajo. Su conducta se había vuelto más errática, punteada por repentinos arranques de rabia y angustia, y por ideas delirantes.

Desde la primavera, me preocupaba ver cómo la incertidumbre había trastocado su mente y sus emociones. Una noche de abril, se volvió hacia mí en el kang, y me susurró:

—¿Sabes qué significa «follar por atrás»?

Le dije que ése era un pensamiento sucio y que no hablara sobre esas cosas. Luego, a la mañana siguiente, cuando me desperté antes de que el prisionero de guardia nos llamara, me encontré con la mano de Lu debajo de mi colcha. Se la quité de un manotazo y le dije que si no paraba, informaría a la policía.

Durante una parte del verano dio la impresión de que Lu había aceptado su situación pero, de pronto, en agosto, le pidió al barbero de la prisión que le afeitara la cabeza. Alguien dijo en tono de burla: «¡Qué preciosa monjita!». Al mirarlo, pensé que Lu tenía realmente una hermosa cabeza de mujer. Después de aquello, se quedó con el apodo de «monjita», pero a él no parecía importarle.

A finales de verano, la conducta de Lu se hizo más ofensiva hacia varios de nuestros compañeros de brigada. Yo trataba de no dar importancia a sus arrebatos y comprender sus necesidades. Llevaba siete años en prisión, y echaba de menos el sexo como nada en el mundo. Después de frustrarse nuestra liberación en 1964, Lu perdió toda esperanza de volver a reunirse con su novia y, ciertamente, perdió también el control sobre sí mismo. Me inspiraba lástima.

Entonces, un día a mediodía, mientras nos agachábamos para escabullirnos y descansar un rato bajo la sombra de unos arbustos en el canal, fuera de la vista del capitán, cambió bruscamente de expresión. Habíamos pasado la mañana plantando semillas de arroz. Levantó la mirada, inclinó la cabeza hacia un lado, y preguntó:

—¿Oye, no te parezco guapo? ¿No quieres amarme?

—¿Qué estás diciendo? —respondí, dando un paso hacia un lado mientras él trataba de abrazarme.

»Esto no me gusta. Tenemos que volver al trabajo —dije yo apresurándome en regresar al trabajo.

No quería tener nada que ver con los afectos de Lu. Un hombre debe comportarse como un hombre —pensé yo—, y una mujer como una mujer.

Unas semanas después de aquel incidente, durante las cuales Lu parecía haber recuperado el control de sus emociones, asignaron a la brigada ocho unos proyectos de construcción. Lu trabajaba con mayor energía y entusiasmo que antes. Al igual que yo, le parecía que construir pocilgas era una actividad menos monótona que desbrozar maleza en los campos o recolectar trigo. Algunas veces llevábamos ladrillos y madera; otras acarreábamos arena y agua para mezclarlas con cemento. Además de que nuestro trabajo era más variado, podíamos movernos también en parejas por la granja con los varaes para recoger los materiales de construcción. Esta movilidad nos dio una insólita sensación de libertad.

En noviembre, nos ordenaron que construyésemos una alta pared de ladrillos en paralelo con la carretera, justamente alineada con el límite de la entrada de la granja. La estructura serviría de pantalla para proteger a los prisioneros de las miradas de los curiosos y, también, proporcionaría una superficie considerable para que se pintasen sobre ella los fervorosos eslóganes revolucionarios, tan populares a finales de 1965 en los muros y edificios de toda la ciudad. Al comenzar el proyecto, Lu me acompañó a recoger algunos ladrillos viejos en una esquina abandonada de la granja. De pronto, me abrazó y trató de besarme.

—Está bien... —dijo, con una voz entre excitada y asustada, y su aliento caliente rozándome el cuello—. Te amo. Hazme el amor.

—¿Qué pretendes hacer? —le dije, alejándolo de mí con un empujón. A causa del sudor que le producía el trabajo, y a pesar del intenso frío que hacía en noviembre, Lu se había quitado su chaqueta acolchada y sus pantalones largos y, cuando cargaba ladrillos, llevaba puestos tan solo sus calzoncillos y una camiseta sin mangas. La piel de su hombro contra mi brazo era tan suave como la de una mujer y, sin poderlo evitar, el roce me produjo un rápido fogonazo de excitación sensual.

Dio un paso atrás y se quitó los calzoncillos:

—Déjame mostrarte —dijo, agarrando su pene y acariciándose.

Mi sentimiento se trocó rápidamente en irritación pero, cuando miré la expresión de Lu y su extremo sufrimiento, ya no estuve seguro de qué hacer. Me quedé mirándolo fijamente, confundido por mis propias emociones.

—Vamos, vamos —dijo Lu—. Jugaré contigo. ¡Tú eres mi hombre! Eres fuerte. ¡Te quiero!

—¿Pero qué pretendes? —le pregunté, asombrado incluso de oírme a mí mismo vacilar y hacerle una pregunta.

Por mi mente cruzó como un relámpago la impresión que me causó una vez que vi a un estudiante de mi colegio de secundaria vestido con un par de medias de nylon de mujer cuyas costuras negras se entreveían bajo sus pantalones. Especialmente después de la victoria del comunismo, la homosexualidad era considerada en China no sólo como una perversión, sino como un motivo suficiente para ser arrestado y encarcelado, y la idea de tener contacto sexual con hombres siempre me había dado asco.

Lu se metió el pene entre sus piernas y se las apretó para ocultarlo. Empezó a dar vueltas sobre sí mismo.

—¡Lo ves! No tengo. Soy como una mujer ¿Soy bonita, verdad? ¿Te gusto? Vamos, ¡hazme el amor! —dijo, acercándose más y tratando de bajarme los pantalones y toquetearme entre las piernas.

—Ponte los calzoncillos y deja ya eso —respondí—. Eres un hombre. Comportate como tal.

—¿Por qué? —preguntó, con una voz que se iba haciendo más aguda y femenina por momentos—. Ahora soy una mujer, una mujer bonita. ¿Lo ves? ¡Mira! —y se

quitó la camiseta y los zapatos— ¿No te gusto?

—¡No! —dije con un grito que me salió alto y áspero de la garganta— ¡Déjalo ya!

Trató de abrazarme de nuevo. Finalmente, gritándole que se detuviese, le di una bofetada. Se despertó. Sin decir nada, se puso su ropa, recogimos el varal y llevamos en silencio los ladrillos hasta el lugar de la obra.

Aquella noche, Lu me susurró al oído:

—Por favor, no se lo cuentes a nadie.

—Por supuesto —prometí, esperando que lograra de algún modo controlar sus vehementes deseos—. Sé fuerte —le animé—. Y mira hacia delante.

Sin embargo, la conducta de Lu fue haciéndose más imprevisible. Empezó a fumar cigarrillos sin parar, siempre que podía conseguirlos. Preguntaba a algunos si querían dormir con él o se plantaba detrás de alguien y le bajaba los pantalones. A veces, parecía tranquilo y lúcido y podía trabajar con eficiencia pero, de pronto, se deslizaba en lo que parecía ser casi un ataque de locura. Durante uno de sus periodos de estabilidad, le pregunté en qué estaba pensando cuándo pedía a otros hombres que tuvieran relaciones sexuales con él.

—Eso es lo único que quiero —respondió—. Es lo que necesito. He estado esperando durante tanto tiempo, y no creo que vuelva a tener contacto con ninguna mujer. Darle al manubrio me hace sentir a gusto y feliz. Es como aquella vez que lo hice con mi novia. Cada vez que me toco, pienso que estoy haciendo el amor con ella nuevamente. Siento su cuerpo en vez del mío, me olvido de todo. ¿Y por qué no? Algunas personas me dicen que debería avergonzarme, pero yo no estoy de acuerdo. No hago daño a nadie. Es asunto mío, y me gusta.

—Lu —le rogué, temiendo por el bienestar de este hombre que se había convertido en uno de mis mejores amigos—. Sé que es asunto tuyo, pero te ha perjudicado la salud. Te has debilitado. Ya no eres un trabajador fuerte como antes. Y eso me preocupa, porque seguimos estando en una situación difícil y te viene bien estar en forma. Además, es peligroso para ti. Si sigues así te castigarán.

—Lo sé —dijo con una voz fatigada—. Lo sé.

Quizá unos dos meses después, Lu me esperó en el kang después del desayuno. En su rostro se leía una expresión de desesperación:

—Estoy enfermo. Esta mañana no puedo ir a trabajar. Ya no quiero trabajar.

—Si estás enfermo, necesitarás permiso del capitán para quedarte en los barracones. Ésa es la única manera de que te excusen del trabajo. Yo no puedo hacerlo por ellos.

—Por favor —dijo—. Háblale en mi nombre. Ya no quiero trabajar más.

Yo tampoco quería trabajar más. Ninguno de nosotros quería, pero no teníamos elección. A menudo, tenía que reprimir mi propia rebeldía, disciplinar mi rencor y recordarme que había que ser paciente, esperar, obedecer, hasta que se produjera algún cambio, pero a Lu se le había acabado la paciencia.

Transmití la petición de Lu al capitán Gao:

—¡No! —vociferó—. Aquí todo el mundo va a trabajar como siempre. A Lu no le pasa nada. No está enfermo, finge que lo está. Ya he oído cosas sobre él. Vaya cara de corcho que tiene tratando de vender su sucio culo aquí. ¿Y tú estás tratando de ayudarlo?

Acordarme de la expresión atormentada de Lu me hizo perseverar.

—No, está realmente enfermo.

—¡Llámallo! —exigió el capitán—. ¡Llámallo!

Desconocía los motivos de Lu para no ir a trabajar aquel día, pero lo que sí sabía era que había habido mucha agitación junto a mí en el kang durante la noche. Seguí al prisionero de guardia hasta la habitación.

—¡Ay! —chilló Lu, retorciéndose cuando el prisionero de guardia trató de tirarle de los pies— ¿Estás tratando de violarme? —otra vez se había convertido en una mujer—. ¡Vamos, acuéstate conmigo!

Empezó a desnudarse.

—¿Qué pretendes hacer? —refunfuñó el prisionero de guardia—. ¿Haciendo tonterías, eh?

El capitán Gao apareció en la puerta:

—Está fingiendo de nuevo. ¡Dale una lección!

El prisionero de guardia le dio dos bofetadas en la cara y, una vez que cayó al suelo, le propinó varios puntapiés. Yo le sujeté el brazo, y Lu se escapó corriendo. Gao se quedó en silencio mirando.

—No hagas eso —advertí al prisionero de guardia con calma.

Pero entonces Lu regresó al kang, riendo y dando gritos, cogiéndose el pene con la mano.

—Soy guapa, soy joven. Quiero practicar el sexo con todo el mundo. ¡Venga!

Dos reclusos de servicio lo agarraron. Cuando se disponían a pegarle, intercedí ante el capitán:

—Ya ve que está realmente enfermo.

—¿Y tú qué sabes sobre eso? —preguntó Gao.

—Una vez quiso darse un revolcón conmigo —dije—. Así que sí lo sé. Esta persona no está bien.

El capitán miró su reloj.

—Que se quede aquí por hoy —ordenó.

Un centenar de prisioneros esperaban en el patio las instrucciones para la jornada de trabajo en el campo, pero antes de unirme a ellos, le advertí al prisionero nuevamente:

—Si cuando vuelva veo que le has pegado, será a ti a quién habrá que dar una lección.

Aquella noche, mientras desfilábamos en columnas de a cuatro en fondo, de regreso hacia el campo, me alarmé al ver varios cristales rotos en las ventanas de

nuestros barracones. Al oírnos llegar, el prisionero de guardia que había sido designado para custodiar a Lu Haoqin se acercó a mí.

—No lo pude controlar —dijo—. Lu volvió a quitarse las ropas y empezó a romper los cristales y a chillar con voz de mujer.

Corrí hacia nuestra habitación. Las colchas, almohadas y ropas yacían esparcidas por el suelo. Mientras tanto, los otros miembros de la brigada empezaron a increpar a Lu, que se pavoneaba por los barracones desnudo y apretando las piernas, provocando sexualmente a cualquiera que se le acercara. Les ordené que lo dejaran en paz y que se ocuparan de limpiar el desaguisado. Los dos capitanes se quedaron en el corredor observando el alboroto que se había armado. Me pareció oír que uno de ellos decía: «Estarán aquí enseguida».

Una media hora después, se oyó el chirrido de las ruedas de un todoterreno aparcando junto a nuestro edificio. Dos hombres uniformados aparecieron en la puerta y pidieron a los prisioneros de guardia que estaban esperándolos que sujetaran a Lu. Luego, le examinaron las pupilas, le tomaron el pulso y le hicieron un reconocimiento médico completo. Al principio, no se alteró, pero en cuanto lo dejaron libre, empezó a bailar de nuevo por la habitación y a ponerse en evidencia. Lu parecía haber perdido el contacto con la realidad.

Al oír el alboroto, otros dos hombres del vehículo todoterreno llegaron trayendo consigo lo que denominaban una «prenda de paz», un traje de una pieza, de tela gruesa, que constaba de una cremallera que se abría de la cabeza a los pies y unas cuerdas cortas para atar los brazos al torso, y otra más para los pies. Forzaron a Lu a embutirse en el traje, le ataron las manos y los pies para inmovilizarlo y, luego, le hicieron tragar una especie de medicamento. Los gritos cesaron. Lo recogieron y se lo llevaron a la habitación de los prisioneros de guardia.

Al día siguiente, cuando regresamos del trabajo en las huertas, Lu ya no estaba. El prisionero de guardia me dijo que había sido trasladado a otro campo. Le pregunté adónde.

—Tal vez a la fábrica de ladrillos de Yanqing, ¿cómo puedo saberlo? —fue la respuesta que me dio.

Yo había salido cuatro años antes, en 1961, de la fábrica de hierro de Yanqing, cuando la cerraron después del Gran Salto Adelante. Tanto la fábrica de ladrillo como las dos minas de hierro permanecían cerradas. Por el campo había corrido el rumor de que la Dirección General de Seguridad de Pekín seguía utilizando la fábrica de ladrillos como una instalación especial para alojar a los reclusos que no podían trabajar. Pero, según mis informaciones, en aquel lejano y montañoso lugar se confinaba especialmente a aquellos reclusos con facultades físicas o mentales mermadas. Sabía que debía ser un lugar terrible, y no imaginaba de qué forma Lu podría sobrevivir allí.

Pensé en Lu a menudo durante aquel invierno de 1965. En Tuanhe, trabajábamos por el día y teníamos reuniones de estudio político por las noches. Los periódicos

informaban de la evolución del Movimiento para la Educación Socialista en las zonas rurales, donde las masas estaban «desenmascarando» y «combatiendo» a los delegados políticos supuestamente corruptos de las aldeas. A mí apenas me interesaba lo que ocurría fuera; lo único que me importaba era la situación dentro de los campos de trabajo.

Empecé a envidiar cada vez más a los prisioneros a quienes, en los días de visita, sus parientes de Pekín les traían más víveres. Añoraba comer otra cosa que no fuese la dieta habitual a base de engrudo de maíz, panecillos calientes y sopa de verduras. Aunque me las arreglaba para robar verduras en los campos y, algunas veces, coger una rana o una serpiente, empecé a obsesionarme con las galletas, la harina de trigo y la carne que recibían otros prisioneros del exterior.

Una mañana, mientras cortaba la maleza en los campos de arroz, encontré un rato para, fuera de la vista de los guardianes, ponerme a charlar con un antiguo compañero de brigada llamado Wang, que había pasado al estatus de servicios obligatorios a principios de 1964. Wang, casi siempre tranquilo y eficiente, se había ganado la confianza de las autoridades, quienes le habían destinado a un puesto de controlador del suministro de agua de los campos. Era un trabajo especial, que requería pasear a solas por el campo para comprobar el estado de los pequeños canales y las acequias que irrigaban los campos de arroz. Los reglamentos prohibían que un trabajador en reinserción mantuviese conversaciones con un recluso en fase de reforma por el trabajo, pero Wang se las arreglaba de vez en cuando para pasarse un rato a verme e intercambiar información o, incluso, para pasarme un paquetito de galletas o caramelos. Aunque fuera poco, él quería ayudar de algún modo, compartiendo sus privilegios; y yo me sentía agradecido por su generosidad.

Después de su liberación, Wang se había casado con una campesina sencilla que vivía en su propia aldea y entraba y salía libremente de la granja de Tuanhe. Un día, le pedí a Wang que me ayudara. Estaba desesperado por conseguir algo de carne de fuera de la granja, y pensé que a él le sería más fácil conseguirla.

En la siguiente ocasión que se pasó a charlar conmigo en los campos me contó cuál era su plan. Su esposa estaba dispuesta a hacerse pasar por una de mis hermanas. Ésta, fingiendo ir de camino al noreste para realizar una inspección de calidad para su fábrica de altavoces en Shanghai, se detendría en Tuanhe para visitar a un miembro de su familia a quien llevaba un paquete de carne de regalo de parte de su padre. Wang conocía algo de mi pasado porque había visto anteriormente algunas fotografías de familia que guardaba en mis maletas junto con el resto de mis pertenencias, en el cuarto del almacén de la compañía de reclusos. Pensó que había suficiente parecido entre su esposa y mi segunda hermana menor para que no suscitara sospechas, y comprobó conmigo los detalles sobre la edad y el trabajo de mi hermana.

Unas semanas más tarde, en enero de 1966, el capitán me mandó llamar para que me presentara ante él:

—¿Cómo va tu reforma ideológica?

—Bien —respondí con cautela.

—¿Cómo está tu familia? ¿Tienes una hermana?

—Tengo tres hermanas —respondí, antes de decirle sus respectivos nombres.

Supuse que la esposa de Wang había solicitado ya una visita familiar. El capitán Gao me llevó a una pequeña oficina en el cuartel general de la compañía. Debido a que mi «hermana» había explicado que ella no podía interrumpir más que por unas horas su viaje de inspección a Shanghai, le habían concedido un pase especial que le permitía visitar a los reclusos fuera del horario regular. Detrás de la mesa, me esperaba una mujer joven con la cara cubierta por un pañuelo de gasa para protegerse del frío, y con la cabeza cubierta por una bufanda de lana. Cuando la miré a los ojos, vi que tenía una pequeña cicatriz encima del párpado y, por alguna razón, después de haber visto un par de fotografías de la mujer de Wang, estuve seguro que la mujer que tenía delante de mí era otra persona. Sin dejar de preguntarme quién habría venido en su lugar, la llamé por el nombre de mi hermana y asintió con la cabeza. A nuestro lado, había un centinela de pie, vigilando.

Para calmar a la mujer, que estaba nerviosa, le pregunté por el viaje y, luego, hice una serie de comentarios convencionales sobre mí mismo:

—Me esfuerzo mucho y hago lo que puedo para reformarme mediante el trabajo —declaré.

—Lo único que espera nuestra familia —respondió, como si me transmitiera un mensaje cifrado— es que te esfuerces, obedezcas las instrucciones del capitán y sigas las directrices del presidente Mao para convertirte en un socialista renovado. No puedo quedarme más tiempo, pero te he traído un poco de carne salada.

—No —fingí rehusarlo—. No lo quiero. Mis condiciones de vida son buenas. No necesito más víveres.

Todos los reclusos sabíamos recitar de memoria estas frases, conscientes de que éramos escuchados.

Como habíamos supuesto, el guardia terció:

—¿Qué dices? ¿Has traído diez *jin* de carne? Eso no es necesario en absoluto. Su familia debe tener presente que su hermano tiene que trabajar duramente para reformarse, y que se convirtió en un criminal porque llevaba una vida demasiado fácil. Así que no puedo permitirle que le dé tanta comida.

—Claro, no necesito esta carne —respondí yo, siguiendo con la farsa—. El rancho que nos dan es adecuado, y debo seguir trabajando para reformarme ideológicamente. Así que llévatela.

—No puedo tomar una decisión así —protestó mi hermana—. He traído el paquete porque nuestro padre así nos lo ha pedido.

—Tendrá que llevárselo —repitió el guardia.

—Pero yo no regreso a Shanghai —insistió ella—. Continúo el viaje de inspección que me ha asignado la fábrica para la que trabajo.

Finalmente, el guardia ofreció la solución esperada. Aceptó que me quedase con cinco *jin* de carne para mi propio consumo, y sugirió que él se quedaría con los otros cinco *jin* para llevarlo a la cocina de los capitanes. La visita terminó, y acompañé a la mujer hasta la puerta del recinto.

—¿Pero quién eres tú? —le pregunté cuando el guardia ya no podía escucharnos. Se quitó durante un instante el pañuelo que le cubría la cara y dijo:

—Mírame, y recuerda.

Y desapareció. Esperé a que Wang se reuniera conmigo en los campos para poder agradecerle su generosidad y preguntarle quién me había visitado en lugar de su mujer pero, unas semanas más tarde, supe que le habían trasladado a otro campo. No sabía por qué ni adónde. Aunque aquel dulce rostro me siguió acompañando, y me intrigaba saber quién era la mujer que había protagonizado aquel acto de extraordinaria bondad, no tenía forma de agradecersele ni de averiguar su nombre.

17. Revolución en la granja

El violento estallido de la Revolución Cultural a principios del verano de 1966 no tuvo consecuencias en la vida rutinaria de los campos de trabajo. En las calles de todo Pekín, en cambio, los «guardias rojos», una banda de fervorosos jóvenes adeptos al régimen, arrasaban los campus, ministerios, periódicos, estaciones de radio y colonias de viviendas, aterrorizando a todo el mundo. En la granja de Tuanhe, los días transcurrían como siempre: plantando el arroz y el trigo de otoño en los sembrados. Durante un periodo de tres meses, la prisión nos proporcionó un extraño refugio de la locura y la crueldad que se habían adueñado de la ciudad.

En aquellas semanas, los prisioneros que recibían cartas y visitas de sus familiares de Pekín hacían circular entre susurros las noticias que recibían sobre los jóvenes que cargaban su furia revolucionaria contra sus profesores y padres. Hablaban de que, en las calles, se habían visto algunas personas que, tras ser acusadas de ser «individuos reaccionarios recalcitrantes», habían sido humilladas, golpeadas y, en algunos casos, azotadas con gruesos cinturones; y que había otras a quienes les habían afeitado la cabeza o arrancado la ropa.

Traté de confirmar el alcance del salvajismo reinante leyendo lo que publicaba el *Diario del Pueblo* en los meses de junio y julio de 1966, pero lo único que saqué en claro es que había comenzado un grave enfrentamiento entre dos sectores del Partido; que el presidente Mao apoyaba a las masas revolucionarias; y que había dado instrucciones para erradicar a los «cuatro antiguos»: el pensamiento antiguo, los usos antiguos, las costumbres antiguas y la cultura antigua. En agosto, leí que el propio presidente Mao se iba a dirigir a las decenas de miles de guardias rojos desde el palco instalado en la plaza de Tiananmen, alentándolos a diseminarse por toda la nación, avivar las llamas de la revolución y acabar con los vestigios del privilegio, la corrupción y el revisionismo. Mientras tanto, los visitantes que llegaban a la prisión traían noticias de que se habían desfigurado las estatuas y efigies de los templos budistas, los monumentos confucianos, y los museos y cementerios; que se habían saqueado las casas y que se habían embargado propiedades personales, todo ello dentro de la lucha sin cuartel por erradicar de la nación la influencia perniciosa de su pasado burgués.

De hecho, yo estaba más preocupado por la exacerbación del conflicto con Vietnam y por el enconamiento de las tensiones con la Unión Soviética que por el furor político en el interior del país, porque si estallaba una crisis política internacional, la situación de los prisioneros políticos podría verse agravada. Temía que, si se ponía en peligro la seguridad de la nación, las autoridades redoblarían las medidas de control en el interior de los campos de trabajo o, incluso, decidirían ejecutar contrarrevolucionarios para eliminar a los enemigos políticos internos.

Las informaciones que corrían en Tuanhe sobre el terror que se respiraba fuera de los campos me dejaban bastante indiferente. Me había acostumbrado tanto a la violencia y la crueldad que incluso las historias más escalofriantes me hacían sentir como si estuviese contemplando un fuego desde el otro lado del río. El sufrimiento de los demás había dejado de interesarme. Hasta la noche del 17 de septiembre me importaban poco las luchas intestinas entre los dos bandos o el castigo a los elementos reaccionarios, pero aquella noche, después de cenar, un grupo de veinte guardias rojos irrumpieron como un vendaval en el recinto penitenciario gritando eslóganes como: «¡Está bien rebelarse! ¡La revolución no es un banquete! ¡Debemos seguir las enseñanzas de nuestro gran timonel y presidente del Partido Mao! ¡Acabemos con el revisionismo!».

Los rebeldes se reunieron frente a la oficina de los capitanes de policía, con el puño en alto y los rostros cargados de ira. Su líder gritó con voz quebrada al capitán Gao: «¿Quién es el prisionero que más se resiste?». Congregados en el patio iluminado por los reflectores, todos los reclusos de mi brigada nos quedamos firmes, atentos a ver que sucedía, mientras los jóvenes militantes, vestidos con chaquetas del ejército de color caqui y brazaletes rojos, nos lanzaban miradas desafiantes.

Aunque hubiera querido protegernos, el capitán Gao no podía permitirse desobedecer en aquel momento las instrucciones de la vanguardia revolucionaria del presidente del Partido. Tenía que ofrecerles una víctima para aplacar su furia. Tras una breve pausa, señaló a un prisionero con gafas y rostro anguloso que estaba situado a unos pocos metros de mí:

—Ése de ahí sigue resistiéndose a la reforma.

—¡Traedlo aquí! —ordenó el jefe de los guardias rojos.

Conocía a Xiu, el chivo expiatorio designado, desde hacía más de tres años. En su época de libertad, había trabajado como ingeniero civil en la Empresa de Diseño de Construcciones de Pekín. A lo largo de los años, su impasibilidad ante la crítica y su negativa a implicarse con otros prisioneros le habían granjeado la reputación de testarudo. Mayor que yo y no muy dotado para el trabajo físico, Xiu había hecho poco en la granja de Tuanhe para resultarles útil a las autoridades.

Dos guardias rojos condujeron a Xiu a empellones hasta el patio, donde le ataron las manos a la espalda. Otros tres empezaron a golpearlo con los puños cerrados y a azotarlo con sus gruesos cinturones de cuero. Sus gemidos de dolor resonaron en el patio durante un rato y después se derrumbó inconsciente en el suelo.

—¡Ésta es una acción revolucionaria! —gritó uno.

—¡Volveremos!

—¡Si os negáis a reformaros, el castigo será la muerte!

—¡Larga vida a la gran Revolución Cultural y Proletaria del presidente Mao! ¡Larga vida a nuestro líder y presidente Mao! —corearon al unísono.

Nosotros repetimos las consignas mecánicamente hasta que se marcharon para proseguir, al parecer, su lucha revolucionaria en otras partes del campo de trabajo.

Vi a Xiu moverse ligeramente en el suelo. Por la frente le resbalaba un hilo de sangre. Varios de los miembros de su brigada lo recogieron y lo llevaron hasta los barracones para curarle las heridas.

Hasta ese momento no me sentí atemorizado por la Revolución Cultural. Siempre había creído que mi situación como prisionero con una sentencia indefinida no podía empeorar más, pero, tras ver a Xiu golpeado tan salvajemente, incluso esa siniestra ilusión acabó hecha añicos.

Más tarde, mis compañeros de brigada expresaron distintas opiniones acerca de qué clase de acción deberíamos adoptar para salir al paso de las amenazas lanzadas por los guardias rojos de cometer otras acciones revolucionarias. Algunos pensaban que deberíamos escaparnos dado que la Dirección General de Seguridad de Pekín, desestabilizada por los militantes en sus propias filas, estaba sumida en una situación caótica y había perdido el control de las calles de la ciudad. Otros eran de la opinión de que, si volvían los guardias rojos, debíamos defendernos de algún modo porque, después de años de trabajo físico, no nos iba a costar mucho pararles los pies a estos muchachos sin experiencia. Otros decidieron que sería mejor acercarse a la policía, confiando en que, mostrando un mayor deseo de cooperación, la policía no estaría tan dispuesta a entregarnos a los guardias rojos si éstos regresaban.

Aproximadamente una semana más tarde, los capitanes de policía anunciaron algunas medidas para erradicar del campo aquellas posesiones que fuesen «viejas» o «reaccionarias». Me dijeron que tenía que entregar mis libros.

Poco después de mi arresto en 1960, el Instituto de Geología me había remitido todos mis libros y apuntes de clase. Esos textos me habían seguido de campo en campo, junto con ropa que no utilizaba, dentro de una gran maleta de cuero, de un bolso de mulotón y de un pequeño baúl de madera, que me había llevado conmigo cuando me marché de Shanghai en 1955. Cada vez que llegaba a un nuevo campo, eran arrumbados en el correspondiente cuarto del almacén de la compañía a la que me asignaran. La policía guardaba la llave de la puerta, y yo guardaba las llaves de mis propias maletas y, una vez al mes, por lo general en nuestros días de descanso, el capitán abría la puerta para que pudiéramos acceder a nuestras maletas y cajas, y sacar ropa de repuesto o, simplemente, para que echáramos un vistazo a nuestras pertenencias.

Temía que, si se los entregaba, fuesen reducidos a cenizas en una vasta pira de objetos «reaccionarios», así que, además de mis textos de geología, les di a regañadientes el diccionario chino-inglés que poseía; pero no quería ver arder mis clásicos favoritos de la literatura. En aquel verano de 1966, me arriesgué a salvar de la hoguera un pequeño lote de libros. Para llevar a cabo mi plan, pedí una pala y un trozo de envoltorio de plástico al recluso encargado de nuestras herramientas de labor, que era mi amigo. Después, hice un paquete muy apretado con mis traducciones al chino de Shakespeare, Tolstói, Victor Hugo y Mark Twain, y, la noche antes del registro, lo enterré cerca del cobertizo de la compañía. La policía supuso

que, por nuestra propia protección, entregaríamos voluntariamente todos los materiales que pudieran incriminarnos, y no hicieron un registro en profundidad. Las escasas obras de literatura occidental que poseía permanecieron escondidas en un lugar seguro durante más de un año.

La propagación de la violencia de la Revolución Cultural dentro de la granja puso los nervios de punta a todo el mundo. Aquellos prisioneros que se esforzaban más para demostrar los buenos resultados que la reforma había obrado en ellos pedían permiso para lucir los distintivos revolucionarios como si fuesen símbolos de su lealtad política a Mao. Sin embargo, no consiguieron su propósito. Nuestro instructor político había decretado que los derechistas éramos enemigos del pueblo, no miembros de las masas revolucionarias. Por tanto, no teníamos derecho a reivindicar a Mao como nuestro caudillo ni a portar los distintivos con su imagen en nuestros sombreros ni en las solapas de nuestros abrigo. En tanto que enemigos de la revolución, teníamos que estudiar las obras del presidente Mao con aun mayor diligencia que los ciudadanos comunes y corrientes, afirmaba él. Algunos prisioneros memorizaron rápidamente las palabras del presidente, pero yo me atascaba con frecuencia cuando recitaba los pasajes más largos de sus obras, y el jefe de estudios me criticaba sin cesar por no tomarme en serio mi reforma ideológica. Al parecer, sólo podía acordarme fácilmente de las palabras cuando éstas adquirían cierta musicalidad.

Después de la paliza que había recibido Xiu, la policía estaba también más recelosa y precavida ante la posibilidad de que los guardias rojos pudieran volver y hacerles responsables de cualquier infracción en materia de seguridad en la prisión, incluso en el caso de una acción revolucionaria. Nadie quería cometer un error político. Al igual que nosotros, las autoridades estaban al acecho y vigilantes. A medida que pasaban las semanas, yo empecé también a percatarme de que la policía de Tuanhe se había visto envuelta en un conflicto entre facciones. Cuando nos supervisaban en los campos, llevaban los brazaletes rojos en los bolsillos, listos para ponérselos en cuanto tuvieran que demostrar su propia adhesión revolucionaria. Un día, me acerqué a uno de los delegados políticos para hacerle una pregunta sobre la distribución de tareas, y él me advirtió que no siguiera las instrucciones de un determinado capitán de policía.

Al notar la hostilidad en la voz del delegado, di por sentado que cada uno de los capitanes afrontaba sus propias presiones y sus propias reuniones disciplinarias, y decidí moverme con más cautela para evitar verme involucrado en un conflicto interno entre las diversas facciones de los guardias.

Unas semanas más tarde, el salvajismo de la Revolución Cultural irrumpió de nuevo en el campo por segunda vez, en esta ocasión en el seno de nuestras propias filas. Una noche de octubre, un capitán de policía interrumpió nuestra sesión de estudio para convocarnos a una reunión disciplinaria. Por la expresión de su rostro era fácil deducir que algo grave había sucedido. Se había producido un «incidente

contrarrevolucionario», declaró a voz en grito: cuatro brigadas, con unos cuarenta y cinco reclusos, habían invadido uno de los dormitorios grandes. Tras marcharse el capitán de policía, en la habitación, frente a nosotros, quedaron dos derechistas, a quienes conocía vagamente, sujetos con los brazos atados a la espalda y la cerviz doblada hacia delante por otros cuatro reclusos derechistas. Ésta era la dolorosa postura del «avión a reacción» utilizada para torturar a los supuestos enemigos durante la Revolución Cultural. Tuvimos que contemplar horrorizados cómo empezaron a golpearlos con saña, a darles patadas y a gritarles para que confesaran: «¿Tenéis calor?», se mofaba uno de ellos al ver el sudor que resbalaba por el rostro de sus víctimas. Luego, dos de los activistas desnudaron a los dos impotentes reclusos, y uno de estos últimos, hostigado por los demás, se desplomó en el suelo.

«Está haciéndose el muerto —gritó un activista—. Voy a ayudarle a levantarse.» Salió corriendo en dirección al taller de herramientas y regresó con una cuerda en la mano. En un abrir y cerrar de ojos, colgaron a las dos víctimas por las muñecas de una viga del techo. Alguien llegó con un cinturón húmedo y empezó a azotar a uno de los hombres, contra el cual yo sabía que tenía una rencilla no resuelta. Entonces, los activistas, presos de la excitación, afirmaron que estos dos hombres formaban parte de una camarilla contrarrevolucionaria. Dong Li gritó un tercer nombre, después, un cuarto; y, enseguida, varios hombres se apresuraron a ir a buscar a los supuestos cómplices. Observé que Dong Li, fiel al estilo que le caracterizaba, cumplía con su función de perro ladrador no mordedor.

En ese momento, me escabullí por la puerta de atrás y me dirigí a la oficina de seguridad en el edificio contiguo. Sabía que, de hecho, los dos acusados estaban conectados, y quería desbaratar la reunión como fuese. Dos hombres trataron de frenarme, gritando que no podía salir de la habitación, pero aduje que era el jefe de mi brigada de trabajo, que iba a informar a la policía y que no tenían autoridad para impedírmelo. Delante de la puerta, en la oficina del capitán, sin tener ni idea de lo que iba a decir, vacilé un momento, y decidí entrar en la letrina reservada a los policías y vetada a los prisioneros para pensar por un instante cuál era el modo de impedir que la violencia se extendiera. Dentro, me encontré con el cuarto hombre al que se había acusado de ser cómplice de los dos que estaban siendo hostigados. Se trataba de un antiguo profesor de historia rusa de la Universidad de Pekín. Estaba muerto de miedo y me hizo señas de que guardara silencio.

Fui a la oficina de seguridad y golpeé con los nudillos en la puerta.

—¡Informe! —dije ahuecando la voz.

—¿De qué se trata? —respondió uno de los capitanes, y, al levantar la vista, añadió—: más tarde hablamos de la distribución de tareas.

—Tengo una información —insistí.

—¿De qué se trata?

—Alguien se ha escapado —afirmé con tono de alarma.

—¿Quién? —dijeron a la vez los tres capitanes poniéndose en pie. Era un asunto grave.

—Fan Ming —respondí; que era el nombre del profesor de ruso.

Los capitanes corrieron hasta el dormitorio donde se celebraba la reunión disciplinaria y ordenaron que todos los reclusos formaran inmediatamente para un recuento. Tal como había denunciado, comprobaron que Fan Ming faltaba.

—Ahí está el condenado —vociferó el capitán al ver aparecer a Fan Ming, que en ese momento doblaba la esquina del dormitorio.

—He salido de la reunión disciplinaria solamente para ir a la letrina —explicó en voz baja.

Se disculpó por haber utilizado el baño de la policía, pero dijo que era el que estaba más próximo. El capitán le echó una sonora bronca y, luego, nos mandó romper filas. El frenesí de la violencia había terminado. En los seis años y medio que llevaba en los campos había visto muchas veces tratar cruelmente a los reclusos, pero nunca con tanta saña.

Hasta el día siguiente no me enteré de los supuestos crímenes de los que acusaban a los dos hombres. Se decía que el primero, que se llamaba Guo, había escrito eslóganes contrarrevolucionarios en un paquete de cigarrillos durante la clase de estudio de la noche anterior. Dong Li, que estaba sentado junto a él en el kang, afirmaba que había observado a Guo escribiendo en caracteres minúsculos el eslogan «ABAJO EL PRESIDENTE MAO». Dong Li había cogido inmediatamente el paquete de cigarrillos y se lo había llevado corriendo al capitán de policía para denunciar al autor de la frase. El segundo recluso al que acusaron y golpearon se llamaba Wang, y era un compañero de mi propia brigada que había salido detrás de Dong Li para impedir que denunciara a su amigo. Wang, que era una persona muy digna de confianza y siempre trataba de ayudar a los demás, había advertido a Dong Li que se anduviese con cuidado con lo que hacía si no quería sufrir las consecuencias. Dong Li, por su parte, había acusado a Wang de simpatizar con un acto contrarrevolucionario. De hecho, otro miembro de la brigada explicó que Guo solamente había escrito los eslóganes «LARGA VIDA AL PRESIDENTE MAO» y «ABAJO LIU SHAOQI» como una forma de pasar el rato, pero que en el paquete de cigarrillos los diminutos caracteres de ambas consignas aparecían mezclados. Comprendí que la policía consideraba que no era una prueba muy contundente porque, en vez de hacerse cargo ella misma de la investigación y del castigo correspondiente, había dejado que fueran los propios reclusos quienes celebrasen la reunión disciplinaria por su cuenta.

Me pareció que ese caso de castigo cruel infligido por los propios reclusos era aún más impresionante y horrible que el que habían protagonizado los jóvenes fanáticos, imbuidos del espíritu de lucha de la revolución. Después de aquel episodio, me esforcé más para dejar de pensar y de sentir. La tragedia se había convertido al parecer en moneda corriente, y la supervivencia era una incógnita. No me dedicaba más que a trabajar, comer y dormir.

A finales de octubre, tras el encuentro con otro de los prisioneros en reinserción que trabajaba como controlador del agua, un día frío y despejado de otoño, desperté de mi letargo. Al levantar la vista mientras me ocupaba en reparar un canal, mis ojos se cruzaron con la mirada de mi amigo Wang, que inspeccionaba las acequias próximas. Buscándome con la mirada, agitó su sombrero de paja para darse aire, una señal de que quería hablar conmigo. El capitán que supervisaba nuestro trabajo estaba lo bastante cerca para escuchar la conversación.

—¡Hola! —saludé en voz alta a Wang—. ¡Controlador de agua! Aquí se ha abierto una gotera, ¿puedes arreglarla?

Wang se acercó y se puso a trabajar con la pala:

—En la próxima película —susurró—. Treinta minutos después de que empiece. Detrás de la pantalla —y alzando la voz de nuevo—: Así está bien, aguantará. Si vuelve a gotear, llámame.

Lo miré alejarse a grandes zancadas, cruzando la explanada de los sembrados.

Dos semanas más tarde, el prisionero de guardia anunció la película que se iba a proyectar por la noche: *La batalla del túnel*, una descripción heroica del Octavo Ejército que condujo al pueblo chino a levantarse contra los invasores japoneses durante la guerra sino-japonesa. En Tuanhe, veíamos una película al mes en la era, y ésta ya la había visto anteriormente varias veces. Cuando se hizo de noche, escogí un lugar en el suelo y me mezclé con mis compañeros, no lejos de la delgada sábana blanca que, desplegada entre dos postes y ondulando al frío viento de otoño, hacía las veces de pantalla. No tenía la menor idea de si Wang vendría ni de por qué había tomado tantas precauciones para concertar aquella cita.

Exactamente veinticinco minutos después del inicio de la película, le pedí permiso al capitán Gao para ir a la letrina. Él asintió con la cabeza, y desaparecí en la oscuridad bajo el haz de luz del proyector. Al dirigirme a la zona del otro lado de la pantalla, podía oír detrás de mí el sonido metálico del cruce de disparos en la película. Sabía que el Octavo Ejército defendía un valle estratégico ocupado por las fuerzas enemigas. Pronto, los japoneses tratarían de inundar los túneles subterráneos para sacar las guerrillas a la superficie y, después, quemarlas con paja encendida. Finalmente, un pequeño y desordenado destacamento de soldados comunistas, conquistando posiciones contra todo pronóstico, lograría destruir al enemigo y sobrevivir al asedio. Mientras iba sigilosamente hacia la oscuridad, confiaba en que la fortuna me acompañara igual que a ellos.

Tuve cuidado de caminar agachado para evitar que la silueta de mi cabeza apareciera en la pantalla. A mi alrededor podía oír a los reclusos intercambiando mensajes, comida o cigarrillos entre susurros. Me tumbé detrás de la improvisada pantalla y esperé. A unos treinta metros de mí, una cabeza asomó en la luz; primero, una vez y, después, otra. Repetí el mismo movimiento como respuesta y me fui arrastrando hasta llegar a la altura de mi amigo. Nada más llegar junto a él, Wang me

pasó un paquete envuelto en papel de periódico. «Eso es todo», susurró, y se perdió de nuevo arrastrándose en la oscuridad.

Me metí el paquete bajo la camisa y regresé junto a los demás, esta vez, escogiendo un lugar algo apartado del resto de mis compañeros de brigada. Disimulando mis movimientos bajo la oscuridad, abrí el paquete y me encontré con un poco más de doscientos gramos de valiosa carne de cerdo y casi medio kilo de galletas. Debajo de ellas, había un pequeño papel doblado. Me metí la nota en el bolsillo y empecé a comer, devorando toda la carne y las galletas y degustando el sabor que tenían. No obstante, enseguida, me asaltaron temores de que alguien pudiera verme y denunciarme a la policía. Eso habría significado tener que confesar la fuente de mi regalo y enfrentarme a las críticas por haber desobedecido el reglamento que prohibía el contacto entre los reclusos en reforma por el trabajo y los de reinserción.

Sabía que no tendría ocasión de leer la nota hasta la tarde siguiente, en la clase de estudio, ya que era el único momento del día en que se permitía la lectura. Si hubiera tratado de desdoblar la nota en el kang, al terminar la película o incluso en los sembrados, al día siguiente, hubiese sido como invitar gratuitamente a las sospechas. Una vez en los barracones, metí la nota debajo de mi esterilla de dormir, esperando que nadie la descubriera.

A la noche siguiente, me aseguré de ser el primero en volver al kang después de cenar. A la hora del estudio, escogí al azar un ejemplar atrasado del *Diario del Pueblo* de entre los materiales que teníamos reservados al efecto. Recostado contra mi colcha enrollada, metí la mano bajo la esterilla y, aliviado de encontrarlo allí, escondí el trozo de papel dentro del periódico y, finalmente, logré abrirlo y leer los apretujados caracteres. La nota estaba firmada en la parte inferior por Li, uno de mis antiguos compañeros de brigada que había sido transferido como prisionero en reinserción el mes de octubre del año anterior. El mensaje decía que Ao Naisong había desaparecido. Lo estaban buscando, aunque no sabían si volvería. La nota estaba fechada el 18 de octubre de 1966, lo cual indicaba que tenía ya dos semanas de antigüedad.

Molesto por la noticia, volví a dejar la nota bajo la estera y fingí estudiar el periódico, sin dejar de darle vueltas a la nota. Había oído que, unos meses antes, Ao y Li habían sido trasladados a la vez de Tuanhe a la granja de Qinghe. Sólo podía imaginarme lo peor. Ao no era el tipo de persona que intentaría fugarse; sospechaba que mi amigo había decidido marcharse definitivamente.

Recordé cómo había sido mi llegada a Tuanhe, cuatro años antes, en 1962, cuando me trasladaron desde la granja de Qinghe. Me acordaba de la primera vez que vi a Ao caminando despacio por el pasillo, cargando a sus espaldas el petate en el que llevaba su laúd. Me entristecí profundamente al recordar cómo Ao había sido el único entre todos nosotros que había conservado su dignidad humana a pesar de su propio

sufrimiento. Volví a coger la nota que había dejado bajo la estera y, al final del trozo de papel, escribí un pequeño poema.

Altivo, imperturbable,
como una deidad de la naturaleza,
un pino erguido,
perenne y verde,
siempre verdadero,
pervivirá eternamente
en los corazones de quienes lo conocieron.

Esperaba que Ao hubiera encontrado su descanso finalmente. Luego, destruí la nota.

18. Otro día más

Una mañana de enero de 1967, sin previo aviso, la policía mandó que empaquetáramos todas nuestras pertenencias. Habían llegado órdenes de que todos los derechistas que quedaran aún en los barracones del segundo batallón se mudaran a un recinto más seguro ocupado por los prisioneros del penal de la granja del Batallón Uno. Adivinamos que los jefes de la prisión habían decidido tomar precauciones extraordinarias para evitar los intentos de fuga y, también, para proteger a los presos políticos a su cargo de las agresiones ilícitas que pudieran cometer los guardias rojos. A mediodía, más de doscientos reclusos habíamos sido trasladados a un entorno mucho menos hospitalario.

Observé sin mucho interés la alambrada electrificada que coronaba las murallas de ladrillo de nuestros nuevos barracones y a los guardias armados que supervisaban desde cada esquina los movimientos de los prisioneros en el patio de abajo. Aunque odiara pensar en someterme a una disciplina más férrea y a más vigilancia, sabía que en este entorno sería menos vulnerable a las algaradas revolucionarias del exterior.

Dos meses después, en marzo de 1967, llegaron órdenes de trasladarnos nuevamente. Esta vez nos esperaban camiones a la entrada del recinto. Nos amontonamos dentro y partimos con destino desconocido. Viajamos durante veinte minutos hasta llegar a la estación de ferrocarril de Yundingmen. Al igual que antes, los capitanes de policía nos metieron en tropel en un ramal especial reservado para los prisioneros. Miré a mi alrededor, curioso de ver fugazmente alguna señal del caos en el que sabía que el país había estado sumido durante meses, pero no noté nada fuera de lo corriente.

Una vez dentro del tren, los guardias nos dijeron que nuestro destino era la granja de Qinghe. Escuché el anuncio con indiferencia. Tal vez estaríamos más seguros en un campo alejado de Pekín, pensé. Tal vez vería de nuevo a mis amigos y me enteraría de alguna noticia más sobre Ao Naisong. Después de siete años como prisionero, poco me importaba dónde trabajaba. Mi único pensamiento era que echaría de menos las verduras y las frutas que recogía en los campos de la granja de Tuanhe.

En Qinghe, parecía que nada había cambiado, excepto que el rancho era mejor que antes. Los barracones, las marismas, la alambrada electrificada que rodeaba la pared estaban exactamente igual que años atrás. Los guardias de Tuanhe nos dispersaron entre las secciones este y oeste, asignándome a mi brigada, además de los veinte o treinta hombres de costumbre, un derechista más. El único otro cambio desde 1962 era que ahora teníamos que cantar las palabras del presidente Mao mientras desfilábamos a los campos de trabajo, a la ida y a la vuelta.

Como reclusos en rehabilitación, se esperaba que mostráramos entusiasmo por disfrutar de la oportunidad de reformarnos mediante el trabajo.

—¡Cantad una canción! —gritaba un guardia cada mañana mientras formábamos fuera.

Entonces, uno de los jefes de grupo empezaba, normalmente con un pasaje de una de las citas del *Libro rojo* de Mao a las que se había puesto música.

Todas esas ideas equivocadas,
todas esas malas hierbas,
todos esos fantasmas,
deben ser criticados,
¡no dejéis que proliferen a sus anchas!

Por la tarde, los guardias, cansados también ellos después de la jornada de trabajo, no se molestaban en hacernos cantar ni desfilar en formación hasta que nos aproximábamos a las puertas. Entonces, gritaban: «¡Desfilad en formación! ¡Y cantad una estrofa!»:

¡Para surcar los mares es necesario un timonel,
para que una planta crezca es necesaria la luz del sol.
La luna y el rocío humedecen las cosechas,
y el pensamiento de Mao Zedong guía la revolución!

Un día, poco después de haberme adaptado nuevamente a la rutina de Qinghe, un capitán de policía me llamó al regresar de una jornada más de trabajo en el barro de las acequias de riego.

—¡Eh, Wu Hongda! Ven aquí —gritó—. Lu Haoqin ha regresado. Está esperando en los barracones. Ocupate de él.

Supuse que mi antigua conexión con Lu figuraba ya en mi expediente.

—¿Cómo está? —le pregunté.

—Ve a verlo tú mismo.

Antes de entrar, me quedé un momento en la puerta, mirando a Lu sentado con las piernas cruzadas sobre el kang, con la espalda apoyada en la pared y un cenicero desbordado de colillas de cigarrillo sobre la rodilla. Fumaba nerviosamente, con caladas cortas y rápidas. No podía imaginarme cómo había sobrevivido un año y medio en las montañas desoladas del campo de Yanqing.

—¡Hola, Lu! —le llamé, emocionado de ver a mi amigo de nuevo—. ¿Estás bien?

—Juzga por ti mismo —respondió él con una voz apagada, sin levantar la vista de su cigarrillo. No quería hablar, así que salí para lavarme y comer.

—¿Puedes prestarme algún dinero para comprar cigarrillos? —me preguntó Lu cuando regresé de la clase de estudio.

—¿Cómo puedes pedirme eso? —repliqué yo—. ¿Cómo podría yo tener dinero?

Al ver la expresión de Lu, lamenté mi comentario. Debía de haber supuesto que, durante su ausencia, todos habíamos sido ascendidos a la condición de reclusos en

reinserción y disponíamos de un salario mensual. No pretendía defraudar sus esperanzas tan abruptamente.

—Trataré de conseguir algunos cigarrillos para ti —me apresuré a proponerle—. Es sólo que ya he gastado el último dinero que me quedaba de este mes —añadí, mintiendo—. Voy a ver si me dan alguno por ahí.

Fui de una habitación a otra pidiendo cigarrillos y regresé con un paquete entero. Lu me dio las gracias con frialdad. Durante las dos horas de estudio no dijo una palabra, y cuando llamaron para hacer el recuento de la noche, se negó a moverse. Como jefe de brigada yo era responsable de que se presentaran los miembros de mi grupo, pero no quise forzarlo. Lu se quedó en la habitación:

—¿Dónde está Lu? —indagó el capitán Yu, el más rígido de los capitanes de policía que había conocido desde mi regreso a Qinghe.

—Está en la habitación —respondí yo.

—¿Por qué no se ha presentado al recuento?

—¡No puede venir! —respondí.

El recuento nocturno era obligatorio. Todas las brigadas debían formar en línea mientras el prisionero de guardia pasaba lista de todos los reclusos, uno por uno. Solamente en el caso de que el prisionero se encontrara tan gravemente enfermo que no pudiera salir del kang, el jefe de brigada estaba autorizado a responder en su nombre. Esta formalidad se consideraba el momento más importante del día para el mantenimiento de la seguridad en el campo.

—¡Ve a buscarlo! —ordenó el capitán Yu. Cuando no me moví, él se volvió enojado hacia los prisioneros de guardia, sorprendido de que no hubiera obedecido al instante sus instrucciones—. ¿Vas a desobedecer mis órdenes?

Precisamente en ese momento, el capitán Wang, que conocía la historia de Lu, intervino para hacerse cargo él mismo del recuento. Me preguntaba que ocurriría si Lu se negaba a presentarse al día siguiente.

Una vez en la habitación, nos preparamos para dormir. Lu seguía sentado con las piernas cruzadas y fumando.

—Oye, Wu Hongda —dijo, cuando me disponía a meterme bajo la colcha—, ¿qué ha pasado por aquí últimamente?

—¿Qué quieres decir? —respondí.

Lu no había mirado a los ojos a nadie desde su llegada. Ahora me miraba directamente a los ojos. Me preguntaba si la policía de Yanqing le había mentido sobre nuestra situación de reclusos, tal vez para darle alguna esperanza o hacerle más cooperativo y obediente. Ahora quería saber la verdad.

—¿Sin cambios? —continuó Lu.

—¿Qué clase de cambios? —respondí evasivamente.

—¿Cómo es que todavía tenéis recuento nocturno?

No respondí. Creyendo que regresaba como trabajador reinsertado, con derecho a un escaso sueldo y algún tiempo libre de vez en cuando, Lu había abrigado la

esperanza de poder salir en busca de su novia en Pekín. No quería destrozar esa esperanza.

—¿Mañana tendré que formar para ir a trabajar?

—Probablemente —dije dudando. No podía mentirle, y él conocía la diferencia entre los reclusos en reforma, que tenían que formar cada mañana en el patio, y los reclusos en reinserción, que no tenían que hacerlo—. Si te sientes bien, tendrás que ir.

Le dije que el toque de diana era a las cinco y media y, luego, me dormí. Nunca supe durante cuánto tiempo se quedó despierto aquella noche, pero lo encontré desplomado y durmiendo contra la pared por la mañana. Cuando llegó el momento de formar afuera junto a las otras brigadas de nuestra compañía, Lu se negó a levantarse del kang.

Me escabullí rápidamente para pedir prestados más cigarrillos.

—Tú quédate aquí —le dije, sabiendo que había dormido mal—. Cuando regrese, quiero hablar contigo —Lu no dijo nada.

Como jefe de la brigada, tenía que decirle al capitán cuántos hombres de mi grupo estaban presentes. Le informé de que éramos nueve.

El capitán Yu preguntó:

—¿Dónde está el décimo?

—Lu Haoqin acaba de regresar de Yanqing y necesita descansar —repliqué.

—No hay descanso. ¡Tiene que trabajar! Ésta es la gran Revolución Cultural del proletariado. ¡Debemos fortalecer la dictadura del proletariado! ¡No debemos ser flexibles con los enemigos de clase! ¡Llámallo!

Lu no había dicho una palabra desde la noche anterior. Intuí que se avecinaban problemas y me quedé en mi sitio.

—¡Tráelo aquí ahora mismo! —gritó Yu, enfureciéndose cada vez más.

—¿Podría consultar con el capitán Wang? —dije yo, esperando que Wang interviniese como lo había hecho la noche anterior para ahorrarle a Lu la obligación de estar presente en el recuento.

El capitán Yu gritó:

—¿Qué? ¿No respetas mis órdenes? ¿Quieres preguntárselo al capitán Wang? ¿Estás intentando cambiar mi decisión? ¡Te he dicho que lo traigas aquí!

No tenía elección. No podía desafiar abiertamente la autoridad del capitán, así que volví a la habitación y encontré a Lu dormido, apoyado contra la pared. Junto a él, en el suelo, había un cenicero lleno de colillas. Sabía que necesitaba más descanso.

—Capitán Yu —informé—. Lu no puede venir.

Volviéndose furioso hacia los prisioneros de guardia, bramó:

—¡Sacadlo inmediatamente!

—Tal vez debería ir a verlo usted mismo —sugerí yo en voz baja.

—¿Qué le pasa?

—No lo sé. Quizá tiene algún problema.

El capitán Yu se dirigió hacia nuestros barracones, y lo seguí a unos pasos de distancia. Cuando estaba cerca de la puerta, gritó el nombre de Lu, pero Lu no movió un músculo. Yu transigió.

—¡Ya es tarde! —refunfuñó— Hablaré con él cuando regresemos. ¡Vámonos!

Y nos marchamos a trabajar.

Aquella tarde, al volver, Lu se había quitado la ropa y yacía en el kang con los ojos cerrados y la colcha mojada; era obvio que se acababa de masturbar. Lo cubrí y le dije: «¡Hola!».

Se estremeció como si estuviera grogui, y luego musitó:

—Así que todo sigue igual que antes —dijo, con un brillo vidrioso en los ojos que denotaba recuperación.

—Hola —repetí yo—. ¿Necesitas algunos cigarrillos? Vamos, vístete, ¿vale?

Quería que caminara afuera y hablara con los demás reclusos. Quizá el contacto le ayudaría a aceptar el hecho de que aún seguía siendo un preso. Comenzó a vestirse en silencio. Mientras lo esperaba, rescaté algunas colillas de cigarrillo.

—Ahora entiendo —repitió Lu cuando se unió a mí en la puerta—. Nada cambiará nunca.

—¿Qué tal si vienes a trabajar mañana con nosotros? —le animé—. Ahora es un buen momento. Es tiempo de cosecha. Podemos robar algo de maíz o algunos nabos, y quizá encontremos ranas o serpientes.

—Está bien —dijo tranquilamente—. Mañana.

—¿Cómo te fue en Yanqing?

Al remangarse, observé que tenía pequeñas cicatrices negras y marrones en los brazos. Habló con lentitud:

—La policía utilizó instrumentos eléctricos para darme descargas. Los demás reclusos me robaban la comida, me pegaban y me follaban por detrás. Finalmente, los guardias me dijeron que me liberaban para pasar a ser recluso en reinserción. Pensé que podría ir a ver a mi novia que, a lo mejor, sigue todavía en la Universidad de Qinghua. Eso me hizo sentir mejor, pero me mintieron.

A la mañana siguiente, Lu salió a trabajar con nosotros. Se pasó el día sentado en la acequia mirándose los pies. Un capitán vino en varias ocasiones a decirle que no se quedara de brazos cruzados, aunque, finalmente, lo acabó dejando en paz.

—Hoy no iré a trabajar —me dijo a la mañana siguiente—. Estoy cansado y enfermo.

Cuando comuniqué la enfermedad de Lu a la policía, lo autorizaron a quedarse. Planeé hablar con él tan pronto como regresara aquella tarde, pero varios miembros de mi brigada se adelantaron y llegaron a los barracones antes que yo. Desde mi puesto en la cola del grifo oí gritos. Corrí hacia la habitación y alcancé a ver la nuca de un hombre pegada contra el cristal de la alta ventana de barrotes que había encima de la puerta. No podíamos abrirla debido al peso del cuerpo.

—¡Rápido! —grité, y todos corrimos hasta la ventana de barrotes que había en el lado opuesto de la habitación. Desde allí se podían ver los pies de Lu colgando a unos diez centímetros por encima del suelo. El único hueco al que le faltaban unos barrotes era uno de los paneles de la ventana que daba al pasillo, que estaba cubierto con papel de periódico porque tenía el cristal roto. Grité que alguien trajera una hoz, trepé hasta el alféizar, quité el periódico e introduje el brazo para cortar la cuerda que Lu tenía atada al cuello. El cuerpo se desplomó en el suelo. Me metí por el hueco, salté dentro de la habitación y retiré a Lu de la puerta. Su cuerpo estaba aún caliente.

—¡Llamad al doctor! ¡Llamad al capitán! —gritó alguien.

—Vamos, llamad al cabronazo ése —farfullé yo, doblando las rodillas de Lu y haciendo presión con sus piernas sobre el pecho para bombear sangre a los pulmones.

—¿Qué pasa? —preguntó el capitán Yu desde la puerta.

Miré hacia otro lado. Depositamos a Lu encima del kang.

—¿Se encuentra bien? —gritó el capitán.

No tenía nada que decirle a aquel hombre. Llegó el doctor, un derechista como nosotros, y se puso a frotar el pecho y los brazos de Lu. Cuando sus ojos empezaron a reavivarse, le acerqué una taza de agua a los labios. Entonces, me fijé en el clavo que Lu había introducido en la jamba de la puerta y la cuerda que había armado con los cordones de nuestros zapatos de repuesto. Lu parecía fuera de peligro, así que el doctor lo dejó durmiendo en el kang.

Aquella noche, detrás de los barracones, mis amigos y yo hablamos sobre la desesperación de Lu. Quería impedir que intentara suicidarse de nuevo. Quería pedirle que fuera paciente, infundirle alguna esperanza, pero no tenía nada que ofrecerle. No le podía decir que nuestro encarcelamiento terminaría y que todo volvería a la normalidad; tampoco que algún día podría visitar a su novia, que su anciana madre le vendría a ver o que pronto podría sentarse a comer un plato de carne de cerdo; ni siquiera le podía prometer que le seguiría suministrando cigarrillos. Mis amigos dijeron que no había ninguna forma de estimular a Lu para que siguiera viviendo.

Un amigo llamado Tang nos aconsejó:

—Dejadle ir. Está sufriendo mucho. No lo salvéis de nuevo. Es la única forma de devolverle la libertad.

Sabía que Tang tenía razón, pero por alguna razón no podía dejar que Lu muriera.

—Mañana —le dije a Yin, otro compañero de la brigada—, ¿te importaría quedarte en los barracones? —sabía que Yin tenía problemas en los pies y que esto le daba una excusa legítima para solicitar la exención del trabajo—. Quédate aquí y vigila a Lu, si no te importa. Yo le pediré permiso al capitán Wang. Cuídale hasta que yo vuelva.

Yin me contó aquella noche que Lu se había pasado todo el día paseando arriba y abajo en el estrecho sendero que había detrás de los barracones, y que se había negado a hablar. Yin vigiló estrechamente a Lu durante tres días, sin que ocurriera

nada. Al cuarto día, Yin tenía que volver a trabajar, así que pasé por las otras nueve brigadas de nuestra compañía para preguntar si había algún otro recluso que hubiera solicitado ausentarse del trabajo aquella mañana. La mayoría de aquellos hombres eran presos comunes, pero eran mi única esperanza. Uno de los prisioneros, un hombre con una cabeza grande y deforme, aceptó vigilar a Lu.

—Claro, nosotros nos hacemos cargo de tu amigo; no hay problema. ¡Vete tranquilo y déjalo con nosotros!

Al terminar la jornada, fui directamente a los barracones sin ni siquiera detenerme en el grifo para limpiarme. Lu Haoqin yacía inmóvil sobre el kang, con los ojos abiertos pero vidriosos. El hombre de la cabeza grande me explicó que Lu lo había intentado de nuevo, esta vez clavando un perno en la ventana de arriba. El prisionero de guardia lo había bajado de allí, y el doctor lo había reavivado de nuevo. Al parecer, Lu había planificado este intento meticulosamente, esperando hasta que los dos prisioneros en la lista de enfermos se marchasen a comer y descuidaran la vigilancia de la puerta. El hombre de la cabeza grande se encogió de hombros y se marchó.

Después de este incidente, Lu dejó de hablar por completo. A la hora de la cena no comía más que una porción de su wotou y la sopa. Solicité una entrevista con el capitán Wang.

—Si Lu se mata, no será bueno para la moral de los demás prisioneros —le dije al capitán—. Sugiero que asignemos a alguien para que se quede con él a vigilarlo.

—Si quiere separarse del Partido y del pueblo —respondió el capitán Wang—, más le vale estar muerto. Le hemos dado la ocasión de reformarse, pero se niega a aprovecharla. Es muy testarudo. No podemos hacer nada más por él. Tendrá que decidir por sí mismo. —Pero entonces, el capitán hizo una pausa, sin duda para reflexionar sobre el riesgo que suponía para su propio expediente el hecho de comunicar a la oficina de la comandancia del batallón la comisión de un suicidio en su compañía—. Bueno, está bien, le daré un día. Mañana no irá a trabajar. Habla con Lu para que comprenda las consecuencias de su insensatez. Si continúa resistiéndose, dile que convocaré una reunión disciplinaria para él.

Una gran parte de la noche la pasé despierto pensando. Sólo podía quedarme con él una sola vez. Ese sería mi último día con Lu. No se me ocurría nada que decir, nada que le proporcionara un motivo para vivir.

—¿Cómo es que no has ido a trabajar? —me preguntó Lu, desconfiando a la mañana siguiente.

—Estoy enfermo —respondí rápidamente.

Sentado en el kang, empecé a recordar en voz alta cómo era nuestra provincia de origen. Hablé acerca de su belleza natural y de lo hermoso que sería poder volver a ver un día la niebla del amanecer sobre el lago Tai, uno de los lugares más pintorescos de China. Lu no respondió.

Le tanteé un poco sobre su madre.

—No sé nada sobre ella —contestó bruscamente—. De todas formas, no es mi madre de verdad. Estoy solo.

Intenté hablar acerca de la comida en Wuxi.

—Oye —dije—, ¿te acuerdas de las costillas estofadas en salsa de soja? Voy a encontrar a alguien que nos traiga una caja de costillas. ¿Qué te parece?

—No me gustan —replicó Lu con frialdad, y nos sentamos el resto de la mañana en silencio.

Por la tarde, se me ocurrió una única cosa para salvarlo.

—Oye —le dije, con voz dulce—. ¿Me harías el amor? Vamos, ¿te gustaría?

No parecía haber ninguna otra forma de traerle a la vida, pero Lu miró para otro lado.

—¿Te acuerdas aquella vez que me lo pediste y yo rehusé? —insistí—. Hoy tenemos otra oportunidad. Para ti y para mí.

—No —me dijo, con la voz tan baja que apenas pude oírlo—. No estoy interesado.

Aún no podía rendirme:

—Vamos, ¡inténtalo! Soy fuerte y saludable, tal vez te guste.

—No —dijo Lu sin interés ni emoción.

—Pero eres tan guapo —insistí yo, tratando de reavivar sus ganas de vivir—. Eres la mujer más bonita que he visto. Vamos, rodéame con tus brazos —añadí, quitándome la camisa.

—Tonterías —respondió Lu.

Había perdido su única pasión. Nos sentamos juntos en silencio hasta última hora de la tarde, cuando los prisioneros regresaron del trabajo y llenaron los barracones con sus charlas y sus discusiones, rompiendo la calma.

A la mañana siguiente, un poco antes del toque de diana de las cinco y media, un grito desgarrador me despertó de pronto.

—¡Venid rápido! ¡Que alguien le salve!

Corrí afuera. Ya había un pequeño grupo reunido.

Detrás de los barracones había una fila de postes de cemento unidos por una serie de hilos de alambre que se utilizaban para secar las uvas. Excepto en la temporada de cosecha, colgábamos allí nuestros sombreros de paja y nuestra ropa sucia para que se secaran antes de la jornada de trabajo del día siguiente. Lu había atado un cinturón a la cima de uno de los postes. Tenía los pies colgando sólo dos centímetros por encima de la tierra. Esta vez Lu Haoqin había logrado su propósito.

—¿No lo viste salir? ¿No lo vigilaste? —grité enojado al prisionero de guardia bajo el espectral resplandor de la luz de los reflectores detrás de los barracones.

—Claro que lo vi salir, y no le quité el ojo de encima mientras hacía la ronda. Paseaba arriba y abajo, y pensé que no podía dormir. Finalmente se apoyó contra ese poste. Me dio la impresión de que estaba descansando. Los sombreros y las ropas lo ocultaban de las luces, y yo me olvidé de que estaba allí.

Los reclusos se fueron arrimando, callados y sin expresión alguna en los rostros. A las cinco y media se oyó la voz que avisaba de la hora de levantarse, y la aglomeración se disolvió para ir al lavabo o a la letrina. Era la hora de desayunar y de ir al trabajo. Otro día había comenzado.

19. Una jaula de mayor tamaño

Encerrado en la granja de Qinghe, mantenía poco contacto con la permanente escalada de conflictos políticos que había provocado la Revolución Cultural. Algunas veces, a través de los guardias o los prisioneros que habían recibido visitas, me llegaban rumores sobre el cierre de escuelas y universidades, el cese de la producción en las fábricas o «la expulsión» al campo, cada vez en mayor número, de «jóvenes con formación», presumiblemente para erradicar la violencia en las ciudades. Me llegaban algunas noticias imprecisas de que los sedicentes «grupos rebeldes de lucha» que se habían formado dentro de numerosas unidades de trabajo, trataban de saldar viejas cuentas pendientes y, al mismo tiempo, demostrar que ellos eran los auténticos depositarios de la línea revolucionaria del presidente Mao. No obstante, sólo mucho después me enteré del alcance y gravedad de los enfrentamientos, como el sucedido en la sangrienta batalla por el poder que se había librado entre las unidades militares del Suroeste, con tanques y armas automáticas desviadas del frente de Vietnam. En los años 1967 y 1968 no tenía la menor idea de que el grado de violencia en algunas partes del país había superado con creces el nivel de los disturbios sociales para rozar ya el de una guerra civil.

Aislado y ensimismado, trabajaba en los sembrados durante el día y, por la noche, repetía eslóganes acerca de cómo combatir «el revisionismo» y promover el pensamiento de Mao Zedong. A medida que los días se convertían en semanas y los meses en años, me iba replegando cada vez más en mí mismo. Mi familia había dejado de enviarme cartas y paquetes de comida después del verano de 1966, temerosa de mantener contacto con un familiar contrarrevolucionario sometido a reforma por el trabajo. Y ya no me importaban las transformaciones de mi entorno, ni siquiera las penalidades e injusticias de la vida de prisión. Tras sobrevivir a la escasez más extrema, me adaptaba con indiferencia a los cambios que se sucedían en las actividades cotidianas del campo, el reparto de tareas o las condiciones de vida.

A raíz de la terrible experiencia de aislamiento por la que había pasado en 1965, había empezado a cambiar de aspecto. Habiendo estado tan cerca de la muerte, no era raro que a partir de aquel momento me acoplara con más facilidad a mi existencia diaria. Ya no me preocupaban ni mi familia ni mi futuro. Mi juventud en Shanghai y mis años de estudiante en Pekín se fueron difuminando cada vez más. La prisión se convirtió en la única realidad que conocía, porque lo único a lo que podía aspirar era a la vida misma.

En los primeros años después de mi arresto, me sentía indignado por los insultos de los guardias y las pequeñas traiciones de mis compañeros de prisión. Me irritaba la arbitraria autoridad de los capitanes de policía, que algunas veces ejercían con sadismo, y, posteriormente, la pérdida de mi propio sentido de lo humano. Todo eso

había quedado atrás. Cada vez pensaba con menos frecuencia en Lu y en Ao, que habían dejado todo a sus espaldas, y me hacía menos preguntas sobre por qué no les seguía en su camino hacia el olvido definitivo. Como un buey en el campo, comía, trabajaba y dormía. Era imposible distinguir unos días de otros.

Los dos años que había pasado en la granja de Qinghe durante la hambruna me habían enseñado a trabajar en el barro, los juncos y los arrozales. Al regresar a los mismos muros en 1967, volví a buscar de nuevo ranas en primavera, a recoger nuevos brotes de plantas en verano, y a robar el grano maduro de los campos en otoño. Me metía hierbas comestibles y puñados de paja seca dentro de la chaqueta con el fin de utilizarlas como combustible para cocinar cuando consideraba que mis hurtos no despertarían sospechas, aunque la mayor parte del año, los guardias apenas se molestaban en registrarnos cuando regresábamos a los barracones por la noche.

Todos nos hicimos expertos en esconder nuestra mísera rebusca, en disimular los puñados de arroz entre las costuras de nuestras chaquetas y en vaciarlas tan pronto como llegábamos a la relativa seguridad que nos proporcionaba el estrecho corredor tras los barracones, donde los guardias raras veces se molestaban en vigilar. Ahí encendíamos una lumbre para calentar nuestras palanganas y hervir cualquier cosa comestible que hubiéramos rapiñado durante el día. Los guardias sabían que no teníamos forma de escapar del recinto amurallado. Preocupados por sus propias luchas intestinas e inseguros de si más tarde serían acusados por el derrumbamiento del sistema de seguridad de China, a los guardias les importaba muy poco que nos aventuráramos a cocinar clandestinamente. Sin embargo, pese a que prestábamos atención a los métodos regulares de vigilancia, nunca podíamos descartar el riesgo de que se hiciesen inspecciones imprevistas.

Una noche de agosto de 1967, agazapado como de costumbre bajo la sombra que proyectaba el muro interno situado detrás de los barracones, una sombra de no más de un cuerpo de altura, entretenido en hervir unos cuantos puñados de trigo en la palangana, noté de pronto que los prisioneros que atendían sus cazos a mi lado, los recogían de repente, apagaban el fuego con los pies y desaparecían de mi vista en un abrir y cerrar de ojos. Yo miré a uno y otro lado, pero como no vi nada fuera de lo normal y no encontré motivo que explicara su reacción, seguí hirviendo el agua. Cuando me levanté, supe lo que había alarmado a mis compañeros de brigada: la mirada de un capitán de policía que nos observaba desde el otro lado del muro de veinticinco centímetros de espesor.

Instintivamente, agarré la papilla de avena para protegerla justo cuando él tiró una pala por encima de la pared para tratar de volcar mi palangana. La herrumbrosa plancha de la pala me golpeó en la mano, haciéndome un corte profundo en mi pulgar izquierdo. Normalmente, en aquel momento, mi único pensamiento habría sido el de salvar mi comida del suelo, un reflejo heredado de mis años de hambre, pero la sangre que me brotaba de la mano me enfureció. Miré enojado a los ojos del capitán y, por un instante, noté su malestar. También él era un ser humano, un hombre cuya

autoridad moral había quedado seriamente en entredicho con aquel acto de mezquina crueldad. Sin decir palabra, se giró sobre sus talones y no prestó atención a mi herida. Recogí cuanto pude de la avena derramada, y fui directamente a la clínica para que el médico de turno me cosiera la herida.

Aquel año en la granja pasó sin pena ni gloria. Los acontecimientos políticos que habían hecho estragos en la nación no afectaron mi vida hasta principios de febrero de 1968, poco antes de la Fiesta de la Primavera, cuando uno de los capitanes de nuestra compañía leyó un comunicado urgente del Gobierno de la ciudad de Pekín. Kang Shen, ministro de Seguridad y uno de los dirigentes del poderoso «Grupo de los Cuatro» que dirigía la Revolución Cultural, había emitido una directiva en la que se establecía que los reclusos deberíamos dar otro paso más para erradicar los «cuatro antiguos» de nuestras vidas. Según la directiva, las autoridades de Qinghe debían hacer hincapié en el cumplimiento a rajatabla de los objetivos de la Revolución Cultural mediante la erradicación del revisionismo dentro del campo. Al día siguiente, los capitanes debían realizar una inspección de todas nuestras pertenencias personales para asegurarse que nadie tenía escondidos materiales reaccionarios, para lo cual, antes de presentarnos a trabajar, debíamos dejar las llaves de nuestras maletas y baúles. No entendía muy bien por qué, de pronto, uno de los máximos dirigentes de la Revolución Cultural volvía de nuevo a la carga con los «cuatro antiguos». En aquel momento, claro está, aún no podía adivinar que estaba siguiendo los dictados de Jiang Qing, la mujer del presidente Mao, quien había ordenado destruir cualquier material que pudiera revelar su propio pasado «reaccionario» como actriz de cine en el Shanghai de la década de 1940.

Inmediatamente pensé en mis libros escondidos. En 1967, antes de marcharme de la granja de Tuanhe, había desenterrado el paquete que contenía mis novelas extranjeras y lo había puesto a buen recaudo debajo de unos viejos zapatos, dentro de mi baúl de madera, cerrado con candado. Los libros llevaban un año en el depósito de Qinghe sin que nadie los tocara. Fuese lo que fuese que se proponía la repentina directiva de Kang Sheng, yo no quería entregar mis últimas posesiones, así que no dije nada sobre el contenido de mi baúl.

La tarde del registro, el capitán Wang ordenó que no prolongásemos la jornada con el fin de que pudiéramos echar una mano a los prisioneros de guardia a examinar nuestras maletas. El desorden de los barracones me impresionó. Nunca había visto una inspección tan a fondo. Las ropas yacían desperdigadas por el suelo, nuestras esterillas para dormir estaban vueltas del revés, y hasta las colchas habían sido rasgadas para sacar el relleno de algodón. Antes de poder poner en orden mis cosas, un prisionero de guardia llamado Zhu me ordenó que saliera al patio. Allí había un pequeño montón de cajas y maletas. Entre ellas estaba el baúl donde guardaba mis libros.

—Cualquier cosa que encontremos cerrada con candado la forzaremos para abrirla —declaró el capitán de policía.

Podría haber abierto mi caja en aquel instante, delante de sus ojos, y confesar que había cometido el error de esconder materiales reaccionarios. No obstante, por mucho que supiera que *Los Miserables* no tenía utilidad alguna dentro de los campos de trabajo, decidí resistirme a ello, porque, por alguna razón, estaba empeñado en proteger mis libros. No tenía ni el tiempo ni la disposición de leer literatura, y si alguna vez retomaba mi vida normal, era fácil reponerlos. Con todo, algún impulso interno me impedía renunciar a la única cosa de valor que aún poseía. El desafío y, tal vez, la testarudez superaron mi prudencia y apatía.

Decidí jugármela de nuevo, al igual que lo había hecho en septiembre de 1966, cuando escondí mis libros en Tuanhe. Esta vez esperaba que me dispensarían un trato indulgente a cambio de la utilidad del servicio que prestaba a la policía como jefe de brigada, siendo yo un recluso en quien se podía confiar y dispuesto siempre a cumplir con su cuota diaria de producción.

—Una de esas maletas es mía —dije con indiferencia—. Está cerrada porque he perdido la llave, pero no hay nada dentro excepto unos viejos zapatos. Créame, nunca le he mentado.

—No se admiten excepciones —insistió el capitán—. Todas las cajas han de ser abiertas.

Volví a los barracones con la excusa de ir a buscar la llave, y les conté mi decisión a dos compañeros, Wu y Li, ambos arrestados no por delitos políticos sino por robos de poca monta. Al principio me exhortaron a que no fuese idiota pero, después, viendo mi determinación, Li sugirió:

—Está bien, lo que tienes que hacer entonces es traer el baúl aquí, cambiar el contenido, y devolverlo al montón; es la única manera de que salves tus libros.

Les pedí a mis dos amigos que armaran un pequeño alboroto en el lado opuesto del patio para distraer la atención de Zhu. Unos minutos más tarde empezaron a reñir en voz alta. Cuando Zhu se alejó para cortar la pelea, cogí el baúl de la pila de objetos destinados a la inspección y lo llevé rápidamente a la habitación. Noté que Zheng, el jefe de estudio de mi brigada, un recluso que llevaba largo tiempo en Qinghe y que solía informar habitualmente a la policía, estaba sentado en su sitio en el kang. En la habitación había varios reclusos más poniendo en orden sus cosas, así que confié en que Zheng no se fijara en lo que yo estaba haciendo.

A toda velocidad, saqué un par de zapatos gastados del hueco debajo de mi sitio en el kang y puse los libros dentro. De un tirón, arranqué la malla mosquitera, inservible en invierno, que colgaba de la pared, encima de mi colcha enrollada, la metí a presión encima de los zapatos, y cerré el baúl. Para cuando Zhu, el prisionero de guardia, ya había pacificado la riña entre mis dos amigos que tenía lugar fuera, el baúl, con sus inofensivos objetos dentro, ya estaba discretamente colocado junto a los demás objetos del montón.

Cuando regresé al kang, vi a Zheng dirigiéndose con determinación hacia la oficina de seguridad. Unos minutos más tarde, el capitán de policía gritó que le

llevaran el baúl de madera para inspeccionarlo. Hasta ese momento no había considerado las posibles consecuencias de mi cabezonería.

Después del recuento nocturno, el capitán Wang me llamó a su presencia:

—¿Dónde has escondido los libros? —vociferó—. ¿Sigues tratando de oponerte al Gobierno? ¿Quieres obstaculizar la Revolución Cultural del presidente Mao?

Para compensar mi desobediencia anterior y la mentira que le había dicho directamente a la cara al capitán, repliqué:

—En mi habitación.

En ese preciso momento, Zhu y Zheng entraron en la oficina para dejar los libros. Supuse que los capitanes estarían muy satisfechos de poder poner en conocimiento de sus superiores el éxito de su operación de registro.

Esperé durante dos días. Iba a trabajar todas las mañanas pero, por la noche, durante la sesión de estudio, observaba que Liu y Zheng, los dos miembros activistas de mi brigada, no cesaban de escribir en sus cuadernos. Por sus ojos huidizos, presentía que estaban redactando informes para utilizarlos contra mí en una reunión disciplinaria. No le caía bien a ninguno de ellos. Así que ésta era la ocasión que estaban esperando para vengarse de mí y demostrar su lealtad a la policía. Lo más probable era que me acusaran de haber cometido el triple crimen de mentir a la policía, engañar al Partido Comunista y obstruir la gran Revolución Cultural.

La segunda noche, el capitán Wang anunció que a la mañana siguiente tendría lugar una reunión disciplinaria a la que asistiría todo el batallón. Por raro que parezca, a pesar de que no tenía ninguna duda de que yo sería la víctima propiciatoria, no estaba nervioso. Los días de encierro en solitario me habían librado del temor al sufrimiento. En aquella celda de cemento había llegado al límite de mi capacidad de aguante. Después de conocer el abismo negro de la desesperación, no había nada que me asustara. Fuese lo que fuese lo que querían de mí —pensé mientras trataba de conciliar el sueño aquella noche—, mis libros, mi trabajo, mi juventud, mi vida, no tenían más que llevárselo porque yo no me opondría. Mi resignación me daba una libertad que quedaba más allá del control de la policía. Mientras esperaba aquella reunión disciplinaria, sabía que no podría impedir lo que tenía que ocurrir, «así que —me dije—, deja que suceda». Entonces, me dormí.

A la mañana siguiente, oí a los prisioneros de guardia ordenando a voz en grito que saliéramos al patio a formar. Cuando le llegó el turno a mi compañía, el capitán Wang me llevó a un aparte, y me ordenó que me presentara en la oficina de policía. Dentro de aquella habitación abarrotada de cosas me imaginé a los mil doscientos prisioneros sentados afuera, en el suelo, listos para ser testigos de mi escarmiento. Tal vez pasaron diez minutos antes de que el prisionero de guardia me condujera frente a la plataforma en la que todos los capitanes de policía y el comandante del batallón estaban ya sentados en sus puestos. Delante de mí, en el suelo, yacían mis novelas dispuestas ordenadamente en fila.

El instructor político del batallón, que acababa de llegar para presidir la reunión, blandió en el aire su copia del *Libro rojo* de Mao, un gesto al cual respondieron de igual forma otros doscientos brazos con otros tantos libros rojos de pequeño formato. Yo esperé, sabiendo que el comentario preliminar sentaría el tono del procedimiento: «¡Nuestro gran timonel y presidente, Mao, nos enseña que la revolución no es una fiesta!», entonó con estridencia. Ésta era la más severa de las enseñanzas de Mao, la frase que se utilizaba para justificar cualquier crueldad. Todos conocíamos el código, y yo comprendí que me esperaba algo terrible.

Como cualquier reunión disciplinaria, está se ajustaba a un guión predecible. En primer lugar, los reclusos activistas de varias brigadas que se encontraban entre el público empezaron a gritar acusaciones y eslóganes para excitar los ánimos de los asistentes e intimidar a la víctima. Después de la tercera consigna a coro, el instructor político intervino:

—¿Así pues, cuál es vuestro veredicto sobre el crimen de Wu Hongda? ¿Deberíamos fusilarlo? ¡La revolución nunca puede ser una fiesta!

En cuanto se reanudaron los gritos, cuatro activistas dieron un paso adelante, y empezaron a gritarme que agachara la cabeza en señal de sumisión. Dos de ellos me cogieron de los hombros y me obligaron a arrodillarme para que quedara clara mi rendición, insistiendo en que rogase clemencia al Partido. Los dos restantes me pusieron los brazos a la espalda y, empujándolos hacia arriba, los estiraron hasta colocarme en la postura atrozmente dolorosa del «avión a reacción».

Cuando ofrecí resistencia con el fin de permanecer de pie, el capitán Wang bramó:

—¡Mirad su actitud contrarrevolucionaria! ¡Mirad cómo se opone a nuestro Partido, cómo se opone al gran timonel, a la gran Revolución Cultural del proletariado!

Presas de la indignación, unas diez personas se lanzaron espontáneamente hacia mí, me agarraron los brazos, me dieron patadas en las piernas, me aporrearon con sus puños y me obligaron a hincar las rodillas en el suelo. Para sujetarme, dos de ellos se sentaron con todo el peso de su cuerpo sobre mis pantorrillas, sin dejar de sujetarme y estirarme hacia arriba los brazos por detrás de la espalda, empujándome la cabeza hacia atrás.

La postura del avión era tan forzada y tan dolorosa que, con una descarga involuntaria de adrenalina, me sacudí a mis agresores de encima e, incluso, logré ponerme en pie. Sin embargo, este acto de instintivo desafío no hizo más que desatar más furia y más golpes. De algún modo, en medio de la tunda que estaba recibiendo, vi por el rabillo del ojo a una persona que levantaba contra mí un palo de madera. Era Fan Guang, el jefe de estudio, el encargado de supervisar nuestra desventurada expedición a recoger melocotones y cuyos leales servicios a la policía habían sido recompensados con una promoción al puesto de prisionero de guardia. Supe instintivamente que tenía que defenderme como fuese de un golpe en la cabeza, y

levanté mi brazo izquierdo para protegerme el rostro antes de que Fan descargase el mango de su pala sobre mí. En aquel momento no sentí dolor, pero vi que el extremo irregular de un hueso del antebrazo saltaba bruscamente y asomaba por la manga de la chaqueta. Mi mano izquierda se quedó colgando lánguidamente de la muñeca, y la sangre empezó a chorrear por los dedos y a salpicar el suelo.

A todos los presentes se les cortó la respiración. Los reclusos que estaban más cerca de mí se quedaron aturdidos e, incluso, la policía parecía asustada. Se suponía que el propósito de las reuniones disciplinarias era el de castigar, pero nunca el de derramar sangre; además, una regla no escrita prohibía el uso de herramientas como armas. De pronto, un grupo de mis compañeros, a los que se había obligado a sentarse en las filas de delante para presenciar mi humillación de cerca, se pusieron en pie. En sus rostros se reflejaba la rabia que sentían por el cruel castigo que se me estaba infligiendo. El capitán Wang bajó rápidamente de la plataforma para impedir un altercado grave:

—¡Deténganse! ¡Deténganse! —chilló, agitando los brazos en el aire y haciendo señas a un prisionero de guardia para que viniera a prender fuego a los libros.

Minutos más tarde, cuando la hoguera se extinguió, disolvió la reunión inmediatamente y ordenó que me llevaran a la enfermería.

Allí, el doctor suturó la herida, empujó suavemente el hueso roto para encajarlo de nuevo, y me entablilló el brazo para inmovilizarlo. Permanecí una semana en los barracones sin ir a trabajar, tomando pastillas para prevenir una infección. Siete días después, a pesar de tener el brazo en cabestrillo, me ordenaron que fuera a trabajar a los campos. Solamente podía hacer tareas ligeras, así que me pasé las siguientes cuatro semanas quitando maleza con la mano derecha. El doctor había soldado hábilmente la fractura, y la lesión mejoró.

«Fan Guang no es más que un peón sin importancia», les dije a mis amigos cuando me informaron de su venganza. Me contaron que habían esperado al mezquino lacayo y que, en un momento de descuido de los guardias durante el trabajo, lo habían golpeado sin contemplaciones y, después, arrojado al barro de la acequia. Informaron al capitán de policía de servicio de que Fan había causado problemas con el reparto de tareas.

A Fan Guang, yo le había hecho la vida difícil muchas veces con la adjudicación de tareas, obligándole, por ejemplo, a cargar sacos de grano de setenta kilos en un camión, sabiendo como sabía que él carecía de la fuerza necesaria para cumplir mis órdenes.

—Yo te obedezco en las sesiones de estudio, pero aquí me obedeces tú a mí —le había gritado.

Nos odiábamos mutuamente pero, después de escuchar aquella noche el relato de mis amigos, no me sentía satisfecho de su venganza, tan solo fatigado ante lo que parecía una lucha interminable.

—Dejadlo en paz —les dije—. Recordad que la venganza siempre acaba volviéndose contra uno.

En los meses que siguieron a la reunión disciplinaria, no presté atención a lo que sucedía en el mundo exterior. Ser blanco de una violencia como aquella me había anestesiado y dejado insensible ante lo que sucedía a mi alrededor en la granja de Qinghe. Pasó otro año más.

Hacia finales del otoño de 1969, empecé a notar que la policía se comportaba de una forma extraña. Normalmente trabajábamos todos los días hasta casi el anochecer, pero durante varios días consecutivos de una semana de octubre nos liberaron más temprano que de costumbre. El capitán a cargo de nuestra sesión nocturna de estudio se ausentó en un par de ocasiones, y no leyó los comunicados de rigor ni nos dio instrucciones para la celebración de nuestra reunión semanal de crítica sobre las pequeñas infracciones cometidas en nuestra brigada, como el hecho de no completar la cuota de trabajo asignada o algún pequeño hurto sin importancia. Hubo tres días en que los prisioneros de guardia ni siquiera nos llamaron para el recuento final de la noche. Estas desviaciones del reglamento eran tan poco corrientes que enseguida supe que las autoridades de Qinghe se enfrentaban a un grave problema, aunque no tenía forma de adivinar cuál era el motivo de su distracción.

Las irregularidades siguieron produciéndose sin explicación alguna hasta principios de diciembre, cuando dos de los capitanes de nuestro equipo nos convocaron a formar en el patio a unos ciento cincuenta reclusos para darnos a conocer un importante comunicado. Un capitán al que nunca antes habíamos visto leyó una lista con nuestros nombres, y nos dividió en dos grupos. Al primero de ellos lo envió de vuelta a los barracones, y a nuestro grupo, compuesto por los ochenta reclusos restantes, nos ordenó que nos quedásemos a la espera de recibir otras instrucciones. Con una voz acartonada, pronunció nuevamente nuestros nombres, seguidos del rótulo político de personal de servicios obligatorios en reinserción. El capitán añadió que teníamos tres días para empaquetar nuestras cosas y prepararnos para el traslado. «Eso es todo», dijo al ordenarnos que rompiésemos filas. A partir de ese instante, sin preparación ni emoción alguna, mi sentencia a la reforma por el trabajo había quedado revocada.

Regresé a los barracones medio aturdido, tratando de asumir la noticia de que, sin previo aviso, tras nueve años de reclusión, había dejado de ser un prisionero. Junto con Lu y Li, que habían sido también reclasificados, decidimos dar un paseo al otro lado de los muros del recinto y de los guardias, simplemente para ver si podíamos movernos libremente. Nadie nos impidió cruzar los límites del campo de trabajo. Caminamos por la carretera, junto a los edificios destinados a las familias de la policía y los huertos, y observé que también el personal de la penitenciaría estaba haciendo las maletas. No teníamos pista alguna sobre el sentido de aquellos cambios, pero saboreábamos nuestro primer soplo de libertad. Como personal de servicios

obligatorios, no dejaríamos de ser prisioneros, pero veíamos con buenos ojos que la jaula fuese de mayor tamaño.

Tres días después de nuestra reclasificación, el nuevo capitán nos reunió otra vez para anunciarnos que los miembros de nuestro grupo de servicios obligatorios que fueran residentes en Pekín y Shanghai serían reubicados en la provincia de Shanxi y destinados a la mina de carbón de Wangzhuang. Los demás reclusos cuyo lugar de procedencia estuviese fuera de las grandes zonas urbanas, regresarían a sus provincias nativas y quedarían bajo la supervisión de las autoridades locales de seguridad. Yo no tenía la menor idea de qué destino era preferible ni qué condiciones de vida me esperaban como ex recluso en una mina de carbón.

Los rumores corrieron como la pólvora aquella tarde. Los prisioneros de servicios nos informaron de que se estaban vaciando todas las secciones de la granja de Qinghe. Todo el personal de la Dirección General de Seguridad de Pekín y sus respectivas familias se preparaban para evacuar el campo de trabajo. Hasta la mañana siguiente no recibimos una explicación oficial:

«De acuerdo con la “Orden Número Uno” del Partido Comunista», leyó el comandante de la compañía, con una voz solemne, en un papel que extrajo de un fajo de documentos, «la granja de Qinghe cerrará sus puertas». A continuación, escuché, casi sin dar crédito a mis oídos, que Lin Biao, el inseparable compañero de armas del presidente Mao y su sucesor electo, ordenaba al país que se movilizara para una guerra contra la Unión Soviética. La nación debía estar lista para un ataque decisivo en cualquier momento —continuó el comandante de la compañía—. Las medidas extraordinarias de seguridad exigían que todos los prisioneros fueran trasladados a las provincias del interior, lejos de las regiones costeras, de las grandes zonas urbanas y de las principales líneas de ferrocarril. En estos momentos en que nuestra madre patria había sido amenazada, debíamos observar una estricta disciplina.

Permanecí en la fila mientras los prisioneros de guardia repartían los wotou y nabos salteados del rancho completo del día. Después, regresé a los barracones para terminar de empaquetar mis cosas y esperar a los camiones que nos trasladarían hasta la estación de Chadian. Trataba de encontrar sentido al comunicado del comandante, pero no tenía la menor idea de si China estaba de verdad al borde de una guerra contra la Unión Soviética. Era igualmente plausible que la directriz de Lin Biao tuviera motivaciones políticas. Tal vez la repentina movilización formaba parte de la prolongada lucha que mantenían los máximos dirigentes por el poder, o quizá era un intento de distraer la atención del pueblo de la desorganización económica y política que se había producido en el país a raíz de los tres años de luchas entre facciones que había provocado la Revolución Cultural. Sin acceso a ninguna otra información o noticia, no podía hacerme una idea cabal de estos acontecimientos.

Durante el trayecto de nueve horas en tren hasta Shanxi intenté asumir los cambios que habían surgido en mi situación. Mientras contemplaba la inmensa llanura de Hebei abriéndose paso hasta las estériles colinas de la provincia de Shanxi,

deseaba sentir alivio o emoción, pero lo único que sentía era una mezcla de confusión y ansiedad ante la vida que aguardaba a un prisionero en reinserción como yo.

En la pequeña estación de ferrocarril donde descendimos, vi que no nos esperaba ningún policía uniformado. Los representantes de la mina de carbón de Wangzhuang se hicieron cargo de los preparativos de llegada y nos organizaron provisionalmente en compañías. Iban vestidos con las mismas chaquetas acolchadas de algodón negro que los trabajadores y los campesinos que pululaban por la estación, así que supuse que debían formar parte del personal administrativo.

La impresión que me hizo el entorno, nada más llegar, era que predominaba el color grisáceo. En el recorrido de tres kilómetros que hice hasta el establecimiento de Wangzhuang, no vi más que edificios de ladrillo gris, cubiertos de carbonilla, encaramados en las laderas de las escarpadas y grises colinas. Por casualidad, oí a uno de los policías de Qinghe que había sido trasladado con nosotros quejándose de las condiciones de vida allí. Sin duda, hubiera preferido quedarse en el distrito de Pekín antes que en un enclave montañoso y lejano como aquél. Sin embargo, al igual que nosotros, él tampoco había podido escoger su destino laboral.

Una vez dentro de las puertas de Wangzhuang, me llamó la atención un grupo de trabajadores que acababan de terminar su turno en las galerías subterráneas. Tratando de reunir pistas sobre el tipo de vida que me aguardaba, me fijé en sus rostros tiznados en los que sobresalían unos ojos cansados; y en sus rígidos cascos protectores, hechos a base de ramitas entrelazadas, sus botas de goma hasta la rodilla, y sus chaquetas y pantalones, llenos de remiendos y mugrientos por la carbonilla. Traté de imaginarme a mí mismo como minero del carbón. Luego, regresé a mi dormitorio. Las ventanas estaban empapeladas con periódico en vez de acristaladas, y el suelo y el kang estaban recubiertos de una fina capa de hollín. No sería fácil la vida aquí.

Los hombres que estaban tumbados sobre el kang me contaron que el comité de administración de la mina de carbón estaba formado por un comandante de destacamento, un secretario del Partido y una serie de miembros del personal de la Dirección General de Seguridad; y que la mina estaba organizada en compañías de tipo militar, al estilo de las prisiones. Los doscientos hombres que acabábamos de llegar de la granja de Qinghe veníamos a sumarnos a los ochocientos reclusos en reinserción indefinida, algunos de los cuales trabajaban en el cultivo de verduras, en la fabricación de ladrillos o en la cocina, aunque la gran mayoría de ellos trabajaban dentro de la mina.

Pregunté a los hombres por la comida. Según me dijeron, todos almorzaban en la cantina de los obreros, así que, a pesar de las condiciones de vida que me rodeaban, la noticia me puso de buen humor. Eso significaba que, realmente, recibiría un salario por mi trabajo, que tendría dinero, y que podría escoger mi propia comida en la cafetería o comer carne si lo deseaba.

Aquella noche, me dije una y otra vez, había dejado de ser un recluso. Aquí, las puertas estaban abiertas y gozaba de la libertad de ir al pueblo cuando tuviera tiempo libre. Empecé a pensar que quizá mis conocimientos de geología o de ingeniería me serían finalmente de alguna utilidad. Aquella primera noche me dormí esperanzado con mi nuevo destino.

Los capitanes de seguridad de la mina nos mantuvieron atareados durante dos días con los procedimientos administrativos de nuestro traslado y el reparto de tareas. Tras agruparnos en brigadas junto a los trabajadores más experimentados, a los recién llegados nos informaron brevemente de los turnos de trabajo diarios, de las medidas de seguridad y del sistema de alarma de la mina. El segundo día me pusieron en una brigada de entibación. Mi tarea consistía en apuntalar y sustituir las vigas de madera que soportaban las galerías de los túneles. Aquella tarde, las mujeres que trabajaban en la compañía de suministro nos proporcionaron botas de goma nuevas, cinturones de seguridad, cascos protectores y lámparas frontales. Era toda una transformación. Después de una década en los campos de trabajo, era la primera vez que me trataban como un obrero especializado. Impresionado por mi flamante y cara indumentaria, estaba casi deseoso de empezar mi nuevo oficio.

Al tercer día, no obstante, fuimos convocados fuera de nuestros barracones para una reunión de carácter político. Unos doscientos hombres nos sentamos en el suelo del patio, con las piernas cruzadas, delante del secretario del Partido. En vez de un discurso de bienvenida, nos dedicó una severa advertencia:

—La situación de los trabajadores en reinserción recién llegados aún no es estable —declaró con brusquedad—. Aunque estén pensando en sus hogares y sus familias, puede que no se adapten a las condiciones de trabajo en la mina o que, incluso, pretendan escapar. No se tolerarán actitudes de ese tipo. Todos ustedes deben ser conscientes de que están aquí bajo la dictadura del proletariado y que seguirán su reforma ideológica.

En ese momento entró en el patio una brigada de policías uniformados, normalmente una señal de que alguien iba a ser arrestado. Una oleada de tensión recorrió las filas de ex reclusos. Las diferencias que yo había empezado a establecer entre la vida de un prisionero y la de un trabajador de servicios obligatorios se tornaron de pronto demasiado prematuras.

—Algunas personas han sido investigadas, y la policía ha venido para arrestarlas —declaró el secretario del Partido.

Como si se tratara de una escena ensayada, el capitán nombró a voz en grito a alguien e, inmediatamente, varios hombres vestidos con chaquetas negras acolchadas, los mismos a los que yo había tomado como personal civil de la mina a mi llegada, sacaron al acusado de entre la multitud. Miré horrorizado en que consistía el protocolo oficial de arresto en la provincia de Shanxi. Uno de los hombres de chaqueta negra, que era, en realidad, un policía vestido de civil, le forzó a estirar los brazos detrás de la espalda; mientras tanto, otro hombre, sacando del bolsillo un rollo

de cuerda, amarró con destreza una de las muñecas del amedrentado trabajador y, acto seguido, pasando la cuerda por el pecho, por debajo de uno de los hombros, alrededor del cuello, y por debajo del segundo hombro, anudó a toda velocidad con ella la segunda muñeca. Un tercer guardia le propinó un rodillazo en el estómago al acusado y, cogiéndolo de la barbilla, le empujó bruscamente la cabeza hacia atrás. El guardia que sostenía la cuerda tiró de ella para tensarla, forzando las manos atadas del hombre para que apuntaran a la nuca. Toda la operación duró tan solo unos pocos segundos.

Al cabo de un minuto o dos, la víctima estaba desplomada en el suelo, inconsciente. Fui testigo de cómo se le demudaba el semblante, de rojo a marrón oscuro y, después, a una tonalidad negra, antes de desvanecerse el color por completo y tornarse blanco mortecino. El primer hombre de chaqueta negra aflojó la tensión de la cuerda y empezó a golpear en los brazos al prisionero amarrado para que recuperara la circulación de la sangre. Luego, lo dejaron en el suelo, y sacaron a la siguiente persona. Al parecer —pensé—, el objetivo del proceso en su conjunto consistía en castigar e intimidar, no en incapacitar o matar.

Uno a uno, el capitán de policía pronunció los nombres de cinco hombres más acusados de crímenes tales como hurto reiterado y tentativa de fuga. Los guardias de chaquetas negras ataban con rapidez a cada una de las víctimas, esperaban a que se derrumbara en el suelo y, después, la revivían. El procedimiento me recordaba al descuartizamiento de los pollos. Más tarde, uno de los ex reclusos con experiencia en la mina me contó que era un trato ante el que sucumbía hasta el más duro de los matones. Si la cuerda permanecía tirante durante más de cinco minutos, la víctima se quedaría con los brazos lisiados de por vida. Durante los nueve años que había pasado en los campos había visto muchas palizas, pero nunca la gélida eficiencia con que se ejecutaba esta tortura. La reunión en el patio me dejó trastornado. A partir de aquel momento, las puertas abiertas de la mina me dieron la impresión de ser una cruel burla de la libertad.

20. Reinserción

En la mina de carbón de Wangzhuang, que, a efectos internos, recibía el nombre de Destacamento número 4 de reforma por el trabajo de Shanxi, los doscientos hombres que habíamos sido trasladados desde la granja de Qinghe, en diciembre de 1969, habíamos quedado atrapados dentro el sistema penal ampliado de China. Existíamos en un mundo aparte, estigmatizados por nuestra condición de reclusos en servicios obligatorios, y sometidos a las servidumbres de una disciplina y un control constantes. A pesar de que, como reclusos en reinserción se nos había concedido un margen mayor de libertad, seguíamos temiendo los castigos arbitrarios que nos infligían los guardias y la posibilidad de ser confinados en celdas de aislamiento, todo lo cual hacía que la mina se pareciera bastante menos a un establecimiento industrial común que a un campo de reforma por el trabajo. Seguíamos teniendo que criticar a nuestros compañeros reclusos en las sesiones obligatorias de estudio y demostrar constantemente que hacíamos esfuerzos por reformarnos ideológicamente. Sin embargo, más opresivo aún que la vigilancia y el control era el hecho de darse cuenta finalmente de que nuestras vidas nunca nos pertenecerían por completo.

Mediante un permiso emitido por los guardias podíamos cruzar las puertas del recinto para bajar al pueblo en nuestros días libres. Estábamos autorizados a sentarnos juntos a la hora de la comida, a hablar entre nosotros e, incluso, departir con las sesenta mujeres que trabajaban en la mina. Podíamos escribir cartas, recibir visitas, solicitar un viaje al año para ir a nuestras casas, y pedir un permiso de matrimonio. Lo que no podíamos hacer era salir sin un certificado de trabajo o sin los cupones de grano. Al igual que había comprendido Ao Naisong antes, era evidente que el hecho de haber sido destinado a este centro de reforma por el trabajo descartaba irrevocablemente cualquier otra posibilidad de optar a un regreso a la sociedad normal.

Al cuarto día de nuestra llegada, todos los hombres que acabábamos de ser liberados de la reforma por el trabajo y reubicados en la mina debido a la supuesta amenaza de guerra con la Unión Soviética, empezamos nuestra vida de mineros en la provincia de Shanxi, supervisados por los ex reclusos experimentados de nuestras propias brigadas. Ellos fueron quienes nos contaron historias aterradoras sobre los accidentes y fatalidades que habían ocurrido en la mina. Me preguntaba si estábamos adecuadamente preparados para desempeñar nuestro cometido. Aquí se requerían aptitudes técnicas antes que la mera fortaleza física que utilizábamos en Qinghe para la excavación de zanjas de riego o la nivelación de los campos de arroz. Manejar maquinaria pesada y explosivos exigía destreza y precisión. Un descuido podía provocar una explosión de gas, la pérdida del control de una vagoneta, la inundación de una galería o el derrumbamiento de la mina. Yo confiaba en que también los otros

novatos respetaran rigurosamente las medidas de seguridad previstas en el reglamento.

Las labores de excavación de la mina, organizadas en tandas de tres turnos, no cesaban en todo el día. Los trabajadores de mi equipo de entibación nos levantábamos a las cuatro de la mañana, desayunábamos dos wotou y un cuenco de sopa en la cantina, hacíamos cola para que nos entregaran el equipo y, luego, nos presentábamos a las cuatro y media en la bocamina. Hasta media tarde no veíamos la luz del día.

Solíamos tardar un promedio de una hora en llegar al lugar de la mina donde trabajaríamos ese día y, allí, con las lámparas frontales como única guía, recorriamos durante ocho horas las galerías de un lado a otro, en la oscuridad, agachándonos para transportar las pesadas vigas de pino hasta el interior. Mi equipo era el encargado de comprobar la resistencia de las vigas de apoyo existentes y encontrar aquellas que podrían haber resultado dañadas por las explosiones de dinamita o por la constante erosión química, porque las traviesas aunque pudieran parecer sólidas por fuera, podían estar podridas por dentro. Luego, debíamos arrancar los puntales defectuosos y clavar los nuevos, demorándonos lo menos posible en la tarea para evitar hundimientos.

A mitad de la jornada de ocho horas bajo tierra, el capitán llamaba a hacer una pausa para comer algo y beber agua. El encargado de las provisiones de cada equipo traía un cubo lleno de wotou y dos latas de agua. Sedientos tras tanto esfuerzo, no malgastábamos el agua para lavarnos las manos antes de comer. Reanudábamos el trabajo hasta las dos y, luego, aguardábamos un rato hasta que el capataz de la brigada venía a comprobar si habíamos cumplido con nuestra parte de trabajo. A las dos y media, volvíamos a subir por las galerías de tránsito hasta el túnel principal y, a eso de las tres y media, agotados, emergíamos a la luz de la tarde.

Todas las tardes, después de devolver el equipo, hacíamos cola para entrar en el único baño comunitario que teníamos para los dos mil trabajadores. Debido a la escasez permanente de agua en la región montañosa de Shanxi, era poca el agua que quedaba para la higiene y el uso personal de los mineros en reinserción. Podía considerarme afortunado si el agua de la única piscina de medio cuerpo que teníamos, con capacidad para veinte hombres a la vez, se había cambiado aquella misma mañana; y más afortunado aún si podía bañarme junto a los quinientos mineros del primer turno, porque, después del segundo y el tercer turno, el agua se volvía de color negruzco y olía mal. Si me quedaba sin poder bañarme o cambiarme de ropa durante dos días, la situación se volvía espantosa, pero no teníamos ningún otro medio de lavarnos ni de quitarnos la carbonilla.

A las siete en punto, al terminar la cena, regresábamos a los dormitorios para una sesión de dos horas de estudio. Habitualmente, leíamos extractos de las obras del presidente Mao, así como del *Diario de Shanxi* o del *Diario del Pueblo*. Algunas veces criticábamos a un miembro del grupo que no había cumplido su cuota de

trabajo, o que había cometido alguna infracción disciplinaria consistente, por lo general, en hurtos de poca monta o en alborotos de algún tipo.

Después de tres años de luchas internas en las unidades de trabajo de todo el país, el ambiente político seguía siendo tenso y amenazante, debido, en gran medida, al control precario que ejercía el presidente Mao. Yo no quería brindarles ninguna oportunidad a los activistas de mi equipo para que se aprovecharan de mí utilizándome como trampolín, así que procuraba hablar únicamente de temas intrascendentes y relacionarme sobre todo con compañeros que fueran antiguos presos comunes, pero nunca intelectuales. Por el día, cumplía con mi cometido de minero, y, por las tardes, leía el periódico y recitaba los pasajes de Mao que nos exigían leer en la clase de estudio.

A principios de enero, nos enteramos de que el control de la mina, al igual que otros lugares de trabajo de todo el país, había pasado a manos del ejército. Desde 1968, el presidente Mao empezó a utilizar unidades del ejército para hacerse cargo de la administración de las grandes universidades, fábricas y organizaciones de propaganda, como el *Diario del Pueblo*, con la intención de poner fin a las luchas intestinas y reestablecer la estabilidad social y la producción industrial. Una mañana, un comandante del Ejército Popular de Liberación, procedente de la capital de la provincia de Taiyuan, a quien solíamos llamar representante militar Li, llegó con su joven ayudante para hacerse cargo de la mina de Wangzhuang, desbancando así la autoridad del comandante del destacamento y del secretario del Partido. Supe posteriormente que, aunque nunca se declaró explícitamente, el principal cometido del representante Li era disciplinar a los miembros del personal de la Dirección General de Seguridad que no fueran escrupulosamente leales al presidente Mao y a Lin Biao.

Unos días después de su llegada, el representante Li decidió redoblar la disciplina de los trabajadores en la mina. Todas las noches un enjambre de trabajadores se arremolinaba frente al dormitorio de las mujeres, silbándolas y jaleándolas para que salieran.

Al igual que los hombres, la mayoría de estas mujeres habían sido arrestadas inicialmente por ofensas penales, no por delitos políticos. Aproximadamente un tercio de ellas eran solteras y llevaban una vida disoluta y alegre. Todas las noches se producían rifirrafes entre los hombres y, algunas veces, compitiendo por sus favores, algunos llegaban a las manos. La mayor parte de las mujeres, incluso algunas que tenían a sus maridos y familias en casa, aceptaban amantes y tenían relaciones sexuales dentro del campo.

El representante Li anunció que todas las mujeres solteras, algunas de las cuales vivían prácticamente como prostitutas, serían enviadas como personal de servicios obligatorios a la Prisión número 4 de Shanxi, situada a las afueras de Taiyuan. Allí trabajarían en la fábrica, confeccionando prendas de vestir o fabricando artículos de higiene, como pasta de dientes. Esta nueva política se encontró inmediatamente con

resistencias por parte de muchas mujeres de la compañía a quienes les gustaba tener relaciones sexuales con los trabajadores. También temían que las condiciones de trabajo fueran aún más duras en la prisión que en la división de suministros de la mina, así que trataron de buscar la manera de quedarse. El matrimonio con otro trabajador en reinserción era una de las formas de exención previstas en el decreto.

A mí siempre me habían parecido desagradables las escandalosas peleas nocturnas que se armaban y no deseaba tener nada que ver con las mujeres de la prisión, aunque comprendía bien sus resistencias al traslado. Poco después del decreto del representante Li, un trabajador, llamado Wang, más veterano que yo, y uno de los otros dos prisioneros políticos que había en mi brigada, me invitó a ir a su casa el domingo siguiente, a mediodía, a comer unos *jiaozi*. Wang había sido arrestado en 1950 por trabajar para los nacionalistas antes de la Liberación. Wang, una persona de buen talante y con una expresión muy afable, había cursado estudios de enseñanza secundaria y trabajaba en la mina. Varios años antes se había casado con otra ex prisionera, y juntos habían restaurado una de las covachas excavadas hacía años en las laderas de las colinas de loess que se erguían por encima de la mina. Estas inhabitables viviendas habían sido asignadas como casas a todos aquellos ex prisioneros que pudieran lograr un permiso de matrimonio.

Wang se había instalado en una sencilla rutina doméstica. Iba a trabajar todos los días y, después, al estudio político, junto con el resto de nosotros; luego, a las nueve en punto, podía marcharse a su casa y olvidarse de la habitación llena de humo y cubierta de carbonilla que era nuestro dormitorio. No tenía que aguantar la compañía de otros quince hombres disputándose el espacio en un kang infestado de pulgas; no tenía por qué escuchar sus maldiciones o sus bravatas, ni tampoco verlos escupir desenfrenadamente sobre el suelo de cemento. Durante ocho horas, todas las noches, podía disfrutar de las toscas comodidades que le ofrecía su propia casa. Con curiosidad por conocer una vida tan distinta a la mía, acepté su invitación a almorzar.

La esposa de Wang, una mujer alegre e inteligente de cincuenta años, me sirvió unos humeantes *jiaozi* en el cuenco, los regó con vinagre fuerte de Shanxi y, después, me preguntó si yo pensaba en casarme alguna vez. Le contesté que era algo que no me interesaba. Ella replicó que debería meditarlo de nuevo porque, si me casaba, podría comer *jiaozi* en mi propia casa todos los domingos y, en los meses de invierno, dormir confortablemente en un kang caldeado con mi mujer.

Le dije que hacía ya tiempo que había descartado la idea del matrimonio, porque mi trabajo en los servicios obligatorios no tenía fecha de terminación y porque, no pudiendo cambiar de puesto ni de lugar de trabajo, me negaba a considerar la posibilidad de casarme y fundar una familia. No podía soportar la idea de que mis hijos llevaran siempre a sus espaldas el estigma de descendientes de un derechista contrarrevolucionario; y mucho menos estaba dispuesto a tomar como esposa a una ex prisionera, a alguien que hubiera caído en el crimen en sus primeros años de juventud, ni tampoco a una campesina sencilla escogida en la comunidad vecina.

Todo eso me repugnaba tanto como la alternativa de encontrar una pareja ocasional para tener relaciones sexuales. Yo prefería asumir la soledad de mi vida de soltero.

La mujer de Wang escuchó mis motivos, pero no cejó en su empeño de persuadirme para que lo hiciera. Según me explicó, ella conocía a alguien un poco mayor que yo, que se había sometido a una operación de esterilización, y con quien, por tanto, yo no corría el riesgo de acabar formando una familia no deseada. Sin querer parecer grosero o desagradecido, cambié de tema para hablar de otros asuntos. En los días siguientes, Wang siguió aconsejándome que encontrara una mujer: «No tendrías que sentir nada especial por ella ni tener relaciones sexuales, si no las deseas —me animó—. No es más que un modo práctico de mejorar tu vida. Si sigues pensando que algún día puedes regresar a la universidad, ¡estás fuera de tus cabales! Esa época ha pasado. Debes ser realista».

Wang me invitó a comer una segunda vez a su casa. Sentada en el kang, estaba una mujer bien arreglada y de aspecto agradable, llamada Shen Jiarui. Era la capataz de su brigada en la compañía de mujeres, y me dijo que tenía treinta y nueve años. Yo tenía por entonces treinta y tres. Por algún motivo, sin meditarlo más que unos momentos, tomé la súbita decisión de casarme. Por qué no, pensé, después de todo, ambos somos seres humanos, ex convictos, compartimos un destino similar. Ninguno de nosotros tiene propiedad alguna ni disfruta de una auténtica libertad, así que no podremos culpar al otro o acusarnos mutuamente. En aquel instante, un emparejamiento sencillo parecía una buena idea. Incluso en circunstancias normales en sociedad —pensé—, muchas parejas se conocen el día de su boda, después de concertar de antemano el matrimonio, y nunca esperan que su unión proporcione amor o felicidad sino, más bien, conveniencia o apoyo económico. ¿Por qué pedir más?

Convinimos escribir cartas a los capitanes de seguridad de nuestra compañía para solicitarles el permiso de matrimonio. Creyendo que tratábamos de eludir la nueva política por la que se destinaba a las mujeres solteras a la prisión de Taiyuan, desestimaron el permiso. Sin embargo, Shen estaba decidida a no darse por vencida. Mantenía una relación especial con el representante Li, a quien le gustaba Shen y que solía pararse a conversar con ella cuando visitaba el almacén. Shen me dijo que apelaría al comandante del Ejército Popular de Liberación. Además, en enero de 1970, la situación política dentro de la mina cambió de rumbo. Mientras aguardaba la respuesta del representante Li, el capitán de mi equipo nos convocó de improviso a una reunión nocturna.

«Los contrarrevolucionarios más obstinados seguían conspirando para socavar el control del Partido, declaró. Se había lanzado una nueva “campana para aislar a los contrarrevolucionarios”, en la que todos debíamos prestar suma atención a los “seis artículos”.» Se refería a un documento de la Dirección General de Seguridad, publicado en 1968, cuando la violencia entre facciones estaba en su punto álgido, por el que se autorizaba a infligir severos castigos a cualquier sospechoso de oponerse a

la Revolución Cultural o al liderazgo del presidente Mao. Cuando volví a oír que se mencionaba este documento, supe que las refriegas políticas alcanzarían su máxima intensidad. Me dije para mis adentros que debía mostrar aún mayor entusiasmo cuando declarase mi lealtad y fidelidad al presidente Mao y a Lin Biao, su «más acérrimo compañero de armas».

Fue entonces cuando el capitán anunció que, aquel mismo día, se llevarían a cabo nuevos procedimientos disciplinarios, y que, a partir de ese momento, todos los trabajadores estábamos obligados a permanecer confinados en nuestras brigadas. Las parejas casadas vivirían separadas en sus respectivos dormitorios. Iríamos a trabajar a diario y, después, regresaríamos a nuestras propias habitaciones. No debíamos entablar relación ni conversación con nadie que no fuera de nuestra propia brigada. Cundió el temor entre los reclusos porque ninguno sabíamos lo que nos aguardaba después de aquellas órdenes. El ambiente se hizo irrespirable. Me preguntaba cómo conseguiría hablar con Shen Jiarui. Tenía que saber si había tenido éxito con su petición al representante Li.

La tarde siguiente, la vi en la cafetería y me aproximé rápidamente a donde ella estaba haciendo cola. «Me han dado el permiso», dijo ella. Al instante, el capataz de mi brigada me ordenó que me presentara al capitán del equipo. En la oficina, tres capitanes escucharon la acusación del capataz de la brigada de que me había puesto en contacto con alguien ajeno a la compañía. Entonces, uno de ellos tiró una cuerda al suelo.

—¿Qué pretendes? —rugió el capitán más veterano— ¿No conoces el reglamento? Has roto la disciplina. —Entonces ordenó al capitán ayudante—: ¡Átalo!

Yo sabía que el castigo de la cuerda sería terrible para mí.

—¡Espere! —dije— ¡Déjeme decirle de qué hemos hablado!

—¡No importa! —gritó él, cogiéndome del brazo.

—Ella ha hablado con el representante Li —grité. Y el capitán dudó—. Nos ha dado permiso para casarnos.

Intercambiaron miradas. Tenían que dejarme libre y someterse a las órdenes del representante Li, aunque les fastidiase tener que anular su decisión. Después de aquello nadie más volvió a molestarme cuando hablaba con Shen en la cafetería.

Unos días más tarde, los capitanes nos concedieron a regañadientes que nos tomásemos un día libre para inscribir nuestro casamiento en el ayuntamiento del pueblo, a dos horas de camino, en el valle. El 22 de enero de 1970, firmamos el certificado, debajo de los tradicionales caracteres de «doble felicidad». Así, con ese acto sencillo, contraí matrimonio con alguien a quien apenas conocía. No podía dejar de sentirme muy extraño mientras caminábamos juntos de vuelta por la carretera de tierra que cruzaba las montañas. El delegado Li había dado instrucciones para que nos adjudicaran una de las covachas abandonadas que había encima de la mina. Pensé que quizá, más adelante, se nos despertarían sentimientos de afecto

mutuo, y decidí que trataría de construir una relación con aquella mujer tranquila y llena de recursos.

Durante los dos meses que tuvimos que dormir separados por la noche, Shen y yo pasábamos todo el tiempo libre que nos quedaba entre nuestros turnos de trabajo y las clases de estudio, excavando en la cueva para hacerla habitable. Mientras trabajábamos, aún nos quedaba algún tiempo para los dos solos. La entrada se había derrumbado completamente y, como quitar los terrones de loess era una tarea lenta y pesada, empleábamos nuestras piquetas de la mina para excavar en la roca y una carretilla para sacar la tierra. Finalmente, logramos despejar el espacio de una entrada de dos metros y medio de altura por tres de ancho, y un cuarto de estar de tres metros de profundidad. A modo de kang, preparamos una plataforma de tierra en la parte delantera, y liberamos dos pasillos a ambos costados para dejar que la lumbre del brasero de ladrillos calentase la cama. A principios de marzo ya habíamos instalado un tubo de estufa como salida de humos, encalado las paredes interiores de la cueva y trasladado algunas de nuestras posesiones desde nuestros respectivos dormitorios. Todas las noches regresaba para las sesiones de estudio y, después, me quedaba a dormir con mis compañeros en el kang.

Nuestras reuniones políticas nocturnas eran más agrias y largas que antes, ya que el jefe de brigada nos había insistido para que descubriésemos quiénes eran los enemigos de clase y los contrarrevolucionarios que aún se ocultaban entre nosotros. A todos nos preocupaba poder ser acusados de desobediencia o deslealtad, e, impulsados por esta corriente que abogaba por la «depuración de clases», los oportunistas encontraban muchas ocasiones de acusar a los demás como medio de obtener privilegios suplementarios. No había brigada donde no aflorasen los antagonismos y los resentimientos personales. Era como si nunca hubiera salido del mundo de rivalidades a cara de perro de los campos de trabajo. Por eso era un alivio dejar atrás las tensiones políticas y volver cada tarde con Shen Jiaurui a nuestra cueva.

Un día, mientras descansábamos, Shen dijo que quería contarme su historia. Antes de ser arrestada, ella trabajaba como bibliotecaria en el Instituto del Ferrocarril en Pekín, donde su marido, un científico que había estudiado en una universidad americana antes de la Liberación, era profesor universitario. Entre los dos habían criado a cuatro hijos, pero él ponía objeciones a la amistad de Shen con estudiantes y profesores extranjeros de su entorno universitario, y empezaron a tener riñas. En 1962 se divorciaron, y el comité del Partido le concedió a él la custodia de los niños. Dos días más tarde, el Partido le asignó un trabajo en Shanghai, así que toda la familia se trasladó a vivir allí.

Ella vivió temporalmente con su padre hasta que encontró trabajo en la editorial *Lenguas Extranjeras*. Poco después, ella empezó una relación con un compañero de trabajo, un afroamericano y antiguo prisionero de la guerra de Corea que se había quedado en China. Agradecida por su promesa de hacer uso de sus conexiones con la

embajada de Kenia para sacarla de China, ella planeaba casarse con él. Sabía que una relación interracial como la suya provocaría una airada repulsa de las autoridades del Partido, pero esperaba que las conexiones diplomáticas de su novio pudieran protegerla.

Me explicó que los dirigentes del Partido en su Instituto la habían criticado muchas veces, y que se daba cuenta de que, al salir para encontrarse con el estadounidense, la seguían. Sin embargo, no estaba dispuesta a dejarse intimidar. Entonces, en 1965, fue arrestada por mantener «relaciones ilícitas con extranjeros», un delito grave que equivalía a la traición. Su novio fue deportado a Kenya después de que ella ingresara en prisión, y ella nunca lo volvió a ver. Escuchar el relato de las experiencias de Shen me dejó conmovido. Cuando terminó, dije que no quería hacerle más preguntas, que no quería saber más de su vida anterior; que su pasado era sólo suyo.

Antes de terminar las obras de la cueva, el hijo mayor de Shen, que entonces tenía 19 años, llegó sin previo aviso una tarde. Su visita conmovió a Shen. Hacía ocho años que ella había perdido todo contacto con sus hijos, después de haberle sido denegado el derecho a verlos. Según nos contó el muchacho, estaba destinado en el campo en Mongolia interior, y había decidido encontrar algún modo de que le trasladaran lejos de las duras condiciones de vida que debía soportar en aquel lugar perdido del mundo. A través de un tío que vivía en Pekín, se enteró de que su madre había sido destinada a la mina de carbón. Aquella noche Shen Jiarui supo lo que le había ocurrido a su familia desde su arresto.

En primer lugar, durante los primeros meses de la Revolución Cultural, el padre de sus hijos había sido anatematizado como «autoridad burguesa» a causa, principalmente, de su educación americana, y encerrado en una prisión improvisada en la universidad, bajo la supervisión de un grupo rebelde. Sus dos hijos mayores, que por entonces tenían quince y trece años, lo denunciaron por sus crímenes contrarrevolucionarios para congraciarse con los guardias rojos. Incluso se unieron a un grupo de estos últimos, enviado a saquear las posesiones burguesas que tenían en su propia casa, entre las cuales había una radio y una cámara de fotos. Al igual que otros muchos niños que fueron abandonados durante aquellos años, los hijos se dedicaron a la comisión de pequeños hurtos. En 1968, junto con otros miles de jóvenes, fueron enviados a trabajar al campo en zonas remotas: uno a las estepas de Mongolia; y el otro a Heilongjiang, una de las provincias limítrofes con Siberia. Antes de marcharse de casa, su padre les dijo que su madre era una espía imperialista que había muerto en prisión.

Una tragedia familiar como aquella era común durante la Revolución Cultural pero, de pronto, ésta me afectaba directamente. Yo tenía treinta y tres años, y no sabía cómo relacionarme con aquel joven de diecinueve. Hacía apenas un mes que Shen Jiarui y yo nos habíamos casado cuando el muchacho se trasladó a vivir con nosotros en nuestra cueva, aún sin arreglar del todo. A Shen le daban permiso algunas noches

para quedarse con él. Yo le recordé nuestro acuerdo previo de que los niños no formarían parte de nuestro matrimonio, pero Shen insistió en que yo era ahora su padrastro y que ella necesitaba mi ayuda para encontrar a sus otros tres hijos. El hijo mayor consiguió un permiso familiar de carácter provisional para quedarse seis semanas con nosotros. En mi tiempo libre empecé a enseñarle inglés, matemáticas y geografía, materias que aprendía rápidamente. A partir de entonces, él vivía con nosotros cinco meses al año.

Una mañana de marzo, al llegar al trabajo a las cuatro y media, como de costumbre, el capitán de policía me dijo con cara de pocos amigos que el delegado Li había ordenado detener la excavación durante el día entero. Convocados por el capitán a una reunión de todo el batallón, observé inmediatamente que había un automóvil todoterreno del ejército aparcado dentro del recinto. Cuando empezábamos a plantearnos quién sería esta vez el recluso represaliado, un grupo de policías uniformados entró en la plataforma a grandes zancadas. Su capitán vociferó en el micrófono: «¡Que salga de inmediato el contrarrevolucionario Yang Baoyin!».

Automáticamente, levantamos nuestros puños en alto y, respondiendo a las consignas de los activistas que había entre nosotros, empezamos a vocear consignas como «¡Abajo el contrarrevolucionario Yang Baoying!»; «¡Resistirse a la reforma lleva a la muerte!» o «¡Esfuézate en reformarte para convertirte en un verdadero socialista!». Estos eslóganes solían ir acompañados de otros gritos como «¡Larga vida a la Revolución Cultural!, ¡larga vida a nuestro gran timonel y presidente Mao Zedong!». En medio del clamor, tres miembros de chaqueta negra pertenecientes a la policía de la mina, sacaron por la fuerza a una persona amarrada con una cuerda. No podía caminar ni levantar la cabeza pero, cuando subió a la plataforma, uno de los guardias le levantó la cabeza tirándole del pelo para mostrarnos su rostro.

El capitán de policía bramó por el micrófono que entre los crímenes de Yang se contaban su obcecación y su resistencia a la reforma y, después, añadió algo sobre sus ataques a Mao. Las interferencias de los altavoces distorsionaban las palabras de su discurso, y solamente llegué a oír que se le condenaba irrevocablemente a ser ejecutado de inmediato. Cuando regresé caminando al dormitorio, observé que había varios guardias de pie mirando un cuerpo lacio tirado en el suelo polvoriento, junto al matorral de un riachuelo seco. Dos días más tarde, todo el mundo comentaba entre susurros las circunstancias de aquella truculenta escena. El verdugo había ejecutado al prisionero situándose junto a él y cortándole la cabeza de un tajo. A continuación, le había sacado los sesos y se los había entregado a un tal Li, uno de los capitanes, con el fin de que éste se los diera a su padre de setenta años, quien, para beneficiarse de sus supuestas cualidades medicinales, se los había comido.

Traté de saber por qué Yang había sido condenado a muerte. Según los rumores que corrían entre los reclusos, la víctima había sido arrestada en un principio por sus crímenes callejeros, y condenado a cinco años de reforma por el trabajo. Tras ser reclasificado como recluso en reinserción, Yang fue enviado a Wangzhuang. Seis

meses más tarde, solicitó un permiso para visitar su pueblo natal, al parecer, para ver a una mujer, pero cuando el permiso de viaje expiró, Yang no se presentó en la mina. La oficina de seguridad se lo había notificado a la policía local que encontró a Yang y lo trajo de vuelta. El hecho de no presentarse se consideraba intento de fuga, y el castigo a una insubordinación como ésa era pasar cinco semanas en celda de aislamiento.

Asimismo, oí que, mientras Yang estaba en la celda, aislado y resentido, había escrito en un paquete de cigarrillos los caracteres «Muerte al presidente Mao». La gente decía que, después de varias semanas encerrado, había adoptado una actitud rebelde. Fuese cual fuese su intención, es evidente que su posterior ofensa había acabado de sellar su destino. El comandante del Ejército Popular de Liberación lo había escogido a él para dar un castigo ejemplar y advertirnos al resto de los reclusos sobre las consecuencias de la insubordinación contrarrevolucionaria. Después de aquel despliegue de justicia revolucionaria, empezó a declinar la alarma política, y yo me trasladé con Shen Jiarui a nuestra covacha.

En el verano de 1970, Shen había logrado ya contactar con su segundo hijo en Hilongjiang y averiguar que su hija, la tercera de su prole, vivía contenta con su padre y su madrastra y que seguiría con ellos en Shanghai. Cuando Shen se enteró de que su hijo pequeño estaba a punto de ser enviado a una casa de acogida, acepté adoptarlo. Tras descubrir que, en Shanxi, no podríamos cuidarlo como es debido, se mudó a vivir con mi padre y mi hermana en Shanghai para ir al colegio de la ciudad. Finalmente, una vez tomadas todas estas difíciles decisiones, pudimos dedicarnos a la cotidianidad de nuestra vida doméstica.

Mis únicas obligaciones, además de mi trabajo habitual y el estudio político, eran suministrar combustible para cocinar y mantener llena de agua la gran cisterna de cerámica que había del otro lado de la puerta. Al terminar mi turno en la mina, me cargaba al hombro un gran trozo de carbón y caminaba cuesta arriba los veinte minutos que me separaban de mi casa. Descansaba un rato y, después, volvía a bajar la colina, con mi varal al hombro, para llenar los dos cubos de hierro en la fuente comunitaria. El tiempo libre que me quedaba lo empleaba en construir un pequeño patio con tapiales frente a la entrada de la covacha, utilizando la tierra sobrante de nuestra excavación en la roca. Además, ayudé a Shen Jiarui a plantar coles, tomates y judías en el pequeño huerto de la casa, y construí un corral, de modo que pudiéramos criar un par de gallinas ponedoras.

A medida que pasaban los meses, entre los dos iba forjándose un vínculo de mutuo interés. Comenzaba a apagarse la virulencia del movimiento político que nos había obligado a unirnos, y se disipaban poco a poco las tensiones que se habían suscitado durante el periodo de búsqueda de enemigos políticos. El comandante del Ejército Popular de Liberación había regresado a Taiyuan. Era la primera vez que sentía una cierta paz desde mi arresto. Después de quince años de luchas y temores

constantes, creía que podía bajar parcialmente la guardia. La peor amenaza en aquel momento eran las pequeñas rencillas que surgían entre los trabajadores.

Mis compañeros de brigada seguían dispuestos a criticarse unos a otros a la menor ocasión. Solían aprovechar la más pequeña provocación para buscar venganza. Yo evitaba normalmente estas pequeñas pendencias, pero una noche, en la clase de estudio, monté en cólera. Había hecho el turno de mañana, cargando rocas enormes en una carreta y empujado la carga por los túneles durante más de ocho horas. Mi carreta chocó accidentalmente con la de otro miembro de mi equipo y éste, que ya me la tenía guardada desde hacía tiempo, afirmó que el choque había sido culpa mía. Yo repliqué enfadado que era culpa suya: «¡Ten cuidado o te vas a enterar de lo que es tratar conmigo!», me dijo sin disimular el tono de amenaza. Aquella noche, cuando el jefe de la brigada de trabajo empezó a comentar los problemas que habían surgido con la producción del día y a darnos instrucciones para el día siguiente, el individuo en cuestión me acusó de intentar impedirle que completara su cuota de trabajo chocando intencionadamente mi carretilla contra la suya. En un principio, recurrió al jefe de brigada para que me criticase ante los demás por este supuesto error, pero, a medida que aumentaba su enojo, se lanzó sobre mí para sacarme del kang, insistiendo en que tenía que ir a dar parte de mi conducta a la oficina del capitán. Si solamente me hubiera acusado, habría dejado pasar la provocación, pero el hecho de abalanzarse sobre mí, suponía un claro desafío físico. Salté sobre él y lo golpeé; él me golpeó a su vez, y tuvo que intervenir el jefe de brigada, con la ayuda de los prisioneros de guardia, para contenernos. Nos ataron a ambos y nos confinaron en las celdas de aislamiento.

El aislamiento en la mina era un castigo de consecuencias mucho menos drásticas que las que yo había conocido en la granja de Tuanhe. Normalmente, a los trabajadores a quienes se encerraba por alguna infracción disciplinaria se les soltaba a las pocas horas, una vez que confesaban su error y su mala conducta. Se les alimentaba regularmente con wotou y agua para que no perdieran fuerzas o no se resintieran en su productividad laboral. Aquella noche esperé confiadamente a que el capitán de policía viniese a criticarme para poder confesar mi error y disculparme por la pelea. No obstante, después de un par de horas, me di cuenta que tendría que pasar la noche en aquella pequeña habitación sin ventanas, de unos dos metros cuadrados, y donde, por no haber, no había ni cama ni cubo para aliviarse.

En una esquina, encontré un antiguo número del *Diario del Pueblo*, que extendí en el suelo de tierra apisonada, y me quedé dormido. A la mañana siguiente, cuando el prisionero de guardia me ordenó a gritos que saliera, supuse que me enviaría de vuelta al trabajo; pero yo había reñido anteriormente con este hombre, y aproveché aquel momento para tomarse la revancha.

—¿Qué has hecho? —vociferó—. Esta vez has cometido un gran error. Has pisoteado el *Diario del Pueblo*, el diario portavoz del Partido. Aún no te has reformado ¡Sigues oponiéndote a la revolución!

Con esta acusación, liberó a mi compañero de brigada para que volviese al trabajo, y volvió a encerrarme a mí en la celda.

Me sentí consternado ante este vengativo abuso de autoridad. El guardia, que era un prisionero en reinserción, exactamente igual que yo, se arrogaba el poder de someterme y humillarme y, además, me impedía presentarme al trabajo. A mediodía, el capitán de policía llegó para preguntarme qué había hecho. Yo admití haber dormido encima del periódico, pero añadí que mi intención no había sido insultar al Partido, que había sido un error por mi parte y que lo sentía; y él me dijo que saliera de la celda y me marchase a trabajar. Ir a trabajar a esa hora significaba llegar con cuatro horas de retraso, tener que soportar las críticas del jefe de brigada, y esforzarse en cumplir con la cuota en la mitad de tiempo.

No volví a prestar atención a los asuntos políticos hasta enero de 1972, cuando nuestro capitán nos ordenó de pronto que acudiésemos al patio para asistir a un importante comunicado del Gobierno central. Aquel día, el comandante del destacamento subió con aire resuelto a la plataforma y nos ordenó que pusiéramos mucha atención a lo que iba a decirnos. Luego, leyó un breve comunicado en el que se nos informaba que Lin Biao, a quien todos conocíamos como el aliado más leal del presidente Mao, había urdido una conspiración para derrocar al Gobierno, y había muerto en un accidente de aviación en Mongolia Interior: «Una nueva fase de la lucha de clases acaba de comenzar —declaró el comandante en tono amenazador—. Algunos enemigos pretenden aprovechar esta oportunidad para oponerse al Partido Comunista, así que debemos estar más alerta que antes».

Tras regresar al dormitorio para un debate político, observé la reacción de mis compañeros de brigada. Muchos de ellos se mostraban impertérritos ante la noticia de este intento de golpe de Estado encabezado por el segundo dirigente más poderoso del país. Sin embargo, lo que me preocupaba de verdad era que fuésemos nosotros, en tanto que ex convictos y «elementos indeseables» de la sociedad, quienes tuviéramos que pagar las consecuencias de esta nueva llamada de atención a la lucha de clases. Nosotros éramos siempre los primeros sujetos a los que los órganos de la dictadura del pueblo debían sojuzgar, los primeros que servían para dar ejemplo del funesto destino que aguardaba a quien se negase a someterse a la autoridad del Partido. Supuse que el jefe de mi brigada habría recibido instrucciones para vigilar estrechamente mis reacciones. Como uno de los pocos intelectuales del grupo, sería considerado especialmente peligroso en un momento de inestabilidad como aquel porque podía propagar ideas contrarrevolucionarias e incitar a los demás a la acción. No tenía ni idea de lo que había provocado la defenestración de Lin Biao, pero sí sabía que cada vez que el presidente Mao sentía amenazada su soberanía, adoptaba una nueva medida para reforzar su poder y control sobre la sociedad.

Traté de atar cabos con la escasa información que nos habían dado. El accidente de avión parecía haber sido ideado como una coartada para no tener que dar cuentas del conflicto que se había desatado en el Gobierno. Yo sabía que los dirigentes del

Partido habían estado disputándose el poder durante la Revolución Cultural, y me preguntaba si esta repentina desaparición de uno de los aliados más próximos al presidente Mao anunciaba un debilitamiento de su propia autoridad y, tal vez, la antesala del final de su mandato. Al igual que en las anteriores crisis políticas, de puertas hacia fuera, yo apoyaba el reciente cambio en las directrices oficiales del Partido y censuraba la maldad de Lin Biao exactamente con el mismo entusiasmo con el que le había deseado una larga vida durante los dos últimos años. En mi fuero interno, sin embargo, empecé a esperar secretamente que el fin del mandato del presidente Mao estuviese cada vez más cerca.

La crisis pasó. Yo seguía alerta por si alguien se le ocurría escogerme como víctima de alguna crítica. Los periódicos publicaban estridentes editoriales acerca de la necesidad de erradicar a los partidarios de Lin Biao y Confucio, entre quienes, de pronto, se había establecido un vínculo que superaba siglos de distancia, para acusarlos a ambos de ser revisionistas recalcitrantes y de obstaculizar el camino al socialismo. No obstante, en la mina de Wangzhuang seguíamos trabajando sin prestar excesiva atención a las disputas políticas. En la primavera de 1972, me asignaron incluso a un puesto de mayor responsabilidad. Los dirigentes de la mina habían decidido aprovechar mis conocimientos de ingeniería y me transfirieron del equipo de entibación a la brigada técnica. A partir de aquel momento mi función sería medir el nivel de partículas de monóxido de carbono que se acumulaban en los túneles.

Este nuevo puesto tenía numerosas ventajas. Equipado con un costoso instrumento de calibración importado de Alemania Occidental, recorría los túneles para examinar la calidad del aire y, posteriormente, escribía informes para recomendar dónde y de qué modo aumentar la circulación del aire en la mina. Además de liberarme del trabajo pesado y de la necesidad de cumplir con la cuota, podía moverme por la mina a mis anchas, con independencia respecto a los demás trabajadores. Algunas veces, podía incluso trepar hasta un nicho, en una de las galerías laterales, apagar la lámpara y echar una cabezada. Los técnicos de la policía confiaban en mí y en mi capacidad técnica para reducir el volumen de su propio trabajo. A pesar de que mi futuro seguía siendo gris y deprimente, al menos el trabajo que hacía era menos fatigoso y cargante que cualquiera que hubiera realizado nunca durante los últimos doce años.

21. El viaje de regreso

Durante la Revolución Cultural, los delegados locales de la Dirección General de Seguridad aprobaron con criterios selectivos algunas de las solicitudes anuales de los prisioneros en reinserción para visitar a sus familias. A aquellos que habían sido condenados por contrarrevolucionarios, especialmente si vivían en grandes ciudades, donde el riesgo de conflictos suponía una amenaza directa para el control del Estado, sólo se les permitía viajar en contadas ocasiones. Por lo general, un ex preso común de la vecina zona rural de Shanxi no tendría problemas para visitar a su familia, pero era poco probable que a un ex prisionero político se le autorizara a visitar Shanghai. A pesar de que yo ya había ahorrado suficiente dinero para el billete de tren en 1970, dudé si presentar la solicitud. Sabía que mi certificado de viaje sería sellado por la Oficina número 4 de reforma por el trabajo de Shanxi, un documento que debía mostrar en cada parada del viaje para acreditar que no era un ciudadano corriente sino un antiguo prisionero en rehabilitación. Me preocupaba que me atacaran en las calles o en el tren como uno de los «cinco tipos» de enemigos, o que mi presencia en casa pudiera avergonzar a mi familia. Hasta 1974 no decidí que la situación política era lo suficientemente estable para solicitar el permiso.

Le dije al capitán a cargo de la disciplina en la mina, un hombre llamado Li, que llevaba fuera de casa diecisiete años, y que tenía que volver a arreglar el papeleo del entierro de las cenizas de mi madrastra. Mi familia ya había empezado los trámites para comprar un pequeño terreno en Wuxi, con vistas al lago Tai, cerca de su lugar de nacimiento, donde ella podría descansar para siempre. A causa de la culpa que sentía por no haber podido confortarla en las penalidades anteriores a su muerte, esta tarea era para mí una responsabilidad ineludible, además de ser un motivo suficiente para solicitar el permiso de visita. Cuando me lo concedieron, me dispuse a hacer los preparativos, aun cuando seguía algo preocupado por los riesgos que entrañaba una marcha así durante el «auge» del movimiento contra Lin Biao y Confucio. El capitán Li me dio instrucciones para que me registrara en la comisaría de policía local de Shanghai tan pronto como llegara.

No era necesario mostrar mi permiso de viaje para comprar un billete en un tren de trayecto local hasta Taiyuan, pero, una vez en la capital provincial, tuve que presentar todos mis documentos para continuar viaje hasta Shanghai a la mañana siguiente. Al principio, el agente de ferrocarril dudó pero, finalmente, tras formularme una serie de preguntas sobre mi delito, y advertirme que debía respetar el plazo y regresar a tiempo, me vendió el billete. Yo decidí no considerar siquiera la posibilidad de encontrar una pequeña pensión en Taiyuan para pasar la noche, ya que eso habría supuesto tener que mostrar mis papeles y someterme nuevamente a una batería de preguntas. En vez de eso, me tumbé a dormir en un banco de la estación. A

medianoche, dos policías me despertaron para pedirme los papeles. Observé que estaban deteniendo a cualquiera que no llevase la correspondiente autorización para viajar. Me ordenaron que me presentase en la oficina de seguridad para formularme unas preguntas: «¿Adónde vas? —me preguntó el capitán de guardia— ¿Qué delito has cometido? ¿Cuánto tiempo llevas rehabilitándote?». Me sentí humillado por su modo de tratarme, pero una hora después ya me habían soltado. A primera hora de la mañana subí al tren.

Desde la estación de Shanghai seguí las calles que me resultaban familiares hasta llegar a mi casa. Todo estaba tan cambiado. No había escrito a mi familia para prevenirles de mi llegada. La mayor de mis hermanas pequeñas, que trabajaba como profesora de enseñanza secundaria y vivía en casa con su hija, fue quien abrió la puerta cuando llamé. Parecía muy nerviosa de verme.

—¿Por qué has vuelto? —preguntó— ¿Ha pasado algo? ¿Hay algún problema? ¿Te han dado permiso para salir? Enséñame tu permiso de viaje.

A medida que le salía la batería de preguntas a borbotones, fue subiendo el tono de voz hasta casi el grito. Era evidente que no sabía si creerme, y me di cuenta que mi repentina aparición la había sobresaltado demasiado. Yo hubiera esperado una bienvenida diferente.

—Dime dónde está la comisaría de policía del vecindario, e iré a inscribirme —repliqué fríamente al entregarle mis papeles.

Ella se tranquilizó un poco cuando examinó atentamente los documentos, pero mi segunda hermana menor le arrancó los papeles de la mano y salió corriendo por la puerta. Tenía que informar inmediatamente a la comisaría de policía, nos dijo desde lejos. Unos minutos más tarde volvió con un oficial de seguridad de cara circunspecta, quien volvió a formularme muchas de las preguntas que me habían hecho ya en la estación de ferrocarril de Taiyuan: «¿De dónde vienes? ¿Cuándo regresas? ¿Cómo fue tu reforma en los campos? ¿Cómo era tu rendimiento en el trabajo?». Todo el proceso duró unos veinte minutos.

—Pórtate bien —me advirtió al marcharme—. No tienes permiso para salir de los límites de la ciudad sin notificárnoslo antes. Debes regresar a tiempo ¡Preséntate en la comisaría antes de marcharte!

Mi padre volvió a casa a última hora de la tarde. Al verme, se quedó conmovido, como si hubiera visto un fantasma. No quería que mi visita le causara molestias porque aún estaba recuperándose de los efectos del leve ataque al corazón que había sufrido unos meses antes, aquel mismo año. Noté enseguida que tenía el brazo izquierdo inutilizado y que hablaba a trompicones. Fue, sobre todo, mi hermana, la profesora, quien habló.

Al sentarnos a tomar un té nadie mencionó los problemas de la familia. Yo pregunté como de pasada acerca de cada uno de mis hermanos y hermanas. Mi hermano mayor y su mujer vivían en Nankín; la tercera de mis hermanas menores vivía en un dormitorio en la fábrica de transistores donde trabajaba como ingeniera;

el primero de mis hermanos menores seguía en la provincia de Xinjiang, en el noroeste, donde había trabajado en una comuna desde 1964; y mi hermano más pequeño, Wu Hongren, a quien seguíamos llamando Maodao, había sufrido algunos trastornos mentales, y ahora descansaba en un centro de recuperación del Ejército Popular de Liberación, en Suzhou, gracias a las gestiones de una de nuestras primas.

Mi hermana no me dio detalles del pasado de ninguno de ellos, y yo no le pedí que me los diera. Estaba tan arraigada la costumbre del silencio y era tan intenso el miedo a la crítica y al castigo que nadie se atrevía a expresar sus problemas personales. Además, todos habían sufrido, sin recurrir a la ayuda de nadie, y ninguno quería involucrarse en los problemas de los demás, ni siquiera siendo miembros de la misma familia. Yo no les conté nada de mi propia odisea, y nadie me preguntó qué había ocurrido desde la última vez que me habían visto, en las vacaciones de verano de 1957. En vez de eso, pasamos el rato charlando informalmente acerca de nuestras comidas, el precio de los víveres en las tiendas, el tiempo y poco más. Las tensiones que, obviamente, se habían producido en mi familia nos incomodaban a todos, pero yo me sentía agradecido simplemente por el hecho de estar en mi casa ya que, durante años, había perdido la esperanza de regresar algún día a Shanghai.

Durante el viaje a mi casa, fui a visitar a un solo amigo, un antiguo compañero de mi escuela cuyo padre era británico y cuya vida, según me contó, había sido muy difícil. Los guardias rojos habían ido varias veces a su casa a acosar a sus padres y saquearla. Yo no le conté nada de mis experiencias, pero le confesé el afecto profundo que aún sentía por Meihua. Fortalecido por los ánimos que él me dio, decidí visitar, una tarde, a la hermana de Meihua, que se llamaba Meipin. Descubrí que la elegante residencia de dos pisos con un encantador jardín en que vivían antes era ahora una pensión para trabajadores, pero uno de ellos conocía la dirección del pequeño piso en el que habitaba la familia por allí cerca.

Mientras caminaba por una de las calles del mercado en dirección al edificio de apartamentos, observé que una muchacha, que debía rondar los dieciséis años, seguía mis pasos sin dejar de mirarme fijamente:

—Ven —dijo—, cogiéndome de la mano. Ven conmigo. Mi madre se llamaba Meipin.

Supuse que mi amigo habría advertido a Meipin de mi visita, y que la madre había enviado a la muchacha a ver si veía un hombre desconocido, de unos treinta y cinco años de edad. Más tarde supe que me había reconocido por una de las fotografías de Meihua.

Meipin me recibió en la puerta con un caluroso abrazo. A través de la puerta, vi a Meihua en la habitación, sentada en una silla leyendo, pero no levantó la vista del libro.

—No habléis demasiado tiempo —me rogó Meipin al dejarnos solos.

Entonces, Meihua se giró para mirar. Durante unos momentos ninguno de los dos se movió. Yo me senté frente a ella, pero ambos evitábamos mirarnos a los ojos.

—Acabo de volver —dije para romper el silencio.

—¿Cómo estás? —preguntó tranquilamente.

Encontraba difícil responder, así que le hice la misma pregunta a ella.

—Supongo que todo te va bien —dijo rápidamente— ¿Cuántos niños tienes?

—No bromees —repliqué, consciente del resentimiento que emanaba de sus palabras.

—Responde a mi pregunta.

—No estoy casado, y no tengo hijos —contesté, olvidando, con la nostalgia y el dolor del momento, la vida que compartía con Shen Jiarui.

—¿Por qué? —dijo bruscamente—. No me mientas.

—¿Cómo puedes hacerme esa pregunta? —dije—. Aún sigo en un campo de trabajo, en una mina de carbón de la provincia de Shanxi. Así que es algo sobre lo que no puedo mentir.

Meihua no dijo nada. Por la expresión de su cara, vi que se sorprendía al tiempo que comprendía de repente.

—¿Ahora entiendes por qué nunca me he casado?

—¿Cómo has conseguido volver? —preguntó.

—Me han dado un permiso de visita a casa, pero regreso mañana —expliqué con calma.

Ella rompió a llorar. Sus mejillas se inundaron de lágrimas. Tratando de controlar mis emociones, me levanté para acariciarle la cabeza y consolarla, pero ella me quitó la mano.

—Cuéntame cosas de ti —dijo ella con una voz que era casi un susurro.

—Me arrestaron en 1960, y he estado en los campos de trabajo hasta hoy —dije—. Pero no quiero hablar de ello ¿Y tú?

Meihua me contó que en 1958 la habían destinado a un puesto de profesora en un colegio de formación para mineros, en el noreste del país; que se había casado con un ingeniero de minas en 1962, y que tenía tres hijas. Esbozó una sonrisa. Me contuve las ganas y no le pregunté por qué me había rechazado en 1957.

—Tal vez sea mejor así —dije—. No sé que nos habría ocurrido si hubiéramos estado juntos durante estos diecisiete años.

Meipin llamó a la puerta para decirme que era mejor que me marchara:

—Media hora es suficiente tiempo de conversación para vosotros dos —dijo—. Ambos tenéis vuestras propias responsabilidades.

Al día siguiente, tomé el tren para Taiyuan. No le dije nada a Shen Jiarui acerca de mi encuentro con Meihua. Mi pasado, al igual que el de ella, sólo me pertenecía a mí.

A lo largo de 1974, la situación en Wangzhuang era cada vez más tensa. No había día que no leyéramos en los periódicos editoriales acerca de la «campana contra los derechistas desviacionistas», un feroz ataque lanzado por Jiang Qing, la mujer de Mao, y por sus partidarios, para proteger el menguante poder del primer mandatario.

En principio, era una campaña dirigida contra los miles de delegados e intelectuales que habían sido depurados durante la Revolución Cultural y que, desde fechas recientes, habían empezado a regresar a sus puestos de trabajo; pero, en realidad, el objetivo último de la campaña era aplastar a los rivales de Mao dentro del Partido, al primer ministro Zhou Enlai y a Deng Xiaoping. Yo no esperaba que la lucha por el poder afectase a los prisioneros en reinserción pero, una tarde de 1975, el capitán del equipo de trabajo apareció en el dormitorio durante la sesión de estudio, y anunció que no se autorizaba a nadie a salir de los dormitorios. Siguiendo las instrucciones que me obligaban, de pronto, a vivir acuartelado con mi brigada, decidí ir a la cueva a traerme la colcha de dormir. Nadie sabía lo que había ocurrido ni por qué las autoridades de la mina estaban ejerciendo un control tan férreo.

A la mañana siguiente, el capitán volvió a los barracones con una lista. Nombró a varias personas de cada brigada, incluido a mí. Nos dijo que cada cual trajera su propio bolígrafo, y nos ordenó sentarnos en filas en el suelo. En mi grupo nos reunimos casi un millar de personas, mientras que el resto de los trabajadores de la mina ocuparon otra parte de la explanada. Miré los rostros de quienes se sentaban a mi alrededor, tratando de encontrar una explicación al hecho de que se nos hubiera reunido aparte. Me di cuenta de que todos ellos tenían algún tipo de formación y sabían leer y escribir, y que se había formado otro grupo distinto con los analfabetos.

Los capitanes al mando de la reunión nos distribuyeron una hoja de papel a cada uno de nosotros y nos dijeron que escribiéramos en ellas las palabras que iban a dictarnos. La situación me hacía sentir un poco asustado porque los capitanes llevaban armas. A continuación, nos dictaron una lista de unas sesenta palabras, aparentemente al azar, como «mao», «fan», «da», «zhong» y «xiao». Cuando acabamos, firmamos con nuestros nombres en la parte inferior de la hoja, junto con el número de la compañía y la brigada a la que pertenecíamos. Por las palabras escogidas y porque entre ellas figuraba los caracteres del nombre de Deng Xiaoping, podía intuirse que alguien había escrito una carta «reaccionaria» o un póster, expresando sus críticas a Mao Zedong o su apoyo a Deng Xiaoping. Los dirigentes de la mina trataban de identificar la caligrafía del «conservador recalcitrante» que se había opuesto al presidente.

Varias horas más tarde, los capitanes regresaron al dormitorio con una segunda lista de nombres entre los que, nuevamente, figuraba yo. Esta vez nos congregaron a unos ciento cincuenta trabajadores en un patio de menor tamaño.

—Estáis en una situación muy peligrosa —nos advirtió—. Recordad la línea del Partido: si confesáis, seréis tratados con benevolencia; pero si os negáis, no nos andaremos con contemplaciones. No es demasiado tarde para confesar ¡De otra forma, seréis responsables de lo que ocurra! Os daré cinco minutos para pensarlo. — Nadie dijo una palabra.

—Está bien —volvió a la carga el capitán—. Puesto que os negáis a confesar, tendremos que descubrir la verdad.

Distribuyó otra segunda hoja de papel, y nos advirtió que no fingiéramos porque él ya sabía todo lo que había ocurrido. Si alguno trataba de disimular su caligrafía para engañar al Partido, tendría que responder por ese delito además de por el crimen que ya había cometido. Acto seguido, el capitán leyó una larga lista de nombres y frases que terminaban por Deng Xiaoping.

A la mañana siguiente, volvimos a trabajar sin saber qué había sucedido. Todos teníamos miedo de hablar sobre la situación, aterrados de poder ser denunciados. Nos comportábamos con cautela, como si no hubiera pasado nada. Hasta varios meses después no me enteré de que, a raíz de aquel episodio, se había arrestado a once personas bajo la acusación de conspirar contra la revolución por apoyar a Deng Xiaoping y oponerse al creciente poder de Jiang Qing y de los tres dirigentes del Partido oriundos de Shanghai quienes, junto a ella, planeaban suceder al presidente en declive.

Aquel movimiento político no duró demasiado, pero mi vida recobró cierta normalidad sólo por un breve periodo de tiempo. Aproximadamente, un mes después, en septiembre de 1975, mientras estaba en el interior de la mina, junto al jefe de una de las brigadas, conversando sobre los cambios en el nivel de monóxido de carbono, oí un sonido agudo y estridente en algún punto de la galería encima de la mía. Yo sabía que el ramal que tenía bajo mis pies desembocaba en la galería principal, ciento cincuenta metros hacia arriba, al final de una pendiente de treinta y cinco grados. En la absoluta oscuridad, pude ver las chispas que salían despedidas de los raíles y me escondí instintivamente detrás de un poste. De eso es de lo único que fui consciente hasta tres horas después. Más tarde, supe que tres vagonetas de hierro mal amarradas, cada una de ellas cargada con cuarenta y cinco kilos de postes de entibación, se habían soltado y deslizado pendiente abajo por el ramal sin control ninguno.

Cuando recobré la conciencia estaba en el túnel principal. El aire fresco, más respirable allí, me había hecho revivir. Me dolían distintas partes del cuerpo. Moví la cabeza suavemente para comprobar cuál era la gravedad de mis lesiones. Junto a mí, reconocí la figura borrosa de Qing Niannian, el jefe de la brigada, y pronuncié su nombre para ver si mi mente seguía funcionando. Parecía asustado. Hasta ese instante había creído que yo estaba muerto.

Cuatro miembros del equipo me sacaron a toda prisa de la mina en una camilla improvisada con sus ropas, y me depositaron cerca de la entrada. El comandante del equipo ya había sido notificado del accidente como consecuencia del derrumbe y había solicitado que trajeran un ataúd. Cuando se producían hundimientos, los cadáveres salían de la mina con horribles mutilaciones, así que procuraban evacuarlos con rapidez para que la moral de los trabajadores no se resquebrajara al verlos. Sin embargo, una vez fuera de la mina, a plena luz del sol, volví a abrir los ojos, esta vez para pronunciar el nombre del comandante. Éste, al ver que no era necesario un ataúd, pidió que viniera un enfermero para prestar los primeros auxilios.

Los doctores en la enfermería temían que hubiera sufrido traumatismo interno porque en cualquier parte donde me tocaran, sentía un dolor agudo, especialmente en la parte inferior del abdomen. Los rayos X revelaron que tenía siete fracturas, entre otras, dos vértebras rotas y dos fisuras en el hombro izquierdo. Veinte horas después ya podía orinar, así que decidieron no operarme y dejar que los huesos se soldaran solos. Shen Jiarui se ocupó de cuidarme en la enfermería y, una semana más tarde, ya podía utilizar la mano derecha para comer. Durante la segunda semana, sin que yo supiera nunca por qué, mi cuerpo se desprendió de una capa entera de piel. A las tres semanas ya podía ponerme de pie, aunque cada movimiento que hacía era doloroso; a las cuatro semanas me dieron el alta.

Apenas salí de mi cueva durante los crudos meses del invierno. Otros ex reclusos ayudaron a mi esposa a transportar el carbón para cocinar y llenar las cisternas. Pero un día de finales de diciembre, con un calor anormal para la época en que estábamos, salí afuera a sentarme un rato junto al corral. La luz del sol en la cara me proporcionó una súbita sensación de bienestar. Al escuchar los sonidos del traqueteo metálico de las vagonetas que ascendían de la mina, me estremecí al pensar que aún seguía vivo. Había conocido al rey del infierno, pensé, pero él aún no estaba dispuesto a acogermme en su seno. Por primera vez en quince años, sentí una auténtica esperanza. Había logrado salir con vida tantas veces, pensé, que había cosas que aún podía permitirme pedirle a la vida para disfrutar de ellas. Empecé a mirar hacia el futuro.

Dos semanas más tarde, el 8 de enero de 1976, me enteré de la noticia de la muerte de Zhou Enlai. Al igual que muchas otras personas en el país, me afligió de verdad la pérdida de este hombre que, a pesar de haber apoyado al presidente Mao durante la totalidad del periodo revolucionario, había protegido a muchas personas de la persecución y se había erigido en símbolo de integridad y compasión. Si bien era cierto que, en las últimas décadas, el primer ministro había contribuido a justificar y llevar a la práctica la política más represiva que cabía imaginar, también había ejercido una influencia moderadora en el Partido Comunista.

Aquel día, al regresar Shen Jiarui de su turno de trabajo, me informó de que el día 10 de enero iban a cesar todas las actividades de la mina para que los trabajadores, los guardias, sus familias y los niños pudieran asistir a una ceremonia en memoria del dignatario. Los miembros del personal de servicios obligatorios habíamos sido siempre segregados de las reuniones oficiales, pero a esta ceremonia asistirían hasta los treinta miembros del personal administrativo de Wangzhuang, que no eran ex convictos sino miembros habituales de la comunidad local. Decidí que no quería perdérmela.

Era la primera vez que me atrevía a bajar a la mina, desde el accidente, y caminé hasta allí lentamente y apoyándome en las muletas. Dentro de la sala había quizá unas tres mil personas sentadas en silencio mientras sonaba una sombría música de funeral. Una gran fotografía del primer ministro presidía la plataforma forrada de tela negra. Todo el mundo portaba un brazalete negro y yo me había puesto una flor

blanca de papel en el ojal de la chaqueta. Shen Jiarui, junto a los demás miembros de la compañía femenina, habían trabajado durante la noche para confeccionar estos símbolos de luto nacional. Cuando la ceremonia comenzó con las solemnes palabras de apertura: «Hemos perdido a un gran revolucionario, a un gran dirigente, y a nuestro primer ministro más respetado», muchos empezaron a llorar. El propio comandante del destacamento hizo una pausa en su discurso para secarse las mejillas. Todos sentían la pérdida, porque creían que sin el concurso de Zhou Enlai, las luchas de la década anterior habrían causado aún más sufrimiento.

Después del fallecimiento de Zhou Enlai, tuve miedo de que los prisioneros políticos tuviéramos que pasar por mayores peligros en el periodo de transición que se avecinaba. La gente decía que el presidente Mao, debilitado desde hacía tiempo a causa de la enfermedad de Parkinson, estaba también a las puertas de la muerte, pero nadie podía estar seguro de si, una vez desaparecido Mao, el poder se decantaría del lado de los dirigentes conservadores o de los moderados. En un momento de incertidumbre política como aquel, temía que los antiguos enemigos, como éramos nosotros, los derechistas contrarrevolucionarios, pudiéramos servir como chivos expiatorios para poner de manifiesto la intolerancia hacia cualquier clase de oposición o de disidencia. Me preocupaba que el ataque a los cinco tipos de enemigos pudiera ser, al igual que lo había sido al principio de la Revolución Cultural, el banderín de enganche para iniciar un nuevo movimiento político.

El 10 de septiembre de 1976, mientras hacía la pausa para el almuerzo, me llegó la noticia de la muerte del presidente Mao. El trabajador en reinserción de nuestra compañía que pasaba con los cubos de comida repartiendo el almuerzo, parecía más nervioso que de costumbre. Antes de marcharse, habló conmigo a solas. Me dijo que había oído música fúnebre en la radio y, a continuación, me susurró al oído que creía que había ocurrido algo, que el gran timonel había pasado a mejor vida. No se atrevió a utilizar la palabra «muerto». La mera mención de algo tan serio me asustó porque, durante años, muchas personas habían sido arrestadas o ejecutadas simplemente por sugerir que al presidente podría haberle sucedido algún mal.

—¿Estás seguro? —le pregunté.

—¿Cómo podría decir algo así si no estuviera seguro? —replicó él—. Lo he oído en el boletín informativo oficial.

Le pregunté cuándo había ocurrido la noticia, pero me dijo que en el comunicado de la radio no habían facilitado más detalles.

Inquieto tras estas importantes noticias, terminé rápidamente mi tarea de ese día y crucé la bocamina a mediodía, dos horas antes del final de mi turno. El capitán me miró de forma extraña pero me dejó pasar. Fui a devolver el cinturón y la lámpara frontal. Resultaba insólito que todos estuvieran tan silenciosos. No se oían ni conversaciones ni discusiones. No podía dirigirme a nadie para preguntar si el presidente Mao había fallecido, porque el mero hecho de formular una pregunta así

significaba que me alegraba de esa posibilidad. Esperé ansiosamente el siguiente comunicado por los altavoces.

Cuando se difundió la noticia, me sumé al coro de voces que proclamaban con rabia y dolor: «¡Larga vida al presidente Mao!» y fingí, junto con todos los demás, que no podía creer que una cosa así hubiera sucedido, que nuestro gran timonel no se había ido para siempre, sino que le esperaba una larga, larga vida. Nuevamente intuí que los instructores políticos de la mina dedicarían una atención especial a observar la actitud de los intelectuales, y que estarían al acecho de cualquier indicio de oposición al régimen. Cuando uno de ellos me tanteaba al respecto, yo replicaba: «Es un momento muy triste. No quiero hablar de ello ahora». Por supuesto, esperaba que con la muerte de Mao llegaran mejores tiempos, pero tenía que ser especialmente prudente para no revelar lo que pensaba de verdad. Mantuve la boca cerrada y esperé a ver qué ocurría. En las siguientes semanas, después de la toma de poder por parte de Jiang Qing y sus partidarios, percibí un cambio en la actitud de los dirigentes de la mina. Parecían preocupados y distraídos, por lo que la disciplina a la hora del estudio político se hizo más laxa: nos daban instrucciones para que leyéramos los periódicos, pero nos dejaban a nuestro aire para que echáramos una siesta, escribiéramos cartas o remendásemos alguna prenda de vestir.

El 7 de octubre, salí temprano de la mina para redactar un informe sobre la circulación del aire. Me senté a descansar junto a una docena de carpinteros que aserraban postes de madera y los cargaban en carretillas. Un antiguo prisionero político se inclinó hacia mí y, sabiendo que yo procedía de Shanghai, me dijo con una sonrisa:

—Así que contigo la banda hace cinco, ¿eh?

No sabía a qué se refería exactamente. Yo nunca había oído el término «Banda de los Cuatro» que se empleaba para describir la camarilla de Jian Qing, y pensé que aludía al hecho de que los derechistas perteneciésemos a una de las «cinco categorías de la lista negra».

—¿De qué hablas? —le pregunté, alejándome de él.

Yo siempre me negaba a hablar en público sobre política. No fue hasta más tarde cuando me di cuenta de que, aquella mañana, había oído en la radio sobre el repentino arresto de los Cuatro de Shanghai, incluida Jiang Qing. Después, aquel mismo día, oí en la radio el anuncio de que «se había sofocado una nueva conspiración contrarrevolucionara y que se había aplastado a la peligrosa Banda de los Cuatro».

Tras varias semanas de mucha tensión a raíz de aquellos rápidos e inesperados acontecimientos políticos, Hua Goufeng, el recién nombrado presidente del Partido, trató de restaurar la calma y la confianza en el país. Se ocupó, además, de apartar al Partido de las políticas radicales de la última época de Mao y, al cabo de pocas semanas, se habían levantado bastantes de las restricciones impuestas en la mina. Los capitanes de nuestra compañía hablaban de manera informal con nosotros, y nos

trataban casi como iguales. Hasta los guardias empezaron a relajarse. En las reuniones de estudio seguíamos citando las citas del presidente Mao, pero dejamos de blandir el *Libro rojo*, y en muy contadas ocasiones las cantábamos con música, como habíamos tenido que hacerlo desde el principio de la Revolución Cultural. Mientras tanto, en el *Diario de Shanxi* se contaban historias que ensalzaban la figura de Hua Guofeng, hijo natal de la provincia, y los delegados locales del ayuntamiento hablaban orgullosamente del nuevo líder del Partido.

A principios de 1978, la situación de los prisioneros políticos había mejorado considerablemente. La campaña de ámbito nacional para barrer a los partidarios de la Banda de los Cuatro había allanado el camino para la transferencia de poderes en todos los estratos del Partido, y yo noté que varios de los guardias «izquierdistas» desaparecieron de la mina, presumiblemente castigados por su lealtad a Jiang Qing durante la última etapa de la Revolución Cultural. Algunos de mis compañeros recibieron cartas de familiares suyos aconsejándoles que esperaran con paciencia a que la situación cambiara. Por una vez, las represalias políticas del Partido no se dirigieron contra los antiguos prisioneros, y la campaña de eliminación de los partidarios de la Banda apenas tuvo repercusiones en nuestras vidas.

Un día del mes de mayo, el capitán Li vino a verme con una petición especial. Licenciado en la Universidad de Política y Derecho, de Pekín, el capitán Li destacaba por su formación entre el resto de miembros del personal de seguridad, y siempre me había tratado con un respeto poco corriente. Aquel día quería conversar sobre su preocupación por el futuro de sus dos hijas, de siete y nueve años de edad. Según me explicó, no tenían oportunidad de aspirar a una buena educación en la escuela local, y quería que le ayudara a darles clases de matemáticas, física e inglés. A mí siempre me habían encantado los niños, así que acepté sin dudarlo. Todas las noches, después de cenar, iba a la oficina de Li a dar clases a sus hijas en vez de ir a las sesiones de estudio con el resto de mi brigada. Este vínculo especial con un oficial de la mina alimentó mi cada vez mayor confianza en que pronto sería liberado.

En la primavera de 1978, Deng Xiaoping empezó a recuperar su parcela de poder, después de haber sido relevado de su cargo en dos ocasiones por orden directa de Mao durante la Revolución Cultural. La noticia produjo un vuelco radical en el ambiente que se respiraba en la mina. Los representantes del Partido y el personal de seguridad comprendieron que el equilibrio político había cambiado decisivamente y que los partidarios de Mao habían perdido toda la influencia que tenían. Un día del mes de junio, el capitán Li me informó que se había emitido una nueva directiva, un documento interno que no sería anunciado públicamente, con el que se pretendía «resolver el problema» de los miles de presos políticos que seguían en los campos de reforma por el trabajo y en los establecimientos de reinserción. Según me explicó, la orden sería ejecutada por fases. Primero, se liberaría a los oficiales nacionalistas encarcelados en la época de la Liberación o durante las primeras campañas

contrarrevolucionarias de la década de 1950. Los derechistas como yo, detenidos después de 1957, también seríamos liberados, pero no inmediatamente.

A finales de agosto recibí por correo postal un sobre con matasellos de Xinjiang. Dentro había una carta de mi compañero de clase del Instituto de Geología, a quien había visto por última vez en 1960, en la fábrica de productos químicos de Beiyuan. No podía imaginarme cómo Wang se había enterado de que yo estaba destinado en Shanxi. «Estamos ante una nueva situación —escribía—. Aún no está clara la línea política del Partido sobre la reforma de contrarrevolucionarios, pero algunos de nosotros seremos liberados. Adjunto una carta para que entregues a la Dirección General de Seguridad de modo que puedas limpiar tu nombre. Han pasado dieciocho años y quiero decir la verdad.» La carta que adjuntaba decía: «El 9 de septiembre de 1959, fui al Departamento de Ingeniería Geológica, en las Colinas del Oeste, y robé cincuenta yuanes de la cuenta corriente de banco de un ingeniero. Wu Hongda es inocente. En aquel momento no dije la verdad porque tanto él como yo seríamos acusados de formar parte de una camarilla contrarrevolucionaria, lo cual habría supuesto que nos acusaran de un crimen aún más grave. Dieciocho años después, quiero decir la verdad».

Yo no sabía qué hacer con la carta de Wang. Unos días después les dije a las hijas del capitán Li que preguntaran a su padre si podía ir a su casa al día siguiente, a pesar de que sabía que mi petición era sumamente irregular y que, como ex convicto, me estaba prohibido terminantemente acercarme a un capitán de policía en su vida privada. La noche siguiente, le entregué la carta de Wang. «Buena noticia, buena —dijo después de leerla—. Revisaré tu expediente. Creo que puedo hacer algo al respecto». Unos días más tarde, me dijo que tenía novedades interesantes. Con ocasión de la Fiesta Nacional, iba a asistir a una importante reunión en Taiyuan de miembros de la Dirección General de Seguridad para enterarse de en qué consistía la nueva política en materia de derechistas contrarrevolucionarios. Me dijo que no hiciera nada con la carta de Wang hasta su regreso.

El 5 de octubre de 1978, el capitán Li me dio la información que necesitaba:

—Olvida el incidente con Wang, olvídate de los cincuenta yuanes. El documento del Comité Central del Partido Comunista afirma que el movimiento antiderechista era necesario, pero que se había excedido y que, en la mayoría de los casos, se subsanarán los errores cometidos. Pronto se aplicará a nivel provincial una nueva política en materia de derechistas contrarrevolucionarios, y tu caso será sobreseído por completo. Sólo tienes que tener paciencia.

Escribí a Wang, advirtiéndole que no volviera a mencionar más el incidente de los cincuenta yuanes.

Uno por uno, los prisioneros en reinserción de Wangzhuang que habían sido sentenciados como contrarrevolucionarios fueron recibiendo las notificaciones de su puesta en libertad, y, una vez realizadas las gestiones de trabajo y vivienda en sus respectivas unidades de trabajo, pudieron marcharse. Yo esperé a recibir la

notificación oficial de que se había rectificado mi sentencia que, finalmente, llegó a principios de enero de 1979. Mi vida empezó a cambiar rápidamente. Como ciudadano ordinario, podía comer en la cafetería de los delegados locales, donde la carne era más tierna, las verduras más frescas y los precios más bajos; pero lo más importante era el hecho de no tener que presentarme ya ante los capitanes de seguridad. Había dejado de ser un ciudadano de segunda clase a quien se podía amenazar o aplicar medidas disciplinarias arbitrariamente, y había pasado a tener el mismo estatus que los delegados del Partido. Me sentía orgulloso de volver ser admitido entre las filas de la clase trabajadora; era casi como si hubiera vuelto a nacer, y empecé a hacer los preparativos para marcharme.

Le pedí al capitán Li que se pusiera en contacto con mi universidad para solicitar que me aceptara de nuevo en el departamento de Ingeniería Geológica, y también para que revisase el expediente de Shen Jiarui por si se la podía rehabilitar a ella también. Esperé a que llegaran las noticias. Una tarde me pidió que fuera a su casa. Me dijo que echara un vistazo a los papeles que había sobre la mesa. Y, luego, me dejó solo. Me asombró que dejara abierto el expediente personal de Shen Jiarui para que yo lo viera. Dentro estaba el expediente policial de su caso y los detalles de su relación con el prisionero de guerra norteamericano. Observé también que me había mentido sobre su edad, y que, en realidad, era nueve años mayor que yo, y no seis como me había dicho. Por primera vez me di cuenta de hasta qué punto estaba involucrada con extranjeros a principios de 1960 y de la gravedad de sus crímenes a ojos de las autoridades. El suyo no era un error político que pudiera borrarse del expediente, sino una ofensa civil que la perseguiría allá donde fuese.

Cuando el capitán Li y su mujer volvieron a entrar en la habitación, me dijeron que querían ayudarme, pero yo me daba cuenta que tenía un problema. Entonces, la mujer de Li empezó a hablar.

—Quiero hablarte con franqueza —empezó, y luego explicó que había estado pensando en las circunstancias de mi vida personal—. No queremos reavivar el pasado o hablar de lo que está bien y lo que está mal, pero creemos que mereces un nuevo comienzo. Debes considerar tu futuro cuidadosamente. Shen Jiarui no es tal vez adecuada para ti. Su situación política es distinta de la tuya. Ahora es el momento de tomar una decisión importante.

Pensé cuidadosamente en el camino que tenía por delante, pero no podía abandonar a la persona con quien había compartido nueve años de mi vida. Le dije al capitán Li que no aceptaría un trabajo en Wuhan si mi esposa no iba conmigo y, una semana más tarde, me consiguió un puesto para dar clases de inglés y matemáticas en la Facultad de Economía y Finanzas de Shanxi, que se había inaugurado recientemente y estaba necesitada de nuevos profesores. Shen aceptó trabajar allí en la biblioteca, así que yo acepté el puesto por un año, e hicimos los preparativos para marcharnos.

El 16 de febrero de 1979, un pequeño camión de la universidad aparcó cerca de nuestra cueva, y un vecino me ayudó a cargar en él las escasas posesiones que habíamos acumulado durante nuestro matrimonio. A primera hora de la mañana del día siguiente, Shen Jiarui y yo nos subimos al taxi. Mientras recorriamos la serpenteante carretera que ascendía por la falda de la colina miré el sol que asomaba por encima de la cresta de las montañas. Al llegar al valle, aún se podía oír el eco del sonido metálico que hacían las vagonetas al chocar unas contra otras. Me puse a pensar en los asuntos prácticos que debía resolver y en el nuevo entorno que me esperaba aquel día, unas horas más tarde. En aquel momento no deseaba recordar el pasado. Lo único que quería era seguir dando pasos hacia delante.

Nos establecimos enseguida en el dormitorio de los profesores de la Facultad de Economía y Finanzas de Shanxi, que ofrecía un programa de dos años en Comercio y Contabilidad. Todo el mundo allí sabía que yo acababa de salir de la mina de carbón de Wangzhuang. Aunque suscitaba especial interés, incluso admiración, entre los estudiantes, el resto del claustro de profesores me miraban con cierto recelo: ¿quién era aquel antiguo prisionero al que de pronto le habían concedido un puesto docente en la facultad?, parecían decirme con sus miradas. Este escepticismo inicial no hizo más que redoblar mi determinación en cumplir con mi trabajo. Lo único que hice durante los tres primeros meses del primer año fue dedicarme a trabajar, estudiar los materiales de enseñanza, preparar las clases y reunirme con los estudiantes, a quienes encontraba sumamente motivados y deseosos de aprender.

Por lo que me contaron, cada uno de ellos había pasado por su propia tragedia personal durante la Revolución Cultural. Me visitaban a menudo durante las noches, con ganas de volver a contar sus historias, algunas veces, con la intención de que les aconsejara sobre sus estudios, sus problemas familiares o sus objetivos de futuro. Empecé a darme cuenta de que los derechistas suscitaban la estima de estos jóvenes, muchos de los cuales habían cumplido los veinte años de edad antes de que les dieran la oportunidad de proseguir sus estudios interrumpidos. La mayor parte de mis alumnos habían ido a colegios de enseñanza secundaria a mediados de los años sesenta, y se habían pasado una década dando tumbos sin rumbo fijo. Después de que los colegios y las universidades se cerraran durante la Revolución Cultural, habían entrado en el ejército, trabajado en fábricas locales, o habían sido «desterrados» a zonas remotas del país para trabajar con los campesinos. Cuando, en 1977, se volvieron a reinstaurar los exámenes de entrada en las universidades, estudiaron enfebrecidamente para aprobarlos porque consideraban que era el único camino que tenían para mejorar sus vidas.

En marzo, la hija mayor del capitán Li vino a quedarse con nosotros en casa, de modo que pudiera ir al colegio, lejos de la mina de carbón. Éste fue el modo que encontré de saldar la deuda que había contraído con mi benefactor. Él era delegado profesional de la Dirección General de Seguridad, pero me había mostrado su lado humano. Había hecho uso de su autoridad para ayudarme a salir de la mina de carbón,

llegando incluso a romper el reglamento y permitirme ver un expediente personal en su casa, y me había confiado a su hija. Pero también había sido él quien había escrito el informe que llevó a la ejecución de Yang Baoying, y era su padre quien se había comido los sesos del hombre muerto.

A medida que pasaban los meses, me fui encariñando con la hija del capitán Li; y también encontraba muy satisfactorias las actividades de mi vida cotidiana, como ir a comprar al mercado, ojear libros en las librerías y escuchar música clásica en la pequeña radio que me había comprado con el primer dinero que ahorré. Me sentía contento, apreciado y útil. Nada perturbó mi apacible vida hasta que la visita de un estudiante una noche me recordó que no podía dejar atrás tan fácilmente mi pasado. Este joven, llamado Hu, un miembro del Partido Comunista con quien había hablado abiertamente sobre mis años de reforma por el trabajo, me dijo, con no poco nerviosismo, que había venido a darme un consejo.

—Profesor Wu —empezó a decir—. Nosotros, los estudiantes, lo apreciamos mucho, pero he venido a decirle que estamos también preocupados por usted. Su cola es más larga que la de ningún otro, y debe tener cuidado de llevarla siempre metida entre sus piernas.

Yo había oído aquel modismo en la década de 1950, cuando yo era aún estudiante de enseñanza secundaria, y se utilizaban ese tipo de expresiones para describir la conducta cautelosa y sumisa que se esperaba de los intelectuales después de que los comunistas llegaran al poder. Comprendí el mensaje de mi alumno. Me estaba advirtiendo que no bajara la guardia, que no me durmiera en los laureles ni me confiara demasiado. Yo tenía un largo historial y no podía dar por descontado que me dejarían en paz. Le agradecí el consejo, y me recordé a mí mismo que no podía permitirme ser tan incauto. A pesar de que la Revolución Cultural había terminado y que los intelectuales habían recobrado sus puestos de responsabilidad, en el futuro, el Partido Comunista podría encontrar razones para quitarse de en medio a aquellos que se habían resistido a su autoridad en el pasado.

22. Un lugar de reposo

Después de salir en libertad de la mina de carbón de Wangzhuang, tuve ocasión de visitar a mi padre en dos ocasiones, y me di cuenta de que se iba debilitando poco a poco. No dejó de rogarme que hiciese averiguaciones acerca de las obras de literatura inglesa que él había traducido al chino, ya que le habían embargado sus manuscritos durante la Revolución Cultural. Quería dejar tras de sí algo que perdurara, y yo le prometí que trataría de publicarlas.

Durante el primero de aquellos viajes a casa, en 1979, bajo el temor a tomar represalias contra cualquiera que se atreviera a revelar el sufrimiento personal al que habíamos estado sometidos, él y la mayor de mis hermanas menores recordaron las dificultades por la que tuvo que atravesar la familia a lo largo de los años de nuestra separación. Fue entonces cuando comprendí que mi madrastra no había muerto de un ataque al corazón en 1960, sino que se había suicidado después de recibir la carta que le envié desde la fábrica de productos químicos de Beiyuan en la que le contaba mi arresto y encarcelamiento. Me enteré de que mi padre había sido anatematizado como derechista en 1958 para cumplir con el cupo exigido en su colegio; y que, en 1966, tras ser denunciado por mi hermana y mi cuñada por «reaccionario apestoso», los guardias rojos lo habían forzado a arrodillarse en una asamblea disciplinaria y lo habían azotado con sus cinturones. Y supe también que mi hermano menor, Maodao, había tratado de probar su «adhesión comunista» y su profundo amor al presidente Mao uniéndose a un grupo de rebeldes, en 1967, en el pequeño hospital donde trabajaba en la remota provincia de Guizhou. Al año siguiente, tras ser atacado a causa de los antecedentes reaccionarios de su familia en una asamblea disciplinaria, Maodao había sufrido varios infartos cerebrales. Había sobrevivido a ellos, pero le habían dejado secuelas, y ahora se encontraba incapacitado mentalmente y con ataques epilépticos. Mi padre y mi hermana se ocupaban de él en casa.

En el periodo que siguió a la Revolución Cultural, todas las familias tuvieron que soportar toda clase de padecimientos. La mía no era ninguna excepción. Yo no podía hacer nada salvo asumir los hechos del pasado y tratar de ayudar con los problemas que seguían pendientes, aliviar los rencores que aún flotaban en el aire, y ofrecer mi consejo sobre las necesidades médicas de mi padre y mi hermano. Debíamos seguir adelante.

Cuando regresé a Shanghai en el verano de 1980, la última vez que vi a mi padre vivo, él me contó acerca de una carta que había escrito a mi hermana mayor, después de que ella dejase Hong Kong para trasladarse a vivir a San Francisco en 1969. Mi padre le había pedido que me ayudara a ir Estados Unidos, y ella había contestado que un amigo suyo, un profesor de medicina de la Universidad de California, vendría

a visitarnos y que, tal vez después, habría alguna oportunidad de empezar los trámites necesarios para que yo pudiera salir de China.

Mi padre creía que yo no podría vivir en paz nunca mientras permaneciera en mi propio país. El gran error que él había cometido, me dijo, había sido tomar la decisión de quedarse en el país cuando el Ejército de Liberación entró en Shanghai en 1949. Se había equivocado al pensar que podría seguir trabajando para su país con un Gobierno comunista en el poder. No supo ver lo que venía, y había causado mucho sufrimiento a su familia. No quería que yo cometiera el mismo error. A medida que hablaba, sentía su arrepentimiento, pero también el orgullo de que yo hubiera logrado salvar los valores en los que él creía. Escuché sus preocupaciones. Quería que me marchara para ponerme a salvo de males mayores.

Cuando yo era pequeño, mi padre me había dicho muchas veces que no cediese ante los matones y que, si alguien me tiraba al suelo, volviera a levantarme. No había olvidado la severidad de sus preguntas cuando los dos muchachos del colegio, mayores que yo, me hicieron sangrar por la nariz en aquella pelea: «¿Te rendiste? ¿Volviste a levantarte?». En aquel momento yo quería su apoyo y su consuelo, pero mi padre reaccionó con firmeza. No se me había olvidado aquella lección, y yo mismo había utilizado esas mismas palabras en 1964 con el fin de de infundir fuerzas a Ao Naisong para que siguiera viviendo.

Mi padre entendió mi espíritu combativo y mi férrea voluntad, y se dio cuenta de que no cambiaría. Al escuchar las conclusiones que él había sacado de su propia experiencia, me acordé de la recomendación de mi alumno en Shanxi de que me tentara la ropa antes de actuar. Ambos tenían razón. Yo no podía dar por sentado que, puesto que ya era un ciudadano normal y corriente, no tendría que afrontar problemas en el futuro. Las campañas políticas que se habían lanzado una y otra vez desde 1949 me habían enseñado una cruel lección. El Partido Comunista no toleraría más que a aquellos que se escondían la cola entre las piernas y se inclinaban ante su autoridad absoluta. Yo no podía hacer una cosa así. Empecé a tomarme en serio la idea de marcharme al extranjero.

Después de aquella visita a mi casa, me trasladé con Shen Jiarui a Wuhan, en los últimos días del verano de 1980, y envié a la hija del capitán Li a casa de sus padres. Tras completar mi año de enseñanza en la Facultad de Economía y Finanzas de Shanxi, fui aceptado como profesor en la Universidad de Ciencias de la Geología. En otoño de aquel mismo año recibí una carta del profesor de medicina invitándome a California como investigador visitante. Cuando mi hermana me envió la declaración jurada de apoyo financiero, pedí el pasaporte. Tuve que rellenar un sinfín de formularios y tramitar mi solicitud ante las correspondientes autoridades del Partido, sabiendo que mis posibilidades eran reducidas y que mi solicitud podía ser denegada en cualquiera de las instancias del proceso.

Mientras tanto, me esmeré mucho en mi trabajo en el departamento de Ingeniería Geológica, decidido a demostrar mi capacidad académica para hacer patente ante mis

antiguos compañeros que podía formar parte del profesorado, incluso después de diecinueve años de trabajos forzados. No me había rendido por completo, y ahora podía levantarme de nuevo.

En Wuhan, empecé a toparme con mi pasado. En mi primer día de clase en la facultad, me encontré con Wang Jian, que había ascendido nada menos que hasta el puesto de director de personal de la universidad. Ninguno de los dos podíamos olvidar la asamblea de 1957, en la que me había denunciado como derechista revolucionario y enemigo del pueblo, pero aquella mañana me saludó con las fórmulas de cortesía habituales para dar la bienvenida y mostrar interés: «Todos lamentamos lo que te ocurrió —dijo—, pero no eres el único que tuvo problemas. El desastre afectó al Partido y al conjunto del país, pero ahora todo ha terminado. Debemos sobreponernos a las desgracias, olvidar todo aquello y unir nuestras fuerzas para trabajar juntos. Si necesitas cualquier cosa, ya sabes dónde encontrarme». Ésta era la jerga habitual que utilizaban los delegados del Partido con aquellos que se reintegraban a sus puestos de trabajo después de la persecución: todos sufrimos juntos lo sucedido. Aunque con pequeñas variaciones, era el mismo punto de vista que ya les había oído manifestar a muchos otros, como a la camarada Ma.

En febrero de 1980, con ocasión de las vacaciones por la Fiesta de la Primavera, había viajado de Shanxi a Pekín, con los gastos pagados por la universidad, para comprar libros de texto para las nuevas asignaturas del plan de estudios. Un día telefoneé a la camarada Ma que, al igual que Wang Jian, había recibido una promoción para recompensarla por sus leales servicios a la causa. Ahora ocupaba el puesto de directora de la sección de política laboral del Comité del Partido en la Oficina de Geología de Pekín. Se sorprendió al oír mi voz y preguntarle si podía pasarme a verla.

—¿Cómo estás? —dijo saludándome con prudencia cuando llegué a su oficina—. Tienes buen aspecto.

—Y tú has engordado un poco —respondí, al verme delante de una impasible funcionaria de mediana edad y no de la entusiasta joven que yo recordaba.

—Es la edad —me dijo—. ¿Cómo te va?

Supuse que tendría unos cuarenta y cinco años.

—Estoy bien —respondí—. Aquí estoy.

No tenía nada que decirle: ni quejas ni reproches. Lo único que quería era que supiera que había vuelto, que no me había rendido. Simplemente el hecho de que me viera delante de ella era suficiente para que se sintiera avergonzada, aunque nunca se disculpó.

—Ya pasó, ya pasó todo —repetía—. Todo aquello forma parte del pasado. Todo el país ha sufrido, nuestro Partido ha sufrido. Se han cometido terribles errores. Y, ahora, yo estoy muy contenta de que hayas vuelto. Podemos hacer algo juntos en el futuro.

Era la jerga del Partido.

Puede que, quizá, en algún rincón remoto de su corazón, pensé, Ma sienta alguna emoción genuinamente humana pero, como cabía suponer, ella seguía anteponiendo el bienestar del Partido al de cualquier ser humano, y nunca habría admitido, ni siquiera en 1980, que el sufrimiento del país había sido provocado por el liderazgo del propio Partido. En 1957, siendo ella joven y confiada, había creído a pies juntillas en que todo lo que hacía el Partido estaba bien. Ahora tenía el rostro surcado de arrugas y en su tosco corte de pelo asomaban las canas. Mientras echaba un vistazo a la habitación, sentí por un instante una sensación de triunfo. Puede que destruyas a muchas personas, le dije sin palabras, pero no puedes destruirlos a todos. Sentí que la suya era una vida que tocaba a su fin, mientras que la mía no había hecho más que comenzar.

En aquel viaje de vuelta a Pekín, localicé también a un antiguo compañero de brigada de la granja de Tuanhe, llamado Liu, uno de los activistas que, en 1968, había escrito informes para denunciar mi ideología reaccionaria cuando trataba de esconder mis novelas extranjeras. El informe de Liu sobre mi amor a *Los Miserables* le había valido dos días de descanso, pero también había contribuido a que se desencadenara la furia durante la asamblea disciplinaria que terminó con Fan Guang estrellando el mango de la pala contra mi antebrazo. Nunca mencioné aquel incidente.

En cambio, sí le pregunté a Liu por la desaparición de Ao Naisong. Me dijo que su grupo había sido trasladado a la granja de Qinghe en 1966 como reclusos de servicios obligatorios en reinserción. Unas semanas más tarde, Ao había gastado todos sus ahorros en comprar toda la carne de cerdo que pudo, así como cacahuètes, galletas y vino de sorgo. Invitó a sus amigos a un almuerzo especial y, antes de marcharse, repartió sus pertenencias entre ellos: la estilográfica se la dio a un amigo, el pequeño diccionario de inglés a otro, y la bicicleta a Liu. «Sin llegar a entender bien el porqué de la generosidad de Ao, todos nos echamos la siesta aquella tarde —recordó Liu—. Cuando nos levantamos, Ao se había marchado.» En el dormitorio seguía estando su laúd colgado en la pared, pero Ao había desaparecido. Varios días más tarde, Liu y otro compañero de brigada encontraron una cuerda atada alrededor de un tronco de árbol, cerca de donde trabajaban. Tiraron de ella y, al otro extremo, encontraron el cuerpo de Ao con una roca atada alrededor de la cintura.

A Liu, un derechista al igual que yo, le habían dado un puesto como intérprete veterano en Agencia de Noticias Xinhua después de su liberación en 1979. Vivía en un confortable apartamento, estaba a punto de casarse de nuevo, y prefería no recordar sus propias acciones en el pasado ni hablar de asuntos de carácter político. En cambio, sí quería que admirara su pecera, que a él le gustaba tanto. Liu había encontrado una vida tranquila, pensé, aunque, en cierto modo, me recordaba a esos peces de colores que nadaban dando vueltas y vueltas, absurdamente, dentro de su pecera.

En aquel viaje a Pekín, me encontré también con mi amigo Wu, el controlador de agua que, en 1965, me había enviado a aquella mujer con un paquete de valiosa

carne. Wu me dijo que su esposa había caído enferma el día que habían planeado la visita a la granja de Tuanhe, y que su hermana se había ofrecido a ir en su lugar. Posteriormente, Wu se divorció de su esposa campesina y volvió a casarse, pero sabía el nombre y la dirección de su hermana, que vivía lejos, en los suburbios del este de la ciudad. Al día siguiente, me marché en autobús para encontrarme con la mujer cuyo rostro había acompañado mis pensamientos durante quince años. El viaje duró dos horas.

Algunos vecinos me indicaron el lugar: una casa de nueva planta construida con ladrillos de barro que aún no habían sido encalados. Las gallinas picoteaban el grano esparcido por el interior del patio. Una mujer de corta estatura y rostro redondeado que llevaba cubierta la cabeza con una pañoleta me recibió en el descansillo de la puerta. Sus ojos eran de color muy claro, y noté la pequeña cicatriz que tenía debajo de una ceja.

—¿Te acuerdas de mí? —le pregunté—. En la granja de Tuanhe me ayudaste, me trajiste un paquete con carne, ¿recuerdas?

Ella asintió con la cabeza, me invitó a pasar, y cogió un paño para limpiar el polvo del asiento de una silla de madera. La habitación olía a cerrado, y había ropas desparramadas por el suelo de terracota apelmazada, junto a un cubo de lavar con agua sucia. Tras disculparse por no poder ofrecerme té, me sirvió una taza de agua caliente. La escuché durante media hora mientras me relataba las penalidades por las que había pasado. Se acababa de divorciar, su marido bebía mucho y, algunas veces, la maltrataba; tenía dos hijos, y seguía trabajando en el campo y alimentando a los cerdos y las gallinas. Las palabras se le agolpaban en la boca. Me entristecí al oír las dificultades que tenía que afrontar en su vida cotidiana. Me preguntó si iba a volver a vivir en Pekín. En cierto modo esperaba que le resolviera sus problemas.

—Quería venir a darle las gracias —dije yo—. Su visita fue tan importante para mí, siempre recordaré el generoso gesto que tuvo conmigo.

Aquel día tenía veinticinco yuanes en mi bolsillo y, cuando se dio la vuelta, dejé el dinero debajo de un plato que había en la mesa. No tenía ningún otro modo de ayudarla. Luego, le dije que tenía que marcharme. Cuando eché una ojeada atrás al marcharme, la mujer aún estaba de pie junto a la esquina de la casa. A medida que me alejaba, supe que no la volvería a ver. Había pagado mi deuda con ella lo mejor que supe. Tenía mi propia vida por delante, mis propios problemas que resolver.

Aquel otoño en Wuhan, poco después de empezar mi trabajo en el Departamento de Ingeniería Geológica, llegó un telegrama de mi hermana. Mi padre había muerto. Llegué a Shanghai el 12 de septiembre de 1980, y tomé un autobús hasta el depósito de cadáveres. Los trabajadores del hospital sacaron el cuerpo helado de mi padre del refrigerador para que pudiera despedirme de él. Pasé mis manos por todo su cuerpo, desde la cabeza a los pies. Mi hermana lloraba junto a mí, pero yo había visto demasiada muerte. No me quedaban lágrimas.

Le había sobrevenido la muerte súbitamente. Una noche se quejó de un dolor fuerte en el abdomen. Sabiendo que se acercaba su final, me dejó un mensaje de despedida: «Dile a mi hijo tercero que recupere mis traducciones —susurró al nieto de su hermano, que entonces vivía con él en Shanghai—. Y dile que no se quede aquí, que éste no es lugar para él». Falleció a medianoche.

En casa, ayudé a mi hermana a ultimar los trámites para la cremación de mi padre. Me reuní también con dos delegados del colegio en el que él trabajaba, y que vinieron a hablar sobre los detalles de la paga de su jubilación, así como de la declaración oficial que harían en representación de su unidad de trabajo, en las exequias. Me mostraron el discurso que habían preparado. Leí rápidamente el texto redactado en un lenguaje administrativo.

No había visto a mi hermano mayor desde nuestro último desencuentro, en 1960, en la sala de visitas de la fábrica de Beiyuan. Habían pasado veinte años. Reunidos de nuevo por el funeral de mi padre, no mencionamos aquel episodio sino que hablamos de otras cosas educadamente. Por ser el mayor de los hermanos, le correspondía hacer una declaración en nombre de la familia en memoria de mi padre, pero no se sentía cómodo escribiendo el texto de despedida, y me pidió que redactara algo para que él lo leyera.

«Nuestro padre se ha ido para siempre —escribí—. Desde principios de 1950, su vida se vio afectada por las adversidades. Fue perseguido en 1952, en 1958 y en 1966. En todas esas ocasiones, él era inocente. Después de ser rehabilitado en 1960, perdió a su esposa y fue separado de su hijo. En 1966 perdió las propiedades que le quedaban. Aún al día de hoy no está muy clara cuál es la situación de su propiedad. Para nuestra familia todo ello es una tragedia».

—No puedes decir esto —me censuró mi hermano enojado cuando leyó el texto—. ¿Estás loco?

—No, ésta es la última vez que podemos decir algo por nuestro padre —repliqué con firmeza. Si no decimos la verdad ahora, echaremos a perder la única ocasión de hacerlo.

—Entiendo que lo que has escrito es verdad —replicó mi hermano, tratando de razonar conmigo—, pero no te busques más problemas.

—Lo único que hemos tenido son problemas, así que ¿qué más da? —insistí.

—Ahora entiendo por qué te convertiste en un derechista —dijo él—, y su voz cambió.

Entonces, yo también adopté una actitud inflexible.

—No estamos hablando ahora de mi situación, estamos hablando de una ceremonia en su memoria —puntualicé—. Si estás de acuerdo con la declaración, léela; si no lo estás, escríbela tu mismo. Tú eres el representante de la familia.

Cogió el papel y se marchó de la habitación. Luego volvió y me dijo que la leyera yo mismo.

Los delegados del colegio de enseñanza media vinieron nuevamente a leer la declaración de la familia antes de la ceremonia. Tenían que asegurarse de que nuestros comentarios eran aceptables. Vi cómo se le nublaba la expresión de la cara a la secretaria del Partido al leer lo que yo había escrito.

—Esto no es satisfactorio —declaró con brusquedad—. El pasado es pasado. Conocemos bien a tu padre y sabemos que era un buen hombre. La Revolución Cultural fue cruel, pero debes tener en cuenta toda su vida, nuestra madre patria y el gran Partido que tenemos.

—Ésta es la opinión de la familia —señalé yo—. Si creen que he dicho algo que no es verdad, por favor, díganmelo.

—Yo no digo que sea cierto ni falso —dijo la secretaria en tono apaciguador—, pero creemos que la ceremonia debe transcurrir sin sobresaltos y, también, hacer honor al momento.

Cuando insistí en que la declaración expresaba la opinión de nuestra familia, se marchó y, un rato después, volvió con otra persona.

—Discrepamos con su decisión de hacer esta declaración —declaró la secretaria—. Si insiste en hacer esta clase de discurso, no celebraremos la ceremonia.

—Anúlela si quiere —repliqué yo—, pero ésta es nuestra opinión. Estas son las últimas palabras que vamos a decir para expresar nuestros sentimientos por nuestro padre.

En ese momento, mi hermano me llevó a un lado y me reprendió por poner en peligro el funeral, después de haber invitado a los familiares y a los amigos de mi padre. Yo me volví atrás, y los miembros del comité del Partido se marcharon aliviados.

A la mañana siguiente, en la sala de ceremonias del crematorio, la secretaria del Partido leyó su declaración. Entonces me tocó a mí. Di un paso adelante, saqué el discurso revisado del bolsillo de mi chaqueta, y sentí que mi mano no respondía. No podía leer aquellas palabras. Mi voz se ahogaba de emoción al decir exactamente las palabras que había escrito la primera vez. Mi hermano, que estaba a mi lado, me tiró de la chaqueta, pero yo se la aparté. Todo el mundo me miraba fijamente, pero nadie podía detenerme. Cuando hubo terminado el servicio, los hermanos de mi padre, vinieron a estrecharme la mano. Uno de ellos dijo: «Bien dicho, bien dicho». Sabía que todos reconocían que había dicho la verdad.

Al regresar a casa, mi hermano me pidió hablar conmigo. Tenía la cara roja de rabia.

—Ahora me doy cuenta de la clase de persona que eres —empezó a decir—, pero quiero hacerte dos preguntas: la primera es ¿te has parado a pensar el daño que has causado a nuestra familia al convertirte en un derechista? Y la segunda, ¿por qué precisamente tú, entre tantos estudiantes como había en tu universidad, tuviste que convertirte en un derechista, y por qué precisamente tú fuiste uno de los pocos a los que arrestaron?

Sentí que se me enrojecía la cara de cólera.

—En primer lugar —dije—, por supuesto que me doy cuenta del daño que he causado a mi familia, pero soy inocente, y yo soy el más herido de todos. En segundo lugar, no sé por qué otros estudiantes no se hicieron derechistas, pero ¿crees de verdad que, incluso siendo derechista, merecía una persecución como la que he sufrido?

Mi hermano no respondió, y no volvimos a hablar.

Después de aquel incidente, volví a pensar muchas veces sobre lo que había dicho mi hermano. Yo sabía que no era mala persona, y que a él tampoco le gustaba el Partido Comunista, pero después de los problemas que tuvo que afrontar en 1955, se había rendido. Se convirtió en una persona acomodaticia y pragmática. Aun a pesar de haberlo pasado mal muchas veces, le habían salido bastantes cosas bien: tenía un buen trabajo, gozaba de la confianza del Gobierno, tenía dos niños, podía disfrutar de su vida familiar, mientras que yo había perdido veinte años de mi vida y había estado cerca de la muerte en varias ocasiones. Tal vez la gente tiene que ser pragmática, pensé; tal vez es más listo que yo o tal vez él es como hay que ser. Sin embargo, otra voz dentro de mí me decía: alguien tiene que dar la cara por sus principios.

Un año después, en octubre de 1981, recibí otro telegrama urgente de mi hermana pidiéndome que regresara a casa inmediatamente. Mi hermano menor había muerto. Ella estaba muy disgustada cuando llegué, dos días después, en tren desde Wuhan. Me explicó que Maodao se había puesto muy tozudo y se había negado a quedarse en casa. Le dijo a mi hermana muchas veces que quería casarse y fundar una familia, que no quería pasarse el resto de su vida como un inválido. Había salido de casa dos semanas antes y no había vuelto. Mi hermana había informado de su desaparición a la policía local, y ésta lo había localizado en un hospital en Pekín. La policía le dijo que esperara a que tuvieran otras noticias. Cuando volvieron a verla, días después, le dijeron que Maodao había muerto. No le habían permitido ver el cadáver, y ella esperaba mi llegada.

Yo supe inmediatamente que algo iba mal, incluso antes de que dos policías de Pekín llegaran a explicar sus averiguaciones sobre el caso.

—Su hermano estaba muy débil. Hicimos todo lo posible por salvarlo: le llevamos a un hospital en Pekín y, después, al Hospital Popular número Nueve de Shanghai. No había nada que pudiéramos hacer. Lo sentimos mucho. Nos haremos cargo de todo el papeleo. Por favor, tengan confianza en el Gobierno y no se tomen muy a pecho su pérdida.

Pero siguieron sin decirnos dónde podíamos recuperar el cuerpo de Maodao, incluso cuando insistimos en que la familia tenía el derecho a tributarle su último adiós.

Fui inmediatamente en bicicleta al Hospital Popular número 9, y descubrí que mi hermano no figuraba en el libro de registros. No estaba dispuesto a marcharme de allí sin una respuesta. Entonces, una enfermera me mostró un registro aparte donde

figuraban aquellas personas que habían muerto a la llegada. Allí, tachado con una línea roja, encontré el nombre de Wu Hongren. A lo largo de la semana siguiente presioné a la policía para que me dieran una explicación, y, finalmente, nos permitieron ver el cuerpo. Al verlo, advertí enseguida que tenía cardenales en los brazos y en las piernas. A partir de ese momento supe a ciencia cierta que mi hermano no había muerto a causa de ninguna enfermedad. No podía dejar que prevaleciese la explicación oficial sobre su muerte, y me negué a firmar el permiso para proceder a la cremación. Paso a paso, sorteando evasivas y mentiras, fui descubriendo la verdad de la historia de Maodao.

Mi hermano había tomado un tren a Pekín con la intención de solicitar la reincorporación a su plaza de trabajador de los servicios sanitarios ante el Gran Salón del Pueblo. La policía, cumpliendo órdenes de limpiar las calles de la capital con ocasión de la fiesta nacional del 1 de octubre, lo detuvo por vagabundo. Tras negarse a comer en la cárcel, pasó tres días en un hospital militar en Pekín antes de ser trasladado a Shanghai en un furgón de la policía, junto a más de un centenar de prisioneros. En el tren de vuelta los policías le dieron una paliza.

Tras conocer estos detalles, acepté firmar el permiso para que incineraran el cuerpo. No podía hacer nada más para ayudar a Maodao, y creía que los dos policías de Shanghai que habían sido designados para hacerse cargo del caso no responderían a mi pregunta final acerca de la causa de la muerte de mi hermano. Ellos no lo sabían, y no eran ellos quienes yo quería que se hicieran responsables. Hubiera tenido que ir a Pekín a presionar a las autoridades para que continuaran las investigaciones.

En la sala de cremaciones nos congregamos diez familiares para presentar nuestros últimos respetos a Maodao. Desde detrás de una cortina, un trabajador empujó una carretilla forrada con una tela en la que se leía el siguiente cartel: «Ceremonia en memoria de Wu Hongren». Nuestro hermano iba vestido con ropas nuevas y se apreciaba el maquillaje en su rostro. «Adelante —le dije para mis adentros al cogerle de su mano fría—. No vuelvas. Tienes suerte de poder abandonar este mundo. Tu vida ha terminado y, con ella, tu sufrimiento. Ve a reunirse con tus padres. Ellos te cuidarán. Tendrás paz de aquí en adelante.» Sonaron unos acordes fúnebres, pero esta vez no se pronunciaron discursos: no decir nada era mejor que decir algo a medias. El trabajador cruzó de nuevo la cortina, llevándose la carretilla. Mi corazón no se ablandó, y no derramé ninguna lágrima.

Afuera, pregunté a uno de los policías de Pekín que me dieran el documento para poder ir a reclamar las cenizas de mi hermano. Yo sabía que mentía cuando me dijo que no lo tenía y que volviera al cabo de tres días para reclamar las cenizas. Ésta era su forma de ejercer el poder y cobrarse su revancha.

—Era nuestro hermano —grité— ¿Cómo se atreven a no darme el documento para reclamar sus cenizas? —La familia y los representantes de la policía de Shanghai me rodearon, tratando de tranquilizarme. Cuando recobré el control de mí mismo, les espeté—: Llévenselo. No me daré por vencido. Espérenme en Pekín.

No había mucho más que yo pudiera hacer en Shanghai, así que regresé a Wuhan donde me esperaban mis responsabilidades docentes.

A lo largo de aquel año escribí varias cartas a la Dirección General de Seguridad de Pekín solicitando el volante para reclamar las cenizas de mi hermano, pero mis demandas no recibieron respuesta alguna. Yo no podía pedir un nuevo permiso de viaje, y tuve que esperar a las vacaciones de verano para ir a Pekín. Había pasado diez meses antes de que yo pudiera seguir indagando en la causa real de la muerte de mi hermano. Durante aquel lapso de tiempo ocurrieron muchas cosas en mi vida.

Los dirigentes del Partido en la universidad siguieron denegando mi solicitud de pasaporte. Me dijeron que, puesto que había realizado una labor meritoria en la creación del nuevo laboratorio de ingeniería hidrológica, mis colegas y alumnos necesitaban contar con mi presencia allí y que, por tanto, esperaban que pensara más en mi carrera universitaria y menos en mis deseos personales. Estaban convencidos de que aceptaría posponer mi viaje al extranjero.

No tenía opción. Sabía que su cortesía era una forma de hacerme saber que no se fiaban de mí y de que no me iban a otorgar el privilegio del viaje. Preocupado de que expirara la declaración jurada de mi hermana sobre la financiación del viaje y de que perdiera la única oportunidad que tenía de ir a Estados Unidos, hice caso omiso de su cortés negativa y solicité nuevamente el permiso. Un día, el secretario del Partido me llamó. La universidad había accedido a mi petición, me dijo, pero no podría marcharme hasta que hubiera resuelto mi problema familiar. Cuando le pregunté que de qué estaba hablando, me respondió que mi esposa objetaba a que yo saliera del país.

Yo había hablado muchas veces sobre esta decisión con Shen Jiarui. Al principio, no lo admitía, porque temía que, si yo no volvía, ella se quedaría sin futuro.

—Escucha —le dije—. Tengo un largo historial. Pueden venir a por mí en cualquier momento. Tenemos que aprovechar esta oportunidad. Yo iré delante y encontraré la manera de traerte.

Posteriormente, ella aceptó prestarme su apoyo. Ahora, no podía creer que me hubiera traicionado ante el secretario del Partido.

Cuando regrese a casa, le dije a Shen Jiarui muy enfadado que yo me había comprometido con mi matrimonio, que me había negado a divorciarme de ella en 1979, que había encontrado la manera de sacarla del campo de trabajo, que no había parado hasta encontrarle un empleo cerca de mí en Wuhan; y que lo único que no podía tolerar era que ella se pusiera de parte del Partido Comunista para impedirme hacer uso de mi libertad. Para mí, esto era lo más terrible que podía sucederme. Nos peleamos y, a partir de ese momento, dormimos en habitaciones separadas.

Aquel año, unos meses después, decidí solicitar el divorcio. Las tensiones entre nosotros habían hecho imposible la convivencia. Entonces me enteré de que su hijo menor, a quien yo había adoptado en 1970, había vendido a algunos extranjeros tres de las pinturas que mi padre me había dejado en herencia. En el verano anterior, yo

había visitado un gran almacén en Shanghai, repleto del botín del que los guardias rojos se habían apoderado durante la Revolución Cultural, y había logrado identificar algunas de las antiguas posesiones de mi padre. Dejé los cuadros a enmarcar en una tienda, y le di los recibos al hijo de Shen Jiarui, quien se había ofrecido a ir a buscarlos después de que yo me marchara a Wuhan. Sin embargo, los utilizó para procurarse dinero fácil en metálico. Para mí, ésta fue la gota que colmó el vaso. No quise tener nada más que ver con mi mujer y con mi hijo. Mi matrimonio se había acabado.

Cuando las clases terminaron en julio de 1982, viajé a Pekín para proseguir mis indagaciones sobre el caso de mi hermano. Empecé por el nivel inferior, ante un policía de la recepción de la Dirección General de Seguridad, a quien le expliqué con todo lujo de detalles en qué consistía mi petición de recuperar las cenizas de Maodao. Me dijo que regresara en dos días para una entrevista. Cuando le dije que me negaba a esperar tanto tiempo, me amenazó con no aceptar a trámite el caso. Sin pedir permiso, seguí el pasillo hasta que encontré un cartel que decía: «Comité del Partido de la Dirección General de Seguridad de Pekín». Muy enojado con la situación, llamé a la puerta.

Hubo más conversaciones, más demora, más evasivas, pero el representante del Partido sabía que yo contaba con pruebas de que se habían cometido abusos oficiales, y quería cerrar el caso cuanto antes.

—Debemos hacer autocrítica —me dijo—. Reconocemos que hemos cometido algunos errores. Su familia aún no tiene las cenizas de su hermano, y eso no está bien. Aceptamos sus críticas a nuestra gestión, y prometemos mejorar en el futuro. Nuestros dos policías, desconociendo el procedimiento en estos casos, han incumplido el reglamento al no facilitarle el volante correspondiente. Lo lamentamos mucho.

Me marché con el documento en la mano.

Desde Pekín regresé a Shanghai para recoger las cenizas de mi hermano. Sabía que había llegado el momento de cumplir con mi última responsabilidad para con los miembros fallecidos de mi familia. Con la ayuda de un primo, había reservado la compra de un pequeño terreno en la falda de una colina de Wuxi, con vistas al lago Tai. Allí podrían reposar en paz los restos de mi madrastra, mi padre y mi hermano. Compré un billete para tomar un tren local de Shanghai a Wuxi, y me llevé conmigo tres urnas cinerarias, así como la estela con la inscripción del nombre de mi madre. Mi padre la había enterrado en 1945 en una tumba situada detrás de un monumento de mármol, pero los guardias rojos habían saqueado aquel cementerio en 1966 y habían derribado la estela con su particular forma de arrasarlo sin contemplaciones cualquier cosa que recordara a los «cuatro males». Yo no pude hacer nada para reclamar su cuerpo. La pequeña estela de marfil, arrumbada en nuestro ático, era lo único que había quedado de ella.

Observé a los dos trabajadores del cementerio mientras terminaban de cavar la fosa, les pagué y les pedí que se marcharan. Durante más de una hora me senté solo en aquel hermoso lugar mientras el sol se ocultaba tras el lago Tai. La muerte de Maodao ponía fin al sufrimiento de mi familia. Al mismo tiempo, mi matrimonio había terminado y la oportunidad de viajar al extranjero era probable que se hubiera echado a perder. No tenía idea de hacia donde iba mi vida, pero me había liberado de la pesada losa de todos aquellos problemas. Todo lo que ha ocurrido formaba ya parte del pasado, pensé, pero ante mí aún se abre un futuro. Me sentí en paz. Creía que mi vida podía ir a mejor, ir hacia delante.

Epílogo

Después de esperar cuatro años a que me concedieran el pasaporte, salí de China en 1985. Mediante la venta de mis posesiones y el dinero que me prestaron algunos amigos logré reunir a duras penas la cantidad suficiente para pagarme el billete de avión. Llegué a San Francisco con cuarenta dólares en el bolsillo. Durante las primeras semanas de estancia en Estados Unidos, trabajaba día y noche, durmiendo, incluso, en la mesa de mi despacho de la universidad con el fin de permanecer despierto durante mi turno de noche en la tienda de dónuts de Berkeley. Mi hermana mayor no me podía ayudar económicamente, y yo quería alquilar un apartamento para establecerme cuanto antes.

Un año antes me había casado con una joven licenciada de la Universidad de Geociencias. En Wuhan, ella me visitaba a menudo por las noches y, una vez divorciado, mientras hablábamos y paseábamos juntos, fuimos intimando poco a poco. Nos enamoramos a pesar de los veintiséis años de edad que nos separaban. Habíamos hecho planes para que ella se reuniera conmigo en Estados Unidos tan pronto como yo me instalara y pudiera encontrar financiación económica para su viaje. Cuando llegó, un año después, me dijo que se había enamorado de otra persona. Ya se había puesto de nombre Diana. La dejé ir; deseaba que fuese feliz.

Aquel primer año leí una serie de libros sobre China escritos en inglés. A pesar de que los campos de reforma por el trabajo habían afectado las vidas de muchos miles de compatriotas míos durante los últimos cuarenta años, descubrí que en ninguna de las historias o autobiografías se recogían esas experiencias contemporáneas. Empecé a pensar en escribir acerca de mi propio pasado y tratar de documentar la estructura organizativa del sistema de prisiones chino. En 1986, di una charla a estudiantes y profesores de la Universidad de California, en Santa Cruz, en la que, por primera vez, conté públicamente muchos de los sucesos de mi vida. Y, por primera vez, ante aquel comprensivo auditorio, se me saltaron las lágrimas y lloré. En 1988, me concedieron un puesto de profesor asociado en el Instituto Hoover de la Universidad de Stanford y, un año después, completé una investigación para llevar a cabo un documental sobre el sistema chino de reforma por el trabajo. En 1992, creé la Fundación Laogai, una organización sin ánimo de lucro, y, también, le conté toda la historia de mi vida a Carolyn Wakeman.

Mientras tanto, en 1991, me casé con Ching-Lee, una mujer de origen taiwanés. Era la primera vez que conocía una auténtica sensación de profunda dicha personal. No obstante, cuatro meses después de mi boda, estaba haciendo los preparativos para viajar a China con un equipo de cámaras y técnicos de la CBS. Pensaba que en los países occidentales no se comprendía bien el papel decisivo que había desempeñado el sistema de campos de trabajo en el apoyo y consolidación del dominio del Partido

Comunista, y quería documentar gráficamente cuáles eran las condiciones de vida en la inmensa red de establecimientos penitenciarios secretos que había en China. Quería que quedaran registrados en imágenes para mostrar al mundo los campos en los que yo y tantos otros habíamos desaparecido. Fuera de China, se conocían bastante bien los campos de concentración nazis y el gulag soviético, pero apenas había información sobre la articulada complejidad del sistema de campos de trabajos forzados que habían mantenido encarcelados a millones de ciudadanos chinos en condiciones brutales y deshumanizadoras y, en muchos casos, sin sentencia ni juicio previo.

El hecho de volver a China con este objetivo significaba arriesgarme a ser arrestado y encarcelado nuevamente. A pesar del peligro que suponía el viaje, mi mujer Ching-Lee insistió en acompañarme. Ambos éramos conscientes de que el Gobierno chino actuaría con dureza contra cualquier persona que tratara de sacar a la luz el sistema de reforma por el trabajo y su oferta de productos fabricados por presos para compradores internacionales. Antes de salir de California, redacté un testamento.

En abril de 1991, como medida de precaución, David Gelber, de CBS News, y Orville Schell, el escritor y sinólogo norteamericano, filmaron una entrevista conmigo ante un viejo fuerte en la ensenada de la bahía de San Francisco, con el puente Golden Gate de fondo. Era como si quisieran dejar testimonio de que contaban con una prueba en el caso de me sucediese algo inesperado durante el viaje o tal vez para utilizarla si yo desaparecía.

Durante aquella entrevista, expliqué las razones de mi regreso a China. Aun cuando, tras llegar a Estados Unidos, yo había deseado restañar mis heridas olvidando las desgracias que me habían sucedido, no había conseguido apartar de mi mente los diecinueve años de penalidades que había tenido que aguantar dentro de los campos. Si no hacía yo esa labor, me preguntaba, ¿quién la haría?

Llegué a Tíankín el 9 de junio de 1991, en un vuelo procedente de Hong Kong, y registré mi visa en el puesto de aduanas. A la mañana siguiente, antes de alquilar una furgoneta en la abarrotada estación de tren, examiné atentamente los rostros de varios conductores para averiguar cuál de ellos era el que tenía menos posibilidades de ser un agente de la Dirección General de Seguridad. Al conductor elegido le dije que íbamos a visitar a un amigo que trabajaba como guardia en la granja de Qinghe y, afortunadamente, no me hizo ninguna pregunta.

En el puente Yonghe, al cruzar el río Yongding, el conductor tuvo que dar algunas explicaciones a un policía armado, pero éste nos dejó pasar. Frente a nosotros, se extendía el distrito occidental de Qinghe, que yo no había vuelto a ver desde 1969. A unos diez minutos de allí, siguiendo la carretera, cruzamos un muro de seis metros de altura coronado por una alambrada electrificada. Las cancelas de hierro estaban cerradas a cal y canto. Encima de ellas había un cartel con el rótulo GRANJA DE CRÍA DE LANGOSTINOS DE QINGHE, PEKÍN. Tras aquellos muros, en una zona que yo conocía

como el sector 585, había estado a punto de morir de hambre durante cuatro meses en el invierno de 1961-1962.

Pedí al conductor que detuviera la furgoneta para que mi esposa bajara a orinar. Cuando objetó que no era el lugar adecuado, insistí que era urgente, y paró cerca de la puerta de entrada. Caminamos por un estrecho sendero que bordeaba la muralla. Ching-Lee llevaba escondida una cámara de vídeo en el bolso, en uno de cuyos lados asomaba una lente a través de una pequeña abertura. Poco después, llegábamos al cementerio que yo había conocido como el sector 586. El viento silbaba entre la maleza, que me llegaba a la altura de los ojos. Las imágenes del pasado desfilaron a toda velocidad por mi mente, pero no tenía tiempo para reflexionar. Oí pisadas tras de mí.

—¡Date prisa! Apaga la cámara —rogué a Ching-Lee—, y agáchate en la zanja.

Un guardia que llevaba un sombrero de paja nos gritó desde lejos:

—¿Qué hacen? No pueden parar aquí.

Cuando le dije que mi esposa tenía que orinar, contestó:

—Márchense inmediatamente.

—Habla con él —insistió Ching-Lee —para que pueda filmar más.

—¿Cuánto pesan aquellos cerdos? —le pregunté al guardia, señalando hacia el campo. Tienen pinta de pesar noventa kilos ¿Con qué los alimentan?

—¿Quiénes son ustedes? ¿De dónde vienen? —preguntó con desconfianza.

—Somos de Shanghai y vamos de camino a Chadian a visitar a un amigo que trabaja en la oficina principal de la granja —respondí yo, dando tiempo a Ching-Lee para que rodase el mayor tiempo posible.

El guardia nos dejó pasar, y volvimos a la furgoneta.

Por el camino, en el lado norte de la carretera, vi a cientos de prisioneros cavando una larga acequia. La mayor parte de ellos trabajaba sin camiseta bajo la canícula estival. A juzgar por sus condiciones de trabajo, no parecía que nada hubiese cambiado desde 1969. En la carretera pasamos junto a otros prisioneros que trabajaban en los campos de vides, en los arrozales y en las obras de reparación de la carretera. Ching-Lee no paró de rodar en ningún momento a través de la abertura con la cámara oculta.

Cuando regresamos sanos y salvos a un pueblo a las afueras de Tiankín, le di las gracias al conductor, le pedí que nos dejase en un pequeño restaurante y le pagué el salario pactado. Él se alejó en la furgoneta y nosotros regresamos en autobús a la ciudad y cogimos un tren nocturno a Pekín.

El 13 de junio, Ching-Lee y yo alquilamos un par de bicicletas y pedaleamos hasta el perímetro de la granja de Tuanhe, situada al suroeste de la capital. El bolso de viaje con la pequeña cámara de vídeo iba sujeto en el sillín de atrás de su bicicleta. Ching-Lee apretó el botón de la cámara y empezó a filmar. De pronto, aparecieron otros dos hombres pedaleando. Mientras uno de ellos bloqueaba el camino, el otro me

embistió por detrás para tirarme al suelo. Un policía me retorció el brazo por detrás de la espalda.

No me soltó el brazo hasta que insistí en que era un visitante de Estados Unidos. Tras explicarles que me había perdido y que no había visto ninguna señal de prohibido el paso, le solté un fajo de billetes. Puso una expresión de satisfacción, y nosotros volvimos a montar en las bicicletas y nos alejamos de allí.

Dos días más tarde, después de que un amigo americano que había sido nuestro contacto nos advirtiera que le estaban siguiendo, salimos inmediatamente de Pekín tras coger un tren en dirección a la provincia de Shanxi. En la estación de tren de Taiyuan alquilé un taxi. Mi intención era visitar tres minas de carbón para encontrar al mayor número posible de ex prisioneros en reinserción que hubieran trabajado conmigo quince años antes. Sabía que mis contactos no harían preguntas y me proporcionarían toda la ayuda que les pidiera. A esas alturas del viaje era ya necesario averiguar si la Dirección General de Seguridad había descubierto cuál era el verdadero motivo de mi viaje a China, así que decidí parar primero en la mina donde me conocían bien. Si no me arrestaban allí, podría empezar a conjeturar que todavía no habían detectado cuáles eran mis objetivos.

En la mina de carbón de Wangzhuang, Ching-Lee y yo fuimos enseguida a visitar a Liu Sheng, el comandante del destacamento, que, como jefe de la sección de producción de la mina, me había esperado a que saliera del túnel después del grave derrumbamiento. En el accidente de aquel día él había esperado encontrarse un cadáver, pero descubrió que yo estaba vivo. Liu Sheng me dio una cálida bienvenida, agradecido de establecer contacto con un antiguo recluso en reinserción que había regresado de Estados Unidos. Nos ofreció té y nos hizo muchas preguntas acerca de la vida en California: en qué tipo de casa vivíamos, si yo podía conducir un coche, cuánto dinero ganaba. A continuación, nos invitó a pasar la noche en su habitación, pero yo rehusé educadamente, mientras Ching-Lee aprovechaba el pretexto de nuestra visita para filmar con la cámara de vídeo el entorno donde yo había trabajado durante nueve años.

Al día siguiente, el 19 de junio, llegamos a la mina de carbón de Yinying, que yo conocía por el sobrenombre de Destacamento número 2 de Shanxi. Allí me encontré con dos antiguos compañeros que habían sido trasladados desde Wangzhuang en 1978 y a los cuales conocía bien. Les pedí que nos acompañaran un trecho pendiente arriba, hasta cerca de la bocamina. Ching-Lee subió el cerro detrás de mí, fotografiando los dormitorios y las torres de vigilancia que quedaban por debajo de nuestra posición, así como a nuestros guías. Yo sabía que podía confiar en mis antiguos amigos, pero temía ser descubierto a cada paso.

A la mañana siguiente, uno de ellos nos acompañó en autobús hasta la mina de carbón de Guzhuang, también llamada Destacamento número 13 de Shanxi de reforma por el trabajo, situada a unos veinte kilómetros de distancia. En una sala vacía de los dormitorios, nos dijo que esperásemos a ver si encontraba algunos

trabajadores que quisieran ser entrevistados ante la cámara. Durante más de tres horas formulé a varios hombres una larga serie de preguntas sobre su pasado, su vida en la mina, su trabajo, salario, derechos de visita, su condición política en aquel momento, tratando de averiguar de qué forma había cambiado la situación de los trabajadores en reinserción desde mi liberación en 1979.

A última hora de la tarde, le pedí a mi amigo que hiciera las gestiones para entrar en la mina. Aunque me advirtió que me estaba arriesgando demasiado a que me detuvieran, me trajo, a regañadientes, un casco protector, un par de botas y una bolsa de herramientas para llevar la cámara. Esperamos a que anoheciera. A las nueve en punto, entré en el túnel, con la cara embadurnada de carbonilla, subido en una vagoneta de motor conducida por uno de los supervisores. Traté de filmar en medio de la luz mortecina que había en las galerías. Una hora después, regresé al dormitorio y le di las gracias a mi guía por haberse expuesto tanto por mí. Ching-Lee y yo llegamos a Taiyuan al día siguiente; y, desde allí, cogimos un vuelo a Shanghai.

En Shanghai, bajo la identidad de un representante de una empresa comercial americana, y con Ching-Lee fingiendo que era mi secretaria, visitamos la fábrica Laodong de maquinaria y la fábrica Laodong de tubos de acero, así como la fábrica Huadong de soldaduras electrógenas. Nuestro objetivo era obtener un contrato de exportación para productos fabricados con mano de obra de prisioneros. Yo esperaba pasar las cintas de vídeo, una vez terminadas, a otro de mis contactos estadounidenses. No obstante, cuando este último dijo que no estaba dispuesto a sacar mis películas del país, me asaltaron nuevamente los temores de ser descubierto e, inmediatamente, alquilé un taxi hasta Hangzhou, donde no tenía previsto ir. Allí tenía un amigo que había sido liberado de la mina de carbón de Wangzhuang en 1979.

Mi antiguo amigo no me hizo ninguna pregunta cuando aparecí de improviso en su casa. Yo quería que él fuese al aeropuerto de Hangzhou con una de las maletas de Ching-Lee para facturarla como equipaje no acompañado en el vuelo a Hong Kong. Las cintas de vídeo iban envueltas en ropa dentro de la maleta, y, como medida de precaución, había hecho un duplicado de las mismas y las había puesto a buen recaudo en algún lugar del país. Tras darle a mi amigo algún dinero en un sobre y el billete de avión de mi mujer, le pedí que se encontrara con ella después de facturar la maleta para darle el comprobante de facturación. Él corría un riesgo considerable, pero el plan salió a la perfección. Ching-Lee escondió otros ocho rollos de película y algunos de los materiales escritos de las empresas de reforma por el trabajo dentro de sus zapatos y su ropa interior, y viajamos a Hong Kong en vuelos distintos.

El 24 de julio, volví a China por mi cuenta, esta vez con un equipo de los servicios informativos de la CBS. Hice algunas gestiones por teléfono y fax para informar a la fábrica de maquinaria Laodong de Shanghai que volvería en diez días dispuesto a firmar un contrato. Me marché por mi cuenta a un lugar remoto del noroeste de la provincia de Qinghai, la zona de China con mayor concentración de campos de reforma por el trabajo. Orville Schell trató de persuadirme por teléfono

para que no hiciera aquel viaje, sabiendo que nadie podría protegerme en un lugar tan apartado como Qinghai si se descubrían mis actividades clandestinas. Le agradecí su preocupación, pero sabía demasiado bien que nadie más que yo podría obtener la información que necesitábamos sobre esta remota y secreta región del país. Si no iba yo, ¿quién iría?

Un ex convicto, llamado Zhou, se reunió conmigo en Xining, la capital de la provincia de Qinghai. Después de cumplir una condena de ocho años acusado de crímenes contrarrevolucionarios, entre 1956 y 1964, había pasado veintisiete años como trabajador en reinserción. Él me mostró una serie de fábricas de la calle Nanshan que, desde el exterior, tenía el aspecto de empresas públicas normales y corrientes, pero que, en realidad, eran establecimientos de reforma por el trabajo. «Los prisioneros en reinserción y sus familias constituyen un tercio de la población de la provincia de Qinghai —me dijo Zhou.» Y añadió que habían sido utilizados como mano de obra para recuperar tierras baldías, construir carreteras, explotar minas y construir diques, no solamente antes de 1979, sino también en la década de 1980.

En la fábrica de Qinghai de confección de prendas de cuero, cuyo nombre de uso interno era Destacamento número 2 de Qinghai de reforma por el trabajo, les presenté mi tarjeta de visita de director de una empresa americana. Los directores del destacamento me ofrecieron venderme 18.580 metros cuadrados de piel de cordero al costo de un dólar y cuarenta y nueve centavos los diez metros cuadrados. Me dijeron orgullosamente que ellos tenían sus propios agentes de ventas en Hong Kong y que ya habían exportado sus productos a Japón y Australia. Después de visitar los talleres de la fábrica, le pregunté a Wan, el director, acerca de las capacidades técnicas de los empleados, y las garantías que podía darme sobre la calidad de sus productos. Me llevó hasta la sala de exposición de la empresa, y me permitió tomar fotografías de las medallas y premios que se exhibían en las vitrinas, de los pedidos de compra de países extranjeros y de sus licencias de exportación. Incluso, a pesar de que me dijo que no la hiciese, pude sacar una foto de un estandarte que colgaba en la pared posterior de la sala donde se elogiaba a la fábrica como «UN AVANZADO COLECTIVO PARA SUPRIMIR LA REBELIÓN Y EVITAR EL CAOS», y que estaba fechada en octubre de 1989, cuatro meses después de que, en junio de 1989, el ejército aplastara con tanques y fusiles el movimiento por la democracia, en la plaza de Tiananmen.

Finalmente, pensé, podré mostrar al mundo la prueba de las dos funciones de los campos de reforma por el trabajo. Por un parte, desempeñan un cometido político porque sirven para reprimir a los disidentes y reforzar la dictadura; pero, desde un punto de vista económico, explotan a los prisioneros para financiar con divisa extranjera el régimen comunista.

De vuelta al hotel, le pedí a Zhou que me consiguiera un uniforme de guardia. «No me preguntes nada —le dije—. Voy a alquilar un taxi. Mañana visitaré los campos de reforma por el trabajo de la cuenca de Chaidamu.» El plan era cubrir unos

dos mil kilómetros en seis días de viaje, y visitar seis de los ocho campos que existen en ambos márgenes del lago Qinghai.

Mi primera parada fue la granja de Tanggemu, la sede del Destacamento Número 13 de reforma por el trabajo de Qinghai. En esta apartada región no había turistas ni extranjeros, y tampoco residentes habituales. Había decidido adoptar la identidad de un funcionario de la Dirección General de Seguridad para poder andar libremente con la cámara de vídeo colgada al hombro. Le pedí al conductor que se detuviera en Tanggemu. Luego, caminé durante unas dos horas por un terreno árido y accidentado, tratando de ver cuánto me podía acercar a los edificios de las prisiones. No sé cómo, pero, en un momento dado, caí en un barranco de unos tres metros y medio de profundidad. Al instante supe que me había dislocado el hombro, pero logré subir por mi propio pie y regresar al coche para pedir ayuda.

El conductor insistió en volver a Xining inmediatamente para buscar atención médica, pero yo no quería marcharme de allí con las manos vacías. Convencí al conductor para que me enderezara el brazo y tirara de él hasta volver a colocar el hombro en su sitio. Luego, le pedí prestado el cinturón y me até el brazo con fuerza a la cintura. Nos pusimos de nuevo en marcha, no sin antes soltar sapos y culebras por haber tirado a la basura mi frasco de analgésicos por temor a que, si me registraban, un medicamento extranjero pudiera delatarme como americano. Cuando estábamos cerca de las puertas de entrada, me mezclé con la multitud de guardias y prisioneros que salían de sus puestos de trabajo en el campo, y logré poner en marcha la cámara de vídeo con mi brazo derecho.

A causa de mi maltrecho brazo tuve que acortar mi viaje en Qinghai. Nada más regresar a Shanghai lo primero que hice fue telefonar a Ching-Lee a Estados Unidos. Después de permanecer durante cinco días sin contacto conmigo, respiró aliviada al oír mi voz. Más tarde, compré un analgésico para bajar el dolor, y me di un baño.

El 12 de agosto de 1991, a mi regreso desde Qinghai, esperé en un hotel de Shanghai, acompañado por los periodistas de la CBS, a que la delegación de la fábrica de maquinaria de Laodong se reuniese con nosotros para firmar el contrato. Esta vez, el encargado de la filmación, que se hacía pasar por mi secretario ejecutivo, había escondido tres cámaras distintas en la habitación de modo que pudiera rodar desde ángulos distintos. La negociación transcurrió sin complicaciones y, junto con Ed Bradley, el presentador del programa de la CBS, *60 minutos*, que se hacía pasar por el presidente de nuestra empresa, firmamos un acuerdo de compra de mercancías por 88.000 dólares americanos.

El 15 de septiembre de 1991, la cadena CBS, dentro del espacio *60 minutos*, emitió el programa sobre mi regreso a China, un documental en el que se narraba y describía el sistema de reforma por el trabajo y la venta por parte del Gobierno de productos fabricados por prisioneros. Aquel mismo día, en la edición internacional de la revista *Newsweek*, apareció en portada una historia sobre el gulag chino. El 19 de

septiembre, Wu Jianning, el portavoz del Ministerio de Asuntos Exteriores de China pronunció una declaración oficial:

«La CBS y la revista *Newsweek* han distorsionado gravemente los hechos, y han vilipendiado a China. Como es sabido, al igual que han hecho en otras ocasiones, este modo de proceder nace de sus prejuicios ideológicos y de su profundo odio al sistema socialista chino, que ha sido elegido por el pueblo chino. El autor ha confundido el negro con el blanco y lo verdadero con lo falso». Para mí aquella declaración fue otra pequeña victoria.

* * *

Durante los años de cautiverio, pensé en varias ocasiones en la idea de poder dar a conocer algún día lo que ocurría detrás de los campos de reforma por el trabajo en China. En parte por esa razón, practiqué mentalmente el ajedrez chino y traté de registrar en mi memoria los hechos, las palabras y las escenas que vivía. Cuando otros internos me apalearon salvajemente en la asamblea disciplinaria, durante la Revolución Cultural, tuve la reacción instintiva de protegerme la cabeza con el brazo para evitar un golpe seguro. Después de que mis compañeros de brigada me rescataron de entre las piedras y traviesas cuando se produjo el derrumbamiento en la mina de carbón, mi primer impulso fue verificar que no había perdido la capacidad de pensar y hablar. Aprendí a que no me importaran las lesiones corporales y que debía conservar mi mente intacta a toda costa para poder recordar.

Los viajes que hice a China en 1991 para filmar las condiciones de vida dentro de los campos de trabajo constituyeron la culminación de una parte de una misión agotadora. A pesar de haber encontrado seguridad en Estados Unidos, nunca he podido descansar completamente. Tampoco he dejado de pensar en las personas que se quedaron allí ni ha dejado de preocuparme el hecho de que, aunque yo haya logrado escapar al sistema de reforma por el trabajo, éste siga vigente, día tras día, año tras año, sin que la opinión pública lo conozca, reaccione ante su existencia y, por tanto, se haga algo al respecto. Sentía la imperiosa necesidad tanto de hacer pública la verdad sobre los mecanismos de control del Partido Comunista como de difundir mi historia, pese a los riesgos a los que me exponía o el desasosiego que me causara esta tarea. Cada vez que regresaba a mi pasado, esperaba que fuese la última vez, pero había decidido que mis experiencias no me pertenecían solamente a mí, sino que formaban parte de la historia de China y de la humanidad.

Colofón

«No todo tiene nombre. Hay cosas que están más allá de las palabras.»

ALEXANDR SOLZHENITSYN



HARRY WU (1937) nació en Shanghai en el seno de una familia acomodada y estudió con los jesuitas antes de ingresar en el Instituto de Geología de Pekín. Fue arrestado a los veintitrés años y condenado sin juicio a trabajos forzados, de los que no sería liberado hasta casi veinte años después. A mediados de los ochenta consiguió una beca para trabajar en la Universidad de California y logró exiliarse en los Estados Unidos. Desde entonces lucha por dar a conocer el sistema de prisiones chino y las violaciones de los derechos humanos que se producen en ese país; para ello fundó en 1992 The Laogai Research Foundation, ONG que todavía dirige y desde la que continúa llamando la atención de la comunidad internacional sobre la falta de libertad en China, intentando forzar la apertura democrática de su sistema político.

Wu ha escrito varios libros sobre el Laogai (la red china de campos de trabajo y prisiones), entre los que destacan: *Laogai: The Chinese Gulag* (1992), *Vientos amargos*, *Memorias de mis años en el gulag chino* (1994), y *Troublemaker: One Man's Crusade against China's Cruelty* (1996).

CAROLYN WAKEMAN es profesora de Periodismo en la Universidad de California, Berkeley, y escribe habitualmente en prensa sobre temas asiáticos. Ha vivido durante años en Pekín y en otros países del Asia oriental. Además de ayudar a Harry Wu en la redacción de sus memorias es coautora del libro *To the Storm: The Odyssey of a Revolutionary Chinese Woman* (1987) y editora del libro *Assignment: Shanghai: Photographs on the Eve of Revolution* (2003).

Notas

[1] Xu Beihong (1895-1953) está considerado como uno de los maestros de la pintura china moderna por su habilidad para conjugar las técnicas occidentales con las técnicas de inspiración china de pincel y tinta, así como por su dominio de los *shuimohua*, o representaciones de caballos y pájaros. (N. del T.) <<

[2] Esposa del emperador chino Xuanzong, de la dinastía Tang (685-762). (N. del T.)
<<

[3] Zhang Daqian (1899-1983), influyente pintor figurativo de origen taiwanés. (N. del T.) <<

[4] Qi Baishi (1864-1957), conocido por sus caprichosas y fantasiosas acuarelas de animales, paisajes y plantas. (N. del T.) <<

[5] Según los tratados actuales, un mou equivale a 0,0769 hectáreas o 769 metros cuadrados. (N. del T.) <<

[6] 1 *jin* equivale a 500 gramos. Por tanto, 5.000 kilogramos. (N. del T.) <<

[7] 250 kilogramos por hectárea. (N. del T.) <<

[8] Panecillo pequeño de color negro, constitución dura y forma cónica, normalmente elaborado con harina de maíz, que solía ser alimento básico en algunas regiones del norte de China. (N. del T.) <<

[9] En este caso, 5 kilogramos. (N. del T.) <<